

Frank McCourt

Autor de *Las cenizas de Ángela*

PREMIO PULITZER

development of
... of the challenges
C. c. 500's - 1066
1. Patrick Augustine of Canterbury
2. ...
politically
3. Danes invade
4. King Alfred the Great
5. King Edward the
1042-1066
King Harold

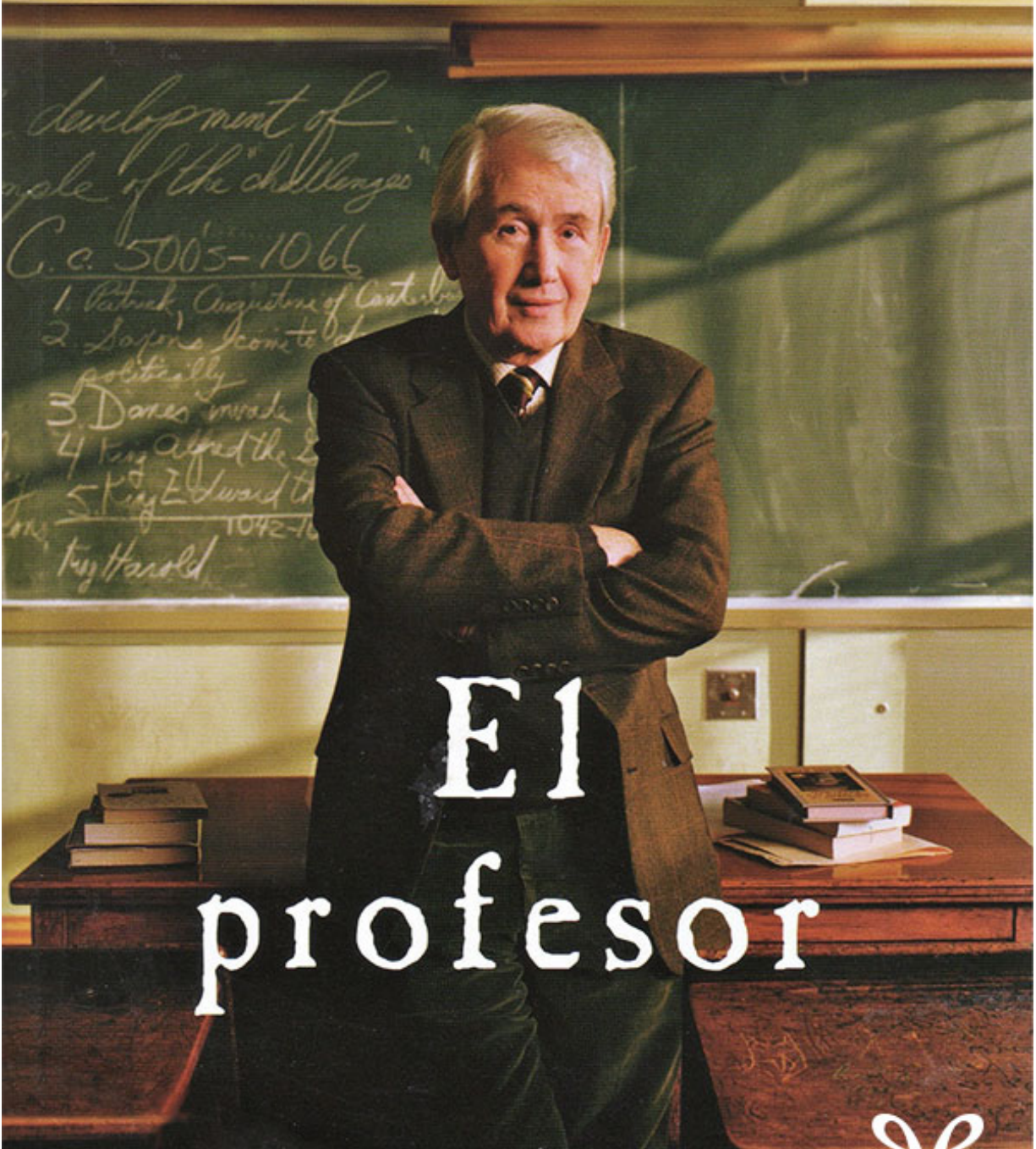
El profesor



Frank McCourt

Autor de *Las cenizas de Ángela*

PREMIO PULITZER



El
profesor





En *El profesor* Frank McCourt nos habla de los treinta años en los que fue docente en un instituto de secundaria en Nueva York.

El relato empieza cuando McCourt tiene 27 años e, instalado en Nueva York, inicia una actividad académica para la cual sus estudios universitarios no han acabado de formarle.

En efecto, las realidades sociales en un entorno tan duro como el neoyorquino resultan difíciles de digerir por parte de este inmigrante irlandés.

Haciendo más caso a su intuición y a lo que le dicta su conciencia que a las directrices académicas, consigue despertar el interés de sus alumnos.

Para ello, decide bajarse del pedestal en el que viven instalados la mayoría de profesores y se dedica a escuchar a sus alumnos y a aprender de ellos, poniéndose a su altura para conocer sus inquietudes, sus gustos y su forma de ver el mundo.



Frank McCourt

El profesor

ePub r1.2

Titivillus 28.11.2021

Título original: *Teacher Man*
Frank McCourt, 2005
Traducción: Alejandro Pareja Rodríguez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A las próximas generaciones de la tribu McCourt:

*Siobhan (hija de Malachy) y sus hijos Fiona y Mark
Malachy de Bali (hijo de Malachy).*

Nina (hijastra de Malachy).

*Mary Elizabeth (hija de Michael) y su hija Sophia
Angela (hija de Michael).*

Conor (hijo de Malachy) y su hija Gillian

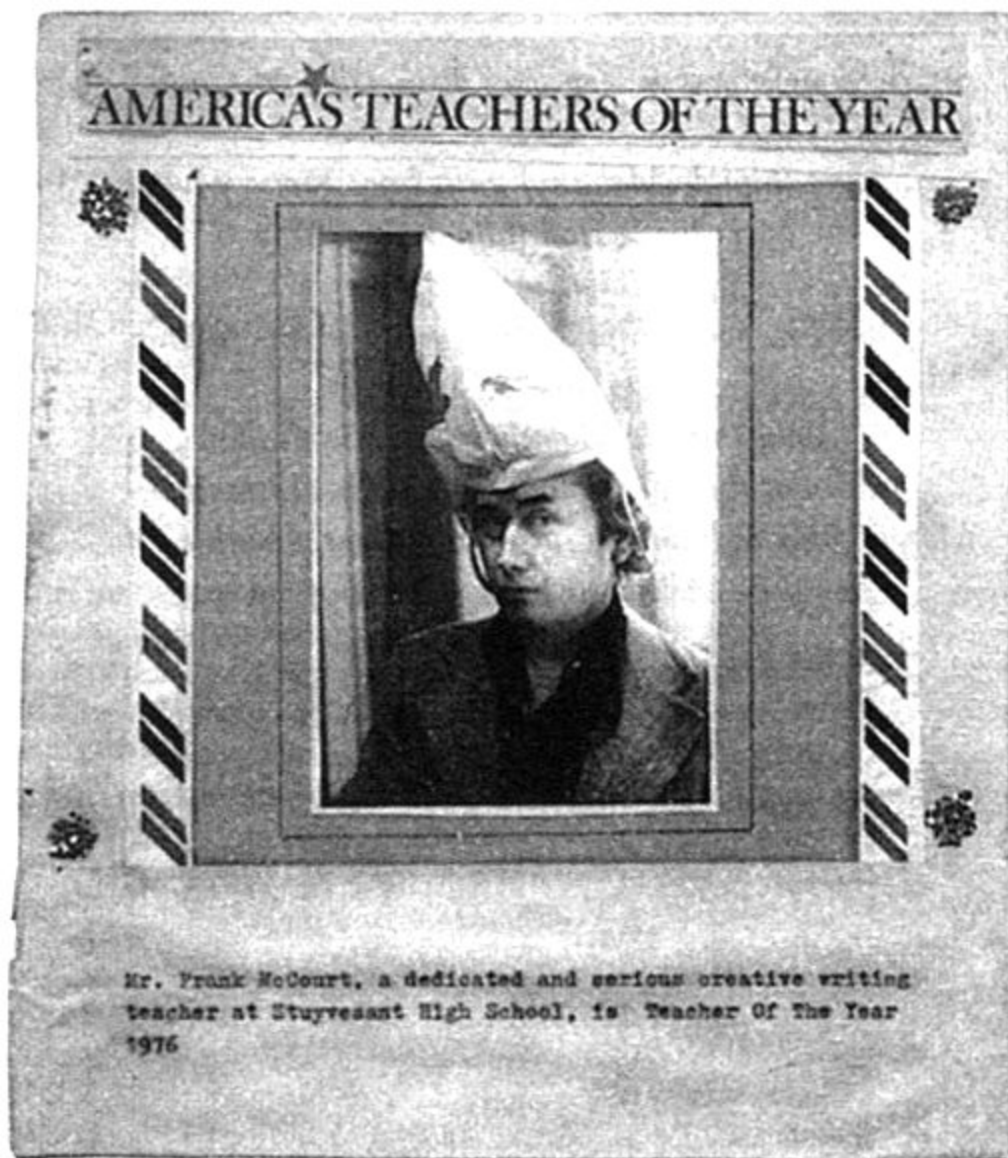
Cormac (hijo de Malachy) y su hija Adrianna

*Maggie (hija de Frank) y sus hijos Chiara, Frankie y Jack
Allison (hija de Alphie).*

Mikey (hijo de Michael).

Katie (hija de Michael).

*Cantad vuestro canto, danzad vuestra danza, contad vuestro
cuento.*



PROFESORES DEL AÑO EN AMÉRICA.

El señor Frank McCourt, serio y aplicado profesor de Creación Literaria en el Instituto de Secundaria Stuyvesant, ha sido nombrado Profesor del Año 1976.

Agradecimientos

Gracias a la Academia Americana de Roma, por tres meses de erudición, esplendor y alegría.

Gracias a Pam Carter, del hotel Savoy de Londres, por tres meses a cuerpo de rey en una *suite* con vistas al río. Gracias a mi agente, Molly Friedrich, por sus palabras luminosas en los días oscuros.

A mi editora, Nan Graham, una fanfarria de trompetas y tambores. Yo iba juntando palabras y después veía con asombro cómo ella hacía surgir un libro con sus sugerencias y su cincelado.

Y mi amor a ti, Ellen, esposa maravillosa, siempre alegre y risueña, siempre dispuesta para la próxima aventura, siempre bondadosa.

Prólogo

Si yo supiera algo de Sigmund Freud y de psicoanálisis, podría encontrar el origen de mis problemas en mi desgraciada infancia en Irlanda. Esa infancia desgraciada me dejó sin autoestima, me produjo ataques de autocompasión, me paralizó las emociones, me volvió cascarrabias, envidioso e irrespetuoso con la autoridad, retrasó mi desarrollo, obstaculizó mis contactos con el sexo opuesto, me impidió triunfar en la vida y casi me incapacitó para el trato humano. Que llegara a profesor y lo siguiera siendo es un milagro, y debo ponerme un sobresaliente por haber sobrevivido a todos esos años en las aulas de Nueva York. Deberían instituir una medalla para quienes sobreviven a las infancias desgraciadas y llegan a profesores, y yo debería ser el primero en la cola para la medalla y todos los distintivos que se le pudieran añadir por las desgracias resultantes.

Podría achacar culpas. Una infancia desgraciada no se produce sin más. La producen. Existen fuerzas oscuras. Si he de achacar culpas, habrá de ser con espíritu de perdón. Por tanto, perdono a todos los siguientes: al papa Pío XII; a los ingleses en general y al rey Jorge VI en particular; al cardenal MacRory, que gobernaba Irlanda cuando yo era niño; al obispo de Limerick, que, según parecía, creía que todo era pecado; a Eamonn de Valera, primer ministro (Taoiseach) y presidente que fue de Irlanda. El señor De Valera era un medio español fanático del gaélico (estofado irlandés con cebolla española), que encargó a todos los maestros de Irlanda que nos inculcaran la lengua autóctona y nos quitaran la curiosidad a golpes. Nos provocó horas de sufrimiento. Veía con desdén e indiferencia los cardenales que producían las varas de los maestros en nuestros jóvenes

cuerpos. También perdono al cura que me expulsó del confesionario cuando le confesé los pecados de la masturbación y los robos de peniques del bolso de mi madre. Dijo que no daba muestras del debido propósito de enmienda, sobre todo en los pecados de la carne. Y aunque era cierto, su negativa a concederme la absolución puso mi alma en tal peligro, que si al salir de la iglesia me hubiera aplastado un camión, él habría sido responsable de mi condenación eterna. Perdono a diversos maestros brutales que me levantaran del asiento por las patillas, que me vapulearan regularmente con vara, correa y palmeta cuando vacilaba al dar las respuestas del catecismo o cuando no era capaz de dividir mentalmente 937 entre 739. Mis padres y otras personas mayores me decían que todo era por mi propio bien. Les perdono esas hipocresías galopantes, mientras me pregunto dónde están en estos momentos. ¿En el cielo? ¿En el infierno? ¿En el purgatorio (si es que existe todavía)?

Hasta puedo perdonarme a mí mismo, aunque cuando vuelvo la vista atrás a diversas etapas de mi vida suelto un gemido. Qué burro. Qué temores. Qué estupideces. Qué indecisiones e irresoluciones.

Pero después vuelvo a mirar. Me había pasado la infancia y la adolescencia haciendo examen de conciencia y encontrándome en estado perpetuo de pecado. Ésa fue la formación, el lavado de cerebro, el condicionamiento, y desincentivaba los sentimientos de satisfacción con uno mismo, sobre todo entre los miembros de la clase pecadora.

Ahora creo llegado el momento de reconocermé al menos una virtud: la terquedad. No tiene tanto *glamour* como la ambición, el talento, el intelecto o el encanto, pero no deja de ser lo único que me sacó adelante a lo largo de los días y las noches.

Scott Fitzgerald dijo que en las vidas americanas no hay segundas partes. Sencillamente, no vivió lo suficiente. En mi caso, se equivocó.

Durante los treinta años que pasé enseñando en los institutos de secundaria de Nueva York, nadie me prestaba la menor atención, salvo mis alumnos. Yo era invisible en el mundo fuera del instituto. Después escribí un libro sobre mi infancia y me convertí en el irlandesito del momento.

Había tenido la ilusión de que el libro sirviera para explicar la historia familiar a los hijos y nietos de los McCourt. Tenía la ilusión de vender unos cuantos centenares de ejemplares, y de que me invitaran quizá a asistir a debates en algunos clubes de lectura. En lugar de ello saltó a la lista de libros más vendidos y se tradujo a treinta idiomas, y me quedé atónito. El libro fue mi segunda parte.

Yo llegué tarde al mundo de los libros, soy un rezagado, un novato. Mi primer libro, *Las cenizas de Ángela*, se publicó en 1996, cuando yo tenía sesenta y seis años. El segundo, *Lo es*, en 1999, cuando tenía sesenta y nueve. A esa edad resulta admirable que tuviera fuerzas siquiera para levantar la pluma. Algunos nuevos amigos míos (adquiridos recientemente, a causa de mi ascensión en las listas de más vendidos) habían publicado libros con veintitantos años. Unos mozalbetes.

Entonces, ¿por qué tardó usted tanto?

Porque estaba enseñando: por eso tardé tanto. No en un colegio universitario ni en una facultad, donde uno tiene todo el tiempo del mundo para escribir y para otras diversiones, sino en cuatro institutos públicos distintos de Nueva York. (He leído novelas que recrean las vidas de catedráticos de universidad, donde parecen tan ocupados con los adulterios y las rencillas académicas que uno se pregunta de dónde sacaban el tiempo para ejercer además un poco la enseñanza). Cuando impartes cinco clases de instituto al día, cinco días por semana, no vuelves a casa con la idea de despejarte la cabeza y crear prosa inmortal. Después de cinco clases, tienes la cabeza llena del barullo del aula.

Nunca esperé que mi libro *Las cenizas de Ángela* llamase la atención; pero cuando llegó a las listas de libros más vendidos, me convertí en el niño mimado de los medios de comunicación. Me retrataban centenares de veces. Era una novedad de la tercera edad con acento irlandés. Me entrevistaron para docenas de publicaciones. Conocí a gobernadores, alcaldes, actores. Conocí al presidente Bush padre, y a su hijo el gobernador de Texas. Conocí al presidente Clinton y a Hillary Rodham Clinton. Conocí a Gregory Peck. Conocí al Papa y le besé el anillo. Me entrevistó Sarah, duquesa de York. Me dijo que yo era el primer premio Pulitzer que entrevistaba. Yo le dije que ella era la primera duquesa que conocía. Ella

dijo «ooh», y preguntó al cámara: «¿Has grabado eso? ¿Has grabado eso?». Me nominaron para el Grammy en la categoría de palabra hablada, y estuve a punto de conocer a Elton John. La gente me miraba de manera distinta. Me decían: «Oh, usted es el que escribió ese libro... pase por aquí, señor McCourt, tenga la bondad» o «¿le apetece cualquier cosa, lo que sea?». Una mujer se me quedó mirando fijamente en una cafetería y me dijo: «Yo le he visto a usted en la tele. Debe de ser alguien importante. ¿Quién es usted? ¿Me da un autógrafo?». La gente me escuchaba. Me pidieron opinión sobre Irlanda, la conjuntivitis, la bebida, el cuidado de los dientes, la educación, la religión, la angustia de los adolescentes, William Butler Yeats, la literatura en general. «¿Qué libros está leyendo este verano? ¿Qué libros ha leído este año?». El catolicismo, el arte de la escritura, el hambre. Hablé ante convenciones de dentistas, de abogados, de oftalmólogos y, por supuesto, de profesores. Viajé por el mundo en calidad de irlandés, en calidad de profesor, de autoridad especializada en las desgracias de todo tipo, una luz de esperanza para las personas mayores de todas partes que siempre habían querido contar su vida.

De *Las cenizas de Ángela* hicieron una película. En Estados Unidos, escribas lo que escribas, siempre se habla de la película. Aunque escribieras la guía de teléfonos de Manhattan, te preguntarían: «Eh, ¿para cuándo la película?».

Si no hubiera escrito *Las cenizas de Ángela*, habría muerto suplicando: «Sólo un año más, Dios mío, sólo un año más, porque este libro es la única cosa que quiero hacer en la vida, en lo que me queda de vida». Nunca soñé con que se convirtiera en un *best seller*. Había albergado la esperanza de que estaría en los estantes de las librerías mientras yo acechaba por los pasillos para ver a las mujeres hermosas pasar las páginas y verter alguna que otra lágrima. Comprarían el libro, desde luego, se lo llevarían a su casa y leerían mi historia echadas en un diván y tomándose una infusión o un buen jerez. Encargarían ejemplares para todas sus amigas.

En *Lo es* escribí sobre mi vida en Estados Unidos y sobre cómo me hice profesor. Cuando se publicó, me quedó una sensación pertinaz de que había despachado con demasiada facilidad el tema de la enseñanza. En Estados Unidos se admira y se premia a los médicos, a los abogados, a los

generales, a los actores, a la gente de la televisión y a los políticos. No a los profesores. La enseñanza es la fregona de las profesiones. A los profesores se les dice que entren por la puerta de servicio o por la parte de atrás. Se les felicita por tener TTL (Tanto Tiempo Libre). Se habla de ellos con condescendencia y se les dan palmaditas, *a posteriori*, en las canas. «Ah, sí, yo tenía una profesora de Lengua Inglesa, la señorita Smith, que me inspiró mucho. No olvidaré jamás a la buena señorita Smith. Solía decir que si en sus cuarenta años de enseñanza conseguía llegar al corazón de un chico, todo le habría valido la pena. Moriría feliz». Luego, la profesora de Lengua Inglesa que nos inspiró se difumina entre sombras grises para subsistir el resto de sus días con una pensión mezquina, soñando con ese chico al que podía haber llegado. Sigue soñando, profesora. No te rendirán homenaje.

Piensas que entrarás en el aula, te quedarás parado un momento, esperarás a que se haga el silencio, les verás abrir los cuadernos y preparar los bolígrafos, les dirás tu nombre, lo escribirás en la pizarra, te pondrás a enseñar.

Tienes en tu mesa el programa de Lengua Inglesa que te ha proporcionado el centro. Les enseñarás ortografía, vocabulario, gramática, comprensión lectora, redacción, literatura.

No ves el momento de llegar a la literatura. Mantendréis debates animados sobre poesías, obras de teatro, ensayos, novelas, relatos cortos. Las manos de los ciento setenta estudiantes vibrarán en el aire, y ellos exclamarán «señor McCourt, yo, yo, quiero decir algo».

Tienes la esperanza de que querrán decir algo. No quieres que se te queden mirando embobados mientras te esfuerzas desesperadamente por mantener viva la lección.

Devorarás con deleite los corpus de la literatura inglesa y estadounidense. Qué bien lo pasarás con Carlyle y Arnold, con Emerson y Thoreau. No ves el momento de llegar a Shelley, Keats y Byron, y al bueno de Walt Whitman. A tus clases les encantará todo ese romanticismo y rebelión, todo ese desafío. A ti mismo te encantará, porque muy dentro de ti

y en tus sueños, eres un romántico desenfrenado. Te ves a ti mismo en las barricadas.

Los directores y otras figuras de autoridad que pasen por los pasillos oirán ruidos de emoción en tu aula. Mirarán por la venta nula de la puerta, asombrados al ver tantas manos levantadas, interés y emoción en las caras de esos chicos y chicas, de esos fontaneros, electricistas, esteticistas, carpinteros, mecánicos, mecanógrafas, torneros.

Te nominarán para recibir premios: Profesor del Año, Profesor del Siglo. Te invitarán a Washington. Eisenhower te dará la mano. Los periódicos te pedirán a ti, un simple profesor de secundaria, tu opinión sobre la educación. Esto será un notición: a un profesor de secundaria le piden su opinión sobre la educación. Caray. Saldrás en la televisión.

En la televisión.

Figúrate: un profesor de secundaria en la televisión.

Te llevarán en avión a Hollywood, donde saldrás en películas sobre tu propia vida. Comienzos humildes, niñez miserable, problemas con la Iglesia (a la que plantaste cara con valor), imágenes de ti mismo solitario en un rincón, leyendo a la luz de una vela a Chaucer, Shakespeare, Austen, Dickens. Tú estás allí en el rincón, abriendo con dificultad tus pobres ojos enfermos, leyendo valerosamente hasta que tu madre te quita la vela, te dice que si no lo dejas se te van a caer los ojos de la cara. Tú le suplicas que te devuelva la vela, que sólo te quedan cien páginas para terminar *Dombey e hijo*, y ella te dice: «No, no quiero tener que hacerte de lazarillo por Limerick y que la gente me pregunte cómo es que te has quedado ciego si hace un año estabas dando patadas a una pelota como el que más».

Tú dices que sí a tu madre porque conoces la canción:

*El amor de una madre es una bendición
vayas por donde vayas
cuídala mientras la tengas
la echarás de menos cuando falte.*

Además, cómo ibas a replicar a una madre de película, representada por alguna de esas actrices irlandesas mayores, Sarah Ailgood o Una O'Connor, con esas lenguas mordaces y esas caras de sufrimiento. Tu madre de verdad

también tenía una buena cara de pesadumbre, pero nada como verla en la gran pantalla, en blanco y negro o a todo color.

A tu padre podría representarlo Clark Gable, sólo que *a)* a lo mejor no era capaz de reproducir el acento del norte de Irlanda que tenía tu padre, y *b)* sería caer muy bajo después de *Lo que el viento se llevó*, que, como recuerdas, estuvo prohibida en Irlanda, según se dice, porque Rhett Butler llevaba en brazos a Scarlett, su propia esposa, escaleras arriba y hasta la cama, lo que inquietó a los censores cinematográficos de Dublín y les hizo prohibir la película entera. No; haría falta otra persona para representar el papel de tu padre, porque los censores irlandeses estarían vigilando con atención, y tú te llevarías una gran desilusión si a la gente de Limerick, tu ciudad, y a la del resto de Irlanda les privaran de la oportunidad de ver la historia de tu infancia desgraciada y tu subsiguiente triunfo como profesor y estrella del cine.

Pero la historia no terminaría allí. La verdadera historia sería la de cómo, al final, te resististe a los cantos de sirena de Hollywood; la de cómo, después de noches de ser obsequiado con cenas, vinos, fiestas e invitaciones al lecho de las estrellas femeninas, consagradas y en ciernes, descubriste la vacuidad de sus vidas, cómo te abrían sus corazones recostadas sobre diversas almohadas de satén, cómo las escuchabas con punzadas de remordimiento cuando manifestaban su admiración por ti, porque tú, por tu entrega a tus estudiantes, te habías convertido en un ídolo y en un símbolo en Hollywood, cómo ellas, las estrellas femeninas encantadoras, consagradas y en ciernes, lamentaban haber ido por el mal camino, abrazando la vacuidad de sus vidas en Hollywood, sabiendo que, si renunciaban a todo aquello, podrían disfrutar a diario de la integridad de enseñar a los futuros artesanos, tenderos y mecanógrafas de América. Qué sensación debe dar, te dirían, despertarse por la mañana, saltar alegremente de la cama, sabiendo que tienes por delante todo un día en el que harás una labor santa con la juventud de América, satisfecho con tu escasa remuneración, pues tu verdadera recompensa es el brillo de agradecimiento en los ojos atentos de tus estudiantes cuando te entregan los regalos que te envían sus padres, agradecidos y llenos de admiración: galletas, pan y pasta caseros, y de vez en cuando una botella de vino de las parras que tienen en

el patio trasero las familias italianas, las madres y los padres de tus ciento setenta alumnos del Instituto de Formación Profesional y Técnico McKee, en el distrito de Staten Island, de la ciudad de Nueva York.

PRIMERA PARTE

El camino de la pedagogía es largo

1

Ya llegan.

Y yo no estoy preparado.

¿Cómo iba a estarlo?

Soy un profesor nuevo, y estoy aprendiendo con la práctica.

El primer día de mi carrera profesional como enseñante estuvieron a punto de despedirme por haberme comido el bocadillo de un chico de secundaria. El segundo día estuvieron a punto de despedirme por haber mencionado la posibilidad de mantener relaciones amistosas con una oveja. Aparte de esto, en los cerca de treinta años que pasé en las aulas de secundaria de Nueva York no pasó nada extraordinario. Yo dudaba a menudo de si debía estar allí siquiera. Al final me preguntaba cómo había aguantado tanto.

Estamos en marzo de 1958. Estoy sentado tras mi mesa en un aula vacía del Instituto de Formación Profesional y Técnico McKee, en el distrito de Staten Island, en la ciudad de Nueva York. Jugueteo con los instrumentos de mi nuevo oficio: cinco carpetas de papel fuerte, una para cada clase; un manojito de anillas de goma que se deshacen; un bloc de papel marrón, fabricado en tiempo de guerra y salpicado de motas de los ingredientes con que lo hicieron; un borrador de pizarra desgastado; un taco de fichas blancas que introduciré, por filas, en las ranuras de este archivador rojo descabalado para que me ayuden a recordar los nombres de ciento sesenta y tantos chicos y chicas que se sentarán en filas todos los días, en cinco clases

diferentes. En las fichas anotaré sus faltas de asistencia y sus retrasos, y haré pequeñas marcas cuando los chicos y las chicas hagan cosas malas. Me dicen que debo tener un bolígrafo rojo para las cosas malas, pero el centro no me ha proporcionado ninguno, y ahora tengo que pedir uno con un impreso o comprarlo en una tienda, porque el bolígrafo rojo para anotar las cosas malas es el arma más poderosa del profesor. Hay muchas cosas que tendré que comprar en una tienda. En los Estados Unidos de Eisenhower hay prosperidad, pero ésta no llega a los centros de enseñanza, al menos a los profesores nuevos que necesitan materiales para sus clases. Hay una nota de un director adjunto encargado de la administración que recuerda a todos los profesores las estrecheces de las arcas municipales y pide encarecidamente que se utilicen estos suministros con moderación. Esta mañana tengo que tomar decisiones. El timbre sonará dentro de un momento. Ellos entrarán en tropel y ¿qué dirán si me ven sentado tras la mesa? «Eh, mirad. Se esconde». Son expertos en profesores. Si te sientas tras la mesa das a entender que tienes miedo o que eres perezoso. Te estás sirviendo de la mesa como de una barrera. Es mejor ponerte de pie y salir al frente. Planta cara. Sé hombre. Si cometes un solo error en tu primer día, tardarás meses en recuperarte.

Los chicos que llegan son alumnos de segundo de secundaria, tienen dieciséis años, llevan once años en la escuela, desde el jardín de infancia hasta hoy. Así que han visto pasar profesores de todo tipo: viejos, jóvenes, duros, amables. Los chicos observan, escrutinan, juzgan. Entienden el lenguaje corporal, el tono de voz, el semblante en general. Tampoco es que se sienten en corrillos en los servicios o los comedores para comentar estas cosas. Simplemente, las han ido absorbiendo a lo largo de once años, las pasan a las generaciones siguientes. «Ojo con la señorita Boyd —dicen—. Deberes, chico, deberes..., y los corrige. Los corrige. Como no está casada, no tiene otra cosa que hacer. Procura siempre tener profesoras casadas, con hijos. Ésas no tienen tiempo para sentarse con papeles y libros. Si a la señorita Boyd se la tiraran con regularidad, no mandaría tantos deberes. Se queda allí sentada, en su casa, con su gato, oyendo música clásica, corrigiendo nuestros deberes, fastidiándonos. Otros profesores no son así. Te mandan un montón de deberes, comprueban si los has entregado, ni

siquiera los miran. Les puedes copiar una página de la Biblia, y ellos te escriben en lo alto de la página: “Muy bien”. La señorita Boyd no es así. Te pillan al momento. “Perdona, Charlie, ¿esto lo has escrito tú mismo?”. Y tienes que reconocer que no, que no lo has escrito tú, y ya la has cagado, tío».

Llegar temprano es un error; te deja demasiado tiempo para pensar en lo que te espera. ¿De dónde he sacado yo el valor de crearme capaz de poder con los adolescentes norteamericanos? Ha sido por ignorancia. Por eso he tenido el valor. Es la era de Eisenhower, y los periódicos hablan del gran descontento de los adolescentes norteamericanos. Son «los hijos perdidos de los hijos perdidos de la generación perdida». Las películas, los musicales, los libros, nos hablan de su descontento: *Rebelde sin causa*, *Rebelión en las aulas*, *West Side Story*, *El guardián entre el centeno*. Sueltan discursos desesperados. La vida no tiene sentido. Todos los adultos son unos farsantes. ¿De qué sirve la vida, en todo caso? No tienen ninguna ilusión por el futuro, ni siquiera una guerra propia en la que puedan matar a indígenas en lugares remotos para luego desfilar por Broadway bajo una lluvia de serpentinas, con medallas y cojeras que despierten la admiración de las chicas. De nada les sirve quejarse a sus padres, que acaban de hacer una guerra, ni a sus madres, que esperaban a los padres mientras éstos hacían la guerra. Los padres dicen: «A callar. Déjame en paz. Tengo una libra de metralla en el culo, y no estoy para que me vengas a chincar y lloriquear tú, con la tripa llena y el armario abarrotado de ropa. Caray, cuando yo tenía tu edad iba a trabajar a un desguace, antes de pasar a trabajar en los muelles para poder mandarte a la escuela, desgraciado. Vete a reventarte las condenadas espinillas y déjame leer el periódico».

Hay tanto descontento entre los adolescentes, que forman bandas y tienen peleas con otras bandas; no se trata de escaramuzas como las que se ven en las películas, con amores imposibles y fondo de música dramática, sino peleas rabiosas en las que se gruñen e insultan mutuamente, en las que los italianos, los negros, los irlandeses y los puertorriqueños se atacan con cuchillos, cadenas, bates de béisbol, en Central Park y Prospect Park, y manchan la hierba con su sangre, que siempre es roja, venga de donde venga. Y si hay una muerte, la opinión pública se indigna y se lanzan

acusaciones de que estas cosas tan terribles no pasarían si los centros de enseñanza y los profesores estuvieran haciendo su trabajo como es debido. Hay patriotas que dicen: «Si estos chicos tienen tiempo y energía para luchar entre sí, ¿por qué no podemos enviarlos al extranjero a luchar contra los malditos comunistas, y así arreglamos el problema de una vez para todas?».

Muchos consideraban los institutos de formación profesional como vertederos para arrojar en ellos a los estudiantes que no estaban capacitados para asistir a los institutos de enseñanza secundaria. Eso era esnobismo. Al público no le importaba que miles de jóvenes quisieran ser mecánicos de automóviles, esteticistas, torneros, electricistas, fontaneros, carpinteros. No querían perder el tiempo con la Reforma, la Guerra de 1812, Walt Whitman, la apreciación artística, la vida sexual de la mosca de la fruta.

Pero, hombre, si hay que hacerlo, lo haremos. Nos sentaremos en esas clases que no tienen nada que ver con nuestras vidas. Trabajaremos en nuestros talleres, donde aprendemos lo que es el mundo real, e intentaremos ser amables con los profesores y salir de aquí al cabo de cuatro años.

Ya están aquí. La puerta da un golpe contra la repisa de la pizarra, levanta una nube de polvo de tiza. Entrar en un aula es toda una operación. ¿No podrían entrar tranquilamente en el aula, dar los buenos días y sentarse? Oh, no. Tienen que darse empujones y codazos. Uno dice «eh» con tono de amenaza humorística, y otro le replica «eh». Se insultan mutuamente, no prestan atención al timbre que anuncia el principio de la clase, tardan lo suyo en sentarse. «Qué bien, nena, mira, ahí hay un profesor nuevo, y los profesores nuevos no saben una mierda. ¿Qué? ¿El timbre? ¿Profesor? Un tipo nuevo. ¿Quién es? ¿Qué más da?». Hablan con amigos desde el otro extremo del aula, se repantigan en pupitres demasiado pequeños para ellos, estiran las piernas, se ríen si hacen tropezar a alguien. Miran por la ventana, a la bandera estadounidense que está por encima de mi cabeza o a los retratos que pegó a las paredes la señorita Mudd, ya jubilada, retratos de Emerson, Thoreau, Whitman, Emily Dickinson y (¿cómo habrá venido a parar aquí?) de Ernest Hemingway. Es la portada de la revista *Life*, y esa

foto está por todas partes. Graban sus iniciales con cortaplumas en los pupitres, declaraciones de amor con corazones y flechas junto a las tallas hechas hace mucho tiempo por sus padres y sus hermanos. Algunos pupitres viejos están tallados tan profundamente que puedes verte las rodillas por los agujeros donde había corazones y nombres. Las parejas se sientan juntas, cogidas de la mano, susurran y se miran a los ojos mientras tres chicos, apoyados en los armarios del fondo, cantan *doo-wop*, bajo, barítono y agudos, hombre, chascan los dedos, dicen al mundo que no son más que adolescentes enamorados.

Entran en el aula a empujones cinco veces al día. Cinco clases, de treinta a treinta y cinco en cada clase. ¿Adolescentes? En Irlanda los veíamos en las películas norteamericanas, tristes, malhumorados, paseándose en coches, y nos preguntábamos por qué estaban tristes y malhumorados. Tenían comida, ropa y dinero, y aun así seguían hablando mal a sus padres. En Irlanda no había adolescentes, al menos en mi mundo. Eras niño. Ibas a la escuela hasta los catorce años. Si hablabas mal a tus padres, te daban tal sopapo en la jeta que te mandaban al otro lado de la habitación. Te hacías mayor, empezabas a trabajar de obrero, te casabas, te bebías tu pinta los viernes por la noche, esa misma noche te tirabas a tu mujer y la tenías preñada constantemente. A los pocos años emigrabas a Inglaterra para trabajar en la construcción o para alistarte en las fuerzas de Su Majestad y luchar por el Imperio.

El problema del bocadillo empezó cuando un chico llamado Petey dijo en voz alta:

—¿Alguien quiere un bocadillo de mortadela?

—¿Estás de broma? Tu madre debe de odiarte si te da bocadillos así.

Petey arrojó su bolsa de bocadillo de papel marrón al que lo había criticado, Andy, y toda la clase lo aclamó. Pelea, pelea, decían. Pelea, pelea. La bolsa aterrizó en el suelo, entre la pizarra y el pupitre de Andy, en la primera fila.

Salí de detrás de mi mesa y proferí el primer sonido de mi carrera profesional como enseñante: «Eh». Después de cuatro años de estudios

superiores en la Universidad de Nueva York, lo único que se me ocurría decir era «eh».

Volví a decirlo. «Eh».

No me hicieron caso. Estaban ocupados azuzando la pelea que serviría para matar el tiempo y para evitar que yo impartiera la clase que hubiera tenido pensado impartir. Me acerqué a Petey y dije mi primera frase como profesor: «Dejad de tirar bocadillos». Petey y los demás dieron muestras de sorpresa. Este profesor, un profesor nuevo, acaba de detener una buena pelea. Se supone que los nuevos profesores no deben meterse en lo que no les importa, o que deben llamar al director o a un bedel, que tardan siglos en venir. Lo que significa que, mientras se les espera, se puede tener una buena pelea. Además, ¿qué se puede hacer con un profesor que te dice que dejes de tirar bocadillos cuando ya has tirado el bocadillo?

Benny dijo en voz alta desde el fondo del aula: «Oiga, profe, ya ha *tirao* el bocata. ¿Para qué le dice ahora que no tire el bocata? El bocata ya está en el suelo».

La clase rió. No hay en el mundo cosa más tonta que un profesor que te dice que no hagas una cosa cuando ya la has hecho. Un chico se cubrió la boca con la mano y dijo «Estúpido», y yo supe que lo decía por mí. Me dieron ganas de derribarlo de un golpe, pero aquello habría sido el fin de mi carrera docente. Además, la mano con que se cubría la boca era enorme, y el pupitre le venía pequeño.

Alguien dijo: «Eh, Benny, ¿es que eres abogado o algo así?». Y la clase volvió a reírse. «Eso, eso», dijeron, y se pusieron a esperar mi reacción. ¿Qué hará este profesor nuevo?

Los profesores de pedagogía de la Universidad de Nueva York nunca hablaban en sus lecciones de cómo resolver las situaciones de bocadillos voladores. Hablaban de teorías y filosofías de la educación, de imperativos morales y éticos, de la necesidad de dirigirse a todo el niño, de la gestalt, nada menos, las necesidades percibidas del niño, pero nunca de los momentos críticos en el aula.

¿Debo decir: «Eh, Petey, ven aquí y recoge este bocadillo, o te vas a enterar»? ¿Debo recogerlo yo mismo y tirarlo a la papelera, para mostrar mi

desprecio hacia las personas que tiran bocadillos mientras millones de personas se mueren de hambre en todo el mundo?

Era preciso que reconocieran que ahí mandaba yo, que era un tipo duro, que no estaba dispuesto a aguantar sus chorradas.

El bocadillo, envuelto en papel de estraza, estaba casi fuera de la bolsa, y el aroma me indicó que ahí había algo más que mortadela. Lo recogí y lo saqué de su envoltorio. No era un bocadillo corriente, de ésos en que se mete sin más el embutido entre dos rebanadas de insípido pan blanco norteamericano. Aquél era un pan grueso y moreno, cocido en Brooklyn por una madre italiana, un pan lo bastante firme para sostener lonchas de una rica mortadela, guarnecida con lonchas de tomate, cebolla y pimientos, bañada en aceite de oliva y sazonada con un aderezo delicioso.

Me comí el bocadillo.

Ése fue mi primer acto de gestión del aula. Mi boca llena de bocadillo concitó la atención de la clase. Me miraron pasmados, treinta y cuatro chicos y chicas, de dieciséis años de edad media. Vi la admiración reflejada en sus ojos: era la primera vez en su vida que un profesor recogía un bocadillo del suelo y se lo comía delante de todo el mundo. El hombre del bocadillo. Cuando yo era niño, en Irlanda, admirábamos a un profesor que todos los días pelaba una manzana y se la comía, y premiaba a los niños buenos entregándoles la peladura. Estos chicos miraban cómo me resbalaba el aceite por la barbilla y me goteaba en la corbata de dos dólares de los almacenes Klein-on-the-square.

—Oiga, profesor, se ha comido mi bocadillo —dijo Petey.

—Cállate —le dijo la clase—. ¿No ves que el profesor está comiendo?

Me chupé los dedos. Dije «ñam», hice una bola con la bolsa y el papel de estraza y la tiré a la papelera. La clase me aclamó. «Uau», dijeron, y «sí, nena», y «ti-í-í-í-o». «¿Habéis visto? Se come el bocadillo. Acierta en la papelera. Uau».

¿De manera que esto es enseñar? Sí, uau, me sentí como un campeón. Me había comido el bocadillo y había acertado en la papelera. Me sentí capaz de hacer cualquier cosa con esa clase. Me parecía que los tenía en un puño. Eso estaba bien, sólo que no sabía qué hacer a continuación. Yo estaba allí para enseñar, y me preguntaba cómo pasar de una situación de

bocadillo a la ortografía o la gramática o la estructura del párrafo o a cualquier cosa relacionada con la materia que se suponía que yo iba a enseñar, Lengua Inglesa.

Mis alumnos siguieron sonriendo hasta que vieron la cara del director enmarcada en la ventanilla de la puerta. Las cejas pobladas subidas hasta la mitad de la frente indicaban interrogación. Abrió la puerta y me invitó a salir con un gesto.

—¿Hablamos un momento, señor McCourt?

Petey susurró:

—Oiga, señor, no se preocupe por el bocadillo. Yo no lo quería, de todas maneras.

La clase dijo «eso, eso» dando a entender que estarían de mi parte si tenía problemas con el director: fue mi primera experiencia de la solidaridad entre profesor y alumno. Aunque tus alumnos estuvieran perdiendo el tiempo y protestando en el aula, en cuanto aparecía un director o cualquier otra persona de fuera había una unidad inmediata, un frente unido.

Cuando salí al pasillo, me dijo:

—Estoy seguro de que entiende, señor McCourt, que no causa buena impresión que los profesores se coman el almuerzo a las nueve de la mañana, en el aula y delante de estos chicos y chicas. ¿Su primera experiencia como profesor, y usted opta por empezarla comiéndose un bocadillo? ¿Le parece un acto adecuado, joven? Aquí no tenemos esa costumbre, da mala impresión a los niños. Lo entiende, ¿verdad? Piense los problemas que tendríamos si los profesores lo dejaran todo y empezaran a comerse sus almuerzos en clase, sobre todo por la mañana, cuando todavía es hora de desayunar. Demasiados problemas tenemos con los chicos que toman bocados a escondidas durante las clases de la mañana, atrayendo cucarachas y diversos roedores. Se han expulsado ardillas de estas aulas, y no le digo nada de las ratas. Si no estuviésemos atentos, estos chicos y algunos profesores, sus colegas, joven, convertirían la escuela en un gran comedor.

Me dieron ganas de decirle la verdad sobre el bocadillo y lo bien que había llevado la situación, pero podría haber supuesto el fin de mi trabajo

de profesor. Quise decirle: «Mire usted, no era mi almuerzo. Era el bocadillo de un chico que se lo tiró a otro chico, y yo lo recogí porque soy nuevo aquí y pasó esto en mi clase y en las asignaturas de la universidad no nos enseñaron nada sobre bocadillos, lanzamiento y recuperación de. Sé que me comí el bocadillo, pero lo hice por desesperación, o para enseñar a la clase una lección sobre el derroche y mostrarles quién mandaba allí, o, joder, me lo comí porque tenía hambre. Prometo que no lo volveré a hacer, por miedo a perder este buen trabajo, aunque ha de reconocer usted que la clase estaba callada. Si ésa es la manera de ganarse la atención de los chicos de un instituto de formación profesional, debería usted encargarse un montón de bocadillos de mortadela para las cuatro clases que todavía me quedan hoy por delante».

No dije nada.

El director dijo que había venido para ayudarme, porque, ja, ja, le había dado la impresión de que podía hacerme falta mucha ayuda.

—Reconozco que se ganó toda su atención —dijo—. De acuerdo; pero pruebe a conseguirlo de una manera menos aparatosa. Pruebe a enseñar. Para eso está aquí, joven. Para enseñar. Ahora tiene que recuperar el terreno perdido. Eso es todo. Nada de comer en clase, ni profesores ni alumnos.

Yo dije «sí, señor», y él me invitó a entrar de nuevo en el aula con un gesto.

—¿Qué le ha dicho? —me preguntaron los alumnos.

—Me ha dicho que no debo almorzar en el aula a las nueve de la mañana.

—No estaba almorzando.

—Ya lo sé, pero me vio con el bocadillo y me dijo que no volviera a hacerlo.

—Hombre, eso es una injusticia.

—Le diré a mi madre que su bocadillo le ha gustado —dijo Petey—. Le diré que se ha metido usted en un buen lío por su bocadillo.

—Está bien, Petey, pero no le digas que lo tiraste.

—No, no. Me mataría. Es siciliana. Los de allí, de Sicilia, se acaloran mucho.

—Dile que era el bocadillo más rico que he comido en mi vida, Petey.

—Vale.

Mea culpa.

En vez de enseñar, les conté historias.

Lo que fuera, con tal de tenerlos callados y quietos en sus asientos.

Ellos creían que yo estaba enseñando.

Yo creía que estaba enseñando.

Estaba aprendiendo.

¿Y usted se consideraba profesor?

Yo no me consideraba nada. Era más que un profesor. Y menos. En el aula del instituto eres sargento instructor, rabino, paño de lágrimas, ordenancista, cantante, erudito de poca monta, administrativo, árbitro, payaso, consejero, controlador de vestuario, director de orquesta, apologista, filósofo, colaborador, bailarín de claqué, político, psicoterapeuta, bufón, guardia de tráfico, sacerdote, madre-padre-hermano-hermana-tío-tía, contable, crítico, psicólogo, el último asidero.

En el comedor de profesores, los veteranos me advertían:

—Hijo, no les cuentes nada de ti mismo. Son chicos, maldita sea. Tú eres el profesor. Tienes derecho a la intimidad. Ya conoces el juego, ¿no? Esos cabroncetes son diabólicos. No son, repito, no son tus aliados naturales. Cuando te dispones a enseñarles una lección de verdad sobre gramática o algo así, ellos se lo huelen y te salen al paso, muchacho. No los pierdas de vista. Esos chicos llevan años con esto, once o doce años, y ya les han encontrado las cosquillas a los profesores. Si piensas siquiera en la gramática o la ortografía, ellos se dan cuenta y levantan las manitas y adoptan esa expresión suya de interés y te preguntan qué juegos te gustaban de pequeño, o quién crees que va a ganar la condenada Serie Mundial. Ah, sí. Y tú caes en la trampa. Al cabo de un momento les estás soltando todo, y ellos se van a sus casas sin saber lo que es una oración gramatical ni de lejos, pero contando tu vida a sus padres. Tampoco es que les importe. Ellos saldrán adelante, pero ¿en qué situación quedas tú? No podrás recuperar nunca los pedazos de tu vida que se les quedan en las cabecitas. Es tu vida, hombre. Es lo único que tienes. No les cuentes nada.

El consejo cayó en saco roto. Yo aprendí por prueba y error, y pagué el precio. Tuve que encontrar mi propia manera de ser hombre y profesor, y precisamente con eso estuve luchando durante los treinta años que frecuenté las aulas de Nueva York. Mis alumnos no sabían que allí delante tenían a un hombre que huía de una crisálida de historia irlandesa y catolicismo, dejando por todas partes pedazos de esa crisálida.

Mi vida me salvó la vida. En mi segundo día en el instituto McKee, un chico me hace una pregunta que me retrotrae al pasado, y que tiñe mi manera de enseñar durante los treinta años siguientes. Me envía de un empujón al pasado, a los materiales de mi vida.

—Eh, profe —dice en voz alta Joey Santos.

—No debes hablar en voz alta. Debes levantar la mano.

—Ya, ya —dijo Joey—, pero...

Tienen una manera de decir «ya, ya» que te da a entender que apenas te toleran. Con ese «ya, ya» te están diciendo: «Estamos procurando tener paciencia contigo, tío, te estamos dando una oportunidad porque no eres más que un profesor nuevo».

Joey levanta la mano.

Oiga, profe.

—Llámame «señor McCourt».

Sí. Vale. O sea, ¿es usted escocés o algo así?

Joey es el portavoz. En todas las clases hay uno, además del protestón, el payaso, el buenecito, la reina de belleza, el voluntario para todo, el atleta, el intelectual, el niño de mamá, el místico, el blandengue, el enamorado, el crítico, el pelmazo, el fanático religioso que ve pecados por todas partes, el meditabundo que se sienta al fondo mirando fijamente su pupitre, el santo que ve el bien en todas las criaturas. La misión del portavoz es hacer preguntas, preguntar lo que sea con tal que el profesor no imparta la aburrida lección. Aunque soy un profesor nuevo, comprendo la táctica de perder tiempo de Joey. Es universal. Yo también la aplicaba en Irlanda. Era el portavoz de mi clase en la Escuela Nacional Leamy. El profesor escribía

en la pizarra un problema de álgebra o una conjugación de irlandés y los chicos me susurraban:

—Pregúntale algo, McCourt. Distráelo de la maldita lección. Venga, venga.

Yo decía:

—Señor profesor, ¿tenían álgebra en Irlanda en los tiempos antiguos?

El señor O'Halloran me apreciaba, buen chico, letra clara, siempre educado y obediente. Dejaba la tiza y, al ver cómo se sentaba tras su mesa y la calma con que respondía, se advertía cuánto le agradaba librarse del álgebra y la sintaxis irlandesa. Decía:

—Muchachos, tenéis todo el derecho del mundo a estar orgullosos de vuestros antepasados. Mucho antes que los griegos, incluso que los egipcios, vuestros ancestros de esta tierra entrañable sabían captar los rayos del sol en lo más crudo del invierno y dirigirlos a las oscuras cámaras interiores durante unos momentos dorados. Conocían los movimientos de los cuerpos celestes, y eso los hacía llegar más allá del álgebra, más allá del cálculo infinitesimal, más allá, muchachos, oh... más allá del más allá.

A veces, en los días cálidos de primavera, se adormecía en su butaca y nosotros nos quedábamos en silencio, los cuarenta, esperando que despertara, sin atrevemos siquiera a salir del aula si seguía dormido cuando llegaba la hora de marcharse a casa.

—No. No soy escocés. Soy irlandés.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es irlandés? —pregunta Joey con aire de sinceridad.

—Irlandés es lo que viene de Irlanda.

—Como san Patricio, ¿verdad?

—Bueno, no, no exactamente.

Esto me lleva a contar la historia de san Patricio, lo que nos libra de la lección de Lengua Inglesa, tan a-b-u-r-r-i-d-a, lo que nos lleva a otras preguntas.

—Oiga, señor. ¿Allá en Irlanda todos hablan inglés?

—¿Qué deportes practicaban?

—¿Son todos católicos, ustedes los de Irlanda?

No consientas que se hagan los dueños del aula. Plántales cara. Muéstrales quién manda ahí. Si no eres firme, caes. No consientas

chorradas. Diles: «Abrid los cuadernos. Es hora de la lista de palabras de ortografía».

—Ay, profesor, ay. Dios, ay, tío. Ortografía, ortografía, ortografía. ¿Es necesario? La lista de palabras de ortografía, tan a-b-u-r-r-i-d-a —suspiran. Fingen darse de cabezazos con los pupitres, hunden la cara entre los brazos cruzados. Suplican permiso para ir al servicio—. Tengo que ir. Tengo que ir. Habíamos creído que era usted un buen tipo, como es joven y todo eso. ¿Por qué todos estos profesores de Lengua Inglesa tienen que hacer lo mismo de siempre? Las mismas lecciones de ortografía de siempre, las mismas lecciones de vocabulario de siempre, la misma mierda de siempre, dicho sea con perdón. ¿No puede contarnos más cosas de Irlanda?

—Oiga, profe... —Joey de nuevo. El portavoz al rescate.

—Joey, ya te he dicho que me llamo señor McCourt, señor McCourt, señor McCourt.

—Ya, ya. Así que, señor, ¿salían ustedes con chicas en Irlanda? —No, maldita sea. Con ovejas. Salíamos con ovejas. ¿Con qué te has creído que salíamos?

La clase estalla. Se ríen, se llevan las manos al pecho, se dan empujones y codazos, hacen como que se caen de sus pupitres. «Este profesor. Está loco, tío. Qué cosas más graciosas dice. Sale con ovejas. Encerrad bien a vuestras ovejas».

—Bien, abrid los cuadernos, por favor. Tenemos que dar una lista de ortografía.

Risas histéricas.

—¿Saldrán las ovejas en la lista? Ay, hombre.

Esa respuesta de listillo ha sido un error. Habrá problemas. El buenecito, el santo y el crítico darán parte, con toda seguridad: «Ay, mamá; ay, papá; ay, señor director, lo que ha dicho hoy el profesor en clase. Cosas feas sobre las ovejas».

No estoy preparado, ni formado, ni dispuesto para hacer esto. Esto no es enseñar. No tiene nada que ver con la literatura inglesa, ni con la gramática, ni con la redacción. ¿Cuándo seré lo bastante fuerte para entrar en el aula, ganarme su atención inmediatamente y ponerme a enseñar? En este instituto hay clases calladas y aplicadas en las que los profesores tienen el mando.

En el comedor, los profesores mayores me dicen: «Sí, cuesta cinco años por lo menos».

Al día siguiente, el director me hace llamar. Está sentado tras su escritorio, hablando por teléfono, fumándose un cigarrillo. Repite:

—Lo siento. No volverá a suceder. Hablaré con la persona en cuestión. Me temo que es un profesor nuevo.

Deja el teléfono.

—Ovejas. ¿Qué es eso de las ovejas?

—¿Ovejas?

—No sé qué voy a hacer con usted. He recibido una queja de que ha dicho «maldita sea» en clase. Ya sé que acaba de desembarcar, que viene de un país rural y que no sabe cómo funcionan las cosas aquí, pero debería tener algo de sentido común.

—No, señor. No acabo de desembarcar. Llevo aquí ocho años y medio, contando los dos que pasé en el Ejército, y sin contar los de mi primera niñez en Brooklyn.

—Bueno, mire. Primero lo del bocadillo, ahora las ovejas. El condenado teléfono que no deja de sonar. Los padres, revolucionados. Yo tengo que cubrirme. Lleva usted dos días en el centro, y dos días que mete la pata. ¿Cómo se las arregla? Si me disculpa la expresión, tiene usted cierta tendencia a joderla. ¿Por qué demonios tuvo que decir a esos chicos lo de las ovejas?

—Lo siento. No dejaban de hacerme preguntas, y yo estaba exasperado. Lo único que hacían era procurar que no les diera la lista de palabras de ortografía.

—¿Eso es todo?

—En, ese momento me pareció que lo de las ovejas tenía algo de gracia.

—Ah, sí, claro. Usted, allí plantado, propugnando el bestialismo. Trece padres exigiendo que lo despidan. Aquí en Staten Island hay gente recta.

—Estaba de broma, nada más.

—No, joven. Nada de bromas aquí. Las bromas tienen su momento y su lugar. Cuando dice algo en clase, lo toman en serio. Usted es el profesor. Si dice que iba con ovejas, se lo tragan todo de pe a pa. No conocen las costumbres sexuales de los irlandeses.

—Lo siento.

—Lo dejaré pasar por esta vez. Diré a los padres que no es más que un inmigrante irlandés recién desembarcado.

—Pero si nací aquí...

—¿Quiere cerrar la boca un momento y escucharme mientras le salvo la vida? ¿Eh? Haré la vista gorda por esta vez. No voy a poner una nota en su expediente. No se imagina lo grave que es que le pongan una nota en su expediente. Si tiene la menor ambición de ascender dentro de este sistema, director, director adjunto, tutor, la nota en el expediente lo frenará. Es el principio de una larga caída.

—Señor, yo no quiero ser director. Lo único que quiero es enseñar.

—Sí, sí. Eso dicen todos. Ya lo superará. Estos chicos le harán encanecer antes de que cumpla los treinta.

Estaba claro que yo no estaba cortado para ser un profesor de esos decididos, que hacían caso omiso de todas las preguntas, peticiones, quejas, para seguir adelante con la lección bien planificada. Eso me habría recordado a aquella escuela de Limerick donde la lección era ley y nosotros no éramos nadie. Yo soñaba con una escuela donde los profesores fueran guías y mentores, en vez de capataces. No tenía ninguna filosofía de la educación concreta, salvo el hecho de que me sentía incómodo con los burócratas, con los de arriba, que habían huido de las aulas sólo para volverse contra los ocupantes de esas aulas, profesores y alumnos, y fastidiarlos. Nunca quise rellenar sus impresos, seguir sus directrices, administrar sus exámenes, tolerar sus intromisiones, ceñirme a sus programas ni a sus planes de estudios.

Si un director hubiera dicho alguna vez: «La clase es suya, profesor. Haga con ella lo que quiera», yo habría dicho a mis alumnos:

—Retirad las sillas. Sentaos en el suelo. Echaos a dormir.

—¿Qué?

—He dicho que os echéis a dormir.

—¿Por qué?

—Deducidlo vosotros mismos mientras estéis acostados en el suelo.

Se tumbarían en el suelo, y algunos se irían quedando dormidos. Habría risitas cuando los chicos se acercaran poco a poco a las chicas. Los

dormidos roncarían suavemente. Yo me tendería con ellos en el suelo y les preguntaría si alguno sabía una nana. Sé que empezaría una chica y que otros la seguirían. Un chico podría decir: «Tío, y si entrara ahora el director. Sí». La nana sigue sonando como un murmullo por el aula. «Señor McCourt, ¿cuándo nos levantamos?». «Cierra el pico, hombre», le dicen, y él cierra el pico. Suena el timbre, y tardan en levantarse del suelo. Salen del aula, relajados y confusos. Por favor, no me pregunten por qué tendría una sesión como ésta. Debe de ser el espíritu inspirador.

2

Si hubieran asistido a mis clases en los primeros tiempos del instituto McKee, habrían visto a un joven flacucho de algo menos de treinta años, de pelo negro revuelto, ojos enrojecidos por una infección crónica, dentadura en mal estado y ese aire de apocamiento que se ve en las fotografías de los emigrantes en la isla de Ellis o en los carteristas cuando los detienen.

El aire de apocamiento tenía sus motivos:

Nací en Nueva York, y me llevaron a Irlanda antes de cumplir los cuatro años. Tenía tres hermanos. Mi padre, alcohólico, hombre descontrolado, gran patriota, siempre dispuesto a morir por Irlanda, nos abandonó cuando yo tenía diez años, casi once. Murió una hermanita recién nacida, murieron dos chicos gemelos, nacieron dos chicos. Mi madre pedía por caridad comida, ropa y carbón para hervir el agua del té. Los vecinos le decían que nos metiera en un orfanato a mis hermanos y a mí. No, no, nunca. Qué vergüenza. Ella aguantó. Nosotros crecimos. Mis hermanos y yo dejamos la escuela a los catorce años, trabajamos, soñábamos con América y, uno tras otro, nos embarcamos. Mi madre nos siguió con el más pequeño, esperando vivir feliz para siempre. Eso es lo que se supone que hace uno en América, pero ella no tuvo jamás un momento de vida-feliz-para-siempre.

En Nueva York trabajé de obrero y jornalero hasta que me reclamó el Ejército de Estados Unidos. Después de pasar dos años en Alemania, fui a la universidad gracias a la ley de estudios para veteranos, con la intención de hacerme profesor. En la universidad había asignaturas de Literatura y de Redacción. Había asignaturas que trataban de cómo enseñar, impartidas por catedráticos que no sabían enseñar.

—Entonces, señor McCourt, ¿cómo fue criarse en, ya sabe, en Irlanda?

Tengo veintisiete años, soy un profesor nuevo que rebusco en mi pasado para dar gusto a estos adolescentes norteamericanos, para que se estén callados y quietos en sus asientos. Nunca se me había ocurrido que mi pasado me resultaría tan útil. ¿Por qué iba a interesarse nadie por mi vida desgraciada? Después comprendí que esto era lo que hacía mi padre cuando nos contaba historias junto a la lumbre. Nos hablaba de aquellos hombres a los que llamaban *seanachies*, que recorrían el país contando los centenares de historias que llevaban en la cabeza. Las gentes les dejaban calentarse a la lumbre, les ofrecían un trago, les daban de comer lo que tuvieran para ellos mismos, escuchaban horas de historias y canciones que parecían inacabables, les daban una manta o un saco para que se abrigaran sobre el lecho de paja en el rincón. Si el *seanachi* e necesitaba amor, podía estar disponible alguna hija entrada en años.

Discuto conmigo mismo: «Estás contando historias, cuando deberías estar enseñando».

«Estoy enseñando. Contar historias es enseñar».

«Contar historias es una pérdida de tiempo».

«No puedo evitarlo. No se me da bien impartir clases». «Eres un farsante. Estás defraudando a nuestros hijos». «No parece que ellos lo crean así».

«Los pobres chicos no entienden».

Soy un profesor en una escuela estadounidense, y cuento historias de mis tiempos de escolar en Irlanda. Es un tratamiento que los ablanda para el caso poco probable de que les enseñe algo tangible del programa de la asignatura.

Cierto día, mi maestro de la escuela dijo en broma que yo parecía un zarrapastroso. Todos los de la clase rieron. El maestro se sonrió con sus grandes dientes caballunos amarillos, y las flemas se le movieron y le repicaron en el gaznate. Mis compañeros interpretaron aquello como una risa, y cuando se rieron con él yo los odié. Odié también al maestro, porque sabía que durante los días venideros a mí me conocerían en el patio de la escuela como «el zarrapastroso». Si el maestro hubiera hecho ese comentario sobre otro chico, yo también me habría reído, porque era tan cobarde como cualquiera, tenía terror a la vara.

En la clase había un chico que no se reía con todos los demás: Billy Campbell. Cuando la clase reía, Billy se quedaba mirando al frente y el maestro lo miraba, esperando que se comportara como todos los demás. Esperábamos que el maestro sacara a Billy de su asiento a tirones, pero nunca lo hizo. Creo que el maestro lo admiraba por su independencia. Yo también lo admiraba y quería tener su valor. No llegué a tenerlo nunca.

Los chicos de aquella escuela irlandesa hacían burla del acento norteamericano que yo había traído de Nueva York. No puedes marcharte de un sitio dejando atrás tu acento, y cuando hacen burla de tu acento no sabes qué hacer, ni qué pensar ni qué sentir, hasta que empiezan a darte empellones y sabes que intentan provocarte. Estás tú solo contra cuarenta chicos de los callejones de Limerick, y no puedes huir, porque si huyes te llamarán mariquita o nenaza durante el resto de tu vida. Te llaman gánster o piel roja, y entonces tú te peleas y te peleas hasta que alguien te da un puñetazo en la nariz y sueltas un chorro de sangre sobre tu única camisa, lo que provoca un enfado terrible a tu madre, que se levantará de su butaca junto a la lumbre y te dará un buen capón por haberte peleado. Es inútil que intentes explicar a tu madre que toda esa sangre la tienes por haber defendido tu acento norteamericano, acento que, de entrada, debes a ella. No; te dirá que ahora tiene que hervir agua y lavarte la camisa ensangrentada y a ver si logra secarla a la lumbre para que puedas ponértela para ir a la escuela al día siguiente. No dice nada del acento norteamericano que de entrada te metió en esos líos. Pero no importa, porque ese acento desaparecerá al cabo de pocos meses para dejar paso, gracias a Dios, a un acento de Limerick del que cualquiera se sentiría orgulloso, menos mi padre.

Mis problemas no habían terminado, por causa de mi padre. Podría creerse que los chicos dejarían de atormentarme con mi acento de Limerick perfecto a los cuatro años de edad, pero no, empiezan a remedar el acento de Irlanda del Norte de mi padre y a decir que es un protestante de alguna especie, y ahora tengo que defenderlo a él, y de nuevo tengo que presentarme en casa ante mi madre con la camisa llena de sangre, y mi madre chilla que si tiene que lavar esta camisa una vez más se le hará pedazos entre las manos, seguro. Lo peor fue cuando no pudo tener seca la

camisa a la mañana siguiente y yo tuve que ponérmela húmeda para ir a la escuela. Cuando volví a casa tenía la nariz taponada y todo el cuerpo me temblaba, húmedo de nuevo, esta vez de sudor. Mi madre se puso fuera de sí y me lloró encima por haber sido mala conmigo y por haberme mandado a la escuela con esa camisa húmeda que cada vez estaba más roja por las peleas. Me acostó y me sepultó bajo un montón de abrigos viejos y bajo la manta de su propia cama, hasta que dejé de temblar y me fui quedando dormido, oyéndola hablar en el piso de abajo con mi padre, diciendo que había sido un día aciago aquél en que se habían marchado de Brooklyn para venirse a que atormentasen a los niños en los patios de las escuelas de Limerick.

Al cabo de dos días volví a la escuela con la camisa, que ahora tenía un color rosado pálido. Los chicos dijeron que el rosa era un color para nenazas, y me preguntaron si era una niña.

Billy Campbell plantó cara al más grande.

—Dejad en paz al yanqui —dijo.

—Ah —dijo el chico grande—. Y ¿quién me va a obligar?

—Yo —dijo Billy, y el chico grande se marchó a jugar al otro lado del patio.

Billy entendía mi problema porque su padre era de Dublín, y a veces los chicos se burlaban hasta de eso.

Yo contaba historias de Billy porque tenía la clase de valor que yo admiraba. Hasta que uno de mis alumnos del McKee levantó la mano y dijo que admirar a Billy estaba muy bien, pero ¿acaso no había plantado cara yo a todo un grupo por mi acento norteamericano, y no debía admirarme a mí mismo? Dije que no, que no había hecho más que lo que tenía que hacer, en vista de que en aquella escuela irlandesa todos me hostigaban y provocaban, pero ese chico de quince años del McKee insistió:

—Tiene que reconocerse el mérito, no demasiado porque eso sería presumir.

Yo dije que de acuerdo, que me reconocería el mérito de haber presentado pelea, aunque no era tan valiente como Billy, que no peleaba por sí mismo, sino por los demás. Aunque no me debía nada, me defendió, y ésa era una clase de valor que yo esperaba tener algún día.

Mis alumnos me preguntan por mi familia, y a mí me vienen a la cabeza fragmentos de mi pasado. Me doy cuenta de que estoy, descubriendo cosas sobre mí mismo, y cuento esta historia como se la contaba mi madre a una vecina:

«Yo iba empujando el cochecito llevando a Malachy, que era un chiquillo de apenas dos años. Frank iba andando a mi lado. En la calle O'Connell, ante la tienda de Todd, un automóvil negro, largo, se detuvo junto a la acera y se apeó de él una mujer rica, muy arreglada con pieles y joyas. Bueno, pues miró dentro del cochecito y me ofreció allí mismo comprarme a Malachy. Figúrese la impresión que me hizo aquello, que una mujer quisiera comprarme a Malachy, con su cabello rubio dorado, sus mofletes rosados, sus dientecitos blancos y preciosos, como perlas. Estaba encantador allí en el cochecito, y yo sabía que si me separaba de él se me partiría el corazón. Además, ¿qué diría mi marido si yo volviera a casa y le dijera que había vendido al niño? De manera que dije a la mujer que no, y puso una cara tan triste que me dio lástima».

Cuando fui mayor y oí contar a mi madre esa historia por centésima vez, le dije que debería haber vendido a Malachy, y que así habríamos tocado a más comida los demás. Ella dijo: «Bueno, le dije si te quería a ti, pero a la mujer no le interesaste para nada».

Las chicas de la clase dijeron:

—Ay, jo, señor McCourt, su madre no debería haberle hecho eso. La gente no debería ofrecer vender a sus hijos. Usted no es tan feo. Los chicos de la clase dijeron:

—Bueno, no es lo que se dice un Clark Gable... Es broma, señor McCourt.

Mea culpa.

Cuando tenía seis años, el maestro, en Irlanda, me dijo que era un niño malo. «Eres un niño muy malo». Dijo que todos los niños de la clase eran niños muy malos. Nos recordó que estaba utilizando la palabra «muy», que era una palabra que sólo utilizaba en ocasiones muy especiales como la presente. Si nosotros utilizábamos alguna vez esa palabra al responder a una

pregunta o al escribir una redacción, nos arrancaría el cuero cabelludo. En esta ocasión estaba permitida. Así de malos éramos. Jamás había visto una cuadrilla como aquélla, y se preguntaba de qué servía enseñar a pilletes y *amadauns*^[1]. Teníamos las cabezas llenas de porquerías norteamericanas del cine Lyric. Debíamos bajar esas cabezas, darnos golpes de pecho y decir *Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa*. Yo creí que aquello significaba «lo siento», hasta que él escribió en la pizarra «*Mea culpa*. Soy culpable». Dijo que habíamos nacido con el Pecado Original, que se suponía debía lavarse con las aguas del bautismo. Dijo que estaba claro que con nosotros no habían servido de nada ríos enteros de aguas bautismales. Bastaba con echar una mirada a nuestros ojillos huidizos para tener la prueba de nuestra maldad.

Él estaba allí para prepararnos para nuestra Primera Confesión y nuestra Primera Comunión, para salvar nuestras almas desdeñables. Nos enseñó a hacer Examen de Conciencia. Debíamos mirar dentro de nosotros, otear el paisaje de nuestras almas. Habíamos nacido con el Pecado Original, que era una cosa fea y cenagosa que maculaba la blancura cegadora de nuestras almas. El bautismo les había devuelto su perfección blanca. Pero ahora éramos mayores y estaban los pecados: llagas, heridas, abscesos. Debíamos sacarlos, retorciéndose, palpitantes, putrefactos, a la luz gloriosa de Dios. El Examen de Conciencia, niños, seguido del *mea culpa*. Un purgante poderoso, niños. Os deja más limpios que una dosis de sales purgantes.

Todos los días practicábamos el Examen de Conciencia y confesábamos nuestros pecados, a él y a toda la clase. El maestro no decía nada, se quedaba sentado tras su mesa, asentía con la cabeza, acariciaba la delgada vara de la que se servía para mantenernos en estado de gracia. Confesábamos los siete pecados capitales: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia, pereza. Apuntaba a uno con la vara y decía: «Madigan, confiésanos cómo cometiste el Pecado Capital de la envidia».

Nuestro Pecado Capital favorito para confesarlo era la gula, y cuando el maestro apuntó con la vara a Paddy Clohessy y le dijo: «Clohessy, la gula», Paddy describió una comida de ensueño: cabeza de cerdo con patatas y repollo y mostaza, gaseosa a discreción para bajarla, seguida de helado y galletas y té con mucha leche y azúcar y, si querías, podías reposar un poco

y servirte más de lo mismo sin que tu apetito molestara en absoluto a tu madre, pues había suficiente para todos y para dar y regalar. El maestro dijo: «Clohessy, eres un poeta del paladar».

Ninguno sabíamos qué quería decir «paladar», hasta que tres fuimos a la vuelta de la esquina a ver si la bibliotecaria del Andrew Carnegie nos dejaba mirar el diccionario grande que estaba cerca de su escritorio.

«¿Para qué queréis saber lo que es el paladar?», dijo, y cuando respondimos que Paddy Clohessy era un poeta de eso, ella consultó la palabra y dijo que nuestro profesor debía de estar perdiendo el juicio. Paddy se puso terco. Le preguntó qué era el paladar, y cuando ella dijo que era el centro de las sensaciones del gusto, pareció encantado de sí mismo y se puso a hacer ruido chascando la lengua. Incluso siguió haciéndolo por la calle, hasta que Billy Campbell le pidió que lo dejara, porque le estaba dando hambre.

Confesábamos haber quebrantado los Diez Mandamientos. Si decías que habías cometido adulterio o deseado la mujer del prójimo, el maestro sabía que no sabías de qué estabas hablando, «no te des tanto pisto, niño», y pasaba al penitente siguiente.

Después de la Primera Comunión seguíamos haciendo Examen de Conciencia para el sacramento siguiente, la Confirmación. El cura decía que el Examen de Conciencia y la confesión nos salvarían del infierno. Se llamaba padre White, y a nosotros nos interesaba porque un chico contó que no había querido ser cura. Su madre le había obligado a seguir la carrera eclesiástica. Nosotros dudábamos de la palabra de ese chico, pero él decía que conocía a una de las criadas de la residencia de los curas, y que ésta había contado que el padre White se emborrachaba a la hora de la cena y contaba a los demás curas que su único sueño había sido hacerse mayor para ser conductor del autobús que iba de Limerick a Galway y viceversa, pero que su madre no se lo había consentido. Era raro que te examinara una persona que se había hecho cura porque su madre le había obligado. Yo me preguntaba si tendría en la cabeza el sueño del autobús cuando estaba ante el altar oficiando misa. También era raro pensar que un cura se emborrachaba, porque todo el mundo sabe que se supone que no deben

hacerlo. Yo solía mirar los autobuses que pasaban e imaginármelo allí arriba, sonriente, sin que lo estrangulara ningún alzacuellos.

Cuando adquieres la costumbre de hacer examen de conciencia, resulta difícil dejarla, sobre todo si eres un chico católico irlandés. Si haces cosas malas, miras dentro de tu alma y ves allí los pecados, supurantes. Todas las cosas son pecado o no son pecado, y esa idea puedes llevarla en la cabeza el resto de tu vida. Luego, cuando vas creciendo y te vas distanciando de la iglesia, el *mea culpa* es un leve susurro en tu pasado. Sigue allí, pero ahora eres mayor y no te asustas con tanta facilidad.

Cuando te encuentras en estado de gracia, el alma es una superficie pura, de un blanco cegador, pero tus pecados producen unos abscesos que supuran y apestan. Intentas salvarte con el *mea culpa*, las únicas palabras latinas que significan algo para ti o para Dios.

Si ahora pudiera viajar a mis veintisiete años, a mi primer año de profesor, me invitaría a mí mismo a un bistec, a una patata asada, a una pinta de cerveza negra. Me hablaría seriamente.

—Por Dios, chico, ve más erguido. Echa para atrás esos hombros escuálidos y miserables. Deja de hablar entre dientes. Habla fuerte. Deja de menospreciarte a ti mismo. Ya se encargará de ello el resto del mundo con mucho gusto. Estás comenzando tu carrera profesional en la enseñanza, y no es una vida fácil. Yo lo sé. Pasé por ello. Más te valdría estar de policía. Al menos tendrías una pistola o una porra para defenderte. Un profesor sólo tiene su boca. Si no aprendes a apreciarlo, te retorcerás en un rincón del infierno.

Alguien debería haberme dicho: «Oye, Mac, tu vida, Mac, treinta años de tu vida, Mac, va a ser instituto, instituto, instituto, chicos, chicos, chicos, ejercicios, ejercicios, ejercicios, leer y corregir, leer y corregir, montañas de ejercicios amontonándose en el instituto, en casa, días y noches leyendo cuentos, poesías, diarios, notas de suicidio, diatribas, disculpas, piezas de teatro, redacciones, incluso novelas, obra de miles (miles) de adolescentes de Nueva York a lo largo de los años, de algunos centenares de hombres y mujeres trabajadoras, y no tendrás tiempo para leer a Graham Greene ni a Dashiell Hammett, ni a Scott Fitzgerald, ni al bueno de P. G. Wodehouse, ni a tu autor principal, el señor Jonathan Swift. Te dejarás la vista leyendo a

Joey y Sandra, a Tony y Michelle, pequeños tormentos y pasiones y éxtasis. Montañas de cosas de chicos, Mac. Si te abrieran la cabeza se encontrarían un millar de adolescentes trepándote por el cerebro. Cada mes de junio se gradúan, se hacen mayores, se ponen a trabajar y siguen adelante. Tendrán chicos, Mac, que vendrán a ti algún día para que les des clase de Lengua Inglesa, y tú te encontrarás ante un nuevo curso de Joeys y Sandras, de Tonys y Michelles, y te preguntarás: ¿es esto todo? ¿Ha de ser este tu mundo durante veinte, treinta años? Recuerda, si éste es tu mundo, entonces tú eres uno de ellos, un adolescente. Vives en dos mundos. Estás con ellos día va, día viene, y ni te figuras, Mac, el efecto que tiene esto sobre tu mente. Adolescente para siempre. Llegará junio y entonces, adiós, profesor, mucho gusto de haberlo conocido, mi hermana estará en su clase a partir de septiembre. Pero hay algo más, Mac. En toda aula está pasando siempre algo. Te mantienen alerta. Te mantienen fresco. Así no te harás viejo nunca, pero el peligro es que puedes quedarte con mente de adolescente para siempre. Es un verdadero problema, Mac. Te acostumbras a hablar a esos chicos a su nivel. Después, cuando vas a un bar a tomarte una cerveza, se te ha olvidado cómo hablar a tus amigos, y ellos se te quedan mirando. Se te quedan mirando como si acabaras de llegar de otro planeta, y tienen razón. Pasar un día tras otro en el aula supone estar en otro mundo, Mac».

—Entonces, profesor, ¿cómo vino usted a Estados Unidos, y todo eso?

Les hablo de mi llegada a Estados Unidos cuando tenía diecinueve años, de que yo no tenía nada ni llevaba nada encima, ni en la cabeza ni en la maleta, que pudiera haber dado a entender que al cabo de unos años me encontraría ante cinco clases al día de adolescentes neoyorquinos.

¿Profesor? Jamás había soñado que pudiera llegar tan alto en la vida.

A excepción del libro que iba en la maleta, todo lo que llevaba puesto y todo mi equipaje cuando desembarqué era de segunda mano. También era de segunda mano todo lo que llevaba en la cabeza: el catolicismo; la triste historia de Irlanda, una letanía de sufrimientos y martirios que me metieron a presión los curas, los maestros y los padres, que no tenían otras ideas mejores.

El traje marrón que llevaba puesto procedía de la casa de empeños de Parker *el Narizotas*, en la calle Parnell, en Limerick. Mi madre regateó con él. El Narizotas dijo:

—Ese traje le costará cuatro libras.

Y ella dijo:

—¿Es que me está tomando el pelo, señor Parker?

—No, no le estoy tomando el pelo —dijo él—. Ese traje lo llevó puesto un primo del conde de Dunraven en persona, y todo lo que se ha puesto la aristocracia tiene más valor.

Mi madre dijo que, por ella, como si se lo había puesto el conde en persona, ya que ni él ni su ralea habían hecho jamás ningún bien a Irlanda con sus castillos y sus criados, sin pensar nunca en los sufrimientos de su pueblo. Estaba dispuesta a ofrecerle tres libras, ni un penique más.

El Narizotas replicó que una casa de empeños no era lugar para el patriotismo, y ella le replicó a su vez que si el patriotismo fuera una cosa que se pudiera exhibir en el estante de la tienda, él estaría sacándole brillo y vendiéndoselo a los pobres a precios abusivos.

—Madre de Dios, señora —dijo él—. No la había visto nunca de este modo. ¿Qué le ha pasado?

Lo que le había pasado era que eso era como la última batalla del general Custer, su última oportunidad. Éste era su hijo, Frank, que se iba a Estados Unidos, y ella no podía enviarlo con esa facha, vestido con reliquias de respetabilidad antigua, con la camisa de éste, con los pantalones de aquél. Entonces demostró lo lista que podía ser. Dijo que le quedaba muy poco dinero, pero que si el señor Parker veía el modo de darle, además, un par de zapatos, dos camisas, dos pares de calcetines y esa corbata verde tan bonita con las arpas doradas, ella no olvidaría el favor. Frank no tardaría mucho tiempo en empezar a enviar a casa dólares desde Estados Unidos, y cuando ella necesitara ollas, sartenes y un reloj despertador, se acordaría al momento del Narizotas. La verdad, ahora mismo veía en los estantes media docena de cosas de las que no podría privarse en cuanto los dólares empezaran a llegar.

El Narizotas no era ningún pipiolo. En los años que había pasado tras el mostrador había aprendido los trucos de sus clientes. También sabía que mi

madre era tan honrada que le repugnaba deber nada a nadie. Le dijo que la valoraba como futura cliente y que a él, personalmente, tampoco le gustaría ver desembarcar a aquel chico en Estados Unidos mal vestido. ¿Qué dirían los yanquis? De modo que, por una libra más, bueno, quítele otro chelín, podría llevarse los otros artículos.

Mi madre dijo que era un hombre cabal, que le pondrían cama en el cielo y que ella no lo olvidaría, y resultaba raro ver aquellas muestras de respeto entre uno y otro. La gente de los callejones de Limerick no tenía aprecio a los prestamistas, pero ¿cómo se las arreglarían sin ellos?

El Narizotas no tenía maletas. Sus clientes no tenían fama de grandes viajeros que recorrían el mundo, y el comentario los hizo reír juntos, a mi madre y a él. «Viajeros que recorren el mundo, qué le parece», decía él. Mi madre me miró como diciéndome: «Mira bien al Narizotas, pues verlo reír no es cosa de todos los días».

Burke *el Plumas*, en Irishtown, vendía maletas. Vendía todo tipo de cosas viejas, usadas, disecadas, inútiles o que sólo servían para echar a la lumbre. Ah, sí, tenía justo lo que necesitaba el joven que se iba a Estados Unidos, que Dios lo bendiga, y que enviaría dinero a casa para su pobre madre anciana.

—Yo no soy ninguna anciana —dijo mi madre—, así que déjese de cuentos. ¿Cuánto pide por la maleta?

—*Yerra*, señora, estoy dispuesto a dejársela por dos libras, porque no quiero ser obstáculo para que el chico haga fortuna en Estados Unidos.

Mi madre dijo que antes de pagar dos libras por esos cuatro cartones viejos que no se desarmaban de milagro, hacía un lío con mis cosas con papel de envolver y un cordel y me mandaba así a Nueva York.

El Plumas puso cara de consternación. No estaba bien visto que las mujeres de los callejones de Limerick hablaran así. Se esperaba de ellas que fueran respetuosas con la gente de más categoría y que se mantuvieran en su lugar, y yo mismo me sorprendí de ver a mi madre con ese ánimo pendenciero.

Se impuso ella, dijo que lo que le pedía era un robo, que estábamos mejor en tiempos de los ingleses y que si no le rebajaba el precio iría a Parker *el Narizotas*, ese hombre cabal. El Plumas cedió.

—Dios del cielo, señora. Menos mal que no he tenido hijos, pues si los tuviera y tuviese que hacer tratos todos los días con gente como usted, estarían allí en la esquina sollozando de hambre.

—Qué pena me dan usted y los hijos que no tuvo —dijo ella.

Dobló la ropa y la guardó en la maleta, y me dijo que se llevaría todo a casa para que yo pudiera ir a comprarme el libro. Se alejó de mí, subiendo por la calle Parnell, fumándose un pitillo. Aquel día mi madre caminaba con energía, como si la ropa y la maleta y el que yo me marchara fueran a abrir horizontes.

Yo fui a la librería de O'Mahony para comprarme por primera vez en mi vida un libro, el que me traje a Estados Unidos en la maleta.

Era *Obras Completas de William Shakespeare, recogidas en un tomo*, publicado por Shakespeare Head Press, Oldhams Press Ltd and Basil Blackwood, MCMXIVII. Aquí lo tengo, con las cubiertas descabaladas, separadas del libro, sólo sujetas gracias a la cinta adhesiva. Un libro muy usado, lleno de anotaciones. Tiene pasajes subrayados que alguna vez significaron algo para mí, aunque ahora los miro y apenas entiendo por qué. A lo largo de los márgenes hay anotaciones, observaciones, comentarios de aprecio, felicitaciones a Shakespeare por su genio, signos de exclamación que indican mi aprecio y mi perplejidad. En la parte interior de la cubierta escribí: «¡Oh, si esta demasiado sólida masa de carne...!», y lo que sigue. Esto demuestra que yo era un joven tristón.

Cuando tenía trece, catorce años, oía obras de Shakespeare en la radio de la señora Purcell, la vecina ciega. Ella me dijo que Shakespeare era un irlandés avergonzado de su origen. La noche que escuchábamos *Julio César* saltaron los plomos, y yo tenía tanto interés por enterarme del destino de Bruto y Marco Antonio que fui a la librería de O'Mahony para hacerme con el resto del relato. Un dependiente de la librería me preguntó con aire de superioridad si tenía la intención de comprar ese libro, y yo le dije que me lo estaba pensando, pero que primero tendría que enterarme del destino de todos al final, sobre todo del que me gustaba a mí, Bruto. El hombre me dijo que no me preocupara de Bruto, me quitó el libro y me dijo que aquello no era una biblioteca y que tuviera la bondad de marcharme. Retrocedí hasta la calle, avergonzado y sonrojado y preguntándome por qué la gente

no deja de molestar a la gente. Ya cuando era pequeño, de ocho o nueve años, me preguntaba por qué la gente no deja de molestar a la gente, y me lo he estado preguntando siempre desde entonces.

El libro costaba diecinueve chelines, media semana de sueldo. Quisiera poder decir que lo compré por mi interés profundo por Shakespeare. No fue así en absoluto. Tuve que comprármelo porque había visto una película en la que un soldado norteamericano que estaba en Inglaterra iba por ahí soltando citas de Shakespeare, y todas las chicas se enamoraban locamente de él. Además, te basta con dar a entender que lees a Shakespeare para que la gente te mire con respeto y de esa manera especial. Creía que si me aprendía largos pasajes impresionaría a las chicas de Nueva York. Ya me sabía ese que dice: «Amigos, romanos, conciudadanos, prestadme oídos...», pero cuando se lo dije a una chica de Limerick me miró de forma rara, como si me estuviera poniendo enfermo.

Subiendo por la calle O'Connell me dieron ganas de desenvolver el paquete para que todo el mundo me viera con Shakespeare debajo del brazo, pero no tuve valor. Pasé por delante del pequeño teatro donde una vez vi a una compañía ambulante representar *Hamlet*, y recordé la lástima que había sentido por mí mismo, por cómo había sufrido como él. Al final de la representación, aquella noche, Hamlet había vuelto a subir en persona al escenario para decir al público lo agradecidos que estaban todo el reparto y él por nuestra asistencia, y lo cansados que estaban el reparto y él, y cuánto agradecerían nuestra ayuda en forma de calderilla, que podíamos depositar en la lata de manteca que había junto a la puerta. A mí me había conmovido tanto la obra, porque una buena parte de ella trataba de mí mismo y de mi triste vida, que dejé seis peniques en la lata de manteca, deseando haber podido dejar con los seis peniques una nota para que Hamlet supiera quién era yo y que mis sufrimientos eran verdaderos, no sólo en una obra de teatro.

Al día siguiente fui a entregar un telegrama al hotel Hanratty, y allí estaba el reparto de *Hamlet*, bebiendo y cantando en el bar, mientras un mozo de cuerda iba corriendo de un lado a otro cargando su equipaje en una furgoneta. El propio Hamlet estaba sentado a solas al final de la barra, saboreando su vaso de *whisky*, y no sé de dónde saqué el valor, pero le dije

«hola». Al fin y al cabo, a ambos nos habían traicionado nuestras madres y nuestros sufrimientos eran grandes. El mundo no conocería jamás el mío, y sentí envidia de él, por cómo podía expresar su angustia todas las noches. «Hola», le dije, y él me miró fijamente con dos ojos negros bajo dos cejas negras, en una cara blanca. Tenía en la cabeza todas esas palabras de Shakespeare, pero ahora se las guardaba allí dentro y yo me sonrojé como un tonto y di un traspiés.

Subí con mi bicicleta por la calle O'Connell sintiéndome avergonzado. Entonces me acordé de la moneda de seis peniques que había echado en la lata de manteca, seis peniques que habían pagado su *whisky* y sus canciones en el bar del Hanratty, y me dieron ganas de volver y plantar cara a todo el reparto y al propio Hamlet para decirles lo que pensaba de ellos con sus falsos cuentos de cansancio y el modo en que se bebían el dinero de los pobres.

Me olvidaría de los seis peniques. Si volvía, seguro que me arrojaban palabras de Shakespeare, y Hamlet volvería a mirarme con sus ojos negros y fríos. Yo no tendría palabras que oponer a eso, y quedaría por tonto si intentaba devolverle la mirada con mis ojos.

Mis alumnos me dijeron que haberme gastado tanto dinero en un libro de Shakespeare había sido una memez, dicho sea sin ánimo de faltarle al respeto, y que si lo que quería era impresionar a la gente ¿por qué no me iba a la biblioteca, sin más, y me copiaba allí los pasajes? Además, había que ser bastante memo para dejarse impresionar por un tipo sólo porque citaba a ese escritor antiguo que nadie era capaz de leer, en todo caso. A veces ponen en la tele esas obras de Shakespeare y no se entiende una palabra, así que ¿para qué? El dinero que pagué por el libro podría habérmelo gastado en algo majo, como unos zapatos o una chaqueta bonita, o, ya sabe, en invitar a una chica al cine.

Algunas chicas dijeron que era muy bonito el modo en que yo me había servido de Shakespeare para causar impresión a la gente, aunque no se enterarían de lo que les dijera. ¿Por qué tenía que escribir Shakespeare en esa lengua antigua que nadie podía entender? ¿Por qué?

No pude responder. Volvieron a preguntarme «¿por qué?», pero lo único que pude hacer fue decirles que no lo sabía. Que, si esperaban, intentaría

enterarme. Se miraron unos a otros. ¿Que el profesor no lo sabe? ¿Cómo era posible? ¿Lo dice en serio? Uau. ¿Cómo ha podido hacerse profesor?

—Oiga, profe, ¿tiene alguna historia más que contar?

—No, no, no.

—No dice usted más que no, no, no.

—Eso es. No hay más historias. Ésta es una clase de Lengua Inglesa. Se están recibiendo quejas de los padres.

—Ay, hombre. Señor McCourt, ¿estuvo usted en el Ejército? ¿Combatió en Corea?

Nunca había tenido gran concepto de mi vida, pero seguí repartiéndoles fragmentos de ella: las borracheras de mi padre, la época en que soñaba con Estados Unidos en los barrios pobres de Limerick, el catolicismo, los días grises en Nueva York, y me sorprendió que los adolescentes de Nueva York me pidieran más.

3

Les conté que después de mis dos años en el Ejército, la ley de estudios para veteranos me ayudó a pasar cuatro años dormitando en la Universidad de Nueva York. Trabajaba por las noches para complementar la beca que me daba el Estado. Podría haber asistido a clase a tiempo parcial, pero estaba impaciente por licenciarme e impresionar al mundo y a las mujeres con mi licenciatura y mis conocimientos universitarios. Me hice experto en forjar excusas por haber presentado tarde los trabajos y por haberme perdido exámenes. Arrastraba los pies y murmuraba las desventuras de mi vida a los catedráticos llenos de paciencia, les daba a entender la existencia de una gran tristeza. El acento irlandés resultaba útil. Yo vivía al borde del *faith and begorrah*^[2].

Los bibliotecarios de la universidad me daban golpecitos cuando roncaba tras un montón de libros. Una bibliotecaria me dijo que estaba terminantemente prohibido dormir. Tuvo la amabilidad de indicarme que allí fuera, en Washington Square, había bancos en abundancia donde podía echarme hasta que llegaran los policías. Le di las gracias y le dije que siempre había admirado a los bibliotecarios, no sólo por su dominio del sistema Dewey de clasificación decimal, sino por su manera de ayudar a los demás en otros aspectos de la vida diaria.

El catedrático de Pedagogía de la Universidad de Nueva York nos advirtió sobre los días de enseñanza que nos esperaban. Dijo que las primeras impresiones son fundamentales. Dijo: «El modo en que reciban y saluden a su primera clase puede determinar el transcurso de toda su carrera profesional. De toda su carrera profesional. Les estarán vigilando. Ustedes los estarán vigilando a ellos. Estarán tratando con adolescentes

estadounidenses, una especie peligrosa, y no tendrán piedad con ustedes. Les tomarán la medida, y decidirán qué hacer con ustedes. ¿Se creerán ustedes que controlan la situación? Pues no se lo crean. Son como un misil guiado por el calor. Cuando van por ustedes, siguen un instinto primigenio. Es función de los jóvenes librarse de sus mayores, hacerse sitio en el planeta. Lo saben ustedes, ¿verdad? Los griegos lo sabían. Lean a los griegos».

El catedrático decía que antes de que tus alumnos hayan entrado en el aula, tú ya debes haber decidido dónde estarás («postura y situación») y quién serás («identidad e imagen»). Yo no me había imaginado que enseñar fuera tan complicado. Decía: «No pueden enseñar si no saben dónde situarse físicamente. Esa aula puede ser para ustedes un campo de batalla o un campo de juegos. Y tienen que saber quiénes son ustedes. Recuerden lo que dijo Pope: “Conócete a ti mismo, no aspire a escudriñar a Dios. El objeto propio de estudio de la humanidad es el hombre”. En su primer día de clase deben ponerse de pie a la puerta de su aula y decir a sus alumnos cuánto se alegran de verlos. De pie, he dicho. Cualquier dramaturgo les dirá que cuando el actor se sienta, la obra también se sienta. La mejor medida, con diferencia, es establecerse a sí mismo como presencia, y hacerlo fuera, en el pasillo. Fuera, he dicho. Ése es su territorio, y cuando los vean allí fuera los verán como profesores fuertes, sin miedo, dispuestos a hacer frente a la horda. Una clase es eso, una horda. Y ustedes son profesores guerreros. La gente no lo tiene en cuenta. Su territorio es como su aura, los acompaña en todas partes, en los pasillos, en las escaleras e, indubitablemente, en el aula. No consientan jamás que invadan su territorio. Jamás. Y recuerden: los profesores que se sientan, e incluso los que se ponen de pie detrás de sus mesas, padecen una inseguridad esencial y deberían probar suerte en otro tipo de trabajo».

Me gustaba cómo decía «indubitablemente», era la primera vez que oía usar esa palabra aparte de en las novelas victorianas. Me prometí que cuando fuera profesor también la usaría. Tenía un sonido importante que haría que la gente se incorporara en sus asientos y me prestara atención.

Me parecía estupendo poder ponerse allí de pie, subido a esa pequeña tarima con tu estrado y tu mesa y pasarte una hora hablando mientras todos

los que tienes delante toman apuntes, y si tenías un mínimo de buen aspecto o de personalidad, las chicas irían raudas a verte después en tu despacho o en cualquier otra parte. Eso pensaba yo entonces.

El catedrático dijo que había realizado un estudio informal de la conducta de los adolescentes en los institutos, y que si éramos unos profesores observadores y sensibles podríamos advertir determinados fenómenos antes de que la clase finalizara. Advertiríamos que la temperatura de los adolescentes se elevaba, que la sangre circulaba aprisa y que había adrenalina suficiente para impulsar un acorazado. Sonreía, y se notaba lo satisfecho que estaba de sus ideas. Nosotros le devolvíamos la sonrisa porque los catedráticos ostentan el poder. Decía que los profesores deben observar cómo se presentan los estudiantes. Decía: «Muchísimo, muchísimo, les digo, depende de cómo entran en un aula. Observen sus entradas. Entran a zancadas, pavoneándose, arrastrando los pies, chocando unos con otros, bromeando, presumiendo. Ustedes, personalmente, pueden entrar en un aula sin darle mayor importancia, pero para un adolescente puede serlo todo. Entrar en un aula es pasar de un entorno a otro, y eso, para el adolescente, puede ser traumático. Puede haber dragones, horrores cotidianos, todo un alfabeto de horrores diarios, desde el acné hasta el herpes zóster».

Yo apenas comprendía de qué hablaba el catedrático, pero estaba muy impresionado. Jamás había creído que entrar en un aula tuviera tanto misterio. Había creído que enseñar consistía simplemente en transmitir a los alumnos lo que sabías, y después examinarlos y ponerles notas. Ahora estaba aprendiendo lo complicada que podía ser la vida de un profesor, y yo admiraba a aquel catedrático porque lo sabía todo al respecto.

El estudiante que se sentaba a mi lado en la clase del catedrático susurró: «Este tipo sólo dice chorradas. No ha dado clase en su vida a alumnos de secundaria». El estudiante se apellidaba Seymour. Llevaba puesto un *yarmulke*³¹ en la cabeza, por lo que no era de extrañar que dijera cosas profundas de vez en cuando, o también era posible que quisiera lucirse ante la muchacha pelirroja que se sentaba delante de él. Cuando volvía la cabeza para celebrar con una sonrisa los comentarios de Seymour, se veía que era preciosa. A mí también me habría gustado lucirme, pero rara

vez sabía qué decir, mientras que Seymour tenía opiniones sobre todo. La pelirroja dijo a Seymour que, si tenía opiniones tan fuertes, debía expresarlas en voz alta.

—Diablos, no —dijo Seymour—. Iría de culo.

Ella le sonrió, y cuando me sonrió a mí me pareció que salía flotando de mi asiento. Dijo que se llamaba June, y acto seguido levantó la mano para que se fijara en ella el catedrático.

—¿Sí?

—Señor catedrático, ¿de cuántas clases de secundaria ha sido usted profesor?

—Ah, he observado docenas de clases a lo largo de los años.

—Pero ¿ha llegado usted a impartir clases en un instituto?

—¿Cómo se llama usted, señorita?

—June Somers.

—¿No acabo de decirle que he observado y supervisado a docenas de profesores en prácticas?

—Mi padre es profesor de secundaria, señor catedrático, y dice que nadie sabe nada de lo que es enseñar en un instituto hasta que lo ha hecho en persona.

El catedrático dijo que no sabía adónde quería ir a parar. Que estaba haciendo perder tiempo a la clase, y que, si quería proseguir el debate, podía pedir hora a su secretaria para verle en su despacho.

Ella se puso de pie y se echó la bolsa al hombro. No, no pensaba pedir hora para verle, y no entendía el motivo por el que él no se podía limitar a responder a su pregunta sobre su experiencia como profesor.

—Ya basta, señorita Somers.

La muchacha se volvió y miró a Seymour, me echó una mirada de refilón a mí y se dirigió a la puerta. El catedrático la miraba fijamente, y dejó caer la tiza que tenía en la mano. Cuando la recogió, ella ya se había marchado.

¿Qué haría ahora con la señorita June Somers?

Nada. Dijo que ya casi había terminado la hora, que nos vería la semana siguiente, recogió su maletín y se marchó. Seymour dijo que June Somers la había jodido soberanamente. Soberanamente. Dijo:

—Te diré una cosa: no te enfrentes a los catedráticos. No puedes ganar. Nunca.

A la semana siguiente dijo:

—¿Has visto eso? ¡Jesús!

A mí no me pareció bien que una persona que llevaba puesto un *yarmulke* dijera Jesús de esa manera. ¿Qué le parecería a él si Yavé o el Altísimo fuera una maldición y yo se la soltara a él? Pero no dije nada, temiendo que se riera de mí.

—Están saliendo —dijo—. Los vi en un café de la calle Macdougall, como dos tortolitos, tomando café, cogidos de la mano y mirándose a los ojos. Dita sea. Supongo que tuvo una charlita con él en su despacho y pasaron a más.

Se me quedó la boca seca. Yo había pensado que algún día me toparía con June y sería capaz de decirle algo e iríamos juntos a ver una película. Yo elegiría alguna extranjera con subtítulos, para demostrarle lo sofisticado que era, y ella me admiraría y dejaría que la besara en la oscuridad, perdiéndonos una docena de subtítulos y el hilo de la trama. Pero eso no importaría, porque tendríamos mucho de qué hablar en un restaurante italiano acogedor con velas cuya luz vacilante levantaría destellos en su cabellera pelirroja, y quién sabe a qué conduciría aquello, porque mis sueños no llegaban a más. Pero ¿quién me había creído que era? ¿Cómo había osado pensar que ella se dignaría mirarme siquiera?

Me puse a rondar por los cafés de la calle Macdougall, con la esperanza de que ella me viera y me sonriera. Yo le devolvería la sonrisa y me tomaría mi café con tanta tranquilidad que se quedaría impresionada y volvería a mirarme. Me encargaría de que se fijara en la tapa del libro que llevaría yo, algo de Nietzsche o de Schopenhauer, y ella se preguntaría por qué estaba perdiendo el tiempo con el catedrático pudiendo estar con aquel irlandés tan sensible que estaba inmerso en la filosofía alemana. Se disculparía y, al dirigirse al tocador de señoras, dejaría caer en mi mesa un papelito con su número de teléfono.

Y eso fue lo que hizo el día que la vi en el Café Figaro. Cuando se levantó de la mesa, el catedrático la siguió con la vista con tal aire de posesión y orgullo que me dieron ganas de tumbarlo de un puñetazo.

Entonces me echó una mirada y comprendí que ni siquiera me había reconocido como alumno de su clase.

Pidió la cuenta, y mientras la camarera estaba de pie ante su mesa, tapándole la vista, June pudo dejar caer en mi mesa el papelito. Esperé a que se hubieran marchado. «Frank, llámame mañana». El número de teléfono estaba escrito con pintalabios.

Dios. Se había fijado en mí, en un trabajador de los muelles que se abría camino torpemente hacia una carrera profesional en la enseñanza, y el catedrático era, Jesús, un catedrático. Pero ella había sabido mi nombre. Se me iba la cabeza de felicidad. Allí estaba mi nombre, en una servilleta de papel escrita con un pintalabios que había tocado sus labios, y yo supe que conservaría ese papel para siempre. Me enterrarían con él.

La llamé, y ella me preguntó si sabía algún sitio donde pudiésemos tomar algo tranquilamente.

—En el bar de Chumley.

—De acuerdo.

¿Qué haría yo? ¿Cómo me sentaría? ¿Qué diría? Me estaba tomando una copa con la muchacha más hermosa de Manhattan, que probablemente dormía todas las noches con aquel catedrático. Imaginármela con él era mi calvario. Los hombres que estaban en el bar de Chumley me miraban y me envidiaban, y yo sabía lo que pensaban. «¿Qué hará ese sujeto miserable con esa chica tan bonita, con ese bombón, con esa preciosidad?». Sí, podía ser que yo fuera su hermano o su primo. No: hasta aquello era poco probable. No era lo bastante guapo ni para ser su primo tercero o cuarto.

Ella pidió una copa.

—Norm está fuera —dijo—. Da clase en Vermont dos días por semana. Supongo que el bocazas de Seymour te lo ha contado todo. —No.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

—Me..., me invitaste tú.

—¿Qué concepto tienes de ti mismo?

—¿Qué?

—Es una pregunta sencilla. ¿Qué concepto tienes de ti mismo?

—No sé. Yo...

Puso cara de desaprobación.

Llamas cuando te dicen que llames. Apareces cuando te dicen que aparezcas, y no sabes qué concepto tienes de ti mismo. En nombre del cielo, di una cosa buena sobre ti mismo. Adelante.

Sentí que la sangre me subía a la cara. Tenía que decir algo, de lo contrario ella podía levantarse y marcharse.

—Un jefe de muelle de carga del puerto dijo una vez que yo era un irlandesito duro.

—Ay, bueno. Con ese comentario y diez centavos ya tienes para un viaje en metro de hasta dos estaciones. Eres un alma perdida. Eso se ve con facilidad. A Norm le gustan las almas perdidas.

Me saltaron las palabras de la boca.

—Me da igual lo que le guste a Norm.

Ay, Dios. Se va a levantar y se va a marchar. No. Se rió con tantas ganas que estuvo a punto de atragantarse con el vino. A partir de entonces, todo fue distinto. Me sonrió, y yo sonreí y seguí sonriendo. No cabía en mí de felicidad.

Extendió la mano sobre la mesa y la puso sobre la mía, y el corazón me saltó en el pecho como una fiera enloquecida.

—Vámonos —dijo.

Caminamos hasta su apartamento, en la calle Barrow. Ya dentro, se volvió hacia mí y me besó. Trazó un círculo con la cabeza, de modo que su lengua se desplazó en mi boca en el sentido de las agujas del reloj, y pensé: «Señor, yo no soy digno. ¿Por qué no me habló de esto Dios antes de que tuviera veintiséis años?».

Me dijo que era un gañán sanote, y que evidentemente estaba muy necesitado de afecto. No me gustó que me llamara gañán (Dios, ¿acaso no había leído libros, todo lo que habían escrito E Laurie Long, P. G. Wodehouse, Mark Twain, E. Philips Oppenheim, Edgar Wallace y el bueno de Dickens?), y me pareció que lo que estábamos haciendo entonces era algo más que una muestra de afecto. No dije nada, porque no tenía experiencia en actividades de ese tipo. Me preguntó si me gustaba el rape americano y yo le dije que no lo sabía porque nunca había oído hablar de él. Ella dijo que todo dependía de cómo se guisara. Su secreto eran las

chalotas. Dijo que no le gustan a todo el mundo pero que a ella le daban buen resultado.

—Es un pescado blanco, delicado, que como mejor se guisa es con un buen vino blanco. No con un vino corriente de guisar; con uno bueno. Norm preparó pescado una vez pero lo echó a perder, usó un vino peleón de California que dejó el pescado como un zapato viejo. El buenazo de él sabía de literatura y de sus clases, pero nada de vino ni pescado.

Es extraño estar con una mujer que te toma la cara entre las manos y te dice que tengas fe en ti mismo. Dijo:

—Mi padre vino de Liverpool, y se mató con la bebida porque tenía miedo del mundo. Decía que le habría gustado ser católico para poder ingresar en un monasterio y no tener que volver a ver nunca a un ser humano, y era mi madre la que intentaba animarle a decir cosas buenas sobre sí mismo. Él no era capaz de decirlas, de modo que bebía y se murió. ¿Tú bebes?

—No mucho.

—Ten cuidado. Eres irlandés.

—Tu padre no era irlandés.

—No, pero pudo haberlo sido. En Liverpool todo el mundo es irlandés. Vamos a guisar ese rape.

Me dio un kimono.

—No importa. Cámbiate en el dormitorio. Si a un samurái le sirve, le servirá a un irlandesito duro que no es tan duro.

Ella se puso una bata plateada que parecía tener vida propia. En un momento dado se le ceñía, y acto seguido le colgaba de un modo que la dejaba moverse libremente por dentro. A mí me gustaba más cuando se le ceñía, y aquello me mantenía despierto dentro de mi kimono.

Me preguntó si me gustaba el vino blanco y yo dije que sí, pues iba aprendiendo que sí era la mejor respuesta para todas las preguntas, al menos para las de June. Dije que sí al rape y a los espárragos y a las dos velas encendidas en la mesa. Dije que sí al modo en que levantó su copa de vino y la acercó a la mía hasta que se tocaron e hicieron *tin*. Le dije que ésa era la cena más deliciosa que había tomado en mi vida. Tuve ganas de añadir que me sentía en el cielo, pero aquello podía parecer forzado, y ella podía

lanzarme una mirada rara de esas que echarían a perder toda la velada, y mi vida ulterior.

En las seis noches que siguieron a la del rape americano no se habló para nada de Norm, aunque en un jarrón de su dormitorio había doce rosas frescas con una tarjeta que ponía: «Con todo mi amor, Norm». Yo tomaba más vino para hacer acopio del valor necesario para preguntarle: «¿Cómo demonios eres capaz de estar acostada conmigo en esta cama, en presencia de las rosas frescas de Norm?», pero no llegué a preguntárselo. Como yo no podía permitirme rosas, le llevé unos claveles, que ella puso en un gran jarrón de vidrio junto a las rosas. No había comparación posible. Mis claveles parecían tan míseros junto a las rosas de Norm que le compré una docena de rosas con los últimos dólares que me quedaban. Ella las olió y dijo:

—Ay, qué bonitas son.

No supe qué decir a esto, porque yo no las había cultivado, sólo las había comprado. Las rosas de Norm en el jarrón de vidrio parecían marchitas y me alegré al pensar que mis rosas las sustituirían, pero lo que hizo ella entonces me produjo el dolor más grande que había sufrido mi corazón en toda mi vida.

Desde mi silla en la cocina vi lo que hizo en el dormitorio: tomaba mis rosas una a una y las colocaba delicadamente entre las de Norm y alrededor de ellas, retrocedía para contemplarlas, se servía de mis rosas frescas para sujetar las de Norm que se estaban quedando mustias, acariciaba las rosas, las de él y las mías, y sonreía como si cada manojito de rosas fuera tan bueno como el otro.

Ella debía de saber que yo la estaba mirando. Se volvió y me sonrió, mientras yo sufría, casi lloriqueaba, en la cocina.

—Son muy bonitas —volvió a decir.

Sabía que estaba hablando de veinticuatro rosas, no sólo de mi docena, y me dieron ganas de soltarle un grito y largarme, como un hombre de verdad.

No lo hice. Me quedé. Ella preparó chuletas de cerdo rellenas, con salsa de manzana y puré de patatas, y me supo a cartón. Nos fuimos a la cama, y yo no era capaz de pensar más que en mis rosas mezcladas con las de él,

con las de ese hijo de perra que estaba en Vermont. Ella me dijo que le parecía bajo de energías, y a mí me dieron ganas de decirle que me gustaría estar muerto.

—No importa —dijo ella—. Las personas acaban por acostumbrarse unas a otras, eso es todo. Hay que mantener la frescura.

¿Era así como mantenía ella la frescura? ¿Jugando con dos a la vez, llenando su jarrón con flores de hombres diferentes?

Hacia el final del semestre de primavera me encontré con Seymour en Washington Square.

¿Cómo va eso? —me preguntó, y se rió como si supiera algo—. ¿Cómo está la preciosa June?

Yo balbucí y me revolví, inquieto.

—No te preocupes —dijo—. A mí también me lo hizo, pero sólo me tuvo dos semanas. Comprendí su juego y la mandé al diablo.

—¿Su juego?

—Es todo por el viejo Norm. Me lleva a su casa a mí, te lleva a ti, y lleva a Dios sabe quién más, y se lo cuenta todo a Norm.

—Pero Norm se va a Vermont.

—A Vermont, y una leche. En cuanto sales de su casa aparece él a sorber los detalles.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó él. Me aprecia. Él le habla a ella de mí, ella le habla a él de ti, y saben que te estoy hablando a ti de los dos, y lo pasan divinamente. Hablan de ti y de que no sabes dónde tienes la mano derecha en nada.

Yo me aparté, y mientras me alejaba, él me dijo en voz alta:

—De nada, hombre, de nada.

Aprobé raspando el examen para la licencia de profesor. Todo lo pasaba raspando. Para aprobar el examen de docencia hacían falta sesenta y cinco puntos; yo saqué sesenta y nueve. Creo que los puntos que me sirvieron para aprobar se los debí a la bondad de un jefe de departamento de Lengua Inglesa de un instituto de Brooklyn que juzgó mi lección de demostración, y a la buena suerte de haber tenido un conocimiento somero de la poesía de la

Primera Guerra Mundial. Un catedrático alcohólico de la Universidad de Nueva York me dijo en cierta ocasión, en plan amistoso, que yo era un estudiante zoquete. Me ofendí, hasta que lo pensé bien y caí en la cuenta de que tenía razón. Yo era un zoquete en todo, pero me prometí que me sobrepondría, que tendría enfoque, que me centraría, que llegaría a ser alguien, que me equilibraría, que me dominaría a mí mismo, que tendría personalidad, todo ello a la manera norteamericana de toda la vida.

Nos sentábamos en sillas en los pasillos del Instituto Técnico de Secundaria de Brooklyn, a esperar que nos hicieran entrevistas, a rellenar impresos, a firmar declaraciones de nuestra lealtad a Estados Unidos, asegurando al mundo entero que no éramos entonces ni habíamos sido nunca miembros del Partido Comunista.

La vi mucho antes de que se sentara a mi lado. Llevaba una bufanda verde y gafas oscuras, y cuando se quitó la bufanda hubo un resplandor de pelo rojo. Me sentí lleno de deseo hacia ella, pero no quise darle la satisfacción de volverme a mirarla.

—Hola, Frank.

Si yo hubiera sido un personaje de una novela o una película, me habría puesto de pie y me habría marchado lleno de orgullo. Volvió a decirme «hola». Y añadió:

—Pareces cansado.

Le contesté en tono cortante para hacerle ver que no estaba dispuesto a ser educado después de lo que me había hecho.

—No, no estoy cansado —dije.

Pero entonces me tocó la cara con los dedos.

Ese personaje de ficción habría retirado la cabeza para demostrar que no había olvidado, que no estaba dispuesto a ablandarse por dos saludos y unos toquecitos con la punta de los dedos. Ella sonrió y me tocó la mejilla otra vez.

Todos los que estaban en el pasillo la miraban, y pensé que se estaban preguntando qué hacía ella conmigo: con lo preciosa que era, yo no era objetivo digno de ella. Veían su mano sobre la mía.

—¿Cómo estás, en todo caso?

—Bien —refunfuñé.

Miré aquella mano y me la imaginé recorriendo el cuerpo de Norm.

—¿Estás nervioso por la entrevista? —preguntó.

Volví a contestar en tono cortante.

—No, no lo estoy.

—Serás un buen profesor.

—Me da igual.

—¿Que te da igual? Entonces ¿por qué estás pasando por todo esto?

—No tengo otra cosa que hacer.

—Ah.

Me dijo que ella iba a obtener la licencia de profesora para pasar un año ejerciendo la enseñanza y después escribir un libro contándolo. Se lo había sugerido Norm. Norm, el gran experto. Norm decía que la educación en Estados Unidos era un desastre, y que un libro de denuncia, escrito desde dentro del sistema escolar, sería un *best seller*. Ejerce la enseñanza durante un año o dos, quéjate de la terrible situación de los centros, y tienes un libro de gran éxito.

Me llamaron por mi nombre para que me presentara a la entrevista.

—¿Qué te parece si tomamos un café después? —dijo ella.

Si yo hubiera tenido el más mínimo orgullo o amor propio le habría dicho que no y me habría marchado, pero le dije «de acuerdo» y pasé a realizar mi entrevista con el corazón palpitándome.

Di los buenos días a los tres examinadores, pero a ellos les enseñan a no mirar a la cara a los candidatos a profesor. El hombre del centro dijo:

—Dispone de un par de minutos para leer la poesía que tiene delante, en la mesa. Cuando la haya leído, le pediremos que la analice y nos diga cómo la explicaría a una clase de instituto.

El título de la poesía era descriptivo de cómo me sentía yo en aquella entrevista: «Quisiera poder olvidar que soy quien soy».

El hombre calvo de la derecha me preguntó si reconocía la forma de la poesía.

—Sí, ah, sí. Es una sonata.

—¿Una qué?

—Ah, perdón. Un soneto. Catorce versos.

—¿Y la rima?

—Ah..., ah..., abba, abba, cdcdd.

Se miraron unos a otros, y yo no supe si lo había dicho bien o mal.

—¿Y el poeta?

—Ah, creo que es Shakespeare. No, no: Wordsworth.

—Ni uno ni otro, joven. Es Santayana.

El calvo me miró con furia, como si le hubiera ofendido.

—Santayana, Santayana —dijo, y casi me sentí avergonzado de mi ignorancia.

Parecían severos, y me dieron ganas de declarar que hacer preguntas sobre Santayana era injusto e irrazonable, porque no figuraba en ningún libro de texto ni antología que hubiera visto yo en los cuatro años que había pasado dormitando en la Universidad de Nueva York. Aunque no me preguntaron nada, les ofrecí lo único que sabía de Santayana, que si no aprendemos de la historia estamos condenados a repetir nuestros errores. No parecieron impresionados, ni siquiera cuando les dije que conocía el nombre de pila de Santayana, que era George.

—Y bien —dijo el hombre del centro—. ¿Cómo explicaría usted esta poesía?

—Bueno... —balbucí—. Creo..., creo... que en parte trata del suicidio, y de que Santayana está harto, y les hablaría de James Dean, porque los adolescentes lo admiran, y de que probablemente se mató en moto por un impulso inconsciente, y sacaría a relucir el monólogo de Hamlet sobre el suicidio, «ser o no ser», y les haría hablar de sus propias opiniones sobre el suicidio, si es que las han tenido alguna vez.

El hombre de la derecha dijo:

—¿Qué haría usted como refuerzo?

—No lo sé. ¿Qué es el refuerzo?

El hombre enarcó las cejas y miró a los otros como procurando tener paciencia. Dijo:

—El refuerzo es una actividad, un enriquecimiento, un seguimiento, algún tipo de tarea con que se remata el aprendizaje de modo que quede incrustado en la memoria del estudiante. No es posible enseñar en el vacío. El buen profesor relaciona el material con la vida real. Lo entiende usted, ¿verdad?

Ah. Me sentía desesperado. Dije sin pensármelo:

—Les diría que escribieran una nota de despedida de ciento cincuenta palabras, como si fueran a suicidarse. Sería un buen modo de animarles a pensar en la vida en sí, pues Samuel Johnson dijo que pensar que nos van a ahorcar a la mañana siguiente centra la mente de una manera maravillosa.

—¿Qué? —exclamó el hombre del centro.

El de la derecha sacudió la cabeza.

—No estamos aquí para hablar de Samuel Johnson.

El de la izquierda dijo ceñudo:

—¿Una nota de despedida de suicida? No haría usted tal cosa. ¿Me ha oído? Está tratando con mentes tiernas. ¡Caramba! Puede retirarse.

—Gracias —dije, pero ¿de qué me serviría?

Estaba acabado. Se veía claramente que no les había gustado, ni mi ignorancia acerca de Santayana y del refuerzo, y estaba convencido de que la idea de la nota de despedida del suicida había sido la gota que había colmado el vaso. Eran jefes de departamento de instituto de secundaria, o tenían otros puestos importantes, y a mí me desagradaban, tanto como cualquier persona que ejerciera poder sobre mí —los jefes, los obispos, los catedráticos, los inspectores fiscales, los capataces en general—. Con todo, me pregunté por qué las personas como esos miembros del tribunal examinador son tan maleducadas que te hacen sentir indigno. Pensé que si yo estuviera en su lugar intentaría ayudar a los candidatos a superar sus nervios. Si los jóvenes quieren ser profesores, se les debería animar, y no intimidarlos con un tribunal que daba la impresión de creer que Santayana era el centro del universo.

Eso sentía yo entonces, pero es que no sabía cómo funcionaba el mundo. No sabía que la gente de allí arriba tiene que protegerse de la gente de aquí abajo. No sabía que la gente mayor tiene que protegerse de la gente joven, que quiere apartarla de la faz de la tierra.

Cuando salí de mi entrevista, ella ya estaba en el pasillo, atándose la bufanda bajo la barbilla y diciéndome:

—Ha estado tirado.

—Nada de eso. Me han preguntado sobre Santayana.

—¿De verdad? A Norm le encanta Santayana.

¿Es que esa mujer no tenía el menor sentido común, para echarme a perder el día con Norm y ese condenado Santayana?

—Me importa una mierda Norm. Y otra Santayana.

—Uy, uy. Qué elocuencia. ¿El irlandés tiene una rabieta?

Sentí el impulso de llevarme las manos al pecho para calmar mi rabia. Pero sólo me marché, y no me volví ni siquiera cuando ella me dijo en voz alta: «Frank, Frank, podríamos ir en serio».

Crucé el puente de Brooklyn, repitiéndome «podríamos ir en serio» durante todo el camino, hasta llegar al bar de McSorley, en la calle 7 Este. ¿Qué habría querido decir?

Me bebí una cerveza tras otra, comí embutido de hígado y cebolla con galletas saladas, oriné soberanamente en los imponentes urinarios del McSorley, la llamé desde un teléfono público, colgué cuando se puso Norm, sentí lástima de mí mismo, me dieron ganas de volver a llamar a Norm, de retarle a una pelea en la acera, cogí el teléfono, lo dejé, me marché a casa, sollocé abrazado a la almohada, me desprecié a mí mismo, me llamé imbécil hasta que caí en un sueño alcohólico.

Al día siguiente, con resaca y sufriendo, viajé hasta el instituto de secundaria del Distrito Este de Brooklyn para realizar el examen práctico de pedagogía, el último paso para la licencia. Yo debía llegar una hora antes de la lección, pero me equivoqué de metro y llegué media hora tarde. El jefe del departamento de Lengua Inglesa me dijo que podía volver en otro momento, pero yo quería quitármelo de encima, sobre todo teniendo en cuenta que sabía que, en todo caso, iba camino del suspenso.

El jefe de departamento me entregó unas hojas de papel con el tema de mi lección: «Poesías de guerra». Yo me sabía las poesías de memoria, «¿Tiene importancia?» de Siegfried Sassoon y el «Himno para la juventud condenada» de Wilfred Owen.

Cuando impartes clases en Nueva York, se te exige que sigas un plan de la lección. En primer lugar debes expresar tu objetivo. Luego has de motivar a la clase, porque, como todo el mundo sabe, esos chicos no quieren aprender nada.

Motivo a esta clase hablándoles del marido de mi tía, que respiró gases en la Primera Guerra Mundial y, cuando volvió a su casa, no encontró más

trabajo que el de echar paletadas de carbón, coque y cisco en las calderas de la fábrica de gas de Limerick. La clase se ríe, y el jefe de departamento sonrío levemente, buena señal.

No basta con explicar la poesía. Tienes que «provocar y evocar», hacer que tus estudiantes se comprometan con la materia. Tienes que excitarlos. Es la palabra que usa el Consejo de Educación. Tienes que formular preguntas trascendentes para fomentar la participación. Un buen profesor es capaz de plantear las suficientes preguntas trascendentes como para que la clase marche a buen ritmo durante tres cuartos de hora.

Algunos chicos hablan de la guerra y de sus familiares que sobrevivieron a la Segunda Guerra Mundial y a la de Corea. Dicen que no era justo cómo volvieron algunos a sus casas, sin cara o sin piernas. Perder un brazo no era tan grave, porque siempre te quedaba otro. Perder los dos brazos era una verdadera desgracia, porque tenía que darte de comer otra persona. Perder la cara ya era otra cosa. Sólo tenías una, y cuando la perdías, se acabó, nene. Una chica con un tipo precioso y una blusa rosada de encaje dice que su hermana está casada con un tipo que cayó herido en Pyongyang y que ahora no tiene brazos, ni siquiera unos muñones de donde puedan colgarle unos brazos postizos. De modo que su hermana tiene que darle de comer y afeitarse y hacerle todo, y lo único que quiere él es sexo. Sexo, sexo, sexo, es lo único que quiere, y su hermana se está quedando agotada.

Desde el fondo del aula, el jefe de departamento dice «Helen», con tono de advertencia, y ella dice a toda la clase:

—Bueno, pues es verdad. ¿Os gustaría tener a una persona a la que tienes que bañar y dar de comer y después acostarte con ella tres veces al día?

Algunos chicos sueltan risitas, pero se callan cuando Helen añade:

—Lo siento, me pone muy triste lo de mi hermana y Roger, porque ella me ha dicho que no puede seguir así. Lo dejaría, pero entonces él tendría que ingresar en el hospital de veteranos. Él dice que si le pasara eso, se mataría. —Se vuelve para dirigirse al jefe de departamento, que sigue al fondo del aula—. Siento lo que he dicho del sexo, pero fue lo que pasó, y no he pretendido faltar al respeto.

Yo admiraba tanto a Helen por su madurez y su valor y por los pechos tan bonitos que tenía que apenas era capaz de seguir dando la clase. Pensé que a mí, personalmente, no me importaría estar mutilado si la tuviera cerca de mí todo el día, lavándome, secándome y dándome sexo. Desde luego, los profesores no debían pensar esas cosas, pero ¿qué vas a hacer cuando tienes veintisiete años y tienes sentada delante a una persona como Helen, que saca temas como el sexo y tiene ese aspecto que tiene?

Un chico no está dispuesto a dejar el tema. Dice que la hermana de Helen no debe preocuparse por que su marido se suicide, porque eso es imposible no teniendo brazos. Si no tienes brazos, no tienes manera de matarte.

Dos chicos dicen que nadie debería tener que afrontar la vida sin cara o sin piernas teniendo sólo veintidós años. Sí, claro, siempre pueden ponerte piernas postizas, pero no pueden ponerte una cara postiza, pues ¿quién querría salir contigo? Eso sería el fin, y nunca tendrías hijos ni nada. Ni tu propia madre querría mirarte, y tendrías que tomar toda la comida por una pajita. Era muy triste saber que no querrías mirarte nunca más en el espejo del baño por miedo a lo que podrías ver o a lo que podrías no ver, una cara desaparecida. Imagínate lo duro que sería para la pobre madre cuando tuviera que decidirse a tirar la maquinilla y la espuma de afeitar de su hijo, sabiendo que nunca volvería a usarlas. Nunca más. No podría entrar en su cuarto y decirle: «Hijo, ya no vas a usar más estas cosas de afeitar, y aquí se están acumulando muchas cosas, de manera que voy a tirarlas». ¿Os imagináis cómo se sentiría él, allí sentado sin cara, y su propia madre diciéndole, en cierto modo, que todo ha terminado? Eso sólo podrías hacérselo a una persona que te desagradara, y era duro pensar que a una madre le desagradara su hijo, aunque no tuviera cara. Se supone que tu madre debe quererte y apoyarte estés como estés. Si no lo hace, ¿dónde has ido a parar, y de qué te sirve vivir siquiera?

Algunos chicos de la clase dicen que les gustaría tener su propia guerra para poder ir allí y desquitarse. Un chico dice: «Ah, qué gilipollez, nunca puedes desquitarte», y le abuchean y lo hacen callar a gritos. Se llama Richard, y al parecer es bien sabido que es un comunista. El jefe de departamento toma notas, probablemente en el sentido de que he perdido el

control de la clase permitiendo que suene más de una voz en el aula. Me desespero. Levanto la voz:

—¿Alguno ha visto una película sobre soldados alemanes que se llama *Sin novedad en el frente*?

No, no la han visto, y ¿por qué iban a gastarse el dinero para ver películas sobre alemanes después de lo que nos hicieron? Malditos boches.

—¿Cuántos de vosotros sois italianos?

Media clase.

—Y ¿nunca querríais ver una película italiana, después de que Italia combatiera contra Estados Unidos en la guerra?

No, no tiene nada que ver con la guerra. Es sólo que no quieren ver esas películas con todos esos tontos subtítulos que van tan deprisa que no se puede seguir el hilo, y cuando en la película sale nieve y los subtítulos son blancos ¿cómo demonios quieren que puedas leer algo? En muchas de esas películas italianas sale nieve y perros haciendo pis contra una pared, y en todo caso son deprimentes, con gente que está de pie en las calles esperando que pase algo.

El Consejo de Educación había dictaminado que la lección debe tener un sumario que lo unifique todo y que conduzca a una tarea para hacer en casa o a un refuerzo o a un resultado de algún tipo, pero a mí se me olvida, y cuando suena el timbre está en marcha una discusión entre dos chicos, uno que defiende a John Wayne y otro que dice que es un gran farsante que no fue a la guerra. Yo intento unificarlo todo en un amplio resumen, pero la discusión prosigue. Les digo «gracias», pero nadie me escucha, y el jefe de departamento se rasca la frente y toma notas.

Caminé hacia el metro riñéndome a mí mismo. ¿De qué ha servido? Profesor... y una leche. Debería haberme quedado en el Ejército con los perros. Estaría mejor en los muelles y los almacenes, levantando, acarreando, maldiciendo, comiéndome bocadillos gigantes, bebiendo cerveza, persiguiendo a las pelanduscas de los muelles. Al menos estaría con los míos, con la gente de mi clase, en vez de darme pisto, *acushla*. Debería haber escuchado a los curas y a la gente respetable de Irlanda, que nos decían que nos guardásemos de la vanidad, que aceptásemos nuestra

suerte, que en el cielo hay un lecho para los mansos de corazón, para los de alma humilde.

—Señor McCourt, señor McCourt, espere usted.

Era el jefe de departamento, que me llamaba en voz alta desde media manzana de distancia: «Espere usted». Volví hacia él. Tenía cara amable. Creí que había venido para consolarme con un «es una lástima, joven».

Estaba sin aliento.

—Mire, yo no debería hablar con usted siquiera, pero sólo quiero decirle que recibirá los resultados de su examen dentro de unas semanas. Tiene madera de buen profesor. Quiero decir, en nombre del cielo, hasta conocía a Sassoon y Owen. O sea, la mitad de la gente que se presenta aquí no es capaz de distinguir a Emerson de Mickey Spillane. Así que, cuando reciba los resultados y busque trabajo, llámeme. ¿De acuerdo?

—Ah, sí, claro, sí, le llamaré. Gracias.

Seguí por la calle bailando, flotando. Los pájaros cantaban en el andén del ferrocarril elevado. La gente me miraba con sonrisas y respeto. Se daban cuenta de que yo era un hombre con un puesto en la enseñanza. No era tan tonto, después de todo. Ay, Señor. Ay, Dios. ¿Qué diría mi familia? Profesor. Correrá la voz por Limerick. «¿Os habéis enterado de lo de Frankie McCourt? Jesús, es profesor, allí en Estados Unidos. Y ¿qué era cuando se marchó? Nada. Eso es lo que era. Un pobre desgraciado que parecía un zarrapastroso». Llamaría a June. Le diría que ya me habían ofrecido un puesto en la enseñanza. En un instituto de secundaria. No estaba tan arriba como Norman, el catedrático, pero en fin... Metí una moneda de diez centavos en un teléfono público. La moneda cayó. Volví a colgar el auricular. Llamarla quería decir que necesitaba llamarla, y yo no tenía la necesidad de necesitarlo. Podía vivir sin ella en la bañera, sin el rape y sin el vino blanco. El tren entró traqueteando en la estación. Sentía ganas de decir a la gente que estaba sentada y de pie que me habían ofrecido un puesto en la enseñanza. Levantarían la vista de sus periódicos y me sonreirían. No, nada de llamar a June. Que se quedara con Norm, que echaba a perder los rapes y no sabía nada de vino, con Norm el depravado que no era capaz de tomar a June como era. No, me iría a la parte baja, a los Almacenes Portuarios, dispuesto a trabajar hasta que llegara mi licencia de

profesor. Mi licencia de profesor. Quise exhibirla agitándola desde lo alto del Empire State.

Cuando llamé para interesarme por el puesto en la enseñanza, en el instituto me dijeron que lo sentían, que el amable jefe de departamento había fallecido y que lo sentían, no tenían libre ningún puesto de profesor y me deseaban buena suerte en mi búsqueda. Todo el mundo decía que mientras tuviera la licencia no me costaría encontrar un puesto de trabajo. ¿Quién diablos iba a querer una birria de trabajo como ése? Muchas horas, poco sueldo y ¿quién te agradece que te ocupes de los mocosos de Estados Unidos? Y por eso el país pedía profesores a gritos.

En un instituto tras otro me decían: «Lo sentimos, su acento va a resultar un problema. A los chicos, sabe, les gusta imitar, y tendríamos el instituto lleno de dejes irlandeses. ¿Qué dirían los padres cuando sus hijos volvieran a su casa hablando como, sabe usted, como Barry Fitzgerald? ¿Se *hazusté* cargo de nuestra situación?».

Los directores adjuntos se preguntaban cómo había conseguido que me dieran la licenciatura con ese deje. ¿Es que el Consejo de Educación ya no tenía directrices?

Me sentí descorazonado. En el Gran Sueño Americano no había lugar para mí. Volví a los muelles, donde me sentía más a gusto.

4

—Oiga, señor McCourt, ¿ha hecho alguna vez algún trabajo de verdad, no de profesor sino, ya sabe, trabajo de verdad?

—¿Estás de broma? ¿Qué crees que es la enseñanza? Echa una mirada a esta aula y piensa si te gustaría subir aquí arriba y hacerles frente todos los días. A vosotros. La enseñanza es más dura que trabajar en los muelles y los almacenes. ¿Cuántos de vosotros tenéis parientes que trabajen en el puerto?

Media clase, sobre todo italianos, algunos irlandeses.

—Antes de venir a este instituto, trabajé en los muelles de Manhattan, Hoboken y Brooklyn —dije.

Un chico dijo que su padre me conocía de Hoboken.

—Después de la universidad aprobé los exámenes para obtener la licencia de profesor, pero no me parecía que estuviera hecho para la vida del profesor —les conté—. No sabía nada de los adolescentes norteamericanos. No sabría qué decirlos. El trabajo del puerto era más fácil. Entraban los camiones dando marcha atrás. Nosotros manejábamos los ganchos. Levantar, izar, tirar, empujar. Cargar sobre palés. Llega la carretilla elevadora, levanta la carga, da marcha atrás, deja la carga en su sitio en el almacén y vuelve al muelle de carga. Trabajabas con el cuerpo, y tu cerebro tenía el día libre. Trabajabas de ocho a mediodía, almorzabas un bocadillo de tres palmos de largo y un litro de cerveza, lo sudabas de una a cinco, salías para tu casa con hambre para cenar, dispuesto a ir a ver una película y tomarte unas cervezas en un bar de la Tercera Avenida.

Una vez que le cogías el tranquillo, te movías como un robot. Seguías el ritmo del hombre más fuerte del muelle de carga, y el tamaño no tenía importancia. Te servías de las rodillas para protegerte la espalda. Si se te

olvidaba, los del muelle de carga te vociferaban: «Dios del cielo, ¿es que tienes el espinazo de goma, o qué?». Aprendías a usar el gancho de diversas maneras con las diversas cargas: cajas, sacos, cajones, muebles, grandes piezas de maquinaria grasienta. Un saco de judías o guindillas tiene voluntad propia. Puede cambiar de forma para un lado o para otro, y tienes que seguirlo. Observabas el tamaño, la forma y el peso de un artículo y te hacías cargo al momento de cómo debías levantarlo y moverlo. Aprendías las costumbres de los camioneros y ayudantes. Los camioneros autónomos eran fáciles. Trabajaban por su cuenta, se marcaban su propio ritmo. Los camioneros de empresas te pinchaban para que te dieras prisa, hombre, levanta la maldita carga, vamos, quiero largarme de aquí. Los ayudantes de los camioneros eran hoscos, trabajaban para quien trabajaran. Te hacían jueguecitos para ponerte a prueba y hacerte caer, sobre todo si creían que eras un inmigrante recién desembarcado. Si estabas trabajando cerca del borde del muelle o la dársena, dejaban caer de pronto su lado del saco o el cajón, con la fuerza suficiente para arrancarte el brazo de cuajo, y tú aprendías a no acercarte al borde de nada. Entonces se reían y decían: «*Faith an' begorrah, Paddy*», o a *los buenos días* con un falso acento irlandés. No podías quejarte de nada de esto a un jefe. Te diría: «¿Qué te pasa, chico? ¿Es que no aguantas una bromita?». Quejarte sólo servía para empeorar las cosas. La cosa podía llegar a oídos de un camionero o un ayudante, y éste podía darte un golpe accidental y tirarte de la dársena, o incluso del muelle. Un hombretón nuevo, del condado de Mayo, se ofendió cuando alguien le metió en el bocadillo la cola de una rata, y cuando amenazó con matar a quien lo hubiera hecho, lo empujaron accidentalmente al Hudson, y todos se rieron hasta que le tiraron un cabo y lo sacaron empapado del agua sucia del río. Aprendió a reírse, y dejaron de molestarle. No puedes trabajar en los muelles con la cara larga. Al cabo de un tiempo dejan de meterse contigo y corre la voz de que sabes aguantar los golpes. Eddie Lynch, el jefe del muelle de carga, me dijo que era un irlandesito duro, y aquel día tuvo más importancia para mí que el día que me ascendieron a cabo en el Ejército de Estados Unidos, porque yo sabía que no era tan duro, era simple desesperación.

Conté a mis clases que estaba tan inseguro acerca de ejercer la enseñanza, que había pensado en pasarme sencillamente el resto de mi vida en los Almacenes Portuarios, sería el pez grande de un estanque pequeño. A mis jefes les impresionaría tanto mi título universitario que me contratarían de encargado y me ascenderían a un trabajo de oficina, donde prosperaría en la vida sin duda alguna. Hasta podía llegar a jefe de todos los encargados. Yo sabía la vida que hacían los oficinistas de los almacenes o los oficinistas de todas partes. Movían papeles, bostezaban, se asomaban a la ventana a mirar a los que trabajábamos como esclavos en el muelle de carga.

No hablé a mis alumnos de Helena, la telefonista que ofrecía algo más que rosquillas en la parte trasera del almacén. Me sentí tentado, hasta que Eddie me dijo que te bastaba con rozarla para acabar en el hospital de Saint Vincent con unas purgaciones.

Lo que echaba de menos de los muelles era el modo en que la gente decía lo que pensaba sin que le importara una mierda. No como los catedráticos de la universidad, que te decían «por una parte sí, por otra parte no», y no sabías qué pensar. Era importante saber lo que pensaban los catedráticos para poder soltárselo a su vez en los exámenes. En los almacenes todos se insultaban en broma hasta que alguien se pasaba de la raya y salían a relucir los ganchos. Cuando eso pasaba, la cosa era notable. Por el modo en que las risas se apagaban y las sonrisas se hacían más tensas se notaba que algún bocazas se estaba pasando de la raya, y se sabía que lo que venía a continuación era el gancho o el puño.

Cuando había peleas en los muelles y las dársenas se interrumpía el trabajo. Eddie me contó que los hombres se cansaban de levantar y acarrear y apilar, siempre lo mismo año va año viene, y que por eso se insultaban y empujaban unos a otros hasta el borde de una pelea de verdad. Algo tenían que hacer para romper la rutina y las largas horas en silencio. Yo le dije que a mí no me importaba pasarme el día entero trabajando sin decir una palabra, y él dijo:

—Sí, pero tú eres especial. Sólo llevas aquí año y medio. Si llevaras en esto quince años, también se te soltaría la lengua. Algunos de estos tipos lucharon en Normandía y en el Pacífico, y ¿qué son ahora? Unos burros.

Unos burros que ya tienen condecoraciones. Unos burros patéticos en un trabajo sin futuro. Allá en la calle Hudson se emborrachan y presumen de sus medallas, como si al mundo le importara una mierda. Te dicen que trabajan por los hijos, los hijos, los hijos. Una vida mejor para los chicos. Dios, cuánto me alegro de no haberme casado.

Si no hubiera estado allí Eddie, las peleas habrían sido peores. Él era el que tenía los ojos y los oídos en todas partes, y se olía las riñas por adelantado. Cuando dos hombres se enzarzaban, Eddie metía su gran barriga entre los dos y les decía que se largaran de su muelle de carga con viento fresco y terminarían la pelea en la calle. Cosa que ellos no hacían nunca, pues agradecían de verdad aquel pretexto para evitar el puño y, sobre todo, el gancho. El puño se puede esquivar, pero el gancho nunca lo ves venir. Sin embargo, seguían refunfuñándose y haciéndose gestos obscenos, pero ya no era más que humo, porque había pasado el momento, había terminado el desafío, los demás habíamos vuelto al trabajo, y ¿de qué sirve una pelea si no hay nadie que vea lo matón que eres?

Helena salía de la oficina para ver las peleas, y cuando terminaban susurraba a los ganadores y les invitaba a reunirse con ella en un lugar oscuro del almacén para pasar un buen rato.

Eddie me dijo que algunos de esos canallas asquerosos fingían pelearse para que Helena les hiciera favores, y que si alguna vez me veía en la parte trasera con ella después de una pelea, me lanzaría al río con el culo por delante. Me dijo eso por una vez que tuve una pelea o casi tuve una pelea con el conductor Dominic *el Gordo*, que era peligroso porque se rumoreaba que tenía relaciones con la mafia. Eddie decía que eso eran chorradas. Si tenías verdaderas relaciones con la mafia, no estabas conduciendo y rompiéndote el culo descargando camiones. Los demás creíamos que Dominic debía de conocer a gente que tenía relaciones, o incluso que estaba dentro, así que era buena idea colaborar con él. Pero cómo podías colaborar si te decía con soma: «¿Qué hay, Paddy? ¿No sabes hablar? A lo mejor es que a tu madre se la tiró un tonto, ¿eh?».

Todo el mundo sabe que en los muelles, o en las dársenas, o en cualquier parte, nunca debes consentir que nadie se meta con tu madre. Los niños lo saben desde que aprenden a hablar. Puede que ni siquiera te caiga

bien tu madre, pero eso no importa. Pueden decir de ti lo que quieran, pero meterse con tu madre es pasarse de la raya, y si lo permites pierdes todo el respeto. Si necesitas que alguien te ayude con una carga en la dársena o el muelle, te dan la espalda. No existes. Ni siquiera se comerán contigo un bocadillo de embutido de hígado a la hora del almuerzo. Si te paseas por los muelles y los almacenes y ves a hombres que comen solos, sabrás que están hundidos en la mierda, que son hombres que consintieron que se metieran con sus madres o que una vez fueron esquirols y cruzaron un piquete. A un esquirol se le puede perdonar al cabo de un año, pero no se perdona nunca a un hombre que dejó que se metieran con su madre.

Repliqué a Dominic con un insulto del Ejército.

—Oye, Dominic, con lo gordo seboso que eres, ¿cuándo fue la última vez que te viste la polla, y cómo sabes que la tienes ahí de verdad?

Se volvió y me derribó con el dorso de la mano, y cuando caí a la calzada perdí el control y volví a saltar a la dársena, lanzándole golpes con mi gancho. Él ya tenía aquella sonrisa que significaba «pobre mierdecilla miserable, vas a morir», y cuando le lancé un golpe él me apartó la cara con la palma de la mano y me derribó otra vez a la calzada. La palma de la mano es lo más insultante en una pelea. Un puñetazo es una cosa franca y honorable, es lo que hacen los boxeadores. Pero la palma de la mano en la cara da a entender que no eres digno ni del desprecio, y tú preferirías salir con los ojos morados a hundirte hasta no ser digno ni del desprecio. Los ojos morados se curan, pero lo otro queda allí para siempre.

Después, sumó un insulto al anterior. Cuando me así del borde de la dársena para volver a subirme, me pisó la mano y me escupió en la cabeza, y eso me provocó tal rabia furiosa que levanté el gancho y lo cogí por la parte posterior de la pierna y tiré hasta que le hice gritar:

—¡So mierdecilla! Si me veo sangre en la pierna, date por muerto.

No había señales de sangre. El cuero grueso de sus botas de trabajo lo había protegido del gancho, pero yo estaba dispuesto a seguir lanzándole golpes hasta que Eddie bajó corriendo por los escalones y me apartó.

—Dame ese gancho. Eres un irlandés loco. Si te pones a malas con Dominic, eres una mierda en la calle.

Me dijo que entrara, que me cambiara, que saliera por otra puerta, que me fuera a mi casa, que me largara de allí.

—¿Me van a despedir?

—No, maldita sea. No podemos despedir a todos los que tienen aquí una pelea, pero perderás medio día de jornal, que tendremos que pasarle a Dominic.

—Pero ¿por qué tengo que perder dinero en beneficio de Dominic? Empezó él.

—Dominic nos trae negocio, y tú estás de paso. Cuando tú te hayas licenciado en la universidad, él seguirá trayendo cargas con el camión. Tienes suerte de seguir vivo, chico, de modo que encaja el golpe y vete a tu casa. Piénsatelo.

Cuando salía, volví la vista atrás para ver si estaba allí Helena, y estaba, con esa sonrisita de «ven aquí», pero también estaba Eddie, y comprendí que no tenía ninguna esperanza de irme con ella al sitio oscuro, con esa mirada ceñuda de Eddie.

Algún día, cuando me tocara a mí llevar la carretilla elevadora, me vengaría de Dominic el *Gordo*. Pisaría el pedal y aplastaría al gordo contra una pared y escucharía sus gritos. Ése era mi sueño.

Pero no llegó a suceder, porque las cosas cambiaron entre él y yo un día que entró marcha atrás con su camión y gritó a Eddie desde la cabina:

—Eh, Eddie, ¿a quién tienes descargando hoy?

—A Durkin.

—Quia. No me pongas a Durkin. Ponme al irlandesito bocazas del gancho.

—Dominic, ¿estás loco? Déjalo.

—Quia. Tú ponme al bocazas.

Eddie me preguntó si podía hacerle frente. No estaba obligado si no quería.

—Dominic no manda aquí —dijo.

Yo dije que podía hacer frente a cualquier gordo seboso que me pusieran por delante, y Eddie me contestó:

—A callar. Cuidado con lo que dices, por Dios. No vamos a sacarte del apuro otra vez. Ponte a trabajar, y cuidado con esa boca.

Dominic estaba en lo alto de la dársena, sin sonreír. Dijo que aquél era un trabajo de verdad, cajas de *whisky* irlandés, y que a lo mejor se caía una caja por el camino. Podía ser que se rompieran una o dos botellas, pero el resto serían para nosotros, y estaba seguro de que podríamos encargarnos de ello. Me echó una sonrisilla fugaz, y yo me sentí demasiado apurado para devolverle la sonrisa. ¿Cómo iba a sonreír uno, después de que me diera con la palma de la mano, en vez de con el puño?

—Dios, qué irlandesito más tristón eres —dijo.

Estuve a punto de llamarle italianucho, pero no quería que volviera a darme con la palma de la mano.

Hablaba alegremente, como si nunca hubiera pasado nada entre nosotros. Aquello me desconcertaba, pues siempre que yo tenía una discusión o una pelea con alguien, lo evitaba durante mucho tiempo. Cargamos las cajas de *whisky* en palés, y él me contó en tono normal que su primera esposa era irlandesa, pero que había muerto de tuberculosis.

—¿Te haces una idea? Tuberculosis, maldita sea. Mi primera mujer era una birria de cocinera, como todos los irlandeses. No te ofendas, chico. No me mires de ese modo. Pero chico, vaya si sabía cantar. Y cosas de ópera también. Ahora estoy casado con una italiana. De música no sabe ni jota, pero chico, vaya si sabe cocinar. —Me miró fijamente—. Me echa de comer. Por eso soy un gordo sebososo que no se ve las rodillas.

Sonreí, y él dijo en voz alta a Eddie:

—Oye, gilipollas. Me debes diez. He hecho sonreír al irlandesito.

Terminamos de descargar y llevamos los palés al almacén, y llegó el momento de dejar caer una caja de *whisky* para que se rompiera y sentarnos sobre sacos de guindillas en la sala de fumigación con los camioneros y almacenistas para asegurarnos de que no se echara a perder nada de esa caja.

Eddie era un hombre de los que a uno le gustaría tener por padre. Cuando estábamos sentados en el banco del muelle de carga, entre una carga y otra, me explicaba cosas. Cuando lo hacía, yo me extrañaba de no saber ya esas cosas. En teoría yo era el universitario, pero él sabía más, y yo lo respetaba más que a ningún catedrático.

Su vida era un callejón sin salida. Cuidaba de su padre, que había salido de la Primera Guerra Mundial con los nervios alterados. Eddie podía haberlo hecho ingresar en un hospital para veteranos, pero decía que eran unos agujeros infernales. Mientras Eddie trabajaba, venía una mujer todos los días a dar de comer a su padre y a limpiarle. Por las tardes, Eddie lo llevaba al parque en su silla de ruedas, y después volvían a casa para ver las noticias en la televisión, y aquella era la vida de Eddie. No se quejaba. Se limitaba a decir que siempre había soñado con tener hijos, pero que el destino lo había querido de otro modo. Su padre estaba mal de la cabeza pero tenía el cuerpo sano. Iba a vivir una eternidad, y Eddie jamás dispondría de la casa para él solo.

Fumaba sin cesar en el muelle de carga, y se comía unos enormes bocadillos de albóndigas, regados con botellas de medio litro de chocolate malteado. Un día pudo con él la tos del tabaco, cuando estaba gritando a Dominic *el Gordo* que enderezara ese condenado camión y diera marcha atrás, «conduces como una puta de Hoboken», y cuando le vino la tos se le combinó con la risa y no pudo recobrar el aliento y se derrumbó en el muelle con un cigarrillo todavía en los labios, mientras Dominic *el Gordo* le gritaba insultos desde la cabina de su camión, hasta que vio que Eddie palidecía más y le faltaba el aire. Cuando Dominic *el Gordo* bajó de la cabina y subió al muelle de carga, Eddie ya había muerto, y en vez de acercarse a él y hablarle, como hacen a los muertos en las películas, Dominic *el Gordo* retrocedió y bajó pesadamente los escalones hasta su camión, llorando como una ballena gorda, y se marchó con el camión, olvidándose de que debía entregar la carga.

Me quedé junto a Eddie hasta que la ambulancia se lo llevó. Helena vino de la oficina y me dijo que tenía un aspecto terrible, y me consoló como si Eddie hubiera sido mi padre. Yo le dije que estaba avergonzado de mí mismo, porque en cuanto se hubieron llevado a Eddie pensé que podría solicitar su puesto. Le dije que podía hacerlo, ¿verdad? Era licenciado. Ella me dijo que el jefe me contrataría al momento. Le gustaría presumir de que Almacenes Portuarios tenía el único encargado y jefe de muelle de carga licenciado universitario de todo el puerto. Me dijo que me sentara allí, en la

mesa de Eddie, para que me fuera acostumbrando, y que escribiera una nota para el jefe diciéndole que me interesaba el puesto.

Todavía estaba sobre la mesa la carpeta de Eddie. Todavía tenía el albarán de Dominic *el Gordo*. Un lápiz rojo colgaba de un cordel atado al sujetapapeles. En la mesa había un tazón lleno hasta la mitad de café solo. La taza llevaba el nombre EDDIE. Pensé que tendría que hacerme con una taza así, con el nombre FRANK. Helena sabría dónde se compraban. Me produjo una sensación de alivio saber que ella estaría allí para ayudarme.

—¿A qué esperas? —dijo—. Escribe la nota.

Volví a mirar el tazón de Eddie. Me asomé a mirar el muelle donde había caído y se había muerto, y no era capaz de escribir la nota. Helena dijo que era una oportunidad que sólo se daba una vez en la vida, que ganaría cien dólares por semana, por Dios, más que los tristes setenta y siete que ganaba ahora.

No, no podía ocupar de ninguna manera el lugar de Eddie en ese muelle de carga, no tenía tan grande la barriga ni el corazón.

—Vale, vale —dijo Helena—, tienes razón. ¿De qué sirve tener estudios universitarios para quedarte en un muelle de carga contando sacos de guindillas? Eso lo puede hacer cualquier fracasado, sin ánimo de ofender a Eddie. ¿Acaso quieres ser otro Eddie? ¿Pasarte la vida vigilando a Dominic *el Gordo*? Ve a hacerte profesor, cariño. Te respetarán más.

¿Fue el tazón y el empujoncito de Helena lo que me hizo dejar el puerto y entrar en el aula, o fue mi conciencia que me dijo «planta cara, deja de esconderte y ejerce la enseñanza, hombre»?

Cuando contaba historias de los muelles me miraban de otra manera. Un chico dijo que le hacía gracia pensar que tenían un profesor que había trabajado como la gente de verdad y que no había venido de la universidad sin saber hablar más que de libros y tal. Él había pensado que también le gustaría trabajar en los muelles, porque se ganaba mucho con las horas extras y se hacía algún negocio aquí y allá con las mercancías caídas y rotas, pero su padre le había dicho que le patearía el culo, ja, ja, y en una familia italiana no se le replicaba al padre. Su padre le había dicho:

—Si ese irlandés ha podido llegar a profesor, tú también puedes, Ronnie, tú también puedes. Así que, olvídate de los muelles. Puede que allí

ganes dinero, pero ¿de qué te servirá, si no puedes caminar erguido?

5

Mucho después de mis tiempos de profesor, garabateo números en papeles y me impresiona lo que significan. En Nueva York impartí clases en cinco institutos de secundaria y en un colegio universitario: el Instituto de Formación Profesional y Técnico McKee, en Staten Island; el Instituto de Industrias de la Moda, en Manhattan; el Instituto de Secundaria de Seward Park, en Manhattan; el Instituto de Secundaria Stuyvesant, en Manhattan; clases nocturnas en el Instituto Washington Irving, en Manhattan; el Colegio Universitario de Nueva York, en Brooklyn. He impartido clases diurnas, nocturnas y de verano. Según mis cálculos, unos doce mil chicos, chicas, hombres y mujeres se han sentado en pupitres y me han oído explicar, cantar, animar, divagar, declamar, recitar, predicar. Pienso en los doce mil y me pregunto qué he hecho por ellos. Luego, pienso en lo que hicieron ellos por mí.

Según mis cálculos, impartí al menos treinta y tres mil clases.

Treinta y tres mil clases en treinta años: días, noches, veranos.

En las universidades puedes dar la clase leyendo tus apuntes viejos y manoseados. En los institutos públicos de secundaria jamás podrías hacerlo así. Los adolescentes estadounidenses son expertos en los trucos de los profesores, y si intentas embaucarlos te paran los pies.

—Así que, oiga, profe, ¿qué más le pasó en Irlanda?

—Ahora no puedo hablar de eso. Tenemos que dar el capítulo de vocabulario del libro de texto. Abrid el libro por la página setenta y dos.

—Ay, hombre, a las demás clases les cuenta historias. ¿No nos puede contar aunque sea una cosita?

—De acuerdo, una cosita. Cuando yo era niño, en Limerick, nunca pensé que llegaría a ser profesor en Nueva York. Éramos pobres.

—Ah, ya. Ya hemos oído decir que no tenían nevera.

—Y tampoco papel higiénico.

—¿Cómo? ¿Que no tenían papel higiénico? Todo el mundo tiene papel higiénico. Hasta en la China, donde se están muriendo de hambre, tienen papel higiénico. Hasta en África.

Creer que estoy exagerando, y eso no les gusta. Las historias de desgracias tienen su límite.

—¿Quiere usted decirnos que se subían los pantalones así sin más, sin limpiarse?

Nancy Castigliano levanta la mano.

—Perdone, señor McCourt. Es casi la hora de almorzar, y no quiero seguir oyendo hablar de gente que no tiene papel higiénico.

—Está bien, Nancy, pasaremos a otro tema.

Hacer frente a docenas de adolescentes todos los días te hace poner los pies en la tierra. A las ocho de la mañana a ellos les da igual cómo te sientas. Piensas en el día que tienes por delante: cinco clases, hasta ciento setenta y cinco adolescentes norteamericanos; volubles, hambrientos, enamorados, angustiados, excitados, enérgicos, desafiantes. No hay escapatoria. Están allí, y tú estás aquí con tu dolor de cabeza, tu indigestión, con ecos de la discusión que has tenido con tu cónyuge, con tu amante, con tu casero, con tu hijo insoportable que quiere ser Elvis, que no agradece nada de lo que haces por él. Anoche no pudiste dormir. Todavía tienes la cartera llena con los trabajos de los ciento setenta y cinco alumnos, sus redacciones, llamémoslas así, garabatos descuidados. «Ay, oiga usted, ¿ha leído mi trabajo?». Tampoco es que les importe. No piensan pasarse el resto de sus días escribiendo redacciones. Eso es algo que sólo se hace en esta clase tan aburrida. Te están mirando. No puedes esconderte. Están esperando. «¿Qué toca hoy, profesor? ¿El párrafo? Ah, ya. Atención, todos, vamos a estudiar el párrafo, la estructura, la frase temática y todo eso. No veo la hora de contárselo a mi madre esta noche. Siempre me pregunta cómo me ha ido en la escuela. Los párrafos, mamá. Al profesor le van los párrafos. Mi madre dirá “qué bonito” y seguirá con su serial».

Llegan, remolones, después de salir del taller de mecánica del automóvil, del mundo real, donde desmontan y vuelven a montar de todo, desde Volkswagens hasta Cadillacs, y se encuentran con este profesor que les viene con las partes del párrafo. Caramba, hombre. En los talleres de automóviles no hacen falta los párrafos.

Si les levantas la voz o les hablas en tono cortante, los pierdes. Así es como les tratan en general sus padres y los centros educativos, alzándoles la voz y en tono cortante. Si ellos contraatacan con la ley del silencio, estás acabado en el aula. Les cambia la cara y saben adoptar una mirada mortecina. Les dices que abran los cuadernos. Se te quedan mirando. Tardan lo suyo. Sí, abrirán los cuadernos. Sí, señor, ya estamos abriendo los cuadernos, bien y con cuidado para que no se caiga nada. Les dices que copien lo que está escrito en la pizarra. Se te quedan mirando. Ah, sí, se dicen unos a otros. «Quiere que copiemos lo que está en la pizarra. Mira tú. El hombre ha escrito algo en la pizarra y quiere que lo copiemos». Sacuden la cabeza a cámara lenta. «¿Alguna pregunta?», les dices, y por toda el aula reina la mirada de inocencia. Te quedas de pie, esperando. Ellos saben que es un duelo de cuarenta minutos, tú contra ellos, treinta y cuatro adolescentes de Nueva York, los futuros mecánicos y artesanos de Estados Unidos.

No eres más que otro profesor, hombre, así que, ¿qué vas a hacer? ¿Quedarte mirando a los ojos a toda la clase? ¿Suspender a toda la clase? Aguanta, nene. Te tienen cogido por los cojones, y la situación la has provocado tú, hombre. No debiste hablarles así. A ellos no les importa tu estado de ánimo, tu dolor de cabeza, tus problemas. Ellos tienen sus propios problemas, y tú eres uno de esos problemas.

Mira por dónde pisas, profesor. No te conviertas en problema. Te abatirán.

La lluvia cambia el estado de ánimo del instituto, lo acalla todo. La primera clase entra en silencio. Uno o dos dan los buenos días. Las chaquetas les gotean. Están como entre sueños. Se sientan y esperan. Nadie habla. Nadie pide el pase para ir al baño. No hay quejas, ni desafíos, ni réplicas. La lluvia

es mágica. La lluvia es un rey. Adelante, profe. Tarde usted lo que quiera. Baje la voz. No piense siquiera en dar clase de Lengua Inglesa. Olvídese de que le atiendan. Es el ambiente de una casa después de un funeral. Hoy no hay titulares duros, no hay noticias crueles de Vietnam. Fuera del aula, un paso, la risa de un profesor. La lluvia azota las ventanas. Siéntate tras tu mesa y deja que vaya transcurriendo la hora. Una muchacha levanta la mano. Dice:

—Oh, señor McCourt, ¿ha estado usted enamorado alguna vez? Aunque eres nuevo, ya sabes que cuando te hacen preguntas de este tipo están pensando en sí mismos.

—Sí —dices.

—¿Lo dejó ella a usted, o usted a ella?

—Las dos cosas.

—¿Ah, sí? ¿Quiere decir que ha estado enamorado más de una vez?

—Sí.

—Uau.

Un chico levanta la mano.

—¿Por qué no pueden tratarnos los profesores como a seres humanos?
—pregunta.

No lo sabes. Bueno, hombre, si no lo sabes, diles «no lo sé». Háblales de la escuela en Irlanda. Ibas a la escuela en estado de terror. La odiabas, y soñabas con tener catorce años y un trabajo. Hasta ahora no habías pensado de esta manera sobre tu época escolar, nunca habías hablado de ello. Quisieras que esta lluvia no cesara nunca. Están en sus asientos. Nadie tuvo que decirles que colgaran las chaquetas. Te están mirando como si acabaran de descubrirte.

Debería llover todos los días.

O hay días de primavera en que se deja la ropa de abrigo y cada clase es un panorama de pechos y bíceps. Entran por las ventanas leves brisas que acarician las mejillas de los profesores y los estudiantes, envían sonrisas de pupitre a pupitre, de hilera a hilera, hasta que toda el aula está encandilada. El arrullo de las palomas y el piar de los gorriones nos dice que nos alegremos, que llega el verano. Esas palomas desvergonzadas, indiferentes al palpitar de los adolescentes de mi aula, copulan en el alféizar, y eso es

más apasionante que la mejor lección que pudiera impartir el profesor más grande del mundo.

En días como éste me siento capaz de enseñar a los duros más duros, a los listos más listos. Me siento capaz de abrazar y animar a los tristes más tristes.

En días como éste hay música de fondo con matices de brisas, pechos, bíceps, sonrisas y verano.

Y si mis estudiantes escribieran alguna vez de ese modo, yo los mandarí a la Escuela de la Sencillez.

En el McKee celebrábamos dos veces al año el día de las Familias y la tarde de las Familias, cuando los padres visitaban el centro para ver cómo iban sus hijos en los estudios. Los profesores se sentaban en las aulas a hablar con los padres o escuchar sus quejas. La mayoría de los visitantes eran madres, porque ésa era tarea de la mujer. Si la madre se enteraba de que su hijo o su hija se portaba mal o no rendía, entonces sería el padre el que se encargaría de tomar medidas. Naturalmente, el padre sólo tomaría medidas con el hijo. La hija era cuestión de la madre. No estaría bien que el padre atizara a su hija en la cocina o que la castigara un mes sin salir. Ciertos problemas correspondían a la madre. Además, tenían que decidir cuánto debían contar al padre. Si el hijo iba mal en el instituto y el marido era violento, la madre podía suavizar su informe para que su chico no acabara en el suelo sangrando por la nariz.

A veces venía una familia entera a visitar al profesor, y el aula se llenaba de padres y madres y niños pequeños que correteaban entre los pupitres. Las mujeres hablaban unas con otras de manera amistosa, pero los hombres se quedaban callados, sentados en pupitres en los que apenas cabían.

Nadie me explicó cómo debía tratar a los padres el día de las Familias. La primera vez, en el McKee, estuvo conmigo una alumna monitora, Norma, que repartía números para que los padres supieran cuándo les tocaba turno.

Para empezar, tenía que afrontar el problema de mi acento, sobre todo con las mujeres. En cuanto abría la boca, decían: «Ay, Dios mío, qué deje irlandés más simpático». Después me contaban que sus abuelos habían venido de la Vieja Patria, que habían llegado aquí sin nada y ahora tenían una gasolinera en New Dorp. Me preguntaban cuánto tiempo llevaba yo en este país y cómo era que me había dedicado a la enseñanza. Decían que era estupendo que fuera profesor, porque la mayoría de nuestra gente eran policías y curas, y me susurraban que en el instituto había demasiados judíos. Ellos habrían enviado a sus hijos a colegios católicos, sólo que los colegios católicos no destacaban en la formación profesional ni técnica. Todo era historia y oraciones, lo cual estaba muy bien para el otro mundo, pero sus hijos tenían que pensar en el mundo presente, dicho sea con todo respeto. Por fin me preguntaban qué tal iba su pequeño Harry.

Yo tenía que andarme con cuidado si el padre estaba delante. Si hacía comentarios negativos acerca de Harry, el padre podría darle de puñetazos al llegar a casa, y entre el resto de mis alumnos correría la voz de que yo no era de fiar. Iba aprendiendo que los profesores y los alumnos tienen que estar unidos ante los padres, ante los supervisores y ante el mundo en general.

Decía cosas positivas de todos mis alumnos. Eran atentos, puntuales, considerados, tenían ganas de aprender, y todos tenían un gran futuro por delante y sus padres debían sentirse orgullosos de ellos. Papá y Mamá se miraban, sonreían y decían «¿lo ves?», o bien se quedaban desconcertados y decían:

—¿Está hablando usted de nuestro chico? ¿De nuestro Harry?

—Pues sí.

—¿Se porta bien en clase? ¿Es respetuoso?

—Pues sí. Participa en todos nuestros debates.

—¿Ah, sí? Ése no es el Harry que conocemos. Debe de ser distinto en el instituto, porque en casa es un verdadero mierdecilla, perdone la expresión. En casa no le sacamos ni una palabra. No conseguimos que haga nada. Lo único que quiere es quedarse sentado escuchando ese maldito *rock and roll*, día y noche, día y noche, maldita sea.

El padre se arrebatava.

—Es lo peor que ha sucedido jamás a este país, ese tal Elvis meneando el culo en la televisión, perdone la expresión. Me parecería horrible tener una hija en estos tiempos, para que viera esa bazofia. Ganas me dan de tirar ese tocadiscos a la basura. Tiraría también el televisor, pero con algo tengo que relajarme un poco después de pasar el día trabajando en los muelles, ¿me entiende usted?

Los padres que esperaban su turno se impacientaban y me preguntaban, con amabilidad sarcástica, si sería posible que nos dejásemos de comentarios sobre Elvis Presley para que yo les hablara de sus hijos e hijas. A los padres de Harry les habían dicho que les tocaba a ellos hablar de su hijo. Estaban en un país libre, según tenían entendido, y no estaban dispuestos a que los interrumpieran a mitad de su entrevista con ese profesor tan agradable de la Vieja Patria.

Pero los otros padres decían:

—Sí, sí, profesor. Dese algo de prisa. No tenemos toda la noche por delante. También nosotros trabajamos.

Yo no sabía qué hacer. Pensaba que si daba las gracias a los padres que estaban en la mesa podían captar la indirecta y marcharse, pero el padre arrebatado decía:

—Oiga, que no hemos terminado.

Norma, mi alumna monitora, comprendió mi dilema y se hizo cargo. Anunció a los padres que si querían mantener entrevistas más largas conmigo, podían pedir hora para verme en tardes sucesivas.

Yo no había dicho a Norma tal cosa. No quería pasarme la vida en esa aula, día tras día, con padres descontentos, pero ella, con toda tranquilidad, les repartió hojas de papel, dijo a los padres descontentos que escribieran, con letras de molde, por favor, sus nombres y números de teléfono, y que el señor McCourt se pondría en contacto con ellos.

Los murmullos se acallaron, y todos felicitaron a Norma por su eficiencia y le dijeron que ella también debería hacerse profesora. Ella respondió que no tenía ninguna intención de ser profesora. Su sueño era trabajar en una agencia de viajes para que le dieran pasajes gratuitos a todas partes. Una madre le preguntó:

—Ah, ¿no quieres casarte y tener hijos? Serías una madre estupenda.

Entonces Norma dijo lo que no debía y volvió a reinar la tensión en el aula.

—No —dijo—, no quiero tener hijos. Los hijos son una lata. Hay que cambiarles los pañales, y después venir al instituto a ver cómo les va, y nunca estás libre.

No estaba bien visto que hablara así, y se notaba cómo se acumulaba la hostilidad contra ella en el aula. Hacía poco rato los padres la estaban felicitando por su eficiencia, y ahora se sentían insultados por sus comentarios sobre la paternidad y los hijos. Un padre rasgó la hoja que le había entregado ella para anotar los nombres y los números de teléfono. Arrojó los pedazos hacia el frente del aula, donde estaba sentado yo.

—Eh —dijo—, que alguien tire eso a la basura. —Tomó su abrigo y dijo a su esposa—: Vámonos de aquí. Este sitio es una casa de locos. La esposa me espetó:

—¿Es que no controlan a estos chicos? Si ésta fuera hija mía, le partiría la cara. No tiene derecho a insultar de esa manera a las madres de Estados Unidos.

Me ardía la cara. Quise disculparme ante los padres presentes en el aula y ante las madres de Estados Unidos. Quise decir a Norma: «Vete. Has echado a perder mi primer día de las Familias». Ella se había situado de pie junto a la puerta, dando las buenas noches tranquilamente a los padres que se marchaban, sin hacer caso de las miradas furiosas que le dirigían. ¿Qué debía hacer yo ahora? ¿A qué libro de texto de un catedrático de Pedagogía podía recurrir? Todavía quedaban en el aula quince padres que esperaban que les hablara de sus hijos e hijas. ¿Qué les iba a decir?

Norma volvió a tomar la palabra y yo me temí lo peor.

—Señoras y caballeros, he dicho una tontería y lo lamento mucho. No ha sido culpa del señor McCourt. Es un buen profesor. Es nuevo, ¿saben?, sólo lleva aquí unos meses, de manera que no es más que un profesor en prácticas. Debería haberme quedado callada, porque le he metido en un lío y lo siento mucho.

Entonces se echó a llorar, y varias madres corrieron a consolarla mientras yo seguía sentado a mi mesa. Norma debía encargarse de ir llamando a los padres, unos tras otros, pero estaba rodeada de ese grupo de

madres que la consolaban, y yo no sabía si debía actuar por mi cuenta y decir: «Los siguientes, por favor». A los padres parecía interesarles más el disgusto de Norma que el futuro de sus propios hijos, y cuando sonó el timbre para anunciar el final de las reuniones, sonrieron y se marcharon diciendo que había sido agradable visitarme, y deseándome suerte en mi carrera profesional de profesor.

Es posible que la madre de Paulie tuviera razón. En mi segundo día de las Familias me dijo que yo era un farsante. Estaba orgullosa de su Paulie, un futuro fontanero, un buen chico que quería abrir su propio negocio algún día, casarse con una buena chica, criar una familia y no meterse en líos.

Yo debería haberme indignado y haberle preguntado con quién diantres creía que estaba hablando, pero siempre tenía en el fondo de la cabeza la duda pertinaz de si estaría ejerciendo la enseñanza sin estar cualificado para ello.

—Pregunto a mi chico qué ha aprendido en el instituto, y él me cuenta historias de Irlanda y sobre cuando usted llegó a Nueva York. Historias, historias, historias. ¿Sabe lo que es usted? Un farsante; un condenado farsante. Y lo digo con las mejores intenciones, con ánimo de ayudar.

Yo quería ser buen profesor. Quería recibir la aprobación que me ganaría cuando enviara a mis alumnos a sus casas llenos a rebosar de ortografía y de vocabulario y de todo lo que los llevaría a una vida mejor, pero, *mea culpa*, no sabía cómo.

La madre me dijo que era irlandesa, casada con un italiano, y que me había calado bien. Que había entendido mi juego desde el primer momento. Cuando le dije que estaba de acuerdo con ella, respondió:

—Ooh, ¿que está de acuerdo conmigo? ¿Es que sabe entonces que es un farsante?

—Sólo intento abrirme camino. Ellos me hacen preguntas acerca de mi vida, y yo les respondo porque cuando intento enseñar Lengua Inglesa no me escuchan. Miran por la ventana, dormitan, mordisquean sus bocadillos, piden el pase para ir al baño.

—Podría enseñarles usted lo que deben aprender, ortografía y las palabras cultas. Mi hijo Paulie tiene que abrirse camino en el mundo, y ¿qué va a hacer si no sabe ortografía ni palabras cultas? ¿Eh?

Dije a la madre de Paulie que tenía la esperanza de llegar a ser algún día un maestro de profesores, lleno de confianza en el aula. Hasta entonces, lo único que podía hacer era seguir intentándolo. Eso, por algún motivo, la emocionó y le arrancó lágrimas. Revolvió en su bolso buscando un pañuelo, y tardaba tanto tiempo en encontrarlo que le ofrecí el mío. Sacudió la cabeza.

—¿Quién le lava la ropa? —me preguntó—. Qué pañuelo. Jesús, ni me limpiaría el trasero con ese pañuelo. ¿Es usted soltero, o qué?

—Lo soy.

—Ya lo noto, por el aspecto de ese pañuelo, el pañuelo gris y más lastimoso que he visto en mi vida. Eso es gris soltero, eso es lo que es. Y sus zapatos, también. Nunca había visto unos zapatos tan lastimosos. Ninguna mujer le habría consentido comprarse unos zapatos como éstos. Bien se ve que nunca ha estado casado.

Se secó las mejillas con el dorso de la mano.

—¿Cree usted que mi Paulie sabe escribir «pañuelo»?

—Creo que no. No está en la lista.

—¿Ve usted lo que quiero decir? Ustedes no están en lo que tienen que estar. En su lista de palabras de ortografía no sale «pañuelo», y eso que él se sonará la nariz durante el resto de su vida. Y ¿saben qué palabra sale en la lista? Usufructo, por los clavos de Cristo. U-ese-u-efe-erre-u-ce-te-o. ¿A quién se le ha ocurrido? ¿Es una de esas palabras que utilizan en sus cócteles elegantes en Manhattan? Y ¿qué demonios va a hacer Paulie con una palabra así? Y aquí hay otra, ce-o-ene-de-i-ge-ene-o. He preguntado a seis personas si sabían qué significaba. Hasta se lo he preguntado a un director adjunto del instituto, en el pasillo. Hizo como que lo sabía, pero se le notaba que no decía más que gilipolleces. Fontanero. Mi chico va a ser fontanero y va a hacer visitas a domicilio cobrando bien caro, igual que un médico, de manera que no sé para qué tiene que abarrotarse la cabeza con palabras como «usufructo» y esa otra. ¿Lo sabe usted?

Yo le dije que hay que vigilar con qué se llena uno la cabeza. Yo mismo la tenía tan cargada de cosas de Irlanda y el Vaticano que apenas era capaz de pensar por mí mismo.

Ella me dijo que no le importaba lo que tuviera yo en la cabeza. Aquello era asunto mío, maldita sea, y la verdad era que debería guardármelo.

—Mi Paulie llega a casa todos los días contándonos esas historias, que a nosotros no nos interesan. Ya tenemos nuestros propios problemas.

Añadió que se veía claramente que yo acababa de desembarcar, tan inocente como un pajarillo caído del nido.

—No, no acabo de desembarcar. He hecho el servicio militar. ¿Cómo voy a ser inocente? He hecho trabajos de todas clases. He trabajado en los muelles. Me he licenciado en la Universidad de Nueva York.

—¿Lo ve? —dijo ella—. Eso es lo que quiero decir. Le hago una simple pregunta, y usted me suelta la historia de su vida. Eso es lo que debe controlar usted, señor McCurd. A estos chicos no les hace falta saber la vida de todos los profesores del instituto. Yo fui a las monjas. Ésas no te decían ni la hora. Les preguntabas por sus vidas y te decían que no te metieras en lo que no te importaba, te tiraban de las orejas, te daban golpes en los nudillos. Usted dedíquese a la ortografía y las palabras, señor McCurd, y los padres de este instituto se lo agradeceremos eternamente. Olvídese de contar cuentos. Si queremos cuentos, ya tenemos en casa la *Guía de Televisión* y el *Reader's Digest*.

Luché. Pensé que me gustaría ser un profesor de Lengua Inglesa duro y serio, severo y erudito, que consentiría alguna risa de vez en cuando, pero nada más. Los veteranos me decían en el comedor de profesores:

—Hay que tener controlados a esos pequeños desgraciados. Si les das la mano, chico, ya no te la sueltan.

La organización lo es todo. Volvería a empezar de cero. Me trazaría un plan para cada clase, cubriendo hasta el último minuto del curso que quedaba. Yo era el patrón de este barco, y marcaría el rumbo. Ellos advertirían mi determinación. Sabrían dónde íbamos y qué se esperaba de ellos. De lo contrario...

—De lo contrario... sí, señor, eso es lo que dicen todos los profesores. De lo contrario. Nosotros habíamos creído que usted sería diferente, con eso de que era irlandés y tal.

Era hora de tomar el mando.

—Basta —dije—. Olvidaos de eso del irlandés. Se acabaron los cuentos. Se acabaron las tonterías. El profesor de Lengua Inglesa va a enseñar Lengua Inglesa, y no se lo van a impedir con truquitos de adolescentes.

—Sacad los cuadernos. Eso he dicho, los cuadernos.

Escribí en la pizarra: «John fue a la tienda».

Un quejido general recorrió el aula. «¿Qué nos está haciendo? Estos profesores de Lengua Inglesa son todos iguales. Allá va otra vez. El amigo John a la tienda. Gramática, por Dios».

—Muy bien. ¿Cuál es el sujeto de esta oración? ¿Alguien sabe cuál es el sujeto de esta oración? ¿Sí, Mario?

—Trata de que ese tipo quiere ir a la tienda. Eso lo ve cualquiera⁴¹.

—Sí, sí, de eso trata la oración, pero ¿cuál es el sujeto? Es una palabra. Sí, Donna.

—Creo que Mario tiene razón. Trata de...

—No, Donna. El sujeto es aquí una palabra.

—¿Cómo es eso?

—¿Cómo que cómo es eso? ¿No vas a clase de Lengua? ¿No te enseñan gramática en la clase de Lengua? ¿No os enseña la señorita Grober las partes de la oración?

—Sí, pero ella no nos está fastidiando siempre con que John va a la tienda.

Se me calienta la cabeza y me dan ganas de gritar: «¿Por qué sois tan condenadamente estúpidos? ¿Es que nunca os han dado una lección de gramática? Dios del cielo, hasta a mí me dieron lecciones de gramática, y en irlandés. ¿Por qué tengo que pasarme esta mañana de sol aquí luchando, mientras afuera cantan los pájaros de la primavera? ¿Por qué tengo que estar mirando vuestras caras hoscas y resentidas? Vosotros os sentáis aquí con la tripa llena. Vais bien vestidos y abrigados. Os están dando una educación secundaria gratuita, y no la agradecéis en lo más mínimo. Lo único que tenéis que hacer es colaborar, participar un poco. Aprenderos las partes de la oración. Jesús. ¿Es eso tanto pedir?».

Hay días que me encantaría largarme de aquí, dar un portazo al salir, decir al director que se meta el trabajo por el culo, tirar cuesta abajo hacia el transbordador, hacer la travesía hasta Manhattan, caminar por las calles, tomarme una cerveza y una hamburguesa en el Caballo Blanco, sentarme en Washington Square viendo pasearse a las apetecibles estudiantes de la Universidad de Nueva York, olvidarme del Instituto de Formación Profesional y Técnico McKee para siempre. Para siempre. Está claro que no puedo enseñar ni la cosa más sencilla sin que ellos presenten objeciones. Sin que se resistan. Una oración simple: sujeto, predicado y, puede ser, si llegamos a ello algún día, complemento directo e indirecto. No sé qué hacer con ellos. Probar con las viejas amenazas. «Prestad atención, o vais a suspender. Si suspendéis, no os graduaréis, y si no os graduáis, bla, bla, bla. Todos vuestros amigos habrán salido al ancho mundo y estarán colgando sus diplomas del instituto de las paredes de sus despachos, personas de éxito, respetadas por todo el mundo. ¿Por qué no podéis mirar esta frase y, por una vez en vuestra miserable existencia de adolescentes, intentáis aprender?».»

Toda clase tiene su química. Hay clases que se disfrutan y se esperan con interés. Ellos saben que los aprecias y, a cambio, te aprecian a ti. A veces te dicen que la lección ha estado muy bien, y tú te sientes el rey del mundo. Esas cosas, de alguna manera, te dan energía y ganas de pasarte el camino de vuelta a casa cantando.

Hay otras clases que te gustaría que se subieran al transbordador de Manhattan y no volvieran jamás. En su manera de entrar y salir del aula hay un algo de hostilidad que te da a entender lo que piensan de ti. Pueden ser imaginaciones tuyas, e intentas encontrar la manera de ganártelos. Pruebas a impartirles lecciones que dieron resultado con otras clases, pero ni siquiera eso sirve, y todo por esa química.

Saben cuándo te tienen asustado. Tienen instinto para detectar tus desilusiones. Había días en que me daban ganas de quedarme sentado a mi mesa y dejarles hacer lo que quisieran. Sencillamente, no era capaz de llegar hasta ellos. En 1962, tras cuatro años en el oficio, aquello ya no me importaba. Me decía que no me había importado nunca desde el primer momento. Los entretienes con historias de tu infancia desgraciada. Ellos te

hacen esas falsas demostraciones de simpatía. «Ay, pobre señor McCourt, debió de ser horrible criarse en Irlanda de esa manera». Como si les importara. No. Nunca tienen bastante. Debería haber seguido los consejos de los profesores veteranos, que me decían que mantuviera cerrada la boca. «No les cuentes nada. No harán más que aprovecharse de ti. Te buscan las vueltas, y se te echan encima como misiles térmicos. Descubren tus puntos vulnerables». ¿Es posible que sepan que «John fue a la tienda» es lo más que sé de gramática? No me dejes caer en los gerundios, los participios colgantes, los complementos circunstanciales. Me perdería, sin duda.

Les eché una torva mirada y me senté tras mi mesa. Basta. No podía seguir adelante con la farsa del profesor de gramática.

—¿Por qué fue John a la tienda? —pregunté.

Pusieron cara de sorpresa. «Eh, hombre, ¿qué es esto? Eso no tiene nada que ver con la gramática».

—Os he hecho una pregunta sencilla. No tiene nada que ver con la gramática. ¿Por qué fue John a la tienda? ¿No os lo figuráis? Se levanta una mano al fondo del aula.

—¿Sí, Ron?

—Creo que John fue a la tienda a comprarse un libro de gramática.

—¿Y por qué fue John a la tienda a comprarse un libro de gramática?

—Porque quería sabérselo todo y venir aquí a impresionar al bueno del señor McCourt.

—¿Y por qué quería impresionar al bueno del señor McCourt?

—Porque John tiene una novia que se llama Rose, y es buena chica y sabe la mar de gramática y se va a graduar y va a ser secretaria en una empresa grande de Manhattan, y John no quiere quedar por lerdo al pedir a Rose que se case con ella. Por eso va a la tienda para comprarse el libro de gramática. Va a ser buen chico y se va a estudiar el libro, y cuando no entienda algo se lo va a preguntar al señor McCourt, porque el señor McCourt lo sabe todo, y cuando John se case con Rose va a invitar al señor McCourt a la boda y pedirá al señor McCourt que sea padrino de su primer hijo, que se llamará Frank en honor al señor McCourt.

—Gracias, Ron.

La clase estalló en vítores y aplausos, pero Ron no tenía intención de dejarlo. Volvió a alzar la mano.

—¿Sí, Ron?

—Cuando John llegó a la tienda, no tenía dinero, así que tuvo que robar el libro de gramática, pero cuando quiso salir lo detuvieron y llamaron a los polis, y ahora está en Sing Sing y la pobre Rose está llorando a moco tendido.

Le dedicaron expresiones de simpatía. Pobre Rose. Los chicos le preguntaron su dirección y se manifestaron dispuestos a hacer de sustitutos de John. Las chicas fingían secarse las lágrimas, hasta que Kenny Ball, el duro de la clase, dijo que aquello no era más que un cuento y que a qué venían tantas tonterías, en todo caso.

—El profesor escribe una frase en la pizarra, y entonces resulta que el tipo que va a la tienda roba un libro y acaba en Sing Sing —dijo—. ¿Cuándo se han oído tantas chorradas, y estamos en clase de Lengua Inglesa, o dónde estamos?

—Bueno, me imagino que tú lo puedes hacer mejor, ¿no? —respondió Ron.

—Todos estos cuentos inventados no significan nada. No te sirven para encontrar trabajo.

Sonó el timbre. Se marcharon, y yo borré de la pizarra «John fue a la tienda».

Al día siguiente, Ron volvió a levantar la mano.

—Oiga, profesor, ¿qué pasaría si uno revolviese esas palabras?

—¿Qué quieres decir?

—Vale. Si escribe usted «A la tienda John fue». ¿Qué pasa entonces?

—Es lo mismo. John sigue siendo el sujeto de la oración.

—Vale. ¿Y qué tal «Fue John a la tienda»?

—Lo mismo.

—O «John a la tienda fue». ¿Estaría bien eso?

—Claro. Tiene sentido, ¿no? Pero también podrías convertirlo en algo absurdo. Si dijeras a alguien «John tienda a la fue», les parecería un galimatías.

—¿Qué es un galimatías?

—Un lenguaje que no tiene sentido. —Tuve una idea repentina, una inspiración—. La psicología es el estudio de cómo se comporta la gente —dije—. La gramática es el estudio de cómo se comporta el lenguaje.

—Adelante, profe. Cuéntales tu descubrimiento brillante, tu gran hallazgo. Pregúntales: «¿Quién sabe qué es la psicología?». Escribe la palabra en la pizarra. Les gustan las palabras importantes. Se las llevan a casa e intimidan a sus familias.

—La psicología. ¿Quién lo sabe?

—Es cuando la gente se vuelve loca y hay que averiguar lo que les pasa antes de meterlos en el manicomio.

La clase rió.

—Sí, sí. Como este instituto, hombre.

Yo insistí.

—Si alguien hace locuras, el psicólogo lo estudia para descubrir lo que le pasa. Si alguien habla de una manera rara y no lo entendemos, entonces estamos pensando en la gramática. Como en «John tienda a la fue».

—Así que es un galimatías, ¿no?

La palabra les había gustado, y yo me felicité por habérsela traído, una noticia del ancho mundo de la lengua inglesa. Enseñar consiste en traer las noticias. Un gran avance para el profesor nuevo. Galimatías. Se lo decían unos a otros y reían, pero se les metía en la cabeza. Llevaba varios años ejerciendo la enseñanza y ya había conseguido que se les quedara una palabra. Dentro de diez años oirían decir «galimatías» y se acordarían de mí. Estaba pasando algo. Estaban empezando a entender lo que era la gramática. Si insistía, hasta podría entenderlo yo.

El estudio de cómo se comporta el lenguaje.

Yo ya estaba lanzado. Dije:

—Tienda la al fue John. ¿Tiene eso sentido? Claro que no. De manera que, como veis, las palabras tienen que seguir un orden debido. El orden debido aporta el sentido, y si no hay sentido estás farfullando, y vienen los hombres de las batas blancas y te llevan. Te meten en el departamento de galimatías del psiquiátrico. Eso es la gramática.

La novia de Ron, Donna, levantó la mano.

—¿Y qué pasó con John, el primer chico de la historia que fue a la cárcel por robar un libro de gramática? Lo dejó usted en Sing Sing, con toda esa gente mala. Y ¿qué fue de Rose? ¿Esperó a John? ¿Le fue fiel?

Ken, el duro, dijo:

—Quia, nunca te esperan.

—Perdona —dijo Donna, adoptando un aire sarcástico—. Yo esperaría a Ron si lo metieran en la cárcel por robar un libro de gramática.

—Por hurtar —tercié yo.

El profesor de Lengua Inglesa tiene órdenes de sus superiores de corregir estos pequeños errores.

—¿Qué? —dijo Donna.

—No sería «robar». Lo correcto sería «hurtar».

—Sí. Vale.

Cállate, me dije. Deja de interrumpirles. ¿A quién le importa un pedo de violinista la diferencia entre robar y hurtar? Déjales que hablen.

Ken replicó a Donna con sorna.

—Sí, claro. Todos esos tipos a los que les volaron el culo a tiros en Francia y Corea, enseguida recibían cartas de sus novias y sus mujeres. «Querido John...». Ya, ya.

Tuve que intervenir.

—De acuerdo, de acuerdo. Estábamos hablando de John, al que habían condenado a Sing Sing por haber hurtado un libro de gramática.

Ken volvió a replicar en tono sarcástico.

—Sí; en Sing Sing saben mucho de gramática. Todos esos asesinos que están en el corredor de la muerte no hablan más que de gramática todo el día.

—Ken, no se trata de Ron, sino de John —dije.

—Eso es —dijo Donna—. El que está allí metido es John, y empieza a enseñar gramática a todos y todos salen de Sing Sing hablando como catedráticos de universidad, y el gobierno se lo agradece tanto a John que le dan un puesto de profesor de Gramática en el Instituto de Formación Profesional y Técnico McKee.

Ken quiso replicar, pero los demás de la clase vitorearon y aplaudieron y dijeron: «Eso es, Donna, eso es», y no pudo intervenir.

Los profesores de Lengua Inglesa dicen que si eres capaz de enseñar gramática en un instituto de formación profesional, es que eres capaz de enseñar cualquier cosa en cualquier parte. Mis clases atendían. Participaban. No sabían que les estaba enseñando gramática.

Puede que pensaran que no hacíamos más que inventarnos cuentos sobre John en Sing Sing, pero cuando salían del aula me miraban de una manera distinta. Si la enseñanza pudiera ser así todos los días, podría seguir en ello hasta cumplir los ochenta. «Ahí delante tenéis al viejo Canas de Plata, está un poco encorvado, pero no lo infravaloréis. Basta con que le hagáis una pregunta sobre la estructura de la oración para que se enderece y os cuente la historia de cómo equiparó la psicología y la gramática, hace mucho tiempo, a mediados del siglo XX».

6

Mikey Dolan me entregó una nota de su madre en la que se explicaba su ausencia el día anterior:

«Estimado señor McCort, la abuela de Mikey que es mi madre y tiene ochenta años se cayó por las escaleras por haber tomado demasiado café y yo hice que Mikey se quedara en casa para cuidar de ella y de su hermanita pequeña para poder ir yo a mi trabajo en la cafetería de la terminal de los transbordadores. Le ruego que dispense a Mikey y él rendirá al máximo de ahora en adelante pues le gusta la clase de usted. Atentamente, Imelda Dolan. P. D. Su abuela está bien».

Cuando Mikey me entregó aquella nota que había falsificado con tanto descaro delante de mis narices, no dije nada. Se la había visto escribir en su pupitre, con la mano izquierda para disimular su propia letra que, gracias a los años que había pasado en escuelas primarias católicas, era la mejor de la clase. A las monjas les daba igual que fueras al cielo o al infierno o que te casases con una protestante, con tal que tuvieras una letra clara y bonita, y si flaqueabas en ese sentido te doblaban los pulgares hacia atrás hasta que chillabas pidiendo compasión y prometías hacer una caligrafía que te abriría las puertas del cielo. Además, si escribías con la mano izquierda era prueba evidente de que habías nacido con un ramalazo satánico, y las hermanas se encargaban de doblarte los pulgares, incluso aquí, en Estados Unidos, la tierra de los libres y el hogar de los valientes.

Y allí estaba Mikey, escribiendo trabajosamente con la izquierda para disimular su exquisita caligrafía católica. No era la primera vez que falsificaba una nota, pero no le dije nada, porque la mayoría de las notas paternas de disculpa que guardaba en el cajón de mi mesa estaban escritas

por los chicos y chicas del Instituto de Formación Profesional y Técnico McKee, y si yo tuviera que enfrentarme a todos los falsificadores estaría ocupado veinticuatro horas al día. También suscitaría indignaciones, sentimientos heridos y tensión en las relaciones entre ellos y yo.

A un chico le dije:

—¿Esta nota la ha escrito tu madre de verdad, Danny? Se puso a la defensiva, hostil.

—Sí. La ha escrito mi madre.

—Es una nota muy bonita, Danny. Escribe bien.

—Los alumnos del McKee estaban orgullosos de sus madres, y sólo un bruto dejaría de agradecer este comentario.

Me dio las gracias y volvió a su sitio.

Podía haberle preguntado si la nota era suya, pero sabía que no debía hacerlo. Yo lo apreciaba, y no quería verlo con cara de resentimiento en la tercera fila. Contaría a sus compañeros de clase que yo había sospechado de él, y también ellos podían resentirse, porque llevaban falsificando notas de disculpa desde que habían aprendido a escribir, y no querían que al cabo de los años los fastidiaran unos profesores que de pronto se habían vuelto moralistas.

Una nota de disculpa no es más que uno de los elementos de la vida escolar. Todo el mundo sabe que son obras de ficción, así que ¿para qué darle tantas vueltas?

Los padres que hacen salir a los chicos de la casa por la mañana no tienen mucho tiempo para escribir notas que saben que, en todo caso, acabarán en el cubo de la basura del instituto. Están tan apurados que les dicen: «Ah, ¿necesitas una nota de disculpa por lo de ayer, cielo? Escríbela tú mismo, y yo la firmo». La firman sin mirarla siquiera, y lo triste es que no saben lo que se pierden. Si leyeran esas notas, descubrirían que sus hijos son capaces de escribir la mejor prosa norteamericana: fluida, imaginativa, clara, dramática, fantástica, enfocada, persuasiva, útil.

Arrojé la nota de Mikey a un cajón de la mesa, con otras docenas más: notas escritas en papel de todos los tamaños y colores, garabateadas, rasgadas, emborronadas. Aquel día, mientras los alumnos de mi clase hacían una prueba, me puse a leer notas que hasta entonces sólo había

mirado de pasada. Hice dos montones, uno con las notas auténticas escritas por las madres, otro con las falsificaciones. El segundo era el mayor, con textos que iban de lo imaginativo a lo delirante.

Estaba teniendo una revelación. Siempre me había preguntado cómo sería tener una revelación, y ahora me preguntaba también por qué no había tenido hasta entonces aquella revelación concreta.

¿No es notable —pensé— cómo se resisten a cualquier tipo de tarea de redacción, en clase o en casa? Gimén y dicen que están ocupados y que juntar doscientas palabras sobre cualquier tema es una labor penosa. Pero cuando falsifican estas notas de disculpa, son brillantes. ¿Por qué? Tengo un cajón lleno de notas de disculpa que podría convertirse en Antología de las Grandes Disculpas o las Grandes Mentiras.

El cajón estaba lleno de muestras de talento que nunca se había cantado ni contado ni estudiado. ¿Cómo podía haber pasado yo por alto ese tesoro, esas joyas de la ficción, la fantasía, la creatividad, la hipocresía, la autocompasión, con problemas familiares, explosiones de calderas, hundimientos de techos, incendios que devoraban manzanas enteras, niños de pecho y animales de compañía que se meaban sobre los deberes, partos inesperados, ataques de corazón, apoplejías, abortos, atracos a mano armada? Aquí estaba el mejor estilo de redacción de los institutos: crudo, auténtico, directo, lúcido, sucinto, mentiroso:

«La estufa se incendió y se prendió el papel pintado y los bomberos no nos dejaron entrar en la casa en toda la noche».

«El retrete estaba atascado y tuvimos que ir al bar Kilkenny al final de la calle, donde trabaja mi primo, para usar su retrete, pero éste también estaba atascado de la noche anterior, y ya se imaginará usted lo difícil que ha sido para mi Ronnie prepararse para ir al instituto. Espero que le disculpe esta vez, y no volverá a suceder. El hombre del bar Kilkenny estuvo muy amable, ya que conoce a su hermano de usted, señor McCord».

«Arnold no lleva hoy hechos los deberes porque ayer cuando se apeaba del tren las puertas al cerrarse le pillaron la cartera y el tren se la llevó. Él gritó al conductor, que le dijo cosas muy vulgares mientras el tren se marchaba. Deberían hacer algo».

«El perro de su hermana se le comió la tarea, y ojalá reviente». «Su hermanita pequeña se le hizo pis encima del relato esta mañana, cuando estaba en el baño».

«En el piso de arriba se murió un hombre en la bañera, y el agua se salió y estropeó todos los deberes de Roberta, que estaban en la mesa».

«Su hermano mayor se enfadó con ella y le tiró la redacción por la ventana, y salió volando por Staten Island, y eso no está bien porque la leerá la gente y se pensará lo que no es, si no leen el final, donde se explica todo».

«Tenía la redacción que le mandó escribir usted, pero cuando la estaba repasando en el transbordador vino una racha de viento fuerte y se la llevó».

«Nos desahuciaron del piso y el ruin del alguacil dijo que si mi hijo seguía pidiéndole a gritos el cuaderno nos haría detener a todos».

Me imaginé a los redactores de las notas de disculpa en los autobuses, en los trenes, en transbordadores, en cafeterías, en bancos del parque, intentando discurrir disculpas nuevas y lógicas, intentando escribir como creían que escribirían sus padres.

No sabían que las notas de disculpa auténticas de los padres solían ser sosas. «Peter ha llegado tarde porque no ha sonado el despertador». Una nota como ésta no se merecía siquiera un lugar en la papelera.

Hacia el final del curso pasé a máquina una docena de notas de disculpa, las reproduje con multicopista y las repartí entre los alumnos de mis dos clases de último curso. Las leyeron en silencio y con atención.

—Eh, señor McCourt, ¿qué es esto?

—Notas de disculpa.

—¿Cómo es eso? ¿Notas de disculpa? ¿Quién las ha escrito?

—Las habéis escrito vosotros, o algunos de vosotros. He suprimido los nombres para proteger a los culpables. Supuestamente las escribieron los padres, pero vosotros y yo sabemos quiénes fueron sus verdaderos autores. ¿Verdad, Mikey?

—Entonces ¿qué tenemos que hacer con estas notas de disculpa?

—Las leeremos en voz alta. Quiero que os deis cuenta de que ésta es la primera clase de toda la historia del mundo en que se estudia el arte de la nota de disculpa, la primera clase de la historia en que se practica el arte de

escribirla. Tenéis mucha suerte de tener a un profesor como yo, que ha tomado vuestra mejor obra escrita, la nota de disculpa, y la ha convertido en objeto de estudio.

Sonríen. Entienden. Somos cómplices en esto. Pecadores.

—Algunas notas de esa hoja fueron escritas por gente de esta clase. Vosotros mismos os reconoceréis. Pusisteis en juego vuestra imaginación y no os contentasteis con la vieja historia del despertador. Os pasaréis el resto de vuestras vidas inventando disculpas, y querréis que sean creíbles y originales. Hasta puede que acabéis escribiendo disculpas para vuestros propios hijos, cuando lleguen tarde o falten o hayan hecho alguna diablura. Probad ahora. Imaginaos que tenéis un hijo o hija de quince años que necesita una disculpa por ir retrasado en la asignatura de Lengua Inglesa.

No se miraron unos a otros. No mordisquearon los bolígrafos. No remolonearon. Estaban deseosos, ansiosos de inventar disculpas para sus hijos e hijas de quince años. Era un acto de lealtad y amor y, quién sabe, esas notas podrían hacerles falta algún día.

Crearon una rapsodia de disculpas que iban desde una epidemia familiar de diarrea hasta el choque contra la casa de un camión de cuatro ejes, pasando por una intoxicación alimentaria aguda achacada al comedor del Instituto McKee.

—Más, más —dijeron—. ¿Podemos hacer más?

Me quedé atónito. ¿Cómo dirijo este entusiasmo?

Tuve otra revelación, o un chispazo de inspiración o iluminación o lo que fuera. Fui a la pizarra y escribí: «Deberes para mañana».

Eso fue un error. La palabra «deberes» tiene connotaciones negativas. La borré, y ellos dijeron: «Eso, eso».

Les dije:

—Podéis empezar aquí en clase y terminarlo en casa o en la cara oculta de la luna si queréis. Lo que quiero que escribáis es...

Lo escribí en la pizarra: «Una nota de disculpa de Adán a Dios» o «una nota de disculpa de Eva a Dios».

Agacharon las cabezas. Los bolígrafos corrían por el papel. Eso lo sabían hacer con una sola mano. Con los ojos cerrados. Sonrisas encubiertas por toda el aula. «Ah, esto sí que es bueno, nena, y ya sabemos lo que va a

venir, ¿verdad? Adán echa la culpa a Eva. Eva echa la culpa a Adán. Los dos echan la culpa a Dios o a Lucifer. Culpas para todos, menos para Dios, que tiene la sartén por el mango y los echa del Paraíso, de manera que sus descendientes acaban en el Instituto de Formación Profesional y Técnico McKee escribiendo notas de disculpa para el primer hombre y la primera mujer, y puede que el propio Dios necesite una nota de disculpa por alguno de Sus grandes errores».

Sonó el timbre, y por primera vez en mis tres años y medio de enseñanza vi a unos estudiantes de instituto tan absortos que tuvieron que venir a sacarlos del aula sus amigos con ganas de almorzar.

—Eh, Lenny, vamos. Ya terminarás eso en el comedor.

Al día siguiente, todos tenían notas de disculpa, no sólo de Adán y Eva sino de Dios y Lucifer, algunas compasivas, algunas malévolas. En nombre de Eva, Lisa Quinn la defendía por haber seducido a Adán, aduciendo que estaba cansada de tumbarse en el Paraíso sin hacer nada, día va, día viene. También estaba cansada de que Dios metiera las narices en los asuntos de los dos sin dejarles un momento de intimidad. Él no tenía ningún problema. Podía largarse y esconderse en cualquier parte, detrás de una nube, y rugir de vez en cuando si veía que Adán o ella se acercaban a ese manzano tan importante para Él.

Se producen debates acalorados sobre el grado de culpa y de pecado de Adán y Eva. Hay unanimidad en que la serpiente Lucifer es una canalla, una hija de perra y una calamidad. Nadie tiene el valor de decir nada negativo acerca de Dios, aunque sí se apunta y se indica que podría haber sido más comprensivo con la difícil situación del Primer Hombre y la Primera Mujer.

Mikey Dolan dice que en los colegios católicos no se podía hablar de esa manera.

—Jesús, con perdón, las monjas te hubieran levantado del asiento por las orejas y hecho venir a tus padres para que les explicaran de dónde sacabas esas ideas que eran puras blasfemias.

Algunos chicos no católicos de la clase se jactan de que no aguantarían jamás tales gilipolleces. A las monjas las habrían hecho caer de culo, y ¿por qué eran tan nenazas todos los chicos católicos?

La discusión se desviaba, y temí que los detalles pudieran llegar a oídos de los padres católicos, a los que no gustaría que se hablara de maltratos a las monjas. Les pedí que pensarán en algún personaje del mundo actual o de la historia al que pudiera hacer falta una buena nota de disculpa.

Escribí las sugerencias en la pizarra: Eva Braun, la novia de Hitler.

—¿Y qué tal el propio Hitler? —pregunté.

—No, no, nunca. No hay excusa posible.

—Pero quizá tuvo una infancia desgraciada.

No quisieron aceptarlo. Una nota de disculpa para Hitler puede ser un gran desafío para un escritor, pero no sería aquella clase la que le proporcionara la disculpa.

En la pizarra: Julius y Ethel Rosenberg, ejecutados en 1953 por traición.

—¿Y notas de disculpa para los que se libran del servicio militar?

—Ah, sí, señor McCourt. Esos tipos tienen unas notas de disculpa muy grandes. No quieren luchar por su país, pero nosotros no somos así.

En la pizarra: Judas, Atila, Lee Harvey Oswald, Al Capone, todos los políticos de Estados Unidos.

—Eh, señor McCourt, ¿podría usted apuntar allí a los profesores? No por usted, sino por todos esos profesores latosos que nos ponen pruebas cada dos días.

—Oh, eso no puedo hacerlo. Son mis colegas.

—Vale, vale, podemos escribirles notas de disculpa explicando por qué tienen que ser así.

—Señor McCourt, el director está a la puerta.

Se me cae el alma a los pies.

Entra en el aula el director, acompañando al superintendente de Centros Escolares de Staten Island, el señor Martin Wolfson. No dan muestras de advertir mi existencia. No se disculpan por interrumpir la clase. Van y vienen por los pasillos entre los pupitres, mirando los trabajos de los alumnos. Los toman para verlos con mayor detenimiento. El superintendente muestra uno al director. El superintendente frunce el ceño y aprieta los labios. El director aprieta los labios. La clase entiende que se trata de personas destacadas e importantes. Como muestra de lealtad y solidaridad, se abstienen de pedir el pase para ir al baño.

Al salir, el director me frunce el ceño y me susurra que el superintendente quiere verme durante la hora siguiente, aunque tengan que enviar a un sustituto para que se ocupe de mi clase. Comprendo que acabo de hacer algo mal otra vez. Me he cubierto de mierda y no sé por qué. Pondrán una nota negativa en mi expediente. Lo haces lo mejor que puedes. Tienes una iniciativa. Pruebas algo que no se había hecho jamás, en toda la historia del mundo. Los chicos te saltan de entusiasmo con lo de las notas de disculpa. Pero ahora tienes que rendir cuentas, profe. Recto por el pasillo hasta el despacho del director.

Está sentado tras su escritorio. El superintendente está de pie, inmóvil, en el centro de la habitación, y su aspecto me recuerda a un alumno de secundaria compungido.

—Ah, señor..., señor...

—McCourt.

—Pase, pase. Sólo será un momento. Simplemente quería decirle que esa lección, ese proyecto, como diantres se llame lo que estaba haciendo usted allí dentro, era de primera. De primera. Esto es lo que necesitamos, joven, este tipo de clases realistas. Esos chicos estaban escribiendo a nivel universitario. —Se vuelve hacia el director y dice—: Ese chico que estaba escribiendo una nota de disculpa para Judas. Genial. Aunque me quedan ciertos escrúpulos. No estoy seguro de que sea justificable o prudente redactar notas de disculpa para personas malas o criminales, aunque, pensándolo bien, eso es lo que hacen los abogados, ¿no es así? Y por lo que he visto en su clase, quizá tenga allí a algunos futuros abogados en ciernes. De modo que simplemente quiero darle la mano y decirle que no se extrañe si en su expediente aparece una nota en la que quede constancia de su enseñanza enérgica e imaginativa. Gracias. Quizá debiera hacer que se encauzaran hacia figuras históricas más remotas. Una nota de disculpa para Al Capone resulta algo arriesgada. Gracias otra vez.

Dios del cielo. Grandes alabanzas del superintendente de Centros Escolares de Staten Island. ¿Me pongo a bailar por el pasillo, o despego y me echo a volar? ¿Habrá quejas si me pongo a cantar?

Me pongo a cantar. Al día siguiente digo a la clase que me sé una canción que les gustará, una canción que es un trabalenguas, y que dice así:

Oh roh la linda turbera, la turbera del valle, oh.
Oh roh la linda turbera, la turbera del valle, oh.
Y en la turbera hay un árbol, un árbol raro, un lindo árbol,
y el árbol en la turbera y la turbera en el valle, oh.

Cantamos estrofa tras estrofa, y ellos se reían al intentar cantar el texto sin trabucarse, y es verdad que era estupendo ver a ese profesor allí arriba cantando. Hombre, el instituto debería ser así todos los días, nosotros escribiendo notas de disculpa y los profesores poniéndose a cantar de repente por algún motivo.

El motivo era que yo había descubierto que en la historia humana había material suficiente para redactar millones de notas de disculpa. Todo el mundo necesita una disculpa, tarde o temprano. Y, además, si hoy habíamos cantado, podríamos cantar mañana, ¿por qué no? Para cantar no hacen falta disculpas.

Augie era una molestia en clase, replicaba, incomodaba a las chicas. Llamé a su madre. Al día siguiente se abre la puerta de golpe y aparece un hombre de camiseta negra, con músculos de levantador de pesas, que vocifera:

—Eh, Augie, ven acá.

Se oye el suspiro de Augie.

—Te estoy hablando, Augie. Como me hagas ir *pa'llá*, te vas a arrepentir de haber nacido. Ven acá.

—No he hecho nada —gime Augie.

El hombre entra en el aula pesadamente, avanza entre los pupitres hasta el sitio de Augie, levanta a Augie en vilo, lo lleva hasta la pared, lo golpea contra la pared una y otra vez.

—Te he dicho (bum) que nunca (bum) nunca desobedezcas (bum) a tu profesor. Como me entere de que desobedeces a tu profesor (bum) te arranco la condenada cabeza (bum) y te la meto por el culo (bum). ¿Me has oído (bum)?

Eh. Un momento. Ésta es mi aula. Yo soy el profesor. No puedo consentir que la gente irrumpa aquí de esta manera. Supuestamente, aquí mando yo.

—Dispense.

El hombre no me hace caso. Está ocupado golpeando a su hijo contra la pared, con tal fuerza que Augie cuelga inerte entre sus manos.

Tengo que demostrar quién manda en esta aula. La gente no puede entrar aquí sin más y hacer papilla a sus hijos.

—Dispense —repito.

El hombre vuelve a arrastrar a Augie hasta su sitio y se vuelve hacia mí.

—Si le vuelve a desobedecer, oiga usted, lo llevo de aquí a Nueva Jersey a patadas. Lo hemos criado enseñándole a tener respeto.

Se dirige a la clase.

—Este profesor está aquí para enseñaros. Si no atendéis al profesor, no os graduáis. Si no os graduáis, acabaréis en los muelles con un trabajo sin futuro. Si no atendéis al profesor, os estáis haciendo daño a vosotros mismos. ¿Entendéis lo que os digo?

No dicen nada.

—¿Entendéis lo que os digo, o sois un hatajo de pasmarotes?

¿O es que hay aquí algún tipo duro que quiera decir algo? Dicen que le entienden, y ningún tipo duro abre la boca.

—Muy bien, profesor, ya puede seguir trabajando.

Al salir da tal portazo que salta polvo de tiza de la pizarra y las ventanas vibran. En el aula se hace un silencio frío, hostil, que significa: «Sabemos que usted llamó al padre de Augie. No nos gustan los profesores que llaman a los padres de la gente».

De nada serviría decir: «Ay, mirad, yo no pedí al padre de Augie que hiciera eso. Sólo hablé con su madre, y creí que hablarían con él y le dirían que se comportase en clase». Es demasiado tarde. He obrado a espaldas tuyas, he demostrado que no soy capaz de resolver la situación por mí mismo. No se tiene respeto a los profesores que te mandan al despacho del director o llaman a tus padres. Si no eres capaz de resolverlo tú solo, ni siquiera deberías ser profesor. Deberías buscarte un puesto de barrendero o de basurero.

Sal Bataggia me sonreía todas las mañanas y decía: «Hola, profe». Sal se sentaba cerca de su novia, Louise, y parecía contento. Cuando se cogían de la mano de un pupitre a otro, cortando el paso, todos daban un rodeo para no molestarlos, pues se daba por supuesto que aquello iba en serio. Algún día Sal y Louise se casarían, y aquello era sagrado.

Ni la familia italiana de Sal ni la irlandesa de Louise aprobaban aquello, pero al menos la boda sería católica, como debía ser. Sal bromeó con que su

familia temía que se muriera de hambre con una esposa irlandesa, porque los irlandeses no saben cocinar. Y añadió que su madre no entendía cómo podían sobrevivir siquiera los irlandeses. Louise intervino, dijo que podían decir lo que quisieran, pero que los irlandeses tenían los bebés más guapos del mundo. Sal se sonrojó. Un italiano guapo, de casi dieciocho años, con una hermosa cabellera negra rizada, y se sonrojó. Louise se rió, y todos nos reímos cuando le tendió la mano a través del pasillo entre los pupitres para tocarle la cara colorada con su mano blanca y delicada.

La clase guardó silencio cuando Sal le tomó la mano y se la apretó contra la cara. Se le veían los ojos relucientes de lágrimas. ¿Qué le había pasado? Me quedé de pie, de espaldas a la pizarra, sin saber qué decir ni qué hacer, sin querer romper el hechizo. ¿Cómo iba a seguir debatiendo *La letra escarlata* en un momento como aquél?

Me senté a mi mesa, fingí estar atareado, tomé nota de las ausencias en silencio, rellené un impreso, esperé diez minutos hasta que sonó el timbre, vi marcharse a Sal y Louise cogidos de la mano, y les envidié por cómo lo tenían todo arreglado. Después de la graduación habría un compromiso. Sal sería maestro fontanero; Louise, estenógrafa oficial, que era a lo más que se podía llegar en el mundo del secretariado, a no ser que te diera la loca idea de hacerte abogado. Yo había dicho a Louise que tenía dotes suficientes para llegar a cualquier cosa, pero ella me dijo que no, no, ¿qué diría su familia? Tenía que ganarse la vida, prepararse para su vida con Sal. Aprendería cocina italiana para que no la estuvieran comparando constantemente con la madre de Sal. Un año después de la boda aparecería un niño, un pequeño italiano-irlandés-norteamericano, rechoncho y bien alimentado, y así se unirían las dos familias, y a quién le importaría de qué países procedían sus padres.

Nada de eso sucedió, porque un chico irlandés atacó a Sal en una pelea de bandas en el parque Prospect y lo apaleó con una estaca. Sal ni siquiera pertenecía a ninguna banda. Sólo pasaba por allí, llevando un pedido del restaurante donde trabajaba por las noches y los fines de semana. Louise y él sabían que esas guerras de bandas eran una estupidez, sobre todo entre los irlandeses y los italianos, que eran blancos y católicos tanto unos como otros. Entonces ¿por qué? ¿Por qué todo aquello? Por algo llamado terreno,

territorio, o peor todavía, chicas. «Eh, quita tus manos de *guinea* de mi chica. Saca de mi barrio ese culo gordo de irlandesito». Sal y Louise podían entender los piques contra los puertorriqueños o los negros, pero no los unos contra los otros, por Dios.

Sal volvió con un vendaje para cubrirse los puntos. Pasó al lado derecho del aula, bien lejos de Louise. No prestó ninguna atención a los demás de la clase, y nadie le miró ni le dirigió la palabra. Louise pasó a su antiguo asiento, intentó cruzar su mirada con la de él. Se volvió hacia mí, como si yo tuviera las respuestas o como si pudiera arreglar las cosas. Me sentí incapaz e indeciso. ¿Debía acercarme, darle un apretón en el hombro, susurrarle palabras de ánimo diciéndole que Sal lo superaría? ¿Debía dirigirme a Sal, pedirle disculpas en nombre de la raza irlandesa, decirle que no se puede juzgar a todo un pueblo por los actos de un solo gamberro en el parque Prospect, recordarle que Louise seguía siendo encantadora, que lo seguía queriendo?

¿Cómo podía comentar el desenlace de *La letra escarlata*, el final feliz para Hester y Pearl, si Louise estaba sentada unas filas de asientos más allá con el corazón roto, y Sal miraba al frente dispuesto a asesinar al primer irlandés que le saliera al paso?

Ray Brown levantó la mano. El bueno de Ray, siempre animando la clase.

—Oiga, señor McCourt, ¿cómo es que en este libro no salen negros?

Debí de poner cara de pasmo. Todos se rieron, menos Louise y Sal.

—No lo sé, Ray. Creo que en la antigua Nueva Inglaterra no había negros.

De pronto, Sal saltó de su asiento.

—Sí, Ray, había negros, pero los irlandeses los mataron a todos. Les caían encima por la espalda y les aplastaban la cabeza.

—¿Ah, sí? —dijo Ray.

—Sí —dijo Sal, y tomó su cartera, salió del aula y se dirigió al despacho de orientación.

El orientador me contó que Sal le había pedido el traslado a la clase del señor Campbell, que por lo menos no era irlandés y no tenía ese acento estúpido. Uno no se imaginaba que el señor Campbell le diera por la

espalda con una estaca, pero... ese McCourt... Es irlandés, y de esos canallas traidores nunca te puedes fiar.

No sabía qué hacer con Sal. Faltaban tres meses para la graduación, y debería haber intentado hablar con él, pero no sabía qué decirle. En los pasillos del instituto solía ver con frecuencia a profesores que consolaban a los chicos. El brazo sobre el hombro. El abrazo cálido. No te preocupes, todo irá bien. El chico o la chica dan las gracias, lágrimas, el profesor le da un último apretón en el hombro. Eso quería hacer yo. ¿Debería haber dicho a Sal que yo no era un gamberro que empuñaba estacas? ¿Debería haberme empeñado en decirle lo injusto que era hacer sufrir a Louise por los actos de otro, que probablemente estaría borracho? «Ay, ya sabes cómo somos los irlandeses, Sal». Y él se habría reído y habría dicho: «Vale, los irlandeses tienen ese problema», y habría hecho las paces con Louise.

¿O debería haber hablado con Louise, haberle soltado algunos tópicos como: «Ah, ya lo superarás con el tiempo», o «hay más de un pez en el mar», o «no estarás soltera mucho tiempo, Louise, los chicos irán a buscarte a tu casa»?

Sabía que si hubiera intentado hablar con cualquiera de los dos, habría estado torpe y balbuciente. Lo mejor era no hacer nada, que, en todo caso, era lo único que me sentía capaz de hacer. Algún día yo también consolaría a alguien en el pasillo con el brazo fuerte sobre el hombro, la palabra suave, el abrazo.

Los profesores se niegan a aceptar en sus clases a Kevin Dunne. El chico no es más que un soberano cargante, un revoltoso, un descontrolado. Si el director se empeña en metérselo en sus clases, ellos amenazan con tirar la toalla, pedir la jubilación, largarse. Ese chico debería estar en un zoológico, en la jaula de los monos, no en un instituto.

De manera que lo mandan al profesor nuevo, al que no puede decir que no: a mí. Además, con ese pelo rojo, con tantas pecas y con ese apellido, se ve de lejos que el chico es irlandés, y sin duda un profesor irlandés con deje auténtico podrá con ese pequeño bastardo. El orientador dice que confía en algo, ya sabe, atávico, en algo que pueda tocar una fibra sensible. Sin duda,

un profesor irlandés de verdad podrá despertar algo racial en los genes de Kevin, ¿verdad? El orientador dice que Kevin va a cumplir los diecinueve y debería graduarse este año, pero después de haber repetido dos cursos ya no tiene posibilidad de llegar a ponerse el birrete y la toga de la graduación. Ninguna en absoluto. El instituto juega a ganar tiempo, con la esperanza de que abandone los estudios, de que se aliste en el Ejército o algo así. En estos tiempos aceptan en el Ejército a cualquiera, a los cojos, a los mancos, a los ciegos, a los Kevin del mundo. Me dicen que éste nunca llegaría a mi aula por sus medios y si tendría la bondad de ir yo a la oficina de orientación a recogerlo.

Está sentado en un rincón del despacho, embutido en un anorak que le viene muy grande, con la cara oculta por la capucha. El orientador dice:

—Aquí está, Kevin. Aquí está tu nuevo profesor. Quítate la capucha para que te vea.

Kevin no se mueve.

—Vamos, Kevin. Bájate la capucha.

Kevin sacude la cabeza. La cabeza se mueve, pero la capucha sigue en su sitio.

—Bueno, ve con el señor McCourt y procura colaborar —y me susurra—: Puede que, ya sabe, que se identifique con usted un poco.

No se identifica con nada. Se queda sentado en su pupitre, tamborileando con los dedos, oculto dentro de su capucha. El director, que hace su ronda, se asoma por la puerta y le dice:

—Hijo, quítate esa capucha.

Kevin no le hace caso. El director se vuelve hacia mí.

—¿Tenemos un problemilla de disciplina?

—Es Kevin Dunne.

—Oh —dice él, y se retira.

Me siento atrapado en algún misterio. Cuando hablo de él a otros profesores, levantan los ojos al cielo y me dicen que es frecuente que a los profesores nuevos les endilguen los casos imposibles. El orientador me dice que no me preocupe. Kevin es problemático, pero es disfuncional y no durará aquí mucho tiempo. Es cuestión de paciencia.

Al día siguiente, poco antes del mediodía, pide el pase para ir al baño. Dice:

—¿Por qué me da el pase así, sin más? ¿Por qué? Quiere librarse de mí, ¿verdad?

—Has dicho que querías el pase. Tómalo y vete.

—¿Por qué me dice que me vaya?

—No es más que una manera de hablar.

—No es justo. Yo no he hecho nada malo. No me gusta que la gente me diga «vete», como si fuera un perro o algo así.

Me gustaría llevármelo aparte para hablar con él, pero sé que eso no se me da bien. Es más fácil hablar a toda la clase que a un solo chico. No es tan íntimo.

Interrumpe la clase con comentarios irrelevantes: el inglés es el idioma que tiene más palabrotas. Si te pones el zapato derecho en el pie izquierdo y el zapato izquierdo en el pie derecho, el cerebro se te volverá más potente y todos tus hijos serán gemelos. Dios tiene una pluma a la que nunca se le acaba la tinta. Los recién nacidos lo saben todo, por eso no pueden hablar, porque, si hablaran, todos quedaríamos por estúpidos.

Dice que las judías te hacen tirarte pedos y que por eso es bueno dárselas a los niños pequeños, porque los cultivadores de judías tienen perros adiestrados en seguir el rastro de los niños pequeños por si se pierden o los secuestran. Sabe como cosa segura que las familias ricas alimentan a sus niños con muchas judías, porque los niños ricos siempre corren el peligro de que los secuestren, y cuando salga del instituto va a poner un negocio de criador de perros capaces de encontrar a los niños ricos comedores de judías siguiendo el rastro de sus pedos, y saldría en todos los periódicos y en la televisión, y ahora ¿podría darle el pase para ir al baño?

Su madre viene de visita el día de las Familias. No puede hacer nada con él, no sabe qué le pasa. Su padre los abandonó cuando Kevin tenía cuatro años, el muy canalla, y ahora vive en Scranton, Pensilvania, con una mujer que cría ratones blancos para los laboratorios. A Kevin le encantan los ratones blancos, pero odia a su madrastra porque se los vende a personas que les clavan cosas o los destripan sólo para ver si han subido o bajado de peso. Cuando tenía diez años amenazó con agredir a la madrastra y hubo

que llamar a la policía. Ahora su madre quiere saber cómo le va en mi clase. ¿Aprende algo? ¿Le mando deberes? Porque nunca aparece en casa con ningún libro, ni cuaderno, ni lápiz.

Yo le digo que es un chico inteligente dotado de una viva imaginación. Ella dice:

—Sí, eso estará bien para usted, tener en su clase a un chico inteligente, pero ¿y su futuro?

Dice que teme que acabe en el Ejército y que lo manden a Vietnam, donde destacaría con su mata de pelo rojo y sería un blanco viviente para los amarillos. Yo le digo que no creo que lo aceptaran en el Ejército, y ella parece ofenderse.

—¿Qué quiere decir con eso? —dice—. Es un chico tan bueno como el que más de este instituto. Su padre estudió un año en la universidad, ¿sabe?, y leía los periódicos.

—Quiero decir que no me parece que tenga madera de militar.

—Mi Kevin es capaz de hacer cualquier cosa. Mi Kevin es un chico tan bueno como el que más de este instituto, y yo en su lugar no lo infravaloraría.

Intento hablar con él, pero no me hace caso o hace como que no me oye. Lo envío al orientador, y éste me lo devuelve con una nota en que me recomienda que lo mantenga ocupado. «Hágale fregar las pizarras. Mándelo al sótano a limpiar los borradores. A lo mejor puede subir al espacio con el próximo astronauta y quedarse allí en órbita». Son las bromas de los orientadores.

Digo a Kevin que lo nombro administrador del aula, encargado de todo. Termina sus tareas en pocos minutos y dice a los de la clase que se fijen en lo rápido que es. Danny Guarino dice que él lo hace todo más rápido siempre que quiera, y que espera a Kevin en la calle después de clase. Los separo y les hago prometer que no se pelearán. Kevin pide el pase y después lo rechaza y dice que no es un niño de pecho como algunos de los presentes, que tienen que ir al baño cada poco rato.

Su madre lo adora; los demás profesores no lo soportan; el orientador me pasa la pelota, y yo no sé qué hacer con él.

En el armario encuentra centenares de recipientes de acuarela, con el contenido seco y cuarteado.

—Oh, oh —dice—. Ay, hombre. Botes, botes. Colores, colores. Míos, míos.

—De acuerdo, Kevin. ¿Te gustaría limpiarlos? Puedes quedarte ahí mismo, en esa mesa especial, y ya no tendrás que sentarte en tu pupitre.

Es un riesgo. Puede ofenderse al ver que le propongo una tarea puramente mecánica.

—Sí, sí. Mis acuarelas. Mi mesa. Voy a quitarme la capucha.

Se baja la capucha y el pelo le brilla como una llamarada. Le digo que nunca he visto un pelo tan rojo, y él sonríe. Trabaja con las acuarelas durante horas, extrayendo con una cuchara la pasta vieja, que guarda en un tarro grande de encurtidos, fregando las tapas, ordenando los botes en los estantes. Al final del curso sigue trabajando, no ha terminado todavía. Le digo que no podrá quedarse durante el verano, y llora de disgusto. ¿Puede llevarse las acuarelas a su casa?

—De acuerdo, Kevin. Llévatelas a tu casa.

Me toca el hombro con la mano multicolor, me dice que soy el mejor profesor del mundo y que si alguien me causa algún problema ya le arreglará él las cuentas, porque él tiene sus métodos para ocuparse de la gente que molesta a los profesores.

Se lleva a su casa docenas de botes de vidrio.

No vuelve en septiembre. Los orientadores del Consejo de Educación lo mandan a una escuela especial para incorregibles. Él se escapa y vive durante una temporada en el garaje de su padre con los ratones blancos. Luego, el Ejército se lo lleva y su madre viene al instituto a decirme que está desaparecido en Vietnam, y me enseña una foto tomada en su cuarto. Sobre la mesa, los botes de vidrio están colocados formando letras que dicen: McCOURT OK.

—Ya ve —dice su madre—. Lo apreciaba a usted por haberle ayudado, pero lo cazaron los comunistas, así que, dígame usted, ¿de qué sirvió? Mire a cuántas madres les revientan a sus hijos. Jesús, a una no le queda ni un dedo para poder enterrarlo, y ¿puede decirme usted qué está pasando en ese país de allá lejos, del que nadie había oído hablar? ¿Me lo puede decir

usted? Termina una guerra, empieza otra, y considérate afortunada si sólo tienes hijas para que no las manden para allá.

Saca de un saco de lona el tarro de vidrio lleno de las acuarelas secas de Kevin.

—Mire esto —dice—. En este tarro están todos los colores del arco iris. Y ¿sabe una cosa? Se cortó todo el pelo y lo mezcló con esas pinturas. Es una obra de arte, ¿verdad? Y sé que él habría querido que se lo quedara usted.

Podría haber sido sincero con la madre de Kevin, haberle dicho que yo no había hecho gran cosa por su hijo. Me había parecido un alma perdida que iba flotando a la deriva, buscando un lugar donde echar el ancla, pero yo no supe lo suficiente, o fui demasiado tímido para manifestarle afecto.

Dejé el tarro sobre mi mesa, donde relucía, incandescente, y cuando miraba los mechones de Kevin me apenaba pensar cómo lo había dejado salir del instituto y acabar en Vietnam.

Mis alumnos, sobre todo las chicas, decían que el tarro era precioso, sí, una obra de arte, y que debía de haber costado mucho trabajo. Les conté lo de Kevin, y algunas chicas lloraron.

Un empleado que limpiaba el aula creyó que el tarro era un trasto viejo y lo tiró a los cubos de basura del sótano.

Hablé de Kevin con los demás profesores en el comedor. Sacudieron la cabeza.

—Qué pena —dijeron—. Algunos de estos chicos se caen por las fisuras del sistema, pero ¿qué demonios puede hacer el profesor? Tenemos clases numerosísimas, no tenemos tiempo, y no somos psicólogos.

Cuando tenía treinta años me casé con Alberta Small y empecé a estudiar en el Colegio Universitario de Brooklyn para obtener el máster en Literatura Inglesa, título que me ayudaría a ascender en la vida, merecerme el respeto de los demás y ganar más sueldo como profesor.

Para cumplir los requisitos para el título escribí una tesis sobre Oliver Saint John Gogarty, médico, poeta, dramaturgo, novelista, ingenioso, atleta, campeón de bebedores en Oxford, autor de un libro de memorias, senador, amigo (durante poco tiempo) de James Joyce, que lo convirtió en el Buck Mulligan del *Ulysses*, haciéndolo así famoso en todo el mundo y para siempre.

Mi tesis se titulaba «Oliver Saint John Gogarty: Un estudio crítico». La tesis no tenía nada de crítica. Había elegido a Gogarty por la admiración que sentía hacia él. Si le leía y si escribía sobre él, sin duda se me pegaría algo de su encanto, de su talento y su cultura. Podría desarrollar algo de su empaque y desparpajo, de su aire de desfachatez. Era un personaje dublinés, y yo tenía la esperanza de llegar a ser un irlandés poético, desenvuelto y bebedor como él. Sería un personaje neoyorquino. Haría estallar en carcajadas de risa a toda la mesa, y me haría el amo de los bares del Greenwich Village con mis canciones e historias. En el bar Lion's Head me bebía un *whisky* tras otro para armarme del valor necesario para ser pintoresco. Los camareros me recomendaban que bajara el ritmo. Los amigos decían que no entendían una sola palabra de lo que decía. Me sacaban en vilo del bar, me metían en un taxi, pagaban al taxista y le decían que no parara hasta dejarme en la puerta de mi casa, en Brooklyn. Con Alberta intentaba ser ingenioso a la manera de Gogarty, pero ella me decía

que me callara, por Dios, y lo único que sacaba en limpio de mis esfuerzos por ser gogartiano era una resaca tan atroz que caía de rodillas y pedía a Dios que se me llevara.

El catedrático Julian Kaye aceptó mi tesis, a pesar de «un estilo repetitivo y una solemnidad que choca con el tema tratado: Gogarty».

El primer catedrático que tuve en el Colegio Universitario de Brooklyn, y mi favorito, fue Morton Irving Seiden, erudito especializado en Yeats. Llevaba corbata de pajarita, era capaz de dar conferencias de tres horas sobre las crónicas anglosajonas o sobre Chaucer o sobre Matthew Arnold, tenía el material perfectamente organizado en la cabeza. Estaba allí para impartir lecciones magistrales, para verter conocimientos en recipientes vacíos, y si tenías alguna pregunta podías hacérsela en su despacho. No le gustaba perder tiempo de clase.

Había escrito su tesis doctoral en la Universidad de Columbia sobre Yeats, y un libro, *La paradoja del odio*, en el que aducía que una de las causas principales del antisemitismo en Alemania había sido el miedo a la sexualidad judía.

Cursé un año su asignatura de Historia de la Literatura Inglesa, desde el *Beowulf* hasta Virginia Woolf, desde los dragones hasta los dramones. Se apreciaba que quería que aprendiésemos y comprendiésemos cómo se había desarrollado la literatura inglesa y, con ella, la lengua. Hacía hincapié en que debíamos conocer la literatura como conoce un médico el cuerpo humano.

Todo lo que decía era una novedad para mí: es una de las ventajas de ser inocente y con pocos estudios. Yo conocía trozos sueltos de la literatura inglesa, pero con Seiden era apasionante pasar de un escritor a otro, de un siglo a otro, deteniéndose para estudiar más de cerca a Chaucer, John Skelton, Christopher Marlowe, John Dryden, la Ilustración, el Romanticismo, los victorianos, hasta llegar al siglo XX, mientras él nos leía pasajes que ilustraban el desarrollo de la lengua inglesa desde el anglosajón, pasando por el inglés medieval, hasta llegar al inglés moderno.

Después de aquellas lecciones, sentía lástima de la gente que iba en los vagones del metro y no sabía lo que sabía yo, y estaba impaciente por volver a mi propia aula a contar a mis alumnos cómo había cambiado la lengua inglesa a lo largo de los siglos.

Intentaba demostrárselo leyéndoles pasajes del *Beowulf*, pero ellos decían:

—Quia, eso no es inglés. ¿Es que nos toma por tontos?

Intentaba imitar el estilo elegante de Seiden en mis clases a fontaneros, electricistas, mecánicos de automóvil, pero ellos me miraban como si hubiera perdido el juicio.

Los catedráticos podían plantarse allí delante y despacharse a gusto sin temer que nadie les llevara la contraria o les pusiera pegas. Era una vida envidiable la suya. Nunca tenían que decir a nadie que se sentara, que abriera los cuadernos, que no, que no te doy el pase para ir al baño. Nunca tenían que separar a alumnos que se peleaban. Las tareas debían entregarse sin retrasos. Nada de disculpas, señora o caballero, esto no es el instituto. Si le resulta difícil seguir el ritmo del trabajo, debería dejar la asignatura. Las disculpas son para los niños.

Yo envidiaba a Seiden y a los profesores universitarios en general, sus cuatro o cinco clases por semana. Yo impartía veinticinco. Ellos tenían una autoridad absoluta. Yo tenía que ganármela. Dije a mi mujer:

—¿Por qué tengo que estar luchando con adolescentes volubles, cuando podría tener la vida fácil de un profesor universitario? ¿No sería agradable entrar tranquilamente en el aula con esa despreocupación suya, hacer un gesto con la cabeza como para reconocer la mera existencia de los alumnos, impartir la clase a la pared del fondo o al árbol que se ve por la ventana, garabatear en la pizarra unas palabras ilegibles, anunciar el próximo trabajo externo, setecientas palabras sobre el simbolismo del dinero en *Casa desolada* de Dickens? Sin quejas, sin desafíos, sin disculpas.

—Ay, deja de lloriquear —dijo Alberta—. Mueve el culo y sácate un doctorado, y entonces podrás ser un buen profesorcito universitario. Podrás comer el coco a las estudiantes de segundo.

Cuando Alberta se estaba examinando para la licencia de profesora, se encontró con R'lene Dahlberg y se la trajo a casa a cenar. Ella se quitó los zapatos a puntapiés y, sentada en el sofá, bebiendo vino, nos habló de su vida con su marido Edward. Vivían en Mallorca, pero ella regresaba de tarde en tarde a Estados Unidos para ejercer la enseñanza y ganar algo de dinero para que los dos pudieran seguir viviendo en España. Dijo que Edward era muy famoso, y yo no dije nada, porque sólo recordaba haber visto su nombre una vez, en un estudio de Edmund Wilson sobre los escritores proletarios. R'lene dijo que Edward volvería de España dentro de unos meses y que ella nos invitaría a tomar algo en su casa.

Edward Dahlberg me cayó mal desde el momento que lo conocí, o puede que me sintiera nervioso por conocer a un literato, mi introducción en el mundo social de la literatura estadounidense.

La tarde que Alberta y yo fuimos a visitarlos, estaba sentado en un hondo sillón, en un rincón junto a la ventana, frente a un corrillo de admiradores. Estaban hablando de libros. Le pedían su opinión sobre diversos escritores. Él desdeñaba con un gesto de la mano a todos los del siglo xx, salvo a él mismo: Hemingway escribía «lenguaje infantil»; Faulkner, «bazofia». El *Ulysses* de Joyce era «una caminata por la hez de Dublín». Encargaba a todos que se fueran a sus casas a leer autores de los que yo nunca había oído hablar: Suetonio, Anaxágoras, *sir* Thomas Brown, Eusebio, los Padres del Yermo, Flavio Josefo, Randolph Bourne.

R'lene me presentó.

—Te presento a Frank McCourt, de Irlanda. Es profesor de Lengua Inglesa de secundaria.

Le tendí la mano, pero él me la dejó colgando en el aire.

—Ah, ¿todavía eres un chico de secundaria, eh?

No supe qué decir. Me dieron ganas de dar un puñetazo a aquel hijo de perra maleducado, pero me abstuve. Él se rió y dijo a R'lene:

—¿Es que nuestro amigo enseña Lengua Inglesa a sordomudos?

En el mundo de Dahlberg, la enseñanza era sólo cosa de mujeres.

Me retiré a mi asiento, confundido.

Dahlberg tenía una cabeza enorme, con mechones grises pegados a la calva. Un ojo estaba muerto en su órbita, y el otro se movía con rapidez,

trabajando por los dos. Tenía una nariz vigorosa y un bigote poblado, y cuando sonreía le brillaba la dentadura postiza, que castañeteaba.

No había terminado. Clavó en mí su único ojo.

—¿Nuestro chico de secundaria lee? ¿Y qué lee?

Busqué en mi cabeza alguna cosa leída recientemente, alguna cosa distinguida que pudiera agradarle.

—Estoy leyendo la autobiografía de Sean O’Casey.

Me dejó sufrir unos momentos, se pasó la mano por la cara, gruñó.

—Sean O’Casey. Tenga la bondad de citarme un pasaje.

El corazón me palpitaba con fuerza. El corrillo de admiradores esperaba. Dahlberg levantó la cabeza como diciendo «¿y bien?». Yo tenía la boca seca. No se me ocurría nada de O’Casey que pudiera estar a la altura de los pasajes grandiosos de los clásicos antiguos que citaba Dahlberg. Murmuré:

—Bueno, admiro a O’Casey por la naturalidad con que escribe sobre su infancia y juventud en Dublín.

Me dejó sufrir otra vez mientras sonreía a sus admiradores. Hizo un gesto con la cabeza hacia mí.

—La naturalidad con que escribe, dice nuestro amigo irlandés. Si admiras el supuesto estilo natural, siempre puedes inspeccionar las paredes de los urinarios públicos.

Los admiradores rieron. Yo me sentía acalorado, y exclamé:

—O’Casey salió de los barrios bajos de Dublín por su propio esfuerzo. Era medio ciego. Es un..., un..., un paladín de los obreros... Es tan bueno como usted, sin duda. Todo el mundo conoce a Sean O’Casey. ¿Quién ha oído hablar de usted?

Sacudió la cabeza ante sus admiradores, y ellos sacudieron la cabeza dándole la razón. Dijo a R’lene:

—Di a tu chico de instituto que se aparte de mi presencia. Aquí no es bienvenido, aunque su encantadora esposa puede quedarse con mucho gusto.

Seguí a R’lene al dormitorio para recoger mi abrigo. Le dije que sentía haber provocado una molestia, y me desprecié por disculparme de esa manera, pero ella no levantó la cabeza ni dijo nada. En el cuarto de estar,

Dahlberg manoseaba el hombro de Alberta mientras le decía que no dudaba que era una gran profesora y que esperaba que volviera a visitarlos.

Hicimos en silencio el viaje en metro hasta Brooklyn. Yo estaba confuso y me preguntaba por qué Dahlberg había tenido que portarse así. ¿Tenía necesidad de humillar a un desconocido? Y ¿por qué lo había soportado yo?

Porque yo tenía la confianza en mí mismo de una cáscara de huevo. Él tenía sesenta años, yo treinta. Yo era como un recién llegado de un país salvaje. Jamás estaría a gusto en los círculos literarios. Estaba demasiado despistado y era demasiado ignorante para pertenecer a esa cuadrilla de admiradores capaces de arrojar a Dahlberg nombres literarios.

Me sentía paralizado y avergonzado de mí mismo, y juré no volver a ver jamás a aquel hombre. Dejaría mi carrera en la enseñanza, que no tenía futuro ni merecía respeto, me buscaría un trabajo a tiempo parcial, me pasaría la vida leyendo en las bibliotecas, iría a fiestas como aquélla, citaría y recitaría, estaría a la altura de los Dahlberg y sus círculos de adoradores. R'lene volvió a invitarnos, pero esta vez Dahlberg estuvo educado, y yo tuve la prudencia y la inteligencia de subordinarme a él, de limitarme al papel de acólito. Siempre me preguntaba qué estaba leyendo, y yo mantenía la paz soltándole los nombres de los griegos, de los romanos, de los Padres de la Iglesia, Cervantes, la *Anatomía de la melancolía* de Burton, Emerson, Thoreau y, por supuesto, Edward Dahlberg, como si ahora no tuviera otra cosa que hacer que gastar el culo sentado todo el día en un sillón bien mullido, leyendo, leyendo y esperando a que Alberta me sirviera la cena y me diera un masaje en el cuello dolorido. Si la conversación se volvía oscura y peligrosa, yo citaba textos de sus libros y veía cómo se le iluminaba y suavizaba el rostro. Me sorprendía que un hombre que dominaba las reuniones y hacía enemigos en todas partes pudiera tragarse la adulación con tanta facilidad. También me sorprendió haber sido capaz de trazar una estrategia que impedía que estallara en su sillón. Estaba aprendiendo a morderme la lengua y aguantar sus insultos porque creía que podría sacar algo en limpio de su erudición y sabiduría.

Lo envidiaba porque vivía la vida de un escritor, un sueño que yo era demasiado cobarde para abordar. Yo lo admiraba, como admiraba a cualquiera que siguiera su camino y se mantuviera fiel a sí mismo. A pesar

de todas las experiencias que había tenido en Estados Unidos, me seguía sintiendo un inmigrante recién desembarcado. Cuando él se lamentaba de la dureza de la vida del escritor, del sufrimiento diario del hombre ante su escritorio, a mí me daban ganas de decir: «Venga, qué angustia ni qué mierda, Dahlberg. Lo único que haces es sentarte allí y darle a la máquina de escribir unas pocas horas cada mañana, y pasarte leyendo el resto del día, mientras R'lene ronda por ahí atendiendo a todas tus necesidades. No has sabido en tu vida lo que es un día de trabajo duro. Si pasaras un día dando clase a ciento setenta adolescentes, te volverías corriendo a tu blanda vida literaria».

Lo vi en algunas ocasiones hasta que murió en California, a los setenta y siete años. Me invitaba a cenar, indicándome que llevara a mi *brach*. El diccionario me hizo saber que mi *brach* era mi «perra». Comprendí que le interesaba más mi *brach* que yo, y cuando propuso que pasásemos un verano juntos, viajando por el país en coche, entendí lo que se proponía: echar un polvo con Alberta por el camino. El muy listo se las arreglaría para mandarme a hacer algún recado absurdo mientras él se desenroscaba y bajaba deslizándose de su árbol.

Me llamó un sábado por la mañana para invitarnos a cenar, y cuando le dije que aquella noche estábamos ocupados, dijo:

—¿Y qué he de hacer con la comida que he adquirido, mi buen amigo irlandés?

—Cómetela —dije—. Es lo único que haces a estas alturas, en todo caso.

Como réplica no era gran cosa, pero fue la última palabra. No volví a tener noticias suyas.

Durante los ocho años que pasé en el McKee, el departamento de Lengua Inglesa se reunía en un aula todos los meses de junio para leer, evaluar, calificar el examen final del estado de Nueva York en Lengua Inglesa. Apenas la mitad de los estudiantes lo aprobaban. A la otra mitad había que ayudarles. Intentábamos hinchar las notas de los suspendidos, desde los

cincuenta y tantos puntos sobre cien hasta los sesenta y cinco que se exigían para aprobar.

Con las pruebas tipo test no podíamos hacer nada, las respuestas eran acertadas o no, pero ayudábamos al calificar las redacciones sobre literatura y temas generales. Demos al chico algo por haber venido. Claro, qué demonios. Podría haber estado en otra parte, metiéndose en líos, molestando a la gente. Tres puntos por haberse presentado, por su espíritu cívico. ¿Se le entiende la letra? Claro. Dos o tres puntos más.

¿El chico ha molestado a los profesores alguna vez en clase? Bueno, puede ser, una vez. Sí, pero lo más probable es que lo provocaran. Además, su padre ha muerto, era un trabajador de los muelles que desafió a la mafia y como premio acabó en el canal Gowanus. Demos al chico otros dos puntos por tener al padre muerto en el Gowanus. Ya va mejor esa nota, ¿verdad?

¿Utiliza el alumno puntos y aparte? Ah, sí. Mirad qué párrafos. El chico es un maestro del párrafo. Aquí se ven claramente tres puntos y aparte. ¿Incluye oraciones temáticas en sus párrafos? Bueno, sabes, podría alegarse que la primera frase es una oración temática. Vale, tres puntos más por sus oraciones temáticas. Así pues, ¿cuánto llevamos? ¿Sesenta y tres?

¿Es buen chico? Desde luego. ¿Servicial en clase? Sí, limpiaba los borradores para su profesora de Sociales. ¿Se muestra educado en los pasillos? Siempre daba los buenos días. Mirad, ha puesto título a su redacción: «Mi p con razón o sin ella». No está mal, ¿verdad? Eso de poner título a la redacción es bastante sofisticado. ¿No podríamos darle tres puntos más por haber elegido un tema patriótico, y uno más por haber puesto un punto y coma, aunque en este caso correspondían los dos puntos? ¿Es eso un punto y coma de verdad, o es una cagarruta de mosca? En este instituto hay chicos que ni siquiera saben que existen los dos puntos, y tampoco les importa, y si te pones a hablarles de la diferencia entre los dos puntos y su primo, el punto y coma, te piden el pase para ir al baño.

Subámosle tres puntos más. Es buen chico, y su hermano Stan está en Vietnam. Su padre tuvo la polio de chico y pasa la vida en una silla de ruedas. Ay, ponle otro punto por tener al padre en silla de ruedas y un hermano en Vietnam.

Así que ya ha llegado a los sesenta y ocho puntos. Un sesenta y ocho tiene pocas probabilidades de despertar sospechas en Albany, donde se supone que revisan estos exámenes. Es poco probable que miren todos los exámenes, con los miles que les llegan de todo el estado. Además, si hay alguna pregunta, los profesores estaremos unidos como una piña para defender nuestro sistema de calificaciones.

Vámonos a almorzar.

El señor Bibberstein, el orientador, me dijo que si tenía algún problema con algún chico se lo dijera, y él se ocuparía del caso. Me dijo que en este sistema a los profesores nuevos se les trataba como si fueran basura, o algo peor. Hay que defenderse o morir.

Nunca le hablé de ninguna dificultad con los alumnos. Corre la voz. «Sí, hombre, ese profesor nuevo, McCourt, te manda de cabeza al orientador, y éste llama al momento a tu padre, y ya sabes lo que pasa entonces». El señor Bibberstein me dijo en broma que al parecer yo era un profesor excelente, visto que me llevaba tan bien con los chicos que nunca enviaba a ninguno a su despacho. Dijo que debía de ser por mi encanto irlandés.

—No es usted gran cosa en cuanto a físico, pero a las chicas les encanta su acento. Me lo han dicho ellas, no se moleste en negarlo.

Cuando nos declaramos en huelga con el nuevo sindicato, la Federación Unida de Profesores, el señor Bibberstein, el señor Tolfsen y la señorita Gilfillan, la profesora de Bellas Artes, atravesaron el piquete. Nosotros les gritábamos: «No paséis, no paséis», pero ellos entraron. La señorita Gilfillan iba llorando. Los profesores que atravesaron el piquete eran de más edad que los que se quedaron fuera. Tal vez fueran miembros del antiguo Sindicato de Profesores, que fue aplastado durante la caza de brujas de la era McCarthy. No querían que volvieran a perseguirlos, aunque si hacíamos huelga era principalmente para ser reconocidos como sindicato.

Sentía compasión por los profesores de más edad, y cuando hubo terminado la huelga quise decirles que lamentaba que les hubiésemos gritado de esa forma. Al menos, en nuestro piquete nadie había gritado «esquiroles» como se había hecho en otros institutos. Sin embargo, en el

instituto McKee había tensión y divisiones, y yo no sabía si podía seguir siendo amigo de la gente que había atravesado el piquete. Antes de hacerme profesor me había encontrado con los piquetes del Sindicato de Trabajadores de Hoteles, con los del de Camioneros, y con los de la Asociación Internacional de Trabajadores Portuarios, y me habían despedido de un banco sólo por hablar con un sindicalista. Había advertencias, y nadie se atrevía a desoírlos. «Si atraviesas este piquete, amiguito, sabemos dónde vives. Sabemos a qué escuela van tus hijos».

En un piquete de huelga de profesores no podíamos decir cosas así. Éramos profesionales: profesores, licenciados universitarios. Cuando terminó la huelga, en el comedor de profesores hacíamos el vacío a los esquiroles. Comían juntos, al otro lado de la sala. Al cabo de cierto tiempo dejaron de ir al comedor, y los miembros leales de la Federación Unida de Profesores nos quedamos como amos del local.

El señor Bibberstein apenas me saludaba con un gesto de la cabeza por los pasillos, y dejó de ofrecerme su ayuda con los chicos difíciles. Me llevé una sorpresa cuando un día me detuvo y me espetó con voz cortante:

—¿Qué es eso de Barbara Sadlar?

—¿Qué quiere decir?

—Ha ido a mi despacho y me ha dicho que usted la animó a que fuera a la universidad.

—Es verdad.

—¿Qué quiere decir con que es verdad?

—Quiero decir que le sugerí que fuera a la universidad.

—Le recordaré que éste es un instituto de formación profesional y técnico, no un instituto para preuniversitarios. Estos chicos aprenden oficios, hijo. No están preparados para la universidad.

Yo le dije que Barbara Sadlar era de los alumnos más brillantes de mis cinco clases. Escribía bien, leía libros, participaba en los debates de clase, y que si yo mismo, profesor con licencia, había podido ir a la universidad sin una pizca de estudios secundarios, ¿por qué no podía pensar en ello Barbara? No estaba escrito en ninguna parte que tuviera que ser esteticén, secretaria u otra cosa.

—Porque, joven, está usted metiéndoles en la cabeza unas ideas que no deben tener. Aquí intentamos ser realistas, y llega usted con sus ideas alocadas y estúpidas. Hablaré con ella para dejarle las cosas claras. Y le agradeceré a usted que se abstenga de intervenir. Limítese a enseñar Lengua Inglesa y déjeme a mí la orientación profesional.

Hizo ademán de marcharse, pero se volvió hacia mí de nuevo.

—No tendrá esto algo que ver con que Barbara es una rubia atractiva, ¿verdad?

Me dieron ganas de soltarle algo malévolo. Me vino a la cabeza la palabra «esquirol», pero guardé silencio. Se alejó de mí, y fue la última vez que nos hablamos. ¿Había sido por la huelga, o había sido en realidad por Barbara?

Dejó en mi casillero una tarjeta con una nota: «El hombre debe intentar llegar más allá, pero conviene asegurarse de que tendrá dónde asirse. No inspire sueños imposibles. Atentamente, Fergus Bibberstein».

SEGUNDA PARTE

El asno y el cardo

9

En 1966, tras haber pasado ocho años en el McKee, había llegado el momento de cambiar. Seguía luchando por ganarme la atención de cinco clases al día, aunque ya estaba aprendiendo lo evidente: que en el aula tienes que seguir tu propio camino. Tienes que encontrarte a ti mismo. Tienes que desarrollar tu propio estilo, tus técnicas propias. Tienes que decir la verdad, o te descubrirán. «Oiga, profe, eso no es lo que dijo usted la semana pasada». No es una cuestión de virtud ni de alta moral.

Así que, adiós, Instituto de Formación Profesional y Técnico McKee. Con mi nuevo máster me voy al Colegio Universitario de Nueva York, en Brooklyn, donde un amigo, el catedrático Herbert Miller, me había ayudado a conseguir una plaza de profesor adjunto, la última categoría de docente en el sistema universitario. Impartiré cinco o seis clases cada semana, no cada día. Estaré en el cielo con tanto tiempo libre. Ganaré la mitad de sueldo que como profesor de secundaria, pero los estudiantes serán maduros, me prestarán atención y me mostrarán respeto. No tirarán cosas. No pondrán inconvenientes ni se quejarán de tener que hacer trabajos en clase y deberes. Además, me llamarán señor profesor, y eso me hará sentir importante. Impartiré dos asignaturas: Introducción a la Literatura y Redacción Elemental.

Mis estudiantes eran adultos, de menos de treinta años en su mayoría, que trabajaban en tiendas, fábricas, oficinas. Había una clase de treinta y tres bomberos que aspiraban a una titulación universitaria para ascender en el cuerpo, todos blancos, irlandeses en su mayoría.

Casi todos los demás eran negros o hispanos. Yo podría haber sido uno de ellos, trabajando de día y estudiando de noche. Como no había

problemas de disciplina, tuve que ajustarme y desarrollar un modelo de enseñanza en que no tenía que decir a nadie que se sentase y guardara silencio. Si llegaban tarde, se disculpaban y se sentaban. Yo casi no sabía qué hacer cuando en las primeras clases entraban en orden, se sentaban y se ponían a esperar que les diera clase. Nadie pedía el pase para ir al baño. Nadie levantaba la mano para acusar a nadie de haberle quitado un bocadillo, un libro o el asiento. Nadie intentaba desviarme del tema preguntándome por Irlanda en general o por mi infancia desdichada en particular.

Lo que tienes que hacer es ponerte allí delante y enseñar, hombre.

—Una nota a pie de página, damas y caballeros, es lo que se escribe al pie de la página para indicar la fuente de su información. Una mano.

—¿Sí, señor Fernández?

—¿A qué se debe?

—¿A qué se debe qué?

—Quiero decir que, si estoy escribiendo sobre los Giants de Nueva York, ¿por qué no puedo decir sin más que lo he leído en el *Daily News*? ¿Por qué?

—Porque, señor Fernández, se trata de un trabajo de investigación, y eso quiere decir que usted debe indicar con exactitud, con exactitud, señor Fernández, de dónde ha extraído su información.

—No sé, profesor, lo que quiero decir es que eso parece muy pesado. Yo estoy escribiendo un trabajo sobre los Giants y por qué tienen una mala temporada. Me refiero a que no me estoy preparando para ser abogado ni nada de eso.

Tomás Fernández tenía veintinueve años y trabajaba de mecánico para el ayuntamiento de Nueva York. Tenía la esperanza de que un título académico le serviría para ascender. Tenía mujer y tres hijos y, a veces, en clase, se quedaba dormido. Una vez se puso a roncar y los otros estudiantes me miraron para ver qué iba a hacer. Le toqué el hombro y le propuse que saliera a tomarse un descanso. Él dijo: «Está bien», salió del aula y aquella noche no volvió. Faltó a clase la semana siguiente, y cuando volvió dijo que no, no había estado enfermo. Se había ido a Nueva Jersey para ver un partido de fútbol americano, los Giants, ya sabe. Tenía que ver a los Giants

cuando jugaban en casa. No podía perderse a sus Giants. Dijo que era una lástima que mi clase fuera los lunes, la misma noche del partido de los Giants cuando jugaban en casa.

—¿Una lástima, señor Fernández?

—Sí. Porque, ya sabe, no puedo estar en dos sitios a la vez. —Pero, señor Fernández, éste es un colegio universitario. Esta asignatura es obligatoria.

—Sí —dijo el señor Fernández—. Me hago cargo de su problema, profesor.

—¿De mi problema? ¿De mi problema, señor Fernández?

—Bueno, porque usted tendrá que hacer algo para resolver lo mío y lo de los Giants, ¿verdad?

—No es eso, señor Fernández. Se trata, simplemente, de que si no viene usted a clase, va a suspender.

Me miró fijamente como intentando entender por qué hablaba de esa manera tan rara. Nos contó a la clase y a mí que seguía a los Giants desde siempre y que no iba a abandonarlos ahora que tenían una mala temporada. Nadie lo respetaría. Su hijo de siete años lo despreciaría. Hasta su mujer, que nunca se había interesado por los Giants, le perdería el respeto.

—¿Por qué, señor Fernández?

—Eso se ve claramente, profesor. Todos los domingos y lunes que yo dedico a los Giants ella los pasa en casa, esperándome, cuidando de los chicos y todo, y hasta me perdonó la vez que no pude ir al entierro de su madre porque los Giants estaban jugando las finales, hombre. Así que si ahora yo dejara a los Giants, ella me diría: «¿Para esto he esperado y esperado tanto?». Diría que todo había sido en balde. Así es como me perdería el respeto, porque mi mujer tiene una cosa: se mantiene firme en sus opiniones, como yo me mantengo firme con los Giants, ¿me entiende usted?

Rowena, de Barbados, dijo que con esa discusión estábamos perdiendo tiempo de clase, y que por qué no se comportaba como un adulto. ¿Por qué no había elegido esa asignatura en cualquier otra noche?

—Porque las otras clases estaban completas, y oí decir que el señor McCourt era un buen tipo al que no le importaría que yo me fuera a ver un

partido después de pasarme el día entero trabajando, ¿sabes?

Rowena, de Barbados, dice que no lo sabe.

—Caga o deja cagar, tío, perdone la manera de hablar. También nosotros venimos aquí después de un día de trabajo duro, y no nos ponemos a roncar en clase ni nos largamos a ver partidos. Deberíamos votar.

Todas las cabezas asintieron a la propuesta de voto. Treinta y tres dijeron que el señor Fernández debía asistir a clase, nada de Giants. El señor Fernández votó a favor de sí mismo: los Giants siempre.

Aunque esa noche retransmitían por televisión un partido de los Giants, tuvo la consideración de quedarse hasta el final de la clase. Me dio la mano y me aseguró que no me guardaba rencor, que en realidad yo era un buen tipo, pero que todos tenemos nuestras debilidades.

Freddie Bell era un joven negro elegante. Trabajaba en el departamento de ropa de caballero de los grandes almacenes Abraham and Strauss. Allí me ayudó a elegir una chaqueta, y eso nos condujo a un nivel de amistad distinto. Sí, soy alumno suyo, pero le ayudé a elegir esa chaqueta. Era aficionado a escribir con un estilo florido, usando palabras rimbombantes y rebuscadas, tomadas del diccionario general y del de sinónimos, y cuando en un trabajo le puse una nota que decía: «Sencillez, sencillez (Thoreau)», me preguntó quién era aquel Thoreau, y por qué iba a querer nadie escribir como un niño de pecho.

—Porque, Freddie, tu lector puede agradecer la claridad. Claridad, Freddie, claridad.

Él no estaba de acuerdo. Su profesor de Lengua Inglesa le había dicho que la lengua inglesa es un órgano maravilloso. ¿Por qué no sacar el máximo partido de aquel instrumento imponente? Tocar todos sus registros, por así decirlo.

—Porque, Freddie, lo que estás haciendo es falso, forzado y artificial.

No debía haber dicho eso, sobre todo delante de treinta compañeros suyos. Se le congeló el rostro, y comprendí que lo había perdido. Aquello supondría una presencia hostil en la clase durante el resto del curso, una

perspectiva desconcertante para mí, que todavía me estaba abriendo camino en el mundo de los estudiantes adultos.

Contraatacó con la lengua. Sus redacciones se volvieron más complicadas y forzadas. Las notas le bajaron de sobresalientes a aprobados altos. Al final me pidió una explicación de la nota. Dijo que había enseñado sus redacciones a su antiguo profesor de Lengua Inglesa y que él, el antiguo profesor de Lengua Inglesa, no era capaz de entender cómo podían poner a Freddie menos de un sobresaliente alto. Hay que ver qué lenguaje. Hay que ver qué vocabulario. Hay que ver qué niveles de significado. Hay que ver qué estructura sintáctica: variada, sofisticada, compleja.

Estábamos en el pasillo, cara a cara. Él no cedía. Dijo que en mi clase trabajaba duro, buscando palabras nuevas para que yo no me aburriera de ver las mismas de siempre. Su antiguo profesor de Lengua Inglesa decía que no había nada peor que leer kilómetros de redacciones de estudiantes sin encontrarse jamás con un pensamiento original o algún vocablo nuevo. El antiguo profesor de Lengua Inglesa decía que el señor McCourt debería valorar el esfuerzo de Freddie y premiárselo como es debido. A Freddie había que reconocerle al menos haberse aventurado en un territorio nuevo, haber forzado los límites.

—Además —dijo—, yo trabajo por las noches para ganarme la vida, y me estoy pagando los estudios. Usted ya sabe lo que es eso, señor McCourt.

—No veo qué tiene que ver con tu manera de escribir.

—Además, no es fácil ser negro en esta sociedad.

—Ay, Freddie, por Dios. En esta sociedad no es fácil ser nada. Muy bien. ¿Quieres un sobresaliente? Lo tendrás. No quiero que me acusen de discriminador.

—No; no lo quiero sólo porque usted esté cabreado o porque soy negro. Lo quiero porque lo merezco.

Me volví para marcharme. Él dijo en voz alta:

—Eh, señor McCourt, gracias. Su clase me gusta. Es una clase extraña, pero pienso que hasta podría llegar a ser profesor como usted.

Estoy impartiendo una asignatura en la que se exige realizar un trabajo de investigación. El alumno debe demostrar su capacidad para elegir un tema, realizar una investigación básica, tomar notas en fichas para que el tutor conozca las fuentes consultadas, incluir notas eruditas a pie de página y una bibliografía de fuentes principales y secundarias.

Llevo a mis alumnos a la biblioteca para que la bibliotecaria, agradable y entusiasta, les enseñe cómo se busca la información, cómo se emplean las herramientas básicas de la investigación. Ellos la escuchan y se miran unos a otros y susurran entre sí en español y francés, pero cuando les pregunta si tienen alguna duda, se quedan con la mirada fija, poniendo en una situación incómoda a la bibliotecaria, que tiene tantos deseos de ayudar.

Intento explicarles los conceptos más sencillos de lo que es una investigación.

—En primer lugar, se elige un tema.

—¿Qué es eso?

—Piensen en algo que les interese, por ejemplo en algún problema que los inquiete a ustedes y a la gente en general. Podrían escribir sobre el capitalismo, la religión, el aborto, los niños, la política, la educación. Algunos de ustedes proceden de Haití o de Cuba, dos países muy ricos en temáticas. Podrían escribir sobre el vudú o sobre la bahía Cochinos. Podrían abordar algún aspecto de su país, los derechos humanos, por ejemplo, investigar un poco, mirar los pros y los contras, reflexionar sobre ello, llegar a una conclusión.

—Perdone, señor profesor, ¿qué son los pros y los contras?

—*Pro* significa a favor, *contra* significa en contra.

—Ah.

Ese «ah» significa que no tienen ni idea de qué estoy hablando. Tengo que retroceder, abordar la cuestión desde otro ángulo. Les pregunto cuál es su postura sobre la pena capital. Sus miradas me hacen saber que no saben cuál es su postura porque no saben de qué estoy hablando.

—La pena capital es la ejecución de personas por la horca, la silla eléctrica, la cámara de gas, el fusilamiento o el garrote vil.

—¿Qué es el garrote vil?

—Es una manera de estrangular que se usa sobre todo en España.

Me piden que lo escriba en la pizarra. Lo anotan en sus cuadernos, y yo tomo nota mentalmente de que si alguna vez una clase se estancara, abordaría de inmediato los diversos métodos de ejecución.

Vivian, de Haití, levanta la mano.

—No está bien eso de ejecutar, pero creo que está bien para lo otro, para lo de los niños. Ah, sí, el aborto. Deberían fusilarlos.

—Está bien, Vivian. ¿Por qué no escribes eso en tu trabajo de investigación?

—¿Yo? ¿Escribir lo que estoy diciendo? ¿A quién le importa lo que estoy diciendo? Yo no soy nadie, profesor. Nadie.

Ponen caras inexpresivas. No lo entienden. ¿Cómo iban a hacer eso? ¿Qué es eso de la otra cara de la historia? Nadie les ha dicho nunca que tienen derecho a expresar su opinión.

No temen hablar en voz alta en clase, pero poner palabras por escrito es un paso peligroso, sobre todo cuando uno se ha criado hablando español o francés. Además, no tienen tiempo para todas esas cosas. Tienen hijos que criar, y trabajos, y tienen que enviar dinero a sus familias en Haití y en Cuba. A los profesores no les cuesta nada mandar todas esas tareas, pero hombre, fuera de aquí hay otro mundo, y Dios hizo los días de sólo veinticuatro horas.

Quedan diez minutos de clase y les digo que ya pueden investigar en la biblioteca con libertad. Nadie se mueve. Ya ni siquiera susurran. Se quedan sentados con sus abrigos de invierno. Se aferran a sus carteras y esperan a que llegue ese segundo exacto en que termina la hora.

En el pasillo hablo con mi amigo, el veterano catedrático Herbert Miller, de mis problemas con esta clase. Dice:

—Trabajan día y noche. Vienen a clase. Se sientan y escuchan. Hacen lo que pueden. Esa gente del departamento de admisiones les dejan entrar, esperan que el profesor haga un milagro o que sea él quien esgrima el hacha. Yo no voy a hacer de policía de la secretaría. ¿Investigación? ¿Cómo va a escribir esa gente trabajos de investigación, si todavía les cuesta trabajo leer el periódico, maldita sea?

La clase estaría de acuerdo con Miller. Asentirían con la cabeza y dirían: «Eso, eso». Creen que no son nadie.

Esto debía haberlo sabido desde el principio: los alumnos de mis clases, personas adultas de dieciocho a sesenta y dos años, creían que sus opiniones no tenían importancia. Las ideas que pudieran tener procedían de la avalancha de medios de comunicación de nuestro mundo. Nadie les había dicho que tenían derecho a pensar por sí mismos.

—Tienen derecho a pensar por ustedes mismos —les dije. Silencio en el aula.

—No tienen que tragarse todo lo que yo les diga —insistí—. Ni lo que les diga nadie. Pueden hacer preguntas. Si yo no sé la respuesta, podemos buscarla en la biblioteca o debatirla aquí.

Se miran unos a otros. «Sí, este hombre está diciendo cosas raras. Nos dice que no tenemos que creerle. Eh, hemos venido aquí a aprender Lengua Inglesa para poder aprobar. Tenemos que sacarnos el título».

Yo quería ser el Gran Profesor Liberador, levantarlos del fango tras sus días de penalidades en las oficinas y las fábricas, ayudarlos a desprenderse de sus cadenas, conducirlos hasta la cumbre para que respiraran el aire de la libertad. Cuando tuvieran las mentes libres de engaño, verían en mí a un salvador.

Para la gente de esta clase, la vida ya era bastante difícil de por sí sin que su profesor de Lengua Inglesa se pusiera a predicar que tenían que pensar, y a molestarlos con preguntas.

Hombre, lo único que queremos es aprobar.

Los trabajos de investigación resultaron una orgía de plagios, artículos sobre Papá Doc Duvalier y Fidel Castro tomados de enciclopedias. El trabajo de Vivian sobre Touissant-L'Ouverture era un fárrago de diecisiete páginas en inglés y en francés haitiano, y yo le puse un notable por el trabajo de copiarlo y pasarlo a máquina. Intenté justificarme escribiendo en la portada un comentario sobre que Touissant había pensado por sí mismo y lo había pagado con sufrimientos y que esperaba que Vivian siguiera su ejemplo, aunque no en cuanto a lo de sufrir.

Cuando devolví los trabajos intenté decir cosas positivas sobre ellos, animarlos a que profundizaran todavía más en los temas.

Estaba hablando solo. Era la última clase del año y ellos miraban sus relojes, sin hacerme caso. Caminé hasta el metro, abatido y enfadado

conmigo mismo por no haber conectado con ellos de alguna manera. Cuatro mujeres de la clase estaban esperando el metro en el andén. Sonrieron y me preguntaron si vivía en Manhattan.

—No. Voy hasta la segunda estación de Brooklyn.

No supe qué más decir después de aquello. Nada de charla intrascendente. Nada de bromas con el profesor.

—Gracias por la nota, señor McCourt —dijo Vivian—. Es la más alta que me han puesto nunca en Lengua Inglesa y, sabe, usted es un profesor bastante bueno.

Las otras asintieron y sonrieron, y comprendí que lo decían por pura amabilidad. Cuando llegó el tren, dijeron «hasta la vista», y se alejaron deprisa por el andén.

Mi carrera en la enseñanza universitaria terminó al cabo de un año. El jefe del departamento dijo que si bien había una viva competencia por mi puesto y solicitudes de gente con doctorados, él podría forzar las reglas, pero que si quería seguir allí tenía que dar pruebas de estar aspirando a un título de nivel de doctorado. Yo le dije que no estaba aspirando a nada.

—Lo siento —dijo el jefe del departamento.

—Oh, no tiene importancia —dije, y me puse a buscar otro puesto de profesor de secundaria.

Alberta dijo que no iba a llegar a nada en la vida, y yo la felicité por sus dotes de observación. Ella me dijo:

—Déjate de sarcasmos. Llevamos casados seis años, y lo único que haces es ir saltando de un instituto a otro. Si no te asientas en algo, pronto habrás cumplido los cuarenta y te estarás preguntando qué has hecho con tu vida.

Me puso el ejemplo de las personas que nos rodeaban, con matrimonios felices, personas productivas, asentadas, satisfechas, con hijos, con relaciones de pareja maduras, con ilusión por el porvenir, que iban de vacaciones a sitios bonitos, se hacían miembros de clubes, se aficionaban a jugar al golf, envejecían juntos, visitaban a sus parientes, soñaban con sus nietos, apoyaban a sus iglesias, pensaban en la jubilación.

Yo estaba de acuerdo con ella, pero no era capaz de reconocerlo. Le solté un sermón sobre la vida y Estados Unidos. Le dije que la vida era una aventura y que quizá yo debiera haber vivido en los tiempos de los pioneros, cuando el jefe de la caravana en las películas del Oeste (John Wayne, Randolph Scott, Joel McCrea) hacía restallar el látigo y gritaba «en marcha», y la orquesta del estudio tocaba con arrebatado, cincuenta violines henchidos de patriotismo de la pradera, pura música de caravana, los violines y los banjos dando la bienvenida al lamento de la armónica, hombres en los pescantes de las carretas gritando hup, hup, hup, u hombres a pie, conduciendo los caballos y los bueyes, con sus esposas allí arriba, sujetando las riendas; algunas esposas están embarazadas y sabes, porque ya lo has visto otras veces, que alumbrarán a sus hijos en pleno ataque de los fieros apaches, sioux, cheyennes. Formarán un círculo con las carretas y se defenderán de esos indios bravos que aúllan y amenazan a las hermosas madres blancas que están de parto, pero a pesar de todo, esos indios están magníficos con sus plumas, con sus caballos, y sabes que se rechazará a los indios porque todos los hombres, mujeres y niños blancos, hasta las mujeres de parto, dispararán sin cesar con rifles y revólveres, blandirán rodillos de amasar y sartenes, vencerán al maldito piel roja para que la caravana pueda seguir adelante, para que el hombre blanco pueda conquistar este continente salvaje, para que ni la langosta, ni la sequía, ni las Montañas Rocosas, ni los apaches aullantes detengan la expansión de los Estados Unidos.

Dije que aquella era la parte de la historia norteamericana que más me gustaba.

—Ay, las caravanas del Oeste, y una mierda, ve a buscar un trabajo — dijo ella.

Yo le repliqué sobre la marcha con una cita de Dylan Thomas:

—Un trabajo es la muerte sin dignidad.

Ella dijo:

—Tendrás tu dignidad, pero no me tendrás a mí.

Estaba claro que no se podía esperar gran cosa del futuro de nuestro matrimonio.

Al jefe de estudios del Instituto de Industrias de la Moda no le caí bien, pero había escasez de profesores; nadie quería ejercer la enseñanza en los institutos de formación profesional, y allí estaba yo, disponible y con experiencia en el McKee. Se quedó sentado tras su escritorio, hizo caso omiso de la mano que le tendí, me dijo que dirigía un departamento dinámico, movió los hombros como un boxeador para indicar gran energía y determinación. Dijo que los chicos del Instituto de Industrias de la Moda no eran brillantes en cuanto a resultados académicos, sino unos buenos chicos que aprendían oficios útiles como corte y confección, zapatería, tapicería y, maldita sea, ¿es que hay algo de malo en ello, eh? Serán miembros útiles de la sociedad, y yo no cometería jamás el error de mirar por encima del hombro a los chicos de los institutos de formación profesional.

Yo le dije que acababa de pasar ocho años en un instituto de formación profesional, que no se me ocurriría mirar por encima del hombro a nadie.

—¿Ah sí? ¿En qué instituto?

—En el McKee, en Staten Island.

Torció el gesto.

—Bueno, no tiene gran reputación que digamos —comentó.

Yo necesitaba ese trabajo y no quería ofenderle. Le dije que todo lo que yo sabía sobre la enseñanza lo había aprendido en el McKee.

—Veremos —dijo él.

Me dieron ganas de responderle que se metiera el empleo por el culo, pero allí habría terminado mi carrera profesional en la enseñanza.

Resultaba claro que mi futuro no estaba en aquel instituto. Me pregunté si tenía un futuro en alguna parte del sistema de enseñanza. Él dijo que cuatro profesores de su departamento estaban estudiando supervisión y administración, y que no me extrañara verlos ocupar algún día cargos elevados en diversos centros de la ciudad.

—Aquí sabemos mover el culo —dijo—. Salimos adelante y subimos. ¿Cuáles son sus planes a largo plazo?

—No lo sé. Supongo que he venido aquí para ejercer de profesor, nada más —dije.

Sacudió la cabeza, sin comprender mi falta de ambición. Me faltaba dinamismo. Gracias a él, esos cuatro profesores que estudiaban iban a salir adelante y ascender. Eso fue lo que dijo. ¿Por qué iban a pasarse la vida en un aula llena de adolescentes, cuando podían ejercer cargos de autoridad?

Me sentí valiente por un momento y pregunté:

—Si todo el mundo saliera adelante y ascendiera y se marchara, ¿quién enseñaría a los adolescentes?

No respondió y se permitió una sonrisita con una boca que no tenía labios.

Duré un semestre, de septiembre a enero, cuando me obligó a marcharme. Pudo ser por el asunto del cordón del zapato y la revista enrollada, o pudo ser por mi falta de dinamismo y ambición. A pesar de todo, me felicitó en una reunión del departamento por la lección que impartí sobre las partes de la oración utilizando un bolígrafo como ilustración visual.

—Éste es el tubo de plástico que contiene la tinta. Si lo retiramos del bolígrafo, ¿qué pasaría?

Mis alumnos me miran como si no concibieran que les hiciese una pregunta tan estúpida.

—Hombre, no podría escribir.

—De acuerdo. Ahora, ¿qué es esto que tengo en la mano? Otra vez miradas de paciencia.

—Eso es un muelle, hombre.

—Y ¿qué pasaría si retirásemos el muelle?

—Que cuando intentaras salir el tubo, no escribiría, porque no habría muelle que lo empujara y sujetara fuera la bolita que escribe, y entonces te meterías en un buen lío porque no podrías escribir los deberes, y el profesor te tomaría por loco si te presentaras hablándole de tubos y muelles de bolígrafo desaparecidos.

—Ahora, mirad lo que escribo en la pizarra: «El muelle hace funcionar el bolígrafo». ¿Cuál es el sujeto de esta oración? Dicho de otro modo, ¿de qué estamos hablando en esta oración?

—Del bolígrafo.

—No, no. Aquí hay una palabra que indica acción. Se llama verbo.
¿Cuál es?

—Ah, sí. El muelle.

—No, no. El muelle es una cosa.

—Sí, sí. El muelle es una cosa. Eh, hombre, suena bien.

—Entonces ¿qué hace el muelle?

—Hace funcionar el bolígrafo.

—Bien. El muelle realiza la acción. Estamos hablando del muelle, ¿no?
Ponen cara de duda.

—Suponed que decimos «el bolígrafo hace funcionar el muelle».
¿Estaría bien eso?

—No. El muelle es lo que hace funcionar el bolígrafo. Eso lo ve cualquiera.

—Entonces ¿cuál es la palabra que indica la acción?

—«Hace».

—Bien. Y ¿qué palabra ejerce la acción?

—«Muelle».

—Así pues, podría decirse que una oración es como un bolígrafo. Necesita algo que la haga funcionar. Necesita acción, un verbo. ¿Os dais cuenta?

Ellos dijeron que sí. El jefe de departamento, que tomaba notas al fondo del aula, parecía intrigado. En nuestra entrevista posterior dijo que había entendido la relación que establecía yo entre la estructura del bolígrafo y la estructura de la oración. No estaba seguro de que yo hubiera conseguido transmitir el mensaje a los chicos pero, a pesar de todo, aquello era imaginativo e innovador. No dudaba, ja, ja, que alguno de sus profesores veteranos de Lengua Inglesa mejorarían la idea si la probaran, pero aun así era bastante aguda.

Una mañana, tirando del cordón del zapato, se rompió y dije:

—Mierda.

—¿Qué pasa? —murmuró Alberta con la cara hundida en la almohada.

—Se me ha roto el cordón del zapato.

—Siempre estás rompiendo los cordones.

—No. No siempre estoy rompiendo los cordones de los zapatos. Llevo años sin romper ninguno.

—Si no tiraras de ellos no se romperían.

—¿De qué demonios estás hablando? Este cordón tenía dos años, ha estado a la intemperie, y ¿por qué no se va a romper? He tirado de él como tiras tú de los cajones de la cómoda cuando se atascan e intentas abrirlos a la fuerza.

—No, yo no intento abrir a la fuerza los cajones de la cómoda.

—Sí, sí que lo intentas. Te da tu ataque de yanqui puritana, como si los cajones fueran tus enemigos.

—Pero no los rompo.

No, sólo les das tales tirones que los dejas encajados para siempre, y luego tienes que pagar una fortuna a un carpintero para que los arregle.

—No tendría que luchar con los cajones si no tuviésemos estos muebles tan baratos. Caramba, debería haber hecho caso a mis amigos cuando me advertían que no me casara con un irlandés.

Yo nunca podía ganar una riña doméstica. Ella jamás se ceñía al tema, que en este caso eran los cordones de los zapatos y los cajones de la cómoda. No: tenía que sacar a relucir lo de los irlandeses, el argumento definitivo, el que se presentaba antes de condenar a la horca al acusado.

Me fui al instituto enrabiado, sin ánimo de enseñar ni de persuadir, ay, vamos, Stan, siéntate, Joanna, guarda ese maquillaje, por favor. ¿Me estáis escuchando? Abrid vuestros ejemplares de esta revista, *Inglés Práctico*, pasad a la página nueve, la prueba de vocabulario, rellenad los espacios en blanco y después repasaremos vuestras respuestas.

—Vale, vale, vale —dijeron. Vamos a tener contento al profesor.

Pasaban las páginas de las revistas como si cada una pesara una tonelada. Tardaban lo suyo. Buscar la página nueve era muy complicado, y antes de dar ese paso tenían cosas que comentar con sus amigos de delante, de detrás, de al lado. Puede que tuvieran que hablar de lo que habían visto en la televisión la noche anterior, Dios, qué miedo, ¿verdad?, y ¿sabías que Miriam, sí, la de nuestra clase de Dibujo, está embarazada?, ¿lo sabías? No,

no lo sabía. ¡Uau! ¿Quién es el padre? No te lo vas a creer. Júrame que no lo vas a contar. Es ese profesor nuevo de Sociales. ¿De verdad? Yo creía que era marica. No, sólo lo aparenta.

—¿Queréis abrir las revistas por la página nueve?

Llevamos quince minutos de clase y ellos siguen pasando páginas de plomo.

—Héctor, abre la revista por la página nueve.

Tenía el pelo negro y liso y la cara delgada, de un blanco intenso. Miraba al frente como si no me hubiera oído.

—Héctor. Abre la revista.

Negó con la cabeza.

Caminé hacia él llevando en la mano un ejemplar enrollado de *Inglés Práctico*.

—Héctor, la revista. Ábrela.

Volvió a negar con la cabeza. Le di un golpe en la cara con mi revista. En su mejilla blanca apareció una señal roja. Se levantó de un salto.

—Así te mueras —dijo con voz lacrimosa.

Caminó hacia la puerta y yo le dije «Héctor, siéntate», pero se marchó. Quise echar a correr tras él para decirle que lo sentía, pero lo dejé marchar. Quizá pudiera hablar con él cuando se tranquilizara un poco y recobrase el dominio.

Tiré la revista sobre mi mesa y me quedé sentado tras ella durante el resto de la hora, mirando al frente como Héctor. Los alumnos ni siquiera fingieron buscar la página nueve. Se quedaron mirándome, o mirándose unos a otros, o mirando por la ventana, en silencio.

¿Debía hablarles, decirles cuánto lo lamentaba? No, no. Los profesores no se plantan delante de los alumnos a confesar sus errores. Los profesores no reconocen su ignorancia. Esperamos a que sonara el timbre, y cuando se marchaban, Sofía, la chica que se sentaba junto a Héctor, dijo:

—No debería haber hecho eso. Es usted un buen hombre, pero no debería, y también Héctor es bueno. Héctor tiene muchos problemas, y ahora usted se lo ha puesto peor.

Ahora me despreciarían, sobre todo los cubanos, el grupo de Héctor. En la clase había trece cubanos, era el grupo étnico más numeroso. Se

consideraban superiores a cualquier otro grupo de habla española, y los viernes se ponían camisas blancas, corbatas azules y pantalones negros para que no los confundieran con ningún otro grupo, y menos con los puertorriqueños.

Estábamos a mediados de septiembre, y si no encontraba el modo de ganarme de nuevo a los cubanos, me complicarían mucho la vida hasta el final del semestre, en enero.

En el almuerzo, un orientador se instaló en mi mesa con su bandeja.

—Hola. ¿Qué ha pasado entre Héctor y usted?

Se lo conté. Él asintió con la cabeza.

—Lástima. Yo había querido que estuviera en su clase por la cosa étnica.

—¿Qué cosa étnica? Él es cubano, yo soy irlandés.

—Sólo es cubano a medias. Su madre se apellida Considine, pero a él le da vergüenza.

—Entonces ¿por qué lo puso usted en mi clase?

—Ya sé que parece un cuento chino, pero su madre era una puta de lujo en La Habana. Él quería enterarse de ciertas cosas sobre los irlandeses, y pensé que podía salir el tema en la clase de usted. Además, tiene problemas de identidad sexual.

—A mí me parece que es un chico.

—Sí, pero... ya sabe. Está la cosa de la homosexualidad. Ahora cree que usted odia a los homosexuales, y dice que, bueno, que él va a odiar a todos los irlandeses, y todos sus amigos cubanos odiarán a todos los irlandeses. No; me equivocó. No tiene amigos cubanos. Lo llaman *maricón* y lo evitan. Su familia está avergonzada de él.

—Oh, demonios. Me desafió. No quería abrir la revista. No quiero verme envuelto en una guerra sexual y étnica.

Melvin me pidió que me reuniera con Héctor y con él en la oficina de orientación.

—Héctor, el señor McCourt quiere llegar a un entendimiento contigo.

—No me importa lo que quiera el señor McCourt. Yo no quiero estar en la clase de ningún irlandés. Beben. Pegan a la gente sin motivo.

—Héctor, no abriste tu revista cuando te lo ordené.

Me miró fijamente con sus ojos negros y fríos.

—¿De manera que no abres una revista y el profesor te da una bofetada? Bueno, usted no es un profesor. Mi madre era profesora.

«Tu madre era...». Estuve a punto de decirlo, pero se había marchado, era la segunda vez que me dejaba plantado. Melvin sacudió la cabeza y se encogió de hombros, y yo comprendí que mis días en el Instituto de Industrias de la Moda habían terminado. Melvin dijo que Héctor podía denunciarme por agresión, y que si lo hacía, yo me quedaría «con el culo al aire». Intentó hacer una broma.

—Si quieres dar bofetadas a los chicos, búscate un trabajo en una escuela católica. Esos curas y frailes tan grandotes, hasta las monjas, todavía pegan a los chicos. Quizá estés más a gusto con ellos.

El jefe del departamento se enteró de mi problema con Héctor, claro. No dijo nada hasta el final del semestre, cuando dejó en mi casillero una carta en la que ponía que no habría puesto para mí en el semestre siguiente. Me deseaba suerte y decía que tendría mucho gusto en darme una calificación satisfactoria. Cuando me encontré con él en el pasillo me dijo que respecto a la calificación satisfactoria, quizá hubiera exagerado un poco, ja, ja. Con todo, si yo seguía esforzándome, quizá tuviera éxito como profesor, porque en el transcurso de sus observaciones había advertido que en algunas ocasiones yo había dado con una mina pedagógica. Sonrió, y se le notó que le gustaba su frasecita. Dijo algo de aquella lección en que yo había ilustrado las partes de la oración desmontando un bolígrafo. Sí, había dado con una mina pedagógica.

10

Alberta dijo que en su instituto, el de Seward Park, en el Lower East Side, necesitaban un profesor. El edificio principal estaba saturado, y a mí me mandaron a un anexo, una escuela elemental abandonada, junto al río East. Mis adolescentes se quejaban de la incomodidad y del oprobio de tener que encajar sus cuerpos ya crecidos en muebles hechos para niños pequeños.

Ese instituto era un crisol: había judíos, chinos, puertorriqueños, griegos, dominicanos, rusos, italianos, y yo no tenía preparación ni formación para enseñar Lengua Inglesa para extranjeros.

Los chicos quieren ser elegantes. No hay que hacer caso de lo que digan los padres, o las personas mayores en general. Los chicos quieren salir a la calle y hablar la lengua de la calle. Quieren decir palabrotas con elocuencia. Si sabes decir palabrotas y blasfemar, eres hombre, hombre.

Y si estás en la calle y llega por la acera una chica blanca que está muy buena, ya puedes ir más elegante que una mierda, hombre, pero si no sabes qué decir o si tienes algún acento extranjero raro, ella ni te va a mirar, y tienes que volverte a tu casa, hombre, cascándotela y cabreado, porque el inglés es una lengua de perros que no tiene pies ni cabeza y no lo vas a aprender en la vida. Tienes que seguir el rollo, hombre.

Así que, profe, olvídense usted de su literatura inglesa de postín y bájese del pedestal para dedicarse a lo básico. Hay que volver a la be con la a, ba. Hable como hay que hablar, y hable despacio, despacio.

Suena el timbre, y estoy oyendo la torre de Babel.

—Perdonad.

No me hacen caso, o no entienden mi amable petición. Otra vez.

—Perdonad.

Un chico dominicano grande, pelirrojo, me mira a los ojos.

—Profesor, ¿quiere que le ayude?

Se sube al pupitre y todos lo aclaman, porque subirse a los pupitres está terminantemente prohibido por las autoridades, y aquí Óscar *el Rojo* está desafiando a las autoridades delante mismo del profesor.

—Eh —dice Óscar—. *Mira*.

Hay un coro de miras, mira, mira, mira, mira, hasta que Óscar levanta la mano y grita.

—¡Eh, a callar! ¡Escuchar al profesor!

—Gracias, Óscar, pero ¿quieres hacer el favor de bajar? Una mano.

—Así que, oiga usted, ¿cómo se llama?

Lo escribo en la pizarra, Sr. McCOURT, y lo pronuncio.

—Oiga, ¿es usted judío?

—No.

—Todos los profesores de este instituto son judíos. ¿Por qué no es usted judío?

—No lo sé.

Ponen cara de sorpresa, hasta de asombro, e intercambian miradas por todo el aula. Las miradas quieren decir: «¿Has oído eso, Miguel? Ese profesor de allí dice que no sabe».

El momento es intenso. El profesor confiesa su ignorancia, y la clase se queda en silencio por la impresión. Quítate la máscara, profe, y qué alivio. Se acabó el Señor Sabelotodo.

Algunos años antes yo podría haber sido uno de ellos, uno más entre la masa multitudinaria. Es mi consuelo como inmigrante. Yo sé hablar inglés, pero tampoco estoy tan alejado de sus confusiones. En el fondo mismo de la jerarquía social. Podría arrancarme la máscara de profesor, bajar entre los pupitres, sentarme con ellos y preguntarles por sus familias, cómo eran las cosas en la vieja patria, hablarles de mí mismo, de mis tiempos de vida sin rumbo, de cómo pasé años escondido tras la máscara, y de hecho sigo escondido, de cuánto me gustaría que pudiésemos echar el cerrojo a esa puerta y apartarnos del mundo hasta que supieran hablar suficiente inglés para tener la confianza en sí mismos de decir a esa chica blanca tan buena que están preparados para un poco de acción.

¿No sería bonito?

Miro esta colección de chicos de todos los continentes, caras de todas las formas y colores, la viña del Señor: asiáticos con el pelo más negro y más reluciente que ninguno que se vea en Europa; los grandes ojos castaños de los chicos y chicas hispanas; la timidez de uno, el carácter pendenciero de otros, el exhibicionismo de los chicos, la coquetería de las chicas.

Nancy Chu me pregunta si puede hablar conmigo después de la última clase del día. Se sienta en su pupitre y espera a que se despeje el aula. Me recuerda que está en mi clase de segundo, de la segunda hora del día.

—Hace tres años que llegué aquí de China.

—Hablas muy bien inglés, Nancy.

—Gracias. Aprendí inglés de Fred Astaire.

—¿De Fred Astaire?

—Me sé todas las canciones de todas sus películas. La que más me gusta es *Sombrero de copa*. Canto sus canciones constantemente. Mis padres me toman por loca. También mis amigos. Ellos no conocen más que el *rock*, y con el *rock* no se puede aprender inglés. Mis padres me riñen constantemente por Fred Astaire.

—Bueno, eso es poco corriente, Nancy.

—Además, le veo a usted dar clase.

—Ah.

—Y me pregunto por qué es usted tan estirado. Sabe inglés, de modo que debería estar a gusto. Todos los chicos dicen que si supieran inglés estarían muy a gusto. A veces usted no es estirado, y eso a los chicos les gusta. Les gusta cuando cuenta historias y canta. Cuando yo me siento estirada canto *Bailando en la oscuridad*. Debería aprendérsela usted, señor McCourt, y cantársela a la clase. No tiene mala voz.

—Yo estoy aquí para enseñar lengua inglesa, Nancy. No soy cantante ni bailarín.

—¿Podría decirme cómo puedo llegar a ser una profesora de Lengua Inglesa que no sea estirada?

—Pero ¿qué dirán tus padres?

—Ya me toman por loca, y lamentan haberme traído de China, donde no hay Fred Astaire. Dicen que ya ni siquiera soy china.

Dicen que de qué sirve haberse venido de China sólo para ser profesora y escuchar a Fred Astaire. Podría haber sido profesora allá. Mis padres dicen que aquí se viene a hacer dinero. Señor McCourt, ¿me dirá usted cómo hacerme profesora de Lengua Inglesa?

—Te lo diré, Nancy.

—Gracias, señor McCourt. ¿Le importa que haga preguntas en clase?

En clase dice:

—Cuando usted llegó a Estados Unidos, tenía suerte porque ya sabía inglés. ¿Cómo se sintió cuando llegó a Estados Unidos?

—Confuso. ¿Sabéis lo que significa *confuso*?

La palabra corre por el aula. Se la explican unos a otros en sus propias lenguas y asienten con la cabeza, sí, sí. Les sorprende que el hombre que está allí delante, el profesor, estuviera una vez confuso como ellos, y eso que sabía inglés y todo. Así que tenemos algo en común: la confusión.

Les digo que cuando llegué a Nueva York tuve dificultades con la lengua y con los nombres las cosas. Tuve que aprender los nombres de las cosas de comer: *sauerkraut*, *cole slaw*, *hot dog*, *bagel mit a schmeer*.

Después les cuento mi primera experiencia en la enseñanza, que no tuvo nada que ver con los institutos. Años antes de hacerme profesor, trabajaba en un hotel. Jorge *el Grande*, cocinero puertorriqueño, me dijo que cinco pinches de la cocina querían aprender inglés y estaban dispuestos a pagarme cincuenta centavos cada uno a cambio de que yo les enseñara palabras una vez por semana, durante la hora del almuerzo. Dos dólares y cincuenta centavos la hora. Al final del mes tendría doce dólares y cincuenta centavos, la mayor suma de dinero que habría ganado de una sola vez en toda mi vida. Querían saber los nombres de las cosas de la cocina, porque ¿cómo vas a progresar en el mundo si no sabes los nombres de las cosas en inglés? Ellos me enseñaban cosas y yo decía cómo se llamaban y escribía los nombres en hojas. Se rieron y sacudieron la cabeza cuando no fui capaz de decir el nombre de esa cosa plana con mango, una espátula, la primera que veía en mi vida. Jorge *el Grande* se rió haciendo temblar su gran barriga, y dijo a los pinches que eso se llamaba «espáchula».

Me preguntaron cómo era que hablaba inglés si venía de un país extranjero que no era Inglaterra, y tuve que explicarles cómo se conquistó Irlanda, cómo nos avasallaron y nos atormentaron los ingleses hasta que acabamos hablando su lengua. Cuando les hablaba de Irlanda había palabras que ellos no entendían, y yo me pregunté si debía cobrarles un suplemento o si sólo podría cobrarles por las palabras relacionadas con la cocina. No, no podía cobrarles nada después de las caras de tristeza que ponían cuando les hablaba de Irlanda y de cómo decían *sí*, *sí sí*, me daban palmaditas en el hombro y me ofrecían bocados de sus bocadillos. Ellos lo entendían, porque también a ellos los habían conquistado, primero los españoles, después los estadounidenses, los habían conquistado tanto que ya no sabían quiénes eran, no sabían si eran negros o blancos o indios o las tres cosas en una, y eso es difícil explicárselo a tus hijos porque ellos quieren ser una cosa, sólo una cosa, no tres, y por eso estaban ellos allí, lavando y fregando cacharros en esa cocina grasienta. Jorge *el Grande* dijo «ésta no es una cocina grasienta, así que ojo con esa boca». Ellos dijeron «vete al infierno», y todos rieron, porque hablar así al puertorriqueño más grande de Nueva York era tal locura que hasta él mismo se rió, y repartió a todos porciones enormes de una tarta que había sobrado del gran almuerzo que habían celebrado arriba las Hijas del Imperio Británico.

Cuatro lecciones y diez dólares más tarde ya no quedaba nada en la cocina para que yo lo nombrara, y entonces Eduardo, que pensaba progresar en el mundo, empezó a hacerme preguntas sobre la comida y la cocina en general. ¿Y *braisé*? me preguntó. ¿Y *sauté*? Sí, y marinar. Yo no había oído nunca esas palabras, y miré a Jorge *el Grande* por si me ayudaba, pero él dijo que no pensaba decir nada a nadie mientras yo estuviera ganando un dineral por ser el gran experto en palabras. Se daba cuenta de que con esas palabras nuevas yo andaba perdido, sobre todo cuando me preguntaron la diferencia entre pasta y *risotto*. Me ofrecí a ir a la biblioteca y consultarlo, pero ellos dijeron que eso podían hacerlo ellos mismos y que para qué me estaban pagando. Yo podía haberles dicho que para consultar algo en la biblioteca primero hay que saber leer el inglés, pero no se me ocurrió. Temía perder aquel nuevo ingreso, dos dólares y cincuenta centavos por semana. Me dijeron que no les había importado aquel desliz con lo de la

espátula, me habían pagado igual, pero que no estaban dispuestos a soltar sus buenos dólares a un tipo de un país extranjero que no sabía la diferencia entre pasta y *risotto*. Dos dijeron que, sintiéndolo mucho, lo dejaban, y los otros tres dijeron que aguantarían, con la esperanza de que yo les ayudara con palabras como *braisé* y *sauté*. Yo intenté disculparme alegando que ésas eran palabras francesas y que tampoco podían esperar que yo supiera otro idioma además del inglés. Uno de los tres me dio unas palmaditas en el hombro y me dijo que esperaba que no les fallara, pues querían progresar en el mundo de la cocina. Tenían mujeres e hijos y novias que estaban esperando que progresaran en la vida y que trajeran más dinero a casa, de manera que ya podía hacerme cargo de cuántas cosas dependían de mí y de mi conocimiento de las palabras.

Jorge *el Grande* hablaba con dureza para disimular lo blando que era. Cuando los cinco puertorriqueños no estaban en la cocina, él me enseñaba los nombres de verduras y frutas de las que yo nunca había oído hablar: alcachofa, espárrago, mandarina, caqui, colinabo. Me vociferaba los nombres de una manera que me ponía nervioso, pero yo comprendía que quería que los aprendiera. Eso mismo era lo que sentía yo con los puertorriqueños. Quería que ellos aprendieran las palabras, y cuando eran capaces de repetir lo que les había enseñado, casi me olvidaba del dinero. Me hacía sentirme superior, y pensé que así debe de sentirse un profesor.

Luego, los dos que lo habían dejado empezaron a dar problemas en los vestuarios donde nos cambiábamos y lavábamos. Sabían cómo se llamaban las taquillas, pero me preguntaron cómo se llamaba eso en que nos sentábamos (el banco) y esa cosa plana de la taquilla donde se ponían los objetos pequeños (el estante). Fueron muy astutos al sacarme esas palabras de balde. Señalaban el cordel de un zapato y yo les decía que eso se llamaba «nudo», y ellos me sonreían y me decían *gracias, gracias*. Estaban sacando algo de balde, y a mí no me importaba hasta que uno de los tres puertorriqueños que pagaban dijo: «¿Por qué dices esas palabras gratis y nosotros pagamos?, ¿eh? ¿Por qué?».

Yo les dije que esas palabras del vestuario no tenían nada que ver con las cocinas y con progresar en el mundo, pero ellos dijeron que les importaba una mierda. Me estaban pagando, y no entendían con qué

derecho recibían palabras gratis quienes lo habían dejado. Esto fue lo último que dijeron en inglés aquel día en el vestuario. Los tres se pusieron a gritar a los dos en español, y los dos gritaron a su vez a los tres, y hubo golpes de puertas de taquillas y cinco manos levantadas blandiendo en el aire el dedo medio hasta que entró Jorge *el Grande* hecho una furia y les dio unas voces en español y ellos lo dejaron. Sentí mucho aquella trifulca en el vestuario y quise compensar a los tres que pagaban. Intenté pasarles palabras gratuitas, como alfombra, bombilla, recogedor, escoba, pero me dijeron que ya no les importaba, que podía coger el recogedor y metérmelo por el culo y que ¿de dónde había dicho que era yo?

De Irlanda.

Ah, *sí*. Bueno, pues yo me vuelvo a Puerto Rico. Ya no me gusta el inglés. Es demasiado duro. Me raspa la garganta.

Jorge *el Grande* dijo:

—Eh, irlandés, no es culpa tuya. Eres un profesor la mar de bueno. Veníos todos a la cocina a comer un trozo de tarta de melocotón.

Pero no llegamos a comernos la tarta, porque a Jorge *el Grande* le dio un ataque cardíaco y se cayó sobre un fuego encendido del fogón, y decían que se olía la carne quemada.

Nancy tiene la ilusión de llevar a su madre a ver una película de Fred Astaire, porque su madre no sale nunca y es una mujer muy inteligente. Su madre es capaz de citar poesías chinas, sobre todo las de Li Po.

—¿Ha oído usted hablar de Li Po, señor McCourt?

—No.

Nancy explica a la clase que a su madre le encanta Li Po porque murió de una manera muy hermosa. Una noche de luna clara bebió vino de arroz y salió en su barca por un lago, y lo conmovió tanto la belleza de la luna reflejada en las aguas que se inclinó sobre el borde de la barca para abrazarla, y cayó al lago y se ahogó.

A la madre de Nancy le corrían las lágrimas por las mejillas cuando contaba esto, y su sueño era, si las cosas mejoraban en China, volver y pasear en barca por ese lago. A la propia Nancy le afloraban las lágrimas

cuando contaba que su madre decía que si se hacía muy vieja o tenía una enfermedad muy grave, se inclinaría sobre el borde y abrazaría la luna como había hecho su amado Li Po.

Cuando suena el timbre, no se levantan de sus asientos de un brinco. No salen de prisa y corriendo. Recogen sus cosas y van saliendo en silencio, y yo estoy seguro de que tienen en la cabeza imágenes de la luna y el lago.

En 1968, en el Instituto de Secundaria de Seward Park, me encontré ante el desafío más difícil de toda mi carrera en la enseñanza. Tenía las cinco clases habituales: tres de Lengua Inglesa para Extranjeros, y dos normales de Lengua Inglesa para alumnos de noveno curso. Una de éstas estaba compuesta por veintinueve chicas negras procedentes de una escuela de la parte alta, y dos chicos puertorriqueños que se sentaban en un rincón, a lo suyo, sin decir nunca una palabra. Si abrían la boca, las chicas se revolvían contra ellos: «¿A vosotros quién os ha preguntado nada?». En este grupo se conjuntaban todos los ingredientes de la dificultad: el choque de sexos, el choque generacional, el choque cultural, el choque racial.

Las chicas no le hacían ningún caso al hombre blanco que estaba allí delante intentando ganarse su atención. Tenían cosas de que hablar. Siempre había alguna aventura de la noche anterior. Chicos. Chicos. Chicos. Serena decía que ella no salía con chicos. Salía con hombres. Tenía el pelo rojo y la piel del color de los *topees*. Era tan delgada que la ropa ajustada le venía suelta. Tenía quince años y era el centro de la clase, la que zanjaba las discusiones, la que tomaba las decisiones. Un día dijo a la clase:

—Yo no quiero ser jefa. ¿Queréis estar conmigo? Vale. Podéis estar conmigo.

Algunas chicas quisieron disputarle el lugar que ocupaba en la clase, intentaron medirse con ella.

—Eh, Serena, ¿cómo es que sales con viejos? No pueden hacer nada.

—Sí que pueden. Siempre pueden ponerme cinco dólares en la mano.

Se me quejaban:

—En esta clase no hacemos *ná*. Otras clases hacen cosas.

Traje una grabadora. Sin duda les gustaría oírse hablar. Serena tomó el micrófono.

—Anoche detuvieron a mi hermana. Mi hermana es una buenapersona. Lo único que hacía era liberar de la tienda dos chuletas de cerdo. Los blancos siempre se están llevando chuletas de cerdo y de todo pero no los detienen. He visto salir de la tienda a mujeres blancas con bistecs metidos debajo del vestido. Ahora mi hermana está en la cárcel hasta que la lleven a juicio.

Se calló, me miró por primera vez y me devolvió el micrófono.

—No sé por qué le estoy contando esto. No es más que un profesor. No es más que un hombre blanco.

Se volvió y se dirigió a su asiento. Se sentó, muy formalita, con las manos juntas sobre el pupitre. Me había puesto en mi lugar, y toda la clase lo sabía. El aula quedó en silencio por primera vez en lo que iba de curso. Esperaban que yo diera el primer paso, pero me había quedado paralizado, allí de pie con el micrófono en la mano, mientras la cinta corría de un rollo al otro grabando el silencio.

—¿Alguien más? —pregunté.

Me miraban fijamente. ¿Era aquello desprecio?

Se levantó una mano. María, la chica lista y bien vestida, que llevaba un cuaderno limpio y ordenado, tenía una pregunta.

—Oiga, ¿por qué las demás clases hacen salidas y nosotros no vamos a ninguna parte? Nos quedamos aquí, hablando a una grabadora estúpida. ¿Por qué?

—Eso, eso —dijeron los demás—. ¿Por qué?

—Las otras clases van al cine. ¿Por qué no podemos ir nosotros al cine?

Me estaban mirando, me hablaban, reconocían mi existencia, me estaban incluyendo en su mundo. El que hubiera entrado en ese momento en el aula habría dicho: «Ah, aquí hay un profesor que se está comunicando de verdad con su clase. Hay que ver, esas muchachas tan listas, y esos dos chicos, cómo atienden a su profesor. Estas cosas le devuelven a uno la fe en la enseñanza pública».

—Así que... —dije, sintiéndome dueño de la situación—, ¿qué película os gustaría ver?

—*Un mes de abstinencia* —dijo María—. Mi hermano la ha visto en Broadway, cerca de Times Square.

—Quia —dijo Serena—. Esa película va de drogas. La abstinencia es lo que te da cuando dejas de tomar drogas. Si no vas a una clínica ni al médico.

María dijo que su hermano no le había dicho nada de que la película tratara de drogas. Serena levantó los ojos al techo.

—Tu hermano es un chico formalito como tú. Tu hermano no sabe una mierda.

Al día siguiente trajeron notas de sus padres autorizándolas a salir a ver una película. Una docena de las notas eran falsas, redactadas con ese estilo ampuloso que se supone que utilizan los padres al dirigirse a los profesores.

Las chicas protestaron al ver que los chicos puertorriqueños no habían traído notas.

—¿Por qué no vienen ellos a la película? Nosotras hemos traído notas y todo, y tenemos que ir a ver esa película, y ellos tienen el día libre. ¿Por qué?

Para apaciguarlas, dije a los chicos que tendrían que traerme una breve relación escrita de cómo habían pasado su día. Las chicas dijeron «eso, eso», y los chicos pusieron cara de abatimiento.

Por el camino hacia el metro, a seis manzanas, el desfile de veintinueve chicas negras con un profesor blanco llamaba la atención. Los tenderos me gritaban que dijera a esas chicas que no pusieran las condenadas manos en sus condenados artículos. «¿Es que no es capaz de controlar a estas condenadas negras?».

Entraban corriendo en las tiendas para comprar caramelos, perritos calientes y botellas de gaseosa rosada. Decían que la gaseosa rosada era la mejor y que por qué no podían tenerla en el comedor del colegio, en vez de todos esos zumos que sabían a detergente o a leche.

Escaleras abajo, al metro. Nada de billetes. Saltarse los torniquetes y entrar corriendo. El hombre de la taquilla gritaba: «Eh, eh, hay que pagar billete. Hay que pagar el condenado billete». Yo me retrasé, no quería que el hombre de la taquilla supiera que iba con aquella jauría salvaje.

Corrían de un lado a otro por el andén.

—¿Dónde está el tren? No veo ningún tren.

Hacían como que se empujaban unas a otras a las vías.

—Profesor, profesor, ha querido matarme, profesor. ¿Lo ha visto? La gente que esperaba el tren me lanzaba miradas furiosas.

—¿Por qué no se vuelven a la parte alta, que es su sitio? —dijo un hombre—. No saben comportarse como seres humanos.

Yo habría querido ser un profesor valiente, inquieto, comprometido, plantarle cara, defender a mis veintiocho muchachas negras revoltosas, a María la excepción, a María la falsificadora. Pero estaba muy lejos del valor, y en todo caso ¿qué iba a decir? «Inténtelo usted, señor Ciudadano Indignado. Intente llevar en metro a veintinueve muchachas negras, todas emocionadas por tener quince años y por librarse del instituto por un día, todas excitadas por el azúcar de las galletas, los dulces y la gaseosa rosada. Pruebe usted a darles clases todos los días mientras lo miran como si fuera un muñeco de nieve blanco a punto de derretirse».

No dije nada, y pedí al cielo que se oyera pronto el traqueteo del tren.

Subieron al vagón soltando chillidos y dando empujones y disputándose los asientos. Los pasajeros las miraban con hostilidad. ¿Por qué no están en la escuela estas chicas negras? No es de extrañar que sean unas ignorantes.

En la calle Cuatro Oeste, una blanca obesa entró pesadamente en el tren y se quedó plantada de espaldas a la puerta que se cerraba. Las chicas la miraron y soltaron risitas. Ella les devolvió la mirada.

—¿Qué miráis vosotras, zorrillas?

Serena tenía ese desparpajo propio de los agitadores.

—Nunca habíamos visto una montaña subirse a un tren —dijo.

Sus veintiocho compañeras se rieron, hacían como que se desmayaban, volvían a reírse. Serena miraba con seriedad a la mujer grande, que le dijo:

—Ven acá, cielo, que te voy a enseñar cómo se puede mover una montaña.

Yo era el profesor. Tenía que hacerme valer, pero ¿cómo? Entonces tuve una sensación extraña. Miré a los demás pasajeros, sus ceños de desaprobación, y sentí deseos de enfrentarme a ellos, de defender a mis veintinueve.

Me planté ante la mujer gorda, dándole la espalda, para evitar que Serena se acercara a ella.

—Vamos, Serena, vamos —decían a coro sus compañeras. El tren llegó a la estación de la calle Catorce, y la mujer gorda salió por la puerta reculando.

—Tienes suerte de que tengo que apearme de este tren, cielo, porque si no te iba a comer cruda.

—Sí, gordinflona, sí que te hace falta comer —le replicó Serena con voz burlona.

Hizo ademán de seguir a la mujer, pero yo le cerré el paso y la obligué a permanecer en el tren hasta que llegamos a la calle Cuarenta y dos. Me miraba de una manera que me producía satisfacción y desconcierto. Si podía ganármela, me haría con toda la clase. Dirían: «Ése es el señor McCourt, el profesor que impidió que Serena se peleara con una mujer blanca en el tren. Está de nuestra parte. Es un buen tío».

Cuando vieron las tiendas de pornografía y los *sex shops* de la calle Cuarenta y dos fue imposible mantenerlas juntas. Aullaban y soltaban risitas e imitaban las poses de las figuras semidesnudas de los escaparates.

—Señor McCourt, señor McCourt, ¿podemos entrar?

—No, no. ¿No veis los letreros? Hay que ser mayor de veintiún años. Vamos.

Tenía delante a un policía.

—Sí, soy su profesor.

—¿Y qué hacen estas chicas en la calle Cuarenta y dos en pleno día?

Me sonrojé.

—Van a ver una película.

—Vaya, casi nada. Van a ver una película. Y para eso pagamos impuestos. Vale, señor profesor, haga que estas niñas circulen.

—Muy bien, niñas —dije—. Vamos. Recto al frente, hasta Times Square.

María iba a mi lado.

—Nunca habíamos venido a Times Square, ¿sabe usted? —dijo. Me dieron ganas de darle un abrazo por haberme dirigido la palabra, pero sólo dije:

—Tendríais que venir por la noche para verla iluminada.

En el cine corrieron a la taquilla empujándose unas a otras. Cinco se quedaron rondando a mi alrededor y echándome miradas furtivas.

—¿Qué pasa? ¿No vais a sacar entradas?

Apartaron la vista, desazonadas, y dijeron que no tenían dinero. Estuve a punto de decirles: «Bueno, y entonces ¿para qué demonios habéis venido hasta aquí?», pero no quise echar a perder aquel inicio de relación conmigo. Al día siguiente quizá me dejaran hacer de profesor.

Compré las entradas y las repartí, con la esperanza de recibir una mirada o una palabra de agradecimiento. Nada. Tomaron las entradas, entraron corriendo en el vestíbulo, fueron directamente a la tienda con el dinero que me habían dicho que no tenían y luego subieron las escaleras cargadas de palomitas, dulces, botellas de coca-cola.

Las seguí hasta el entresuelo, donde entraron dando empujones, disputándose los asientos e incomodando a los demás espectadores. Un acomodador vino a quejarse a mí: «Esto no podemos tolerarlo», y yo dije a las niñas:

—Sentaos, por favor, y guardad silencio.

No me hicieron caso. Eran una piña de veintinueve muchachas negras sueltas en el mundo, escandalosas, provocadoras, tirándose palomitas unas a otras, gritando a la cabina del proyccionista:

—Eh, ¿cuándo vamos a ver la película? No tenemos toda la eternidad.

El proyccionista dijo:

—Si no se callan, quizá tenga que avisar a la dirección.

—Sí —dije yo—. Quiero estar delante cuando llegue la dirección. Quiero ver cómo se las arregla la dirección para controlarlas.

Pero las luces se amortiguaron y empezó la película y mis veintinueve niñas guardaron silencio. En la primera escena se veía la pequeña ciudad norteamericana perfecta, con avenidas agradables bordeadas de árboles, niños blancos y rubios que paseaban en sus pequeñas bicicletas, con una alegre música de fondo que confirmaba que todo iba bien en aquel paraíso norteamericano, y de la primera fila del entresuelo salió un quejido angustiado de una de mis veintinueve niñas:

—Oiga, señor McCourt, ¿por qué nos trae a estas películas de blancos?

Pasaron toda la película quejándose.

El acomodador las iluminaba con su linterna y las amenazaba con la dirección.

Yo les suplicaba.

—Niñas. Guardad silencio, por favor. Que viene la dirección.

Ellas sacaron un cántico:

Que viene la dirección.

Que viene la dirección.

Jai jo de dadi o.

Que viene la dirección.

Dijeron que la dirección les podía besar el culo, y eso sublevó al acomodador.

—Está bien —dijo—. Se acabó. Se acabó. Como no os comportéis, os vais fuera, efe u e erre a.

—Ay, hombre. Si sabe escribir y todo. Está bien. Nos callamos. Cuando terminó la película y se encendieron las luces, ninguna se movió.

—Muy bien —dije—. Vámonos. Ya ha terminado.

—Ya sabemos que ha terminado. No somos ciegas.

—Ahora tenéis que volver a vuestras casas.

Dijeron que se quedaban. Querían ver de nuevo esa película de blancos.

Les dije que yo me marcha a.

—Vale, márchese.

Dejaron de hacerme caso para esperar el segundo pase de *Un mes de abstinencia*, esa película de blancos tan aburrida.

A la semana siguiente, las veintinueve chicas dijeron:

—¿Es eso lo único que vamos a hacer? ¿No va a haber más salidas? ¿Nos vamos a pasar todos los días aquí sentadas hablando de nombres y haciéndonos escribir usted esas cosas que pone en la pizarra? ¿Eso es todo?

Recibí en mi casillero una nota que me avisaba de una salida de nuestros alumnos para asistir a una representación universitaria de *Hamlet*

en Long Island. Tiré la nota a la papelera. Veintinueve chicas capaces de ver dos pases seguidos de *Un mes de abstinencia* no podrían apreciar *Hamlet*.

Al día siguiente, más preguntas.

—¿Por qué todas las demás clases van a hacer una gran salida a ver una obra de teatro?

—Bueno, es una obra de Shakespeare.

—¿Sí? ¿Y qué?

¿Cómo iba a decirles la verdad, que esperaba tan poco de ellas que creía que no entenderían ni una palabra de Shakespeare? Les dije que la obra era difícil de entender y que me había parecido que no les gustaría.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué trata esa obra tan difícil?

—Se titula *Hamlet*. Trata de un príncipe que vuelve a su casa y descubre que su padre ha muerto y que su madre ya está casada con el hermano de su padre.

—Yo sé lo que pasó —dijo Serena.

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó? —exclaman las demás.

—Que el hermano que se casó con la madre quiere matar al príncipe, ¿verdad?

—Sí, pero eso pasa después.

Serena me echó esa mirada que quería decir que estaba procurando tener paciencia conmigo.

—Claro que pasa después. Todo pasa después. Si todo pasara al principio, no quedaría nada para que pasara después.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Donna.

—No te importa. Estoy hablando del príncipe con el profesor. Aquello amenazaba con terminar en pelea. Tenía que cortarlo.

—Hamlet se enfadó porque su madre se había casado con su tío —dije.

—Caray —dijeron.

—Hamlet creyó que su tío había matado a su padre.

—¿No lo había dicho yo? —dijo Serena—. ¿Para qué digo yo las cosas si las va a decir usted también? Todavía no sabemos por qué no vamos a ir a ver esa obra de teatro. Los chicos blancos van a ir a verla sólo porque ese príncipe es blanco.

—Está bien. Veré si podemos ir con las demás clases.

Hicieron fila para subir al autobús. A la gente que pasaba por la calle y a los automovilistas les decían que iban a Long Island a ver una obra de teatro que trataba de una mujer que se casa con el hermano de su marido muerto. Los chicos puertorriqueños me preguntaron si podían sentarse a mi lado. No querían hacerlo con esas chicas que estaban locas y hablaban sin parar de sexo y de todo.

En cuanto el autobús arrancó, las chicas empezaron a abrir bolsas y compartir sus almuerzos. Acordaron entre susurros que la que diera al conductor en la cabeza con un trozo de pan se llevaría un premio. Cada una pondría diez centavos, y la ganadora se llevaría dos dólares y ochenta centavos. Pero el conductor las vigilaba por el retrovisor, y les dijo:

—Intentadlo. Adelante, intentadlo, y vuestro culito negro saldrá de este autobús.

Las chicas dijeron «anda ya» con ese tono de valor descarado. No podían decir otra cosa, porque el conductor era negro y sabían que con él no había bromas.

En la universidad, un hombre provisto de un megáfono había anunciado que los profesores debían mantener juntas sus clases. El director adjunto de mi instituto me dijo que confiaban en mí para que mantuviera el orden en mi clase. Dijo que esa clase tenía fama.

Las conduje al auditorio y me quedé en el pasillo mientras ellas se daban empujones y empellones y se disputaban los asientos. Los chicos puertorriqueños me preguntaron si podían sentarse aparte. Cuando Serena los llamó Espik e Hispán, a las chicas les dio un ataque de risa floja que no se les pasó hasta que apareció el fantasma del padre de Hamlet y aterrorizó a todos. El fantasma iba sobre zancos cubiertos de tela negra, y las chicas decían «ooh» y «aah».

Cuando el foco que lo iluminaba se apagó y el fantasma salió de escena, Claudia, que estaba sentada a mi lado, dijo en voz alta:

—Ah, qué majo es. ¿Adónde va? ¿Va a volver, profesor?

—Sí, va a volver —dije, avergonzado por los chistidos a media voz de los miembros serios del público.

Claudia aplaudía cada vez que aparecía el fantasma y se lamentaba cuando se marchaba.

—Me parece que es muy majo. Quiero que vuelva —decía. Cuando terminó la obra y los actores salieron a saludar y no se veía al fantasma, se puso de pie y gritó al escenario:

—¿Dónde está el fantasma? Quiero al fantasma. ¿Dónde está ese fantasma?

Las otras veintiocho también se levantaron y pidieron al fantasma, hasta que un actor salió del escenario y el fantasma volvió a aparecer al momento. Las veintinueve aplaudieron y vitorearon y decían que querían salir con él.

El fantasma se quitó el sombrero y la capa negra para mostrar que no era más que un alumno universitario corriente al que tampoco había que dar tanta importancia. Las veintinueve se quedaron boquiabiertas y se quejaron de que toda la obra era un engaño, sobre todo aquel fantasma de mentira que estaba allí delante, y prometieron que no volverían a ver una obra de teatro de mentira como aquélla, aunque tuvieran que quedarse sentadas en clase con ese señor McCourt y su ortografía y demás, aunque todas las demás clases del instituto fueran al teatro.

En el camino de vuelta a casa se quedaron dormidas, todas menos Serena, que iba sentada detrás del conductor. Cuando le preguntó si tenía hijos, él dijo que no podía hablar y conducir a la vez. Estaba prohibido, pero sí, tenía hijos, y no quería que ninguno de ellos fuese conductor de autobús. Él trabajaba para mandarlos a buenos colegios, y si no hacían lo que les decía, les partiría el culo. Dijo que en este país había que trabajar más duro cuando se es negro, pero que al final con eso te haces más fuerte. Cuando tienes que empujar más fuerte y escalar más, desarrollas los músculos, y entonces nadie puede detenerte.

Serena dijo que le gustaría ser peluquera, pero el conductor dijo:

—Puedes llegar a más. ¿Quieres pasarte el resto de tu vida ahí de pie, arreglando el pelo a viejas cascarrabias? Eres lista. Puedes ir a la universidad.

—¿Sí? ¿De verdad cree usted que puedo ir a la universidad?

—¿Por qué no? Pareces bastante inteligente y hablas bien. Así que ¿por qué no?

—Nadie me había dicho eso nunca.

—Bueno, pues te lo digo yo, y no te infravalores.

—Vale —dijo Serena.

—Vale —dijo el conductor.

Le sonrió por el retrovisor, y supongo que ella le devolvió la sonrisa. Yo no le veía la cara.

Era un conductor de autobús, y negro, pero el modo en que ella había confiado en él me hizo pensar en lo desaprovechados que están los seres humanos en el mundo.

Al día siguiente, Claudia pregunta:

—¿Por qué se meten todos con la chica?

—¿Con Ofelia?

—Sí. Todos se meten con esa pobre chica, y eso que ni siquiera es negra. ¿Por qué? Ese tipo que suelta todos los discursos tiene una espada para defenderse de la gente y para que nadie lo tire al río.

—¿Hamlet?

—Sí, y ¿sabe una cosa?

—¿Qué cosa?

—Era muy malo con su madre, y eso que era príncipe. ¿Por qué no se levanta ella y le da una bofetada sin más? ¿Por qué?

Serena, la inteligente, levanta la mano como un chico normal en una clase normal. Me quedo mirando esa mano. Estoy seguro de que va a pedir el pase para ir al baño. Dice:

—La madre de Hamlet es reina. Las reinas no se comportan como el resto de la gente, dando bofetadas por ahí. Si eres reina, tienes que tener dignidad.

Me mira de esa manera directa que es casi un desafío, con los ojos muy abiertos, hermosos y sin pestañear, con un atisbo de sonrisa. Esta muchacha negra y delgada de quince años conoce su poder. Noto que me estoy sonrojando, y eso desencadena otra oleada de risitas.

El lunes siguiente, Serena no aparece en clase. Las chicas dicen que no volverá, porque a su madre la detuvieron, «por drogas y tal», y ahora Serena tiene que vivir con su abuela en Georgia, donde, según cuentan, a los negros los tratan como a negratas. Dicen que Serena no aguantará allí. Se meterá en un lío por replicar a los blancos.

—Y por eso he dicho esa palabra fea, señor McCourt.

Ahora que no estaba Serena, la clase había cambiado, era un cuerpo sin cabeza. María levantó la mano y preguntó por qué hablaba yo de esa manera tan rara. ¿Estaba casado? ¿Tenía hijos? ¿Qué me gustaba más, *Hamlet* o *Un mes de abstinencia*? ¿Por qué me había hecho profesor?

Estaban tendiendo puentes para que pudiésemos cruzarlos. Yo respondía a sus preguntas sin que me importara ya un pimiento darles demasiada información. ¿Con cuántos curas me había confesado cuando tenía la edad de esas muchachas? Me prestaban atención, y eso era lo único que me importaba.

Un mes después de la marcha de Serena hubo dos momentos buenos. Claudia levantó la mano y dijo:

—Señor McCourt, usted es agradable de verdad.

El resto de la clase asintió, «sí, sí», y los chicos puertorriqueños sonrieron desde el fondo del aula.

Y entonces levantó la mano María.

—Señor McCourt, he recibido una carta de Serena. Dice que es la primera carta que escribe en su vida y que no la habría escrito si no se lo hubiera dicho su abuelita. No había conocido antes a su abuelita, que no sabe leer ni escribir, pero ella la quiere mucho porque Serena le lee la Biblia todas las noches. Esto lo va a tirar de espaldas, señor McCourt —añade—. Dice que va a terminar el instituto y que va a ir a la universidad para ser profesora de niños pequeños. No de chicos grandes como nosotros, porque somos unos pesados, sino de niños pequeños que no replican, y dice que siente las cosas que hizo en esta clase, y que se lo diga a usted. Un día le va a escribir una carta a usted.

Me estallaron fuegos artificiales en la cabeza. Era como Nochevieja y el Cuatro de Julio multiplicados por cien.

Llevo diez años ejerciendo la enseñanza, tengo treinta y ocho años, y si debiera evaluarme a mí mismo diría: estás dando de ti lo que puedes. Hay profesores que enseñan y les importa un pedo de violinista lo que piensen de ellos sus alumnos. El temario es rey. Estos profesores son poderosos. Dominan sus aulas con una personalidad respaldada por la gran amenaza: la del bolígrafo rojo que escribe en el boletín de notas el temido suspenso. Lo que dan a entender a sus alumnos es: «Soy vuestro profesor, no vuestro orientador, ni vuestro confidente, ni vuestro padre. Enseño una asignatura: la tomáis o la dejáis».

Suelo pensar que yo debería ser un profesor duro, disciplinado, organizado y enfocado, un John Wayne de la pedagogía, un maestro irlandés más que blande el palo, la correa, la palmeta. Los profesores duros sirven su mercancía durante cuarenta minutos. Digerid esta lección, chicos, y estad preparados para vomitarla el día del examen.

A veces digo en broma: «Siéntate en esa silla, chico, y cállate, o te rompo la condenada cabeza», y se ríen porque lo saben. «Sí, ¿verdad que es todo un tipo?». Cuando me hago el duro me escuchan con educación hasta que se me pasa el ataque. Lo saben.

Yo no veo la clase como una unidad que está sentada y escuchándome. Hay caras que muestran diversos grados de interés o indiferencia. Lo que me plantea un desafío es la diferencia. ¿Por qué estará ese pequeño desgraciado hablando con ésa cuando podría estar escuchándome a mí?

—Perdona, James, aquí se está dando una lección.

—Ah, sí, sí.

Hay momentos y miradas. Puede que sean demasiado vergonzosos para decirte que la lección ha estado bien, pero a estas alturas ya sabes, por su manera de salir del aula y por su manera de mirarte, si la clase ha sido un éxito o si debe olvidarse. Las miradas de aprobación te reconfortan durante el trayecto en tren de vuelta a casa.

Con independencia de lo que pasara en tu aula, había reglas de los funcionarios oficiales que supervisaban los institutos de secundaria de Nueva York:

Los niños no deben alzar la voz. No deben deambular por las aulas ni por los pasillos. No es posible aprender en un ambiente ruidoso.

El aula no ha de ser un terreno de juegos. No se deben arrojar objetos. Si los alumnos quieren hacer una pregunta o responder a una pregunta, han de levantar la mano. No se les debe permitir que hagan comentarios en voz alta. Los comentarios en voz alta podrían conducir al caos, y eso daría mala impresión a los funcionarios del Consejo de Educación que vienen de Brooklyn, o a los pedagogos de países extranjeros que vienen de visita.

El uso del pase para ir al baño debe reducirse al mínimo. Todo el mundo conoce los diversos trucos que se hacen con el pase para ir al baño. A veces se da a un chico el pase para ir al baño y se lo encuentra uno mirando por la ventanilla de un aula donde está sentada una chica de la que se ha enamorado hace poco, y ella le hace caras de amor a su vez. Esto no se puede tolerar. Algunos chicos y chicas se sirven del pase para reunirse en el sótano o las escaleras, donde no se dedican a nada bueno, y los encuentran los directores adjuntos, que dan parte y llaman a sus padres. Otros toman el pase para fumar en diversos lugares secretos. El pase para ir al baño es para ir al baño y no debe usarse con ningún otro propósito. Los alumnos no deben ausentarse con el pase más de cinco minutos. Si se ausentan más tiempo, el profesor ha de dar aviso a la oficina del director, que enviará a un bedel a que inspeccione los baños y otros lugares, para comprobar que no hay conductas indebidas. Los directores quieren orden, rutina, disciplina. Rondan por los pasillos. Se asoman por las ventanillas de las puertas de las aulas. Quieren ver niños y niñas con las cabezas bajas sobre los libros, niños y niñas que escriben, niños y niñas con las manos levantadas, interesados, deseosos de responder a las preguntas del profesor. Los buenos

profesores lo tienen todo controlado. Mantienen la disciplina, y eso es crucial en un instituto de formación profesional de Nueva York, donde a veces las bandas llevan sus diferencias a los centros de enseñanza. Hay que estar atentos a las bandas. Pueden llegar a dominar todo un centro, y entonces, adiós a la enseñanza.

También los profesores aprenden. Después de pasar años en el aula, después de encontrarse cara a cara con miles de adolescentes, tienen un sexto sentido respecto a todos los que entran en el aula. Ven las miradas de reojo. Les basta con olisquear el aire de una clase nueva para saber si es un grupo inaguantable o si es un grupo con el que podrán trabajar. Ven a los chicos reservados a los que hay que animar a intervenir y a los bocazas a los que hay que hacer callar. Por la manera de estar sentado un chico, saben si éste va a colaborar o si va a ser inaguantable. Cuando el alumno se sienta erguido, con las manos juntas ante sí sobre el pupitre, mira al profesor y sonríe, es buena señal. Si está repantigado, si saca las piernas al pasillo entre los pupitres, si mira por la ventana, al techo o por encima de la cabeza del profesor, es mala señal. Prepárate para tener problemas con él.

En todas las clases hay uno que es como una plaga enviada al mundo para ponerte a prueba. Suele sentarse en la última fila, donde puede inclinar la silla contra la pared. Ya habéis hablado a la clase del peligro de inclinar las sillas: «Las sillas pueden resbalar, niños, y os podríais hacer daño». Luego, el profesor tiene que escribir un parte por si los padres se quejan o amenazan con poner un pleito.

Andrew sabe que la silla inclinada te molestará, o que al menos te llamará la atención. Entonces podrá jugar al jueguecito que servirá para que las chicas se fijen en él. Tú le dirás:

—Eh, Andrew.

Él tardará lo suyo. Esto es un duelo, tío, y las chicas están mirando.

—¿Qué?

Es la expresión adolescente que no se encuentra en los diccionarios. «¿Qué?». Los padres la oyen constantemente. Significa: «¿Qué quieres? ¿Por qué me molestas?».

—La silla, Andrew. ¿Quieres apoyarla bien, por favor?

—Yo estoy aquí sentado sin meterme con nadie.

—Andrew, la silla tiene cuatro patas. Inclinarla sobre dos patas puede provocar un accidente.

Silencio en el aula. Es el momento del duelo. Sabes que esta vez te mueves en un terreno bastante seguro. Notas que Andrew no es apreciado por este grupo, y él sabe que no recibirá apoyo. Es una figura pálida y delgada, un solitario. A pesar de todo, la clase está mirando. Puede que no le aprecien, pero si te pones prepotente con él se volverán contra ti. Cuando se trata de alumno contra profesor, sus lealtades están claras. Y todo por una silla inclinada.

Podrías haberlo dejado pasar. Nadie se habría fijado. Así que, profe, ¿cuál es el problema? Muy sencillo. Andrew ha manifestado desde el primer día que no le caes bien, y a ti no te gusta no caer bien, sobre todo a este chico, que cae mal al resto de la clase. Andrew sabe que prefieres a las chicas. Claro que prefiero a las chicas. Si me dan cinco clases con una mayoría de chicas, estoy en el cielo. Variedad. Color. Juegos. Dramatismo.

Andrew espera. La clase espera. La silla sigue inclinada con descaro. Ay, qué tentación de coger una pata y dar un tirón. Caería con la cabeza resbalando por la pared y todos se reirían.

Me aparto de Andrew. No sé por qué me aparto y me dirijo al frente del aula, y desde luego tampoco sé qué voy a hacer o decir cuando llegue a mi mesa. Pero no quiero que crean que he dado marcha atrás, tengo que hacer algo. Andrew tiene la cabeza apoyada contra la pared y me está dirigiendo esa sonrisita de desprecio.

No me gusta el pelo largo y pelirrojo de Andrew, sus rasgos finos. No me gusta la arrogancia de su delicadeza. A veces, cuando he planteado un tema interesante y la clase me sigue y yo voy adelante, satisfecho de mí mismo, miro al fondo, veo su mirada fría y me pregunto si debería intentar ganármelo o destruirlo del todo.

Una voz me dice dentro de la cabeza: «Saca partido de esto. Haz de ello una lección de observación. Haz como que lo tenías todo planeado». Y digo a la clase:

—Entonces, ¿qué está pasando aquí?

Me miran fijamente, desconcertados.

—Imaginaos que sois un periodista de un periódico —dices—. Habéis entrado en esta aula hace unos minutos. ¿Qué habéis visto? ¿Qué habéis oído? ¿Cuál es la noticia?

Toma la palabra Michael.

—No hay ninguna noticia. Sólo que Andrew está haciendo el gilipollas, como de costumbre.

Andrew pierde la sonrisita de desprecio, y me parece que lo tengo en un puño. Ya no tendré que decir gran cosa. Seguiré haciendo preguntas orientadoras y dejaré que la clase lo condene. Le borraré esa sonrisa para siempre al muy mierdecilla, y ya no se balanceará.

Adopto mi papel de profesor razonable y objetivo.

—Un comentario así, Michael, no aporta gran información al lector.

—Sí, pero ¿a quién le hace falta una información así? ¿Es que va a entrar aquí algún tipo del *Daily News* para escribir un gran reportaje sobre Andrew y la silla y el profesor cabreado?

Su novia levanta la mano.

—¿Sí, Diane?

Diane se dirige a la clase.

—Lo que nos *pregunta* el señor McCourt...

—Pregunta, Diane.

Ella hace una pausa. No tiene prisa.

—Mire, señor McCourt —dice—, eso es lo que va mal en este mundo. Unas personas intentan ayudar a otras y de inmediato aparecen otras personas que quieren corregir todo lo que les dicen. Eso es muy ofensivo. Quiero decir que está bien decir a Andrew que baje la silla porque podría romperse su estúpido cráneo, pero no hay por qué estar corrigiendo la manera de hablar de la gente. Si hace usted eso, no vamos a abrir la boca en esta clase. Así que, ¿sabe usted lo que voy a hacer? Voy a decirle a Andrew que baje la silla y no sea burro.

Tiene dieciséis años, es alta y elegante, y la cabellera rubia le cae por la espalda de una manera sofisticada que me recuerda a las actrices escandinavas. Me siento nervioso cuando ella se dirige al fondo del aula y se planta ante Andrew.

—Así que, mira, Andrew. Ya ves lo que pasa aquí. Es una clase grande, más de treinta personas, y el señor McCourt está allí delante y tú estás inclinando tu silla y él te dice que la bajes pero tú te quedas ahí sentado con tu sonrisita, Andrew, y quién sabe lo que te pasa por esa cabeza tuya. Estás haciendo perder el tiempo a todos los que están en esta clase, y ¿cuál es tu problema? Al profesor le pagan para que enseñe, no para decirte que bajes la silla como si fueras un crío de primero de primaria, ¿verdad? ¿Verdad, Andrew?

Sigue con la silla inclinada, pero me mira como diciendo: ¿qué está pasando aquí? ¿Qué hago?

Inclina la silla hasta que queda bien apoyada en el suelo. Se pone de pie y se vuelve hacia Diane.

—¿Lo ves? No me olvidarás nunca, Diane. Te olvidarás de esta clase, te olvidarás del profesor, el señor como-se-llame, pero yo inclino mi silla y el profesor se pone estirado, y todos los que están en la clase se acordarán de mí para siempre. ¿Verdad, señor McCourt?

Yo sentía deseos de quitarme la máscara de profesor razonable y decirle lo que tenía en la cabeza: «Mira, pequeño imbécil, baja la silla o te tiro por la maldita ventana para que sirvas de pienso a las palomas».

No puedes hablar así. Darían parte a las autoridades. Conoces tu papel: si los cabroncetes te chinchán de vez en cuando, aguanta, hombre, aguanta. Nadie te obliga a seguir en esta profesión miserable y mal pagada, y nadie te impide salir por esa puerta al mundo rutilante de los hombres poderosos, las mujeres hermosas, los cócteles en la zona alta, las sábanas de satén.

Sí, profe, y ¿qué haría usted en el gran mundo de los hombres poderosos, etcétera? Vuelva al trabajo. Hable a su clase. Aborde el problema de la silla inclinada. No ha terminado. Le están esperando.

—Escuchad. ¿Estáis escuchando?

Sonríen. Ya está otra vez con su muletilla de «escuchad, ¿estáis escuchando?». Se lo dicen unos a otros por los pasillos, imitándome. «Escuchad. ¿Estáis escuchando?». Eso significa que les caes bien.

—Ya habéis visto lo que ha pasado en esta aula —dije—. Habéis visto que Andrew estaba sentado con la silla inclinada, y habéis visto lo que ha pasado cuando yo le dije que lo dejara. Así que tenéis material para escribir

una crónica, ¿no es así? Hemos tenido conflicto. Andrew contra el profesor. Andrew contra la clase. Andrew contra sí mismo. Ah sí, en efecto: Andrew contra sí mismo. Os estabais fijando, ¿no? O bien, os decíais simplemente: «¿Por qué está dando tanta importancia el profesor a lo de Andrew y su silla? ¿Por qué está siendo tan cargante Andrew?». Si estuvierais escribiendo la crónica de esto, deberíais tener en cuenta otra dimensión del incidente: la motivación de Andrew. Sólo él sabe por qué estaba inclinando esa silla, y vosotros tenéis derecho a teorizar. Podríamos tener más de treinta teorías en esta clase.

Al día siguiente, Andrew se quedó en el aula después de clase.

—Señor McCourt, usted estudió en la Universidad de Nueva York, ¿verdad?

—Así es.

—Bueno, mi madre decía que lo conocía.

—¿De verdad? Me alegra saber que alguien se acuerda de mí.

—Quiero decir que lo conocía fuera de clase.

—¿De verdad? —digo otra vez.

—Murió el año pasado. Tenía cáncer. Se llamaba June.

Oh, Dios. No es que haya estado corto de entendederas. Es que no me he enterado de nada. ¿Cómo no lo he adivinado? ¿Cómo no la he visto en sus ojos?

—Ella decía que pensaba llamarle, pero lo estaba pasando mal con el divorcio, y después vino el cáncer, y cuando yo le dije que estaba en su clase me hizo prometerle que no le hablaría nunca de ella. Me dijo que, en todo caso, usted no querría hablar con ella.

—Pero sí que quería hablar con ella. Quería hablar con ella toda la vida. ¿Con quién se casó? ¿Quién es tu padre?

—No sé quién es mi padre. Se casó con Gus Peterson. Tengo que ir a vaciar mi taquilla. Mi padre se traslada a Chicago, y me voy con él y mi madrastra. ¿Verdad que tiene gracia que ahora tenga padrastro y madrastra y no me importe?

Nos dimos la mano y lo vi alejarse por el pasillo. Antes de entrar en la zona de taquillas se volvió y se despidió con la mano, y yo me pregunté por un momento si debía dejar el pasado con tanta facilidad.

Según dice la sabiduría del instituto, «no amenaces nunca a una clase ni a un individuo si no eres capaz de sustanciar tus amenazas. Y no seas tan tonto como para amenazar a Brandt Bum Bum, que es conocido en el instituto por ser cinturón negro de karate».

Después de haber faltado cuatro días, entra en el aula tranquilamente en medio de una lección sobre las palabras de origen extranjero en la lengua inglesa: *amén, pasta, chef, sushi, limousine*, y las palabras que provocan risitas, *lingerie, bidet, brassiere*.

Podía hacer caso omiso de Bum Bum, seguir con la lección y dejar que ocupara su asiento, pero sé que la clase está mirando y pensando: «¿Por qué tenemos que traer nosotros notas de disculpa cuando faltamos, pero Bum Bum puede entrar tranquilamente y sentarse?». Tienen razón, y estoy de acuerdo con ellos, y tengo que mostrar que no soy blando.

—Disculpa. —Intento ser sarcástico.

Se detiene junto a la puerta.

—¿Sí?

Jugueteo con un trozo de tiza para demostrar lo tranquilo que estoy. Me debato entre el «¿adónde vas?» y el «¿adónde te has creído que vas?». La primera frase podría sonar a simple pregunta, con su matiz de autoridad de profesor. El «te has creído» de la segunda indica un desafío y podría dar problemas. De cualquier manera, lo que importa es el tono de voz. Aflojo un poco.

—Disculpa. ¿Tienes un pase? Después de haber faltado a clase necesitas un pase de la oficina.

Habla el profesor. Representa a la autoridad, a la oficina del fondo del pasillo, que emite pases para todo: el director, el superintendente, el alcalde, el presidente, Dios. Éste no es el papel que quiero. Estoy aquí para enseñar Lengua Inglesa, no para pedir pases.

Brandt dice:

—¿Quién me va a parar?

Suena casi amistoso, a franca curiosidad; pero la clase emite un suspiro.

—Oh, mierda —dice Ralphie Boyce.

Los profesores de secundaria, según instrucciones de sus superiores, deben evitar las palabrotas en el aula. Tales expresiones constituyen una falta de respeto y podrían conducir a un deterioro de la ley y el orden. Quiero amonestar a Ralphie, pero no puedo, porque las palabras que me saltan dentro de la cabeza también son «oh, mierda».

Brandt sigue de pie, de espaldas a la puerta que ha cerrado después de entrar. Parece armado de paciencia.

Y ¿qué es esta empatía repentina que siento hacia este futuro fontanero corpulento de la calle Delancey de Manhattan? ¿Se debe a la paciencia con que espera, con una mirada casi bondadosa? Parece muy razonable y considerado. Entonces ¿por qué no dejo de hacer el número del profesor duro y le digo: «Está bien, Brandt, siéntate. Vamos a dejar el pase por esta vez, e intenta acordarte de traerlo la próxima»? Pero he ido demasiado lejos como para volverme atrás. Sus compañeros de clase son testigos, y tiene que pasar algo.

Lanzo la tiza al aire y la atrapo. Brandt me está mirando. Doy un paso hacia él. No quiero morir hoy, pero la clase espera, y es hora de que dé respuesta a su pregunta.

Lanzo la tiza, por última vez quizá, y le digo:

—Yo.

Asiente con la cabeza como diciendo: «Me parece razonable. El profesor eres tú, tío». Me vuelve la sensación empática, y siento el impulso de darle palmaditas en el hombro, de decirle: «Dejemos todo esto, siéntate y ya está, Brandt».

Vuelvo a lanzar la tiza, pero no consigo atraparla. Cae al suelo. Es esencial recuperar esa tiza. Me agacho para recogerla y allí está, incitante, ofreciéndoseme, el pie de Brandt. Lo agarro y tiro. Brandt cae de espalda, se da la cabeza contra el picaporte de bronce, se desliza hasta el suelo y se queda quieto, callado, como pensando qué hacer ahora. La clase vuelve a soltar un suspiro, un «caray».

Se frota la nuca. ¿Se dispone a asestarme un rápido puñetazo, un golpe con el canto de la mano, una patada?

—Mierda, señor McCourt, no sabía que usted le daba al karate. Al parecer quedo como vencedor, y me toca mover ficha.

—Muy bien, Benny, a sentarse.

—A sentarte.

—¿Cómo?

—Todos los profesores dicen «a sentarte».

Bum Bum me está corrigiendo la sintaxis. ¿Es que estoy en un manicomio?

—Muy bien. A sentarte.

—Entonces ¿no quiere un pase ni nada?

—No. No importa.

—Entonces ¿estábamos peleando por nada?

Camino de su asiento, Bum Bum pisa la tiza y me mira. ¿Lo ha hecho adrede? ¿Debo tomármelo a pecho? No. Una voz interior me dice: «Sigue con la lección. Deja de comportarte como un adolescente. Este chico podría partirse en dos. Profe, vuelve a la lección sobre las palabras extranjeras introducidas en el inglés».

Brandt se comporta como si no hubiera pasado nada entre nosotros, y yo siento tal oleada de vergüenza que me dan ganas de disculparme ante la clase en general y ante él en particular. Me reprendo por haberme comportado con tanta bajeza. Ahora me admiran por mis supuestos conocimientos de karate. Abro la boca y me pongo a parlotear.

—Imaginaos cómo sería la lengua inglesa si le quitásemos las palabras francesas. Ya no podríamos pedir al chófer que trajera la *limousine*. Habría que decir ropa interior en vez de *lingerie*. No se podría ir a un restaurante. Se acabaría la *cuisine*, no habría *gourmets*, ni salsa, ni menú, ni *chef* ni perfume. Habría que buscar otra palabra para el *brassiere*.

Susurros y más susurros. Risitas y más risitas.

—¡Aay, señor McCourt, lo que ha dicho!

Así es como les quito el incidente de la cabeza. Parece que estoy venciendo en todos los frentes, hasta que vuelvo la vista hacia Brandt.

Parece decir con la mirada: «Vale, señor McCourt. Supongo que a usted le hacía falta quedar bien, así que por mí no hay problema».

Tenía la inteligencia suficiente para aprobar el examen final del estado de Nueva York en la asignatura de Lengua Inglesa. Podría haber escrito una redacción aceptable, como para aprobar, pero prefirió suspender. Despreció la lista de temas que se proponían, tituló su redacción «Pío», y escribió trescientas cincuenta veces «Pío, pío, pío, pío, pío, pío...».

Después de la graduación me encontré con Bum Bum en la calle Delancey y le pregunté a qué había venido eso del pío.

—No lo sé. Tengo sensaciones locas y no me importa lo que pase. Estaba en esa aula y todo parecía tan tonto, ese profesor allí delante que hacía de monitor y que nos advertía que no mirásemos los exámenes de los compañeros, y en el alféizar de la ventana estaba un pajarito piando, y me dije, vale, mierda, qué demonios, así que puse lo que estaba diciendo el pájaro. Cuando tenía catorce años, mi padre me envió a aprender artes marciales. Un tipo japonés me tuvo sentado fuera en un banco una hora, y cuando le dije: «Eh, oiga, ¿y la clase?», me dijo que me fuera a mi casa. ¿A mi casa? O sea, a él le estaban pagando por horas. Me dijo: «Vete a tu casa». Yo le pregunté: «¿Debo volver la semana que viene?», y él no dijo nada. Volví la semana siguiente, y me preguntó: «¿Qué quieres?». Le dije otra vez que quería aprender artes marciales. Me dijo que fuera a limpiar el retrete. Yo me pregunté qué tendría que ver eso con las artes marciales, pero no dije nada. Limpié el retrete. Me dijo que me sentara en el banco, que me quitara los zapatos y me mirara los pies. Que no apartara los ojos de mis pies. ¿Se ha mirado usted los pies alguna vez? Yo tengo un pie más grande que el otro. Salió y me dijo: «Ponte los zapatos, sin calcetines, y vete a tu casa». Ya me iba resultando fácil hacer lo que me decía. Estaba dejando de sentirme cabreado. A veces me quedaba sentado en ese banco sin hacer nada y luego me volvía a mi casa y le pagaba igual. Se lo conté a mi padre, pero no hizo más que torcer el gesto. Tuvieron que pasar seis semanas hasta que el tipo japonés me hizo pasar a la sala para darme la primera lección. Me hizo ponerme con la cara pegada a una pared mientras él se pasaba cosa de un cuarto de hora atacándome con una especie de espada y gritándome. Al final de aquella sesión me dijo que estaba aceptado en su escuela, sólo

que aquel día, antes de volverme a casa, tendría que limpiar el retrete, por si acaso me había creído que era alguien. Así pues, aquel día que usted me tiró de la pierna, supe lo que estaba pasando. Supe que usted tenía que salvar el culo, y por mí no había problema porque yo no necesitaba ese mundo y usted es un profesor legal y a mí me importaba una mierda lo que pensarán los chicos de la clase. Si tiene la necesidad de comportarse como un profesor importante, más le valdría volverse a su casa y limpiar el retrete.

He aquí la situación de los centros de enseñanza públicos: cuanto más lejos estés del aula, mayores son las remuneraciones económicas y profesionales. Te sacas la licencia, ejerces la enseñanza dos o tres años. Estudias cursos de administración, de supervisión, de orientación, y con tus nuevos títulos puedes trasladarte a un despacho con aire acondicionado, baño privado, mucho tiempo para almorzar, secretarias. No tendrás que luchar con grupos numerosos de chicos inaguantables. Te escondes en tu despacho, y ni siquiera tendrás que ver a los cabroncetes.

Pero ahí estaba yo, con treinta y ocho años, sin ambición para ascender en el sistema escolar, a la deriva en el sueño americano, ante la crisis de la edad madura, fracasado como profesor de Lengua Inglesa de secundaria, pero entorpecido por los superiores, los directores y sus ayudantes, o eso creía yo.

Tenía angustia vital y no sabía qué me pasaba. Alberta me sugirió:

—¿Por qué no te sacas el doctorado y progresas en la vida?

—Eso haré —dije.

La Universidad de Nueva York dijo que sí, que me aceptarían para cursar el doctorado, pero mi mujer dijo:

—¿Por qué no vas a Londres o a Dublín?

—¿Acaso quieres librarte de mí?

Ella sonrió.

Cuando yo tenía diecisiete años, fui un día con un amigo a visitar Dublín y vimos un desfile, de espaldas a un muro de piedra gris. El muro de piedra

gris era del Trinity College, y yo no sabía que aquello se consideraba territorio extranjero, inglés y protestante. Más abajo, en la misma calle, había una verja de hierro y un gran portón para que no entrasen los de mi calaña. Tras la verja había estatuas de Edmund Burke y Oliver Goldsmith.

—Ah —dije—. Ahí está, ahí mismo, el que escribió *La aldea desierta*, que tuve que aprenderme de memoria en la escuela.

Mi amigo de Limerick, que sabía más que yo del mundo, dijo:

—Mira bien a Oliver y todo lo demás, porque la gente como tú nunca pasará de ese portón. El arzobispo ha dicho que todo católico que vaya al Trinity queda excomulgado automáticamente.

Desde entonces, siempre que visitaba Dublín me sentía atraído por el Trinity. Me quedaba ante el portón, admirando la elegancia con que los estudiantes se echaban al hombro las bufandas ondeantes del Trinity. Admiraba aquellos acentos que sonaban a ingleses. Deseaba a las hermosas muchachas protestantes que no me echaban ni una mirada. Se casarían con gente como ellas, con gente de su clase, todos protestantes con caballos, y si alguien como yo llegaba a casarse con una de ellas, lo echarían de la Iglesia católica de una patada, sin esperanza de redención.

Entraban y salían del colegio universitario turistas norteamericanos con su ropa de colores vivos, y a mí me habría gustado tener valor para entrar también, pero el hombre de la puerta podría preguntarme qué hacía yo allí, y yo no sabría qué decir.

Seis años más tarde volví a Irlanda con mi uniforme del Ejército estadounidense, que suponía me serviría para que me respetaran. Y así era, hasta que abría la boca. Yo intentaba adoptar acento norteamericano, a juego con el uniforme. No funcionaba. Al principio, las camareras venían corriendo para acompañarme a una mesa, pero en cuanto hablaba decían:

—*Arrah*, Jesús, no eres yanqui para nada, para nada. Eres un simple irlandés, como todo el mundo. ¿De dónde eres?

Yo intentaba hacerme pasar por militar norteamericano procedente de Alabama, pero una mujer del café de Bewley, en la calle Grafton, dijo:

—Si tú eres de Alabama, yo soy la reina de Rumania.

Balbuciendo, reconocí que era de Limerick, y ella renunció a sus pretensiones al trono de Rumania. Dijo que charlar con los clientes iba en

contra del reglamento del café de Bewley, pero que yo tenía aspecto de hombre capaz de aguantar la bebida. Yo me puse a fanfarronear de la cerveza y el *schnapps* que había bebido por toda Baviera, y ella dijo que en ese caso podía invitarla a una copa de jerez en la taberna de McDaid, más arriba, en la misma calle.

A mí no me parecía atractiva, pero resultaba muy halagüeño que una camarera del Bewley quisiera tomarse una copa de jerez conmigo.

Fui a la taberna de McDaid a esperarla allí. Los parroquianos me miraban y se daban codazos señalándome por mi uniforme norteamericano, y yo me sentía incómodo. También el tabernero me miraba, y cuando le pedí una pinta dijo:

—¿A quién tenemos aquí? ¿A un general, o a quién?

No comprendí el sarcasmo, y cuando dije: «No; soy cabo», una oleada de risas recorrió la barra, y yo me sentí el tonto más grande del mundo.

Estaba confundido. Nací en Estados Unidos. Me crié en Irlanda. Volví a Estados Unidos. Llevo el uniforme norteamericano. Me siento irlandés. Deberían saber que soy irlandés. No deberían burlarse de mí.

Cuando llegó la camarera del Bewley y se sentó conmigo junto a la pared y pidió un jerez, hubo más miradas y codazos. El tabernero guiñó un ojo y dijo algo de «otra víctima». Salió de detrás de la barra y me preguntó si quería otra pinta. Claro que quería otra pinta. Toda la atención que me estaban prestando me hacía sentirme sofocado, y sabía, por haberme mirado en el gran espejo, que tenía los ojos rojos como un coche de bomberos.

La camarera dijo que si el tabernero me iba a servir otra pinta, bien podía servirle a ella otra copa de jerez, después de su agotadora jornada de trabajo en el Bewley. Me dijo que se llamaba Mary. Dijo que si tenía ideas de mirarla por encima del hombro porque no era más que una camarera, ya podía írmelas quitando. Al fin y al cabo, yo no era más que un *cuichie* del pueblo, muy peripuesto con mi uniforme norteamericano, dándome importancia. Parecía que el jerez la hacía hablar, y cuanto más hablaba ella, más risitas había por los asientos a lo largo de la pared. Dijo que su trabajo en el Bewley era temporal. Estaba esperando que los abogados arreglaran lo del testamento de su abuela, y cuando estuviera resuelto aquello, abriría una

tiendecita en la calle Grafton y vendería prendas delicadas a gente de más categoría.

Yo no sabía nada de prendas delicadas, pero se me hacía raro imaginármela en una tienda así. Era gorda, con los ojos hundidos entre los pliegues de la cara, y tenía papadas que le colgaban y oscilaban. Su cuerpo abultaba por todas partes. Yo no quería estar con ella y no sabía qué hacer. Veía que la gente se reía de mí, y, desesperado, le solté que tenía que marcharme.

—¿Qué? —dijo ella.

Hablaba por mí mi tercera pinta de cerveza negra.

—Tengo que... tengo que ver el Trinity College. Por dentro. Tengo que entrar.

—Ése es un sitio protestante —dijo ella.

—No me importa. Tengo que entrar.

—¿Han oído eso? —dijo a todo el local—. Quiere entrar en el Trinity.

—Oh, Jesús —dijo un hombre, y otro dijo—: Madre de Dios.

—Está bien, general —dijo el tabernero—. Adelante. Vete al Trinity y míralo por dentro, pero no olvides ir a confesarte el sábado.

—¿Has oído eso? —dijo Mary—. Que te vayas a confesar el sábado, pero no te preocupes, querido. Yo te confieso cuando quieras. Venga, termínate la pinta y nos vamos al Trinity.

Ay, Dios. Quiere venirse conmigo. Mary la gordita de carnes temblorosas quiere pasearse por la calle Grafton conmigo, con mi uniforme del Ejército norteamericano. La gente dirá: «Mirad, el yanqui. ¿Es que sólo puede aspirar a liarse con ese barril de manteca, cuando Dublín tiene las muchachas más preciosas del mundo?».

Le dije que no se molestara, pero ella insistió, y el tabernero dijo que el sábado tendría más de un motivo para confesarme porque «tu compañera la flaca no tiene piedad».

¿Por qué no demostré mi independencia? ¿Es que iba a entrar por primera vez en mi vida por las puertas del Trinity con aquel cuerpo gordo y orondo del brazo?

Sí que iba, y así entré.

Se pasó todo el camino calle Grafton abajo farfullando a todos los que nos echaban una simple mirada: «¿Qué pasa? ¿Es que nunca han visto un yanqui?», hasta que una mujer que llevaba un chal le replicó:

—Sí que lo hemos visto, pero nunca habíamos visto a ninguno caer tan bajo como para tener que ir con una como tú.

Mary chilló que si no fuera porque tenía cosas más importantes de qué ocuparse, le arrancaría los ojos.

Me ponía nervioso la idea de entrar por el portón del Trinity. No dudaba que el guardia de uniforme me preguntaría qué hacía allí, pero no nos prestó atención, ni siquiera cuando Mary dijo: «Qué tarde tan bonita, cariño».

Allí estaba yo por fin, de pie sobre las losas, más allá del portón, sin atreverme a dar un paso más. Oliver Goldsmith había andado por aquí. Jonathan Swift había andado por aquí. Todos los protestantes ricos a lo largo de los siglos habían andado por aquí. Y aquí estaba yo, y eso era suficiente.

Mary me tiró del brazo.

—Está oscureciendo. ¿Te vas a quedar ahí plantado toda la noche? Vámonos, me muero de ganas de tomarme un jerez. Después nos vamos a mi apartamentito, y quién sabe lo que pasará, quién sabe.

Soltó una risita y me apretó contra su gran cuerpo blando y tembloroso y yo quise decir a todo Dublín: «No, no, no es mía».

Subimos por la calle Nassau, y ella se detuvo para admirar las joyas de la tienda de Yates, en la esquina.

—Preciosas —dijo—. Preciosas. Oh, ya llegará el día en que llevaré en el dedo un anillo de éstos.

Me soltó el brazo para señalar un anillo en el escaparate, y yo eché a correr. Subí corriendo por la calle Nassau, apenas oyéndole gritar que yo no era más que un roñoso señorito yanqui de Limerick.

Al día siguiente volví al Bewley para decirle cuánto sentía mi conducta.

—Oh, no tiene importancia —dijo ella—. Está claro que nadie sabe lo que va a salirle de dentro después de tomarse unas cuantas copas de jerez o unas pintas.

Dijo que terminaría a las seis, y que si quería podíamos ir a tomar pescado con patatas fritas y después el té en su habitación. Después del té,

dijo que estaba claro que se había hecho demasiado tarde para que yo me volviera andando a mi hotel, cerca de Grafton Street, y que a ella no le molestaría lo más mínimo que me quedara y tomara el autobús con ella a la mañana siguiente. Salió al baño común del pasillo, y yo me desvestí hasta quedar en ropa interior. Volvió con un camisón gris vaporoso. Se arrodilló junto a la cama, se santiguó y pidió a Dios que la guardara de todo mal. Dijo a Dios que sabía que se estaba sometiendo a la tentación, pero que estaba segura de que ese chico que estaba en la cama era un inocente.

Se metió en la cama y me aplastó contra la pared, y cuando extendí la mano para subirle el camisón, ella me la apartó de una palmada. Dijo que no quería ser responsable de que yo perdiera el alma, pero que se sentiría más tranquila si rezaba un Acto de Contrición perfecto antes de quedarme dormido. Mientras yo rezaba la oración, ella se revolvió para quitarse el camisón y me atrajo contra su cuerpo. Susurró que debía terminar la oración más tarde, y yo dije que sí, que desde luego que sí, mientras ahondaba en su cuerpo vasto y fofo y terminaba mi Acto de Contrición.

Entonces tenía veintidós años, y ahora, a los treinta y ocho, presentaba una solicitud para estudiar en el Trinity College. Sí, tendrían en cuenta mi solicitud si rendía el examen American Graduate Record. Lo hice, y me sorprendí a mí mismo y a los que me rodeaban con una nota en Lengua Inglesa que me situaba entre el dos por ciento superior. Eso significaba que estaba en lo más alto, con la gente lista de todo el país, y me animó tanto que fui al restaurante de Gage y Tollner, en Brooklyn, me comí un róbalo con una patata asada y bebí tanto vino que después no recordaba cómo había vuelto a casa. Alberta tuvo paciencia conmigo, no me riñó a la mañana siguiente, porque, al fin y al cabo, me iba a Dublín, a una universidad de categoría, y ella no me vería mucho durante los dos años siguientes, que era el tiempo que te concedía el Trinity para redactar una tesis y defenderla.

Creo que en la sección de matemáticas del examen obtuve la puntuación más baja del mundo.

Alberta me reservó un camarote en el *Queen Elizabeth*, para la penúltima travesía del Atlántico rumbo al oeste que haría el barco. Celebramos una fiesta a bordo porque era la costumbre. Bebimos champán, y cuando llegó la hora de que los visitantes desembarcaran, la besé y ella me besó. Le dije que la echaría de menos y ella me dijo que me echaría de menos, pero no estoy seguro de que ninguno de los dos estuviera diciendo la verdad. Estaba achispado con el champán, y cuando el barco se apartó del muelle saludé con la mano sin saber a qué estaba saludando. Pensé que así había sido mi vida. Saludar sin saber a qué. Me pareció una observación profunda, de esas dignas de estudiarse, pero me produjo dolor de cabeza y pasé a otra cosa.

El barco salió al Hudson y puso proa a la bocana del puerto. No olvidé saludar con la mano hacia la isla Ellis. Todos saludaban la Estatua, pero yo dediqué un saludo especial a la isla Ellis, lugar de esperanzas y desconsuelos.

Pensé en mí mismo, un pequeño de casi cuatro años, hacía treinta y cuatro, saludando con la mano, saludando, navegando hacia Irlanda, y ahí estaba otra vez, saludando, y ¿qué hacía yo, adónde iba, y en qué consistía todo?

Cuando estás solo y sigues mareado por el champán, te pones a rondar por el barco, explorándolo. Estoy en el *Queen Elizabeth*, navegando hacia Dublín, hacia el Trinity College, nada menos. ¿Se te había ocurrido alguna vez que, con tus idas y venidas, con tantos saludos con la mano, acabarías pasándote al enemigo? El Trinity College, el colegio universitario protestante, siempre leal a su majestad tal y a su majestad cual, pero ¿acaso aportó algo alguna vez el Trinity a la causa de la libertad? Mas en lo más hondo de tu alma pequeña y llorona, siempre los viste como superiores, ¿verdad?, protestantes con caballos, con acentos requetefinos, con las narices bien altas.

Oliver Saint John Gogarty era un hombre del Trinity, y aunque yo había escrito acerca de él y había leído hasta la última palabra suya que había podido encontrar, creyendo que se me pegaría parte de su talento y su estilo, todo fue en vano. En cierta ocasión mostré mi tesis a Stanley Garber,

profesor del McKee, y le hablé de mis esperanzas. Él sacudió la cabeza y dijo:

—Mira, McCourt, olvídate de Gogarty. En el fondo de tu cerebro serás siempre ese zarramplín de los callejones de Limerick. Descubre quién demonios eres. Súbete a la cruz y sufre por ti mismo. No valen sustitutos, amiguete.

—¿Cómo puedes hablar así, Stanley? Eso de la cruz... Si tú eres judío.

—Eso es. Fíjate en nosotros. Intentamos integrarnos con los gentiles. Intentamos asimilarnos, pero no nos dejaron. Y ¿qué pasa entonces? Que hay fricciones, hombre, y las fricciones producen hombres como Marx y Freud y Einstein y Stanley Garber. Da gracias a Dios de no estar integrado, McCourt, y deja a Gogarty. Tú no eres Gogarty. Estás tú solo. ¿Lo entiendes? Si ahora mismo te cayeras muerto, las estrellas seguirían siendo estrellas y no alterarían su curso, y tú serías una mota. Sigue tu propio camino, o terminarás en una casita de Staten Island rezando avemarías con una maruja.

Pero ahora no podía pensar en eso porque aquí, bajando por la gran escalinata central del *Queen Elizabeth*, vi a una mujer que conocía. Me vio y dijo que debíamos tomarnos una copa. Recordé que era enfermera privada de los ricachos de Nueva York, y me pregunté qué más sería. Dijo que su amiga la había desilusionado, que había cambiado de planes de viaje, y allí estaba ella, la enfermera, con un camarote de primera clase con dos camas, y con cinco días solitarios de navegación por delante. La bebida me soltó la lengua, y le hablé de mi soledad y de que podíamos hacernos mutua compañía durante el viaje, aunque podía resultar difícil, teniendo en cuenta que ella iba en primera clase y yo por debajo de la línea de flotación.

—Ah, eso estaría grandioso —dijo.

Era medio irlandesa y a veces hablaba así.

Si yo hubiera estado sereno quizá habría obrado con más prudencia, pero sucumbí a la tentación y me olvidé de mi camarote en las entrañas del barco.

El tercer día de travesía me escabullí para desayunar en el comedor: era la primera vez que iba por allí. El camarero me dijo: «¿Sí, señor?», y me sentí estúpido al decirle que no sabía dónde sentarme.

—¿No ha estado aquí antes, señor?

—No.

Como era camarero, no me hizo la pregunta evidente. Tampoco me la hizo el contador, quien dijo que me habían dado oficialmente por no embarcado. En el barco habían supuesto que había bajado a tierra con mis amigos en un arrebatado de entusiasmo. Se veía que esperaba una explicación, pero yo no podía contarle mis experiencias con la enfermera privada en un camarote de primera clase. Dijo que sí, que allí tenía un asiento, y que bienvenido al desayuno.

En aquel camarote por debajo de la línea de flotación había dos literas. Mi compañero de camarote estaba de rodillas, rezando. Pareció sobresaltado al verme. Era un metodista de Idaho que viajaba a Heidelberg para estudiar teología, por lo que no pude ponerme a presumir de que había pasado las tres últimas noches en un camarote de primera clase con una enfermera privada de Nueva York. Me disculpé por haber interrumpido sus oraciones, pero él me dijo que sus oraciones jamás se interrumpían, pues su vida entera era una oración. Aquello me pareció maravilloso, y deseé que mi vida pudiera ser una oración. Sus palabras me provocaron una punzada en la conciencia y me hicieron sentir despreciable y pecaminoso. Se llamaba Ted. Su aspecto era saludable y alegre. Tenía los dientes sanos y llevaba el flequillo corto de la Marina. Su camisa blanca estaba almidonada, planchada, crujiente. Estaba tranquilo consigo mismo, en paz con el mundo. Dios estaba en su cielo, en un cielo metodista, y todo marchaba bien. Me sentí intimidado. Si toda su vida era una oración, ¿qué era la mía? ¿Un largo pecado? Si el barco chocaba contra un iceberg, Ted se quedaría en la cubierta cantando *Más cerca de Ti, Señor*, mientras yo buscaba por todo el barco a un cura que me confesara.

Ted me preguntó si era religioso, si asistía a la iglesia. Me dijo que podía asistir con él a un servicio religioso metodista dentro de una hora, donde sería bienvenido, pero yo murmuré:

—Voy a misa de tarde en tarde.

Me dijo que lo entendía. ¿Cómo podía entenderlo? ¿Qué sabrá un metodista de los sufrimientos de un católico, sobre todo de un católico irlandés? (Esto no lo dije, claro. No quise herir sus sentimientos. Era tan

sincero...). Me preguntó si me gustaría rezar con él, y volví a murmurar que no sabía ninguna oración protestante y, además, tenía que darme una ducha y cambiarme de ropa. Me echó eso que los escritores llaman una mirada penetrante, y tuve la sensación de que lo sabía todo. Sólo tenía veinticuatro años, pero ya tenía fe, visión, orientación. Puede que hubiera oído hablar del pecado, pero se le veía que estaba libre de él, limpio en todos los sentidos.

Dije a Ted que después de ducharme buscaría la capilla católica e iría a misa.

—No te hace falta la misa —me dijo él—. No te hace falta un cura. Tienes tu fe, tu Biblia, dos rodillas y un suelo sobre el que rezar.

Eso me puso de mal humor. ¿Por qué la gente no puede dejar en paz a la gente? ¿Por qué la gente piensa que debe convertir a sujetos como yo?

No, no quería caer de rodillas y rezar con el metodista. Peor todavía: no quería ir a misa, ni a confesarme, ni a nada, cuando en su lugar podía subir allí, pasearme por cubierta, sentarme en una tumbona y ver cómo subía y bajaba el horizonte.

—Al infierno con todo —dije, y me duché pensando en los horizontes.

Pensé que los horizontes eran mejores que la gente. No molestaban a los demás horizontes. Cuando salí, Ted se había marchado y había dejado sus cosas muy bien ordenadas sobre su litera.

Arriba, en la cubierta, la enfermera privada apareció deslizándose del brazo de un hombre bajito y regordete de cabello gris que llevaba una chaqueta de *sport* azul marino de doble pechera, con un pañuelo de seda rosa muy hinchado a la altura de la nuez. Ella simuló no verme, pero yo la miré con tanto ahínco que tuvo que dirigirme una leve inclinación de la cabeza. Pasó de largo, y me pregunté si estaba meneando el culo adrede para hacerme sufrir.

Sigue meneándolo. No me importa.

Pero sí me importaba. Me sentí destrozado, desechado. Después de pasarse tres días conmigo, ¿cómo había podido la enfermera irse con ese viejo que tenía al menos sesenta años? ¿Y los ratos que habíamos pasado sentados en la cama, bebiendo botellas de vino blanco? ¿Y aquella vez que le froté la espalda en la bañera? ¿A qué me iba a dedicar yo durante los dos

días que faltaban para que el barco atracara en Irlanda? Tendría que quedarme tendido en la litera de arriba, mientras el metodista rezaba y suspiraba en la de abajo. A la enfermera le daba igual. Se cruzaba conmigo adrede en diversas cubiertas para hacerme sentir desgraciado, y cuando pensaba en ella y en aquel viejo me daban náuseas al imaginarme su cuerpo antiguo y arrugado junto al de ella.

Los dos días siguientes fueron de tinieblas en alta mar, me instalaba ante la borda y pensaba en arrojarme al océano Atlántico, irme al fondo con todos los barcos hundidos durante la guerra, fragatas, submarinos, destructores, cargueros, y me pregunté si se había hundido alguna vez un portaaviones. Eso me distrajo de mi tristeza durante cierto tiempo, mis elucubraciones sobre los portaaviones y los cuerpos hundidos que flotaban y golpeaban contra el casco de los buques, pero la tristeza volvió. Cuando estás rondando por un barco sin hacer nada más que toparte con una enfermera con la que pasaste tres días, y ella va con el viejo de la chaqueta de *sport* de doble pechera, tiendes a valorarte poco o nada. Si me tiraba al Atlántico, quizá le diera algo que pensar a ella, pero a mí no me serviría de nada porque no llegaría a enterarme.

Me quedé junto a aquella borda mientras el barco surcaba las aguas, pensando en mi vida y en lo pusilánime que era. (Ésa era una de mis palabras favoritas por entonces, y me venía bien). Pusilánime. Lo único que había hecho desde el día de mi llegada a Nueva York hasta este día a bordo del *Queen Elizabeth* era ir deambulando de una cosa a otra: emigrar, trabajar en trabajos sin futuro, beber en Alemania y en Nueva York, correr tras las mujeres, pasarme cuatro años durmiendo en la Universidad de Nueva York, ir a la deriva de un trabajo a otro en la enseñanza, casarme y desear estar soltero, tomarme otra copa, llegar a un callejón sin salida en la enseñanza, embarcarme para Irlanda con la esperanza de que la vida se fuera portando bien.

Me habría gustado formar parte de esos alegres grupos de viajeros, por tierra o por mar, que juegan al *ping-pong* y al tejo y luego se van a tomar una copa y quién sabe a qué más, pero me faltaba el talento necesario. Ensayaba y practicaba mentalmente. Diría: «Eh, hola, ¿cómo va eso?». Y ellos dirían: «Bien. Por cierto, ¿quieres tomarte una copa con nosotros?», y

yo diría: «¿Por qué no?» con aire de desenfado. (Ésa era otra de mis palabras favoritas por entonces, porque era a lo que aspiraba y porque me gustaba cómo sonaba). Si me había tomado unas cuantas copas, podía venirme el desenfado. Con mi encanto irlandés sería el alma de la fiesta, pero no quería apartarme de la borda y del consuelo de poner fin a todo.

Tenía en la cabeza el treinta y ocho. Un profesor de cierta edad que navega hacia Dublín, todavía en calidad de estudiante. ¿Es manera de vivir para un hombre?

Me obligué a sentarme en una tumbona para celebrar en pleno Atlántico una reunión del gabinete de crisis conmigo mismo, cerré los ojos para apartar de mi vista el mar y la imagen de la enfermera. No podía cerrar el paso al ruido de sus zapatos de tacón ni a las risotadas norteamericanas de mister Pañuelo Antiguo.

Si yo hubiera tenido una pizca de inteligencia, aparte de unas simples dotes de supervivencia quejumbrosas, habría intentado hacer una reevaluación agonizante de mi vida. Pero no tenía capacidad para la introspección. Después de todos esos años de confesarme en Limerick, sabía hacer examen de conciencia como el que más. Esto era distinto. En esto no me podía ayudar la Santa Madre Iglesia. Sentado en aquella tumbona, apenas podía aventurarme más allá del catecismo. Estaba empezando a entender que no entendía, y ahondar en mí mismo y en mis desgracias me producía dolor de cabeza. Un hombre de treinta y ocho años, en un atolladero y sin saber qué hacer al respecto. Así de ignorante era. Ya sé que en estos tiempos te animan a que eches la culpa de todo a todo el mundo, menos a ti mismo: a los padres, a la infancia desgraciada, a la Iglesia, a los ingleses.

La gente de Nueva York, sobre todo Alberta, me decían: «Necesitas ayuda». Sé que lo que querían decirme era: «Está claro que estás perturbado. Tienes que ver a un psiquiatra».

Alberta insistió. Dijo que era imposible convivir conmigo, y me pidió hora para un psicoanalista de la calle Noventa y seis Este, la calle de los loqueros. El hombre se llamaba Henry, y empecé con mal pie cuando le dije que se parecía a Jeeves.

«¿Quién es Jeeves?», me preguntó, y cuando le expliqué quién era aquel personaje de P. G. Wodehouse, no le hizo mucha gracia. Enarcó las cejas como habría hecho Jeeves, y yo me sentí como un idiota. Además, tampoco sabía de qué iba todo eso, qué hacía yo en aquella consulta. Por haber estudiado psicología en la Universidad de Nueva York, sabía que la mente tiene diversas partes, el consciente, el inconsciente, el subconsciente, el ego, el ello, la libido, y quizá otros recovecos donde acechan los demonios. Hasta ahí llegaban mis conocimientos, si se les podía llamar conocimientos. Más tarde, me pregunté por qué estaba pagando un dinero que apenas podía permitirme para sentarme enfrente de ese hombre que escribía en un cuaderno que sujetaba a la altura de la barbilla, soltándolo de vez en cuando para mirarme fijamente como si yo fuera un espécimen.

Sólo hablaba rara vez, y yo tenía la impresión de que debía llenar los silencios para que no nos quedásemos allí sentados mirándonos el uno al otro sin más. Ni siquiera decía nunca «¿y qué sentimientos le produce eso?», como dicen en las películas. Cuando cerraba el cuaderno, yo sabía que había terminado la sesión y que era hora de pagarle. Al principio me dijo que no me cobraría la tarifa completa. Me haría el descuento para profesores pobres. Me dieron ganas de decirle que no venía por la beneficencia pública, pero yo sólo decía rara vez lo que pensaba.

Su rutina me ponía incómodo. Entraba en la sala de espera y se quedaba allí de pie. Era la señal para que me levantara y pasara a la sala de consulta. Nunca hacía ademán de darme la mano, nunca decía esta boca es mía. Yo me preguntaba si era misión mía saludar o tenderle la mano, y cómo se lo tomaría él si lo hacía. ¿Diría que lo hacía por mi inmenso sentido de inferioridad? No quería darle argumentos que pudieran servirle para llegar a la conclusión de que yo era un loco, como lo habían sido algunos familiares y antepasados míos. Quería impresionarlo con mi porte tranquilo, con mi lógica y, a poder ser, con mi ingenio.

Durante la primera visita me observó mientras yo intentaba decidir qué hacer conmigo mismo. ¿Sería aquello como irse a confesar? ¿Un examen de conciencia? ¿Me sentaba en una silla de respaldo alto, o me echaba en el diván, como hacen en las películas? Si me sentaba en la silla, tendría que pasar cincuenta minutos mirándolo cara a cara, pero si me tendía en el

diván podría mirar al techo y evitar su mirada. Me senté en la silla y él se sentó en la suya, y me sentí aliviado al no ver ninguna muestra de desaprobación en su cara.

Al cabo de algunas visitas quería dejarlo, acercarme a un bar de la Tercera Avenida para disfrutar de la serenidad de una cerveza por la tarde. Todavía no tenía el valor o la rabia necesarios. Me sentaba en mi silla y parloteaba, semana tras semana, dos veces por semana en algunas ocasiones, porque, según decía él, estaba necesitado de atención más frecuente. Quise preguntarle por qué, pero empezaba a comprender que su método consistía en hacer que yo lo resolviera todo por mi cuenta. En ese caso (me preguntaba yo), ¿para qué le pago? ¿Por qué no podía sentarme en Central Park, mirar los árboles y las ardillas y dejar que aflorasen mis problemas? ¿O por qué no podía sentarme en una taberna, tomarme unas cervezas, mirar dentro de mí mismo, hacer examen de conciencia? Así me ahorraría centenares de dólares. Tenía ganas de plantearlo abiertamente y decir: «Doctor, ¿qué me pasa? ¿Por qué estoy aquí? Me gustaría que me diera un diagnóstico a cambio de todo lo que le pago, aunque me esté haciendo el descuento para profesores pobres. Si usted me dice cómo se llama lo que tengo, a lo mejor puedo consultarlo en un libro y pensar la manera de curarme. No puedo seguir viniendo aquí semana tras semana para divagar sobre mi vida, sin saber si estoy empezando, si voy por la mitad o si he terminado».

Jamás podría hablar así a aquel hombre. No me habían educado de esa manera. Sería una grosería, y podía ofenderse. Yo quería quedar bien, no quería que me tuviera lástima. Sin duda se daba cuenta de lo razonable y equilibrado que era yo, a pesar de mi lucha con un matrimonio atribulado y de mi falta de rumbo en el mundo.

Él iba escribiendo en su cuaderno y, aunque jamás dio muestras de ello, creo que lo pasaba bien conmigo. Le hablé de mi vida en Irlanda y en las aulas. Me esforzaba en resultar animado y entretenido, en dejarle claro que todo marchaba bien. No quería disgustarle de ninguna manera. Pero si todo marchaba bien, ¿qué hacía yo allí, para empezar? Quería hacerle reaccionar, una sonrisita, una palabrita que mostrara que valoraba mi esfuerzo. Nada. Ganaba él. Se alzaba con la victoria.

Entonces me sorprendió. Dijo «ajá», dejó caer el cuaderno en su regazo y me miró fijamente. Yo no me atrevía a hablar. ¿Qué había dicho para provocar ese ajá?

—Creo que ha dado usted con una mina —dijo.

Ah, otro hallazgo de una mina. El jefe de estudios del Instituto de Industrias de la Moda me había felicitado por haber encontrado una mina pedagógica con mi lección sobre las partes de la oración.

Lo único que había dicho antes del «ajá» era que, aparte de mis clases de instituto, me sentía tímido con la gente. En grupo, apenas era capaz de hablar si no me había tomado unas cuantas copas, a diferencia de mi mujer o mi hermano, que eran capaces de abordar a la gente y entablar conversaciones animadas. Ésa era la mina.

Después del «ajá» dijo:

—Humm. Podría sentarle bien la participación en un grupo. La interacción con otras personas podría representar un paso adelante. Aquí tenemos un pequeño grupo. Usted sería el número seis.

Yo no quería ser el número seis. No sabía qué quería decir la interacción. Fuera lo que fuese, no quería hacerlo. ¿Cómo podía decirle lo que sentía, que todo aquello era una pérdida de tiempo y dinero? Tenía que ser educado, pasara lo que pasase. Seis semanas divagando en esta silla y me siento peor que nunca. ¿Cuándo seré capaz de abordar a la gente y charlar con esa facilidad de Alberta y Malachy?

Mi mujer dijo que era buena idea, aunque costara más dinero cada semana. Dijo que me faltaban ciertas habilidades del trato social, que tenía que pulirme un poco, que el trabajo de grupo podía conducirme a un gran avance.

A lo que nos condujo aquello fue a una riña de varias horas. ¿Quién era ella para decirme que tenía que pulirme, como si fuera un irlandesito recién desembarcado con el barro de la turbera en las abarcas? Le dije que no estaba dispuesto a pasarme las horas con un puñado de pirados de Nueva York lamentándose de sus vidas y desgranando secretos íntimos. Ya había sido bastante malo haberme pasado la juventud susurrando mis pecados a curas que bostezaban y me hacían prometer que no volvería a pecar, por miedo a ofender al pobre Jesús que estaba sufriendo allá arriba, en la cruz,

por mis pecados. Ahora el loquero y ella querían que volviera a desembuchar. Pues no.

Dijo que estaba harta de oírme hablar de mi desgraciada infancia católica. No la culpé. Yo también estaba harto de mi infancia desgraciada, de cómo me había seguido desde el otro lado del Atlántico y de cómo me importunaba para que la diera a conocer en público. Alberta dijo que si no seguía con mi terapia, tendría un lío grande.

—¿Terapia? ¿Qué quieres decir?

—Eso es lo que estás recibiendo, y si no aguantas con ella, este matrimonio habrá terminado.

Aquello resultaba tentador. Si volvía a quedarme soltero, tendría libertad para vagar por Manhattan. Podría haber dicho: «De acuerdo. El matrimonio ha terminado», pero lo dejé pasar. Aunque me hubiera quedado libre, ¿qué mujer en su sano juicio me aceptaría a mí, un pedagogo deambulante poco pulido que desembuchaba su vida ante un Jeeves en la calle Noventa y seis Este? Recordé un dicho irlandés: «Más vale llevarse mal que estar solos», y me quedé donde estaba.

En aquel grupo se decían cosas horrorosas. Se hablaba de relaciones sexuales mantenidas con padres, madres, hermanos, hermanas, tíos que venían de visita, la esposa de un rabino, un setter irlandés, relaciones sexuales con un tarro de hígados de pollo, relaciones sexuales con un hombre que había venido a arreglar la nevera y se quedó varios días con la ropa tirada por el suelo de la cocina. Aquéllas eran cosas que uno sólo le contaría a un cura, pero a aquélla gente del grupo no les importaba revelar sus secretos al mundo. Yo sabía algo sobre el sexo. Había leído el *Kamasutra*, *El amante de Lady Chatterley* y *Los ciento veinte días de Sodoma*, del marqués de Sade, pero no eran más que libros y todo transcurría en la imaginación de los autores, según creía yo. D. H. Lawrence y el mismísimo marqués se habrían quedado horrorizados si hubieran asistido a aquel grupo.

Nos sentábamos en semicírculo, y ante nosotros estaba Henry, que escribía en su cuaderno, asintiendo de vez en cuando con la cabeza. Un día se produjo un silencio después de que un hombre contara que había ido a misa y se había llevado a su casa la hostia para masturbarse encima. Dijo

que había sido su manera de cortar toda relación con la Iglesia Católica Apostólica Romana, y que le había resultado tan emocionante que solía repetir el juegucito sólo por lo divertido que era. Sabía que no había en el mundo ningún cura que estuviera dispuesto a absolverlo de tal abominación.

Era mi cuarta sesión con el grupo y no había dicho todavía una sola palabra. En aquel momento me dieron ganas de levantarme y marcharme. Ya no era un gran católico, pero jamás se me habría ocurrido servirme de una hostia para mi disfrute sexual. ¿Por qué no se había limitado aquel hombre a dejar de ir a la iglesia y a ocuparse de sus asuntos?

Henry adivinó lo que estaba pensando. Dejó de escribir y me preguntó si quería decir algo a aquel hombre, y yo sentí que me ardía la cara. Negué con la cabeza. Una mujer pelirroja dijo:

—Ay, vamos. Ya has venido aquí cuatro veces y aún no has dicho palabra. ¿Por qué vamos a desvelar nosotros nuestras cosas para que tú te marches de aquí todos los días tan contento y calladito y vayas a contar nuestros secretos a tus amigos en los bares?

El hombre que había contado lo de la hostia dijo:

—Sí, amiguito, yo acabo de comprometerme, y nos gustaría oír qué nos cuentas. ¿Qué pretendes? ¿Quedarte ahí sentado para que trabajemos nosotros?

Henry preguntó a Irma, una mujer joven que estaba a mi izquierda, qué pensaba de mí, y para mi sorpresa ella me frotó el hombro y dijo que sentía fuerza. Dijo que le gustaría ser alumna en mi clase, que yo debía de ser un buen profesor.

—¿Has oído, Frank? —dijo Henry—. Fuerza.

Comprendí que esperaban que dijera algo. Debía hacer alguna aportación.

—Una vez me acosté con una prostituta, en Alemania —dije.

—Ay, bueno —dijo la pelirroja—. Lo ha intentado, hay que reconocérselo.

—Vaya cosa —dijo el hombre de la hostia.

—Cuéntanoslo —dijo Irma.

—Me metí en la cama con ella.

—¿Y? —dijo la pelirroja.

—Eso es todo. Me metí en la cama con ella. Le pagué cuatro marcos.

Henry me salvó.

—Se acabó el tiempo. Hasta la semana que viene.

No volví nunca. Pensé que quizá llamaría por teléfono para preguntar por qué lo había dejado, pero Alberta dijo que los terapeutas no hacían eso. Tenías que decidirlo por ti mismo, y si no volvías, quería decir que estabas más enfermo que nunca. Dijo que el psicoterapeuta sólo podía hacer algo hasta cierto punto, y que si yo quería jugar con mi salud mental, «que tu sangre caiga sobre tu cabeza».

—¿Qué?

—Es de la Biblia.

Salgo del despacho del profesor Walton, jefe del departamento de Lengua Inglesa en el Trinity College. Había dicho «sí, desde luego» a mi solicitud de admisión para el programa de doctorado, y «sí, desde luego» al tema de mi tesis, «Relaciones literarias entre Irlanda y Estados Unidos, de 1889 a 1911».

—¿Por qué esas fechas límite?

—En 1889 William Butler Yeats publicó su primer libro de poesía, y en 1911, en Filadelfia, el público bombardeó a los actores del teatro Abbey con diversos objetos tras una representación de *El farsante del mundo occidental*.

—Interesante —dijo el profesor Walton.

Y añadió que mi director de tesis sería el profesor Brendan Kenneally, un buen poeta joven y erudito del condado de Kerry.

Yo ya era oficialmente un hombre del Trinity, eminente, alojado en salones de mármol. Intenté salir por el portón principal como quien está acostumbrado a salir por ese portón principal. Fui caminando muy despacio para que los turistas norteamericanos se fijaran en mí. Cuando volvieran a Minneapolis, contarían a la gente que habían visto a un auténtico hombre del Trinity con su aire garboso.

Cuando te aceptan en el programa de doctorado del Trinity, bien puedes celebrarlo subiendo por la calle Grafton hasta la taberna de McDaid donde te sentaste hace mucho tiempo con Mary, la del Bewley. Un parroquiano que estaba en la barra me dijo:

—Ha venido de Estados Unidos, ¿no?

Le pregunté cómo lo sabía.

—Por la ropa. Siempre se reconoce a un yanqui por la ropa —dijo. Me sentí amistoso y le conté lo del Trinity, el sueño hecho realidad. Se volvió hostil.

—Jesús, qué tiempos más jodidos, si tiene que venirse a Dublín para ir a una jodida universidad. ¿Es que en Estados Unidos no las hay a espuestas? ¿O es que no lo querían allí? ¿Y qué es usted, protestante o qué?

¿Estaba de broma? Tendría que acostumbrarme al carácter de los hombres de Dublín.

Empezaba a entender que yo era un extraño, un forastero, un yanqui de vuelta y, para colmo, de Limerick. Había creído que volvería como un héroe triunfador, un yanqui de vuelta con títulos universitarios, licenciado y máster, un hombre que había sobrevivido casi diez años en los institutos de secundaria de Nueva York. Cometí el error de pensar que me integraría en la vida cálida de las tabernas de Dublín. Había creído que me movería en un círculo tan brillante, tan ingenioso y tan literario que los eruditos norteamericanos que rondasen por su periferia retransmitirían todas mis agudezas a los centros académicos de allá, y me invitarían a pronunciar conferencias sobre el mundillo literario irlandés ante las estudiantes irresistibles del Vassar y del Sarah Lawrence.

No pudo ser. Si es que existía un círculo, yo nunca formé parte de él. Rondé por su periferia.

Pasé dos años en Dublín. Mi primer apartamento estaba en Seaview Terrace, cerca de la carretera de Ailesbury, donde vivía Anthony Trollope cuando recorría Irlanda en su caballo como inspector postal y escribía tres mil palabras todas las mañanas. Mi patrona me dijo que su fantasma seguía por allí, y estaba convencida de que en las paredes de su antigua casa estaba escondido el manuscrito de una novela importante. Yo sabía que el fantasma del señor Trollope residía allí por el modo en que se congelaba de

pronto la grasa alrededor de mis huevos fritos y lonchas de panceta cuando él salía a darse su paseo de media noche. Registré el apartamento buscando ese manuscrito hasta que los vecinos se quejaron de mis golpes en las paredes a todas horas. En Dublín me empantané. Empezaba cada jornada con las mejores intenciones. Por la mañana tomaba café en el Bewley y trabajaba en la Biblioteca Nacional o en la biblioteca del Trinity College. A mediodía me decía que tenía hambre y salía dándome un paseo a tomar un sándwich en alguna taberna de las proximidades: la de Neary, la de McDaid, la Bailey. Un sándwich hay que bajarlo con una pinta, y, como dicen los bromistas, un pájaro no vuela con un ala sola. Otra pinta me podía soltar la lengua y ayudarme a charlar con los demás clientes, y no tardaba en convencerme de que lo estaba pasando bien. Cuando cerraban las tabernas para la hora sagrada de la tarde, volvía a tomarme un café en el Bewley. Todo era dejar las cosas para más adelante. Pasaban las semanas, y mi investigación sobre las relaciones literarias entre Irlanda y Estados Unidos no iba a ninguna parte. Me dije que era un ignorante que no sabía nada de literatura norteamericana y sólo conocía a grandes rasgos la irlandesa. Necesitaría algunos antecedentes, y eso significaba leer la historia de ambos países. Cuando leía historia irlandesa, anotaba en fichas todas las referencias a Estados Unidos. Cuando leía historia de Estados Unidos, anotaba en fichas todas las referencias a Irlanda.

No bastaba con leer las historias. Ahora tenía que leer a los grandes autores y descubrir de qué manera estuvieron influidos o influyeron sobre sus colegas del otro lado del Atlántico. Estaba claro que Yeats tuvo relaciones e influencias en Estados Unidos. Estaba claro que Edmund Dowden, del Trinity College, fue uno de los primeros europeos que defendieron a Walt Whitman, pero ¿qué iba a hacer con todo aquello? ¿Qué iba a decir? Y, después de esforzarme tanto, ¿a alguien le importaría todo aquello un pedo de violinista?

Hice otros descubrimientos y recorrí, jadeante, caminos que me alejaban mucho del Trascendentalismo Norteamericano y del Resurgimiento Literario Irlandés. Había relaciones de cómo los irlandeses habían talado y cavado y peleado y cantado en la construcción del canal del Erie, del ferrocarril Union Pacific, y en la propia guerra de Secesión norteamericana.

En bandos opuestos, los irlandeses solían luchar contra sus propios hermanos y primos. Parecía que siempre que había una guerra, los irlandeses luchaban en los dos bandos, incluso en Irlanda. En Limerick, en la escuela, oíamos una y otra vez la historia larga y triste de los sufrimientos de Irlanda bajo la bota sajona, pero apenas se decía una palabra de los irlandeses en Estados Unidos, de lo que habían construido y luchado y cantado. Ahora yo estaba leyendo acerca de la música irlandesa en Estados Unidos, del poderío y el genio de los irlandeses en la política americana, de las hazañas del regimiento 69, de los millones que abrieron a John F. Kennedy el camino hacia el Despacho Oval. Leí relaciones de cómo los yanquis ruines discriminaban a los irlandeses en toda Nueva Inglaterra, y de cómo los irlandeses reaccionaron y se hicieron alcaldes, gobernadores, jefes políticos.

Llevaba un montón de fichas aparte para la historia de los irlandeses en Estados Unidos, un montón que crecía más que el dedicado a las relaciones literarias. Aquello bastaba para que no fuera a las tabernas a la hora del almuerzo, para apartarme del trabajo que debería estar realizando sobre las relaciones literarias entre Irlanda y Estados Unidos.

¿Podría cambiar el tema de mi tesis? ¿Me permitiría el Trinity presentar algún aspecto de la vida de los irlandeses en Estados Unidos, la política, la música, la milicia, el espectáculo?

El profesor Walton dijo que aquello no sería posible en el departamento de Lengua Inglesa. Parecía que me estaba desviando al terreno de la historia, y para ello sería necesaria la aprobación del departamento de Historia, pero dudaba que fuera posible, ya que yo no tenía formación previa en historia. Ya llevaba un año en el Trinity y sólo me quedaría otro año para terminar mi tesis sobre las relaciones literarias entre Irlanda y Estados Unidos. El profesor dijo que hay que mantener la mano en el timón con firmeza.

¿Cómo iba a decir a mi esposa, en Nueva York, que había derrochado un año explorando las cunetas y las zanjas de la historia irlandoesadounidense cuando debía haber estado mejorando mis conocimientos de literatura?

Aguanté en Dublín, intentando vanamente pergeñar algún tipo de tesis. Si iba a almorzar a una taberna y me despejaba la cabeza con una pinta, sin duda me vendría una intuición, una chispa de inspiración. Sin duda. Ponía el dinero en la barra. Me venía la pinta. Nada más.

Me sentaba en un banco en Saint Stephen's Green, deseando a las oficinistas de Dublín. ¿Querrían escaparse conmigo a Coney Island, a la Rockaway, a los Hamptons?

Miraba los patos del estanque y los envidiaba. Lo único que tenían que hacer en el mundo era decir *cua*, chapotear y abrir la boca para que les echaran de comer. No tenían que preocuparse por esa tesis que me estaba matando. ¿Cómo me había metido en esto, y por qué? ¡Jesús! Podría estar en Nueva York, contento con mi suerte, impartiendo mis cinco clases al día, marchándome a casa, tomándome una cerveza, yendo a ver una película, leyendo un libro, arrullando a mi mujer y metiéndome en la cama.

Ah, pero no. Frankie, el pequeño mocosito de los callejones de Limerick quiso elevarse por encima de su lugar, subir en la escala social, mezclarse con gente de mejor clase, la categoría del Trinity College.

Ya ves lo que te pasa, Frankie, por tu ambición mezquina. ¿Por qué no vas corriendo calle abajo a comprarte una bufanda del Trinity? A ver si eso te levanta el ánimo, a ver si te ayuda a escribir ese grandioso estudio original de las relaciones literarias entre Irlanda y Estados Unidos, de 1889 a 1911.

Hay una cosa que se llama «serenarse». Yo la intenté, pero ¿qué me quedaba por serenar?

El segundo año en Dublín se iba consumiendo y yo no encontraba mi lugar allí. No tenía la personalidad ni la confianza en mí mismo necesarias para abrirme la puerta de un grupo, ser un compañero más, pagar mi ronda y hacer los comentarios ingeniosos que supuestamente se oyen en las tabernas irlandesas.

Me sentaba en la biblioteca e iba haciendo crecer mi montaña de fichas. La bebida aumentaba mi confusión mental. Iba a darme largos paseos por la ciudad, subiendo por una calle y bajando por otra. Conocí a una mujer, protestante, y nos acostamos. Se enamoró de mí, y yo no sabía por qué.

Vagaba por las calles de Dublín buscando la puerta. Tenía la idea de que en toda ciudad hay una vía de entrada para el forastero y para el viajero. En Nueva York, para mí, habían sido los centros de enseñanza y los bares y la amistad. En Dublín no había puerta para mí, y tuve que terminar por reconocer lo que me afligía: echaba de menos Nueva York. Al principio me resistía a la sensación. Fuera. Déjame en paz. Adoro Dublín. Mira cuánta historia. Cada calle rebosa de pasado. Cuando era niño y vivía en Limerick, soñaba con Dublín. Sí, pero si, como diría mi tío Pa Keating, vas a hacer los cuarenta, ya es hora de cagar o levantarte del orinal.

Antes de marcharme del Trinity, el profesor Walton echó una mirada a las fichas y dijo: «Uy, uy».

En enero de 1971 regresé a Nueva York como candidato fracasado al doctorado. Alberta estaba embarazada. Se había quedado embarazada el verano anterior, durante los quince días que habíamos pasado en Nantucket. Le dije que podría seguir mi trabajo de investigación en la biblioteca de la calle Cuarenta y dos. Mi bolsa de fichas la impresionó, pero me preguntó qué utilidad tenían.

Todos los sábados me sentaba en la sala de lectura Sur de la biblioteca de la calle Cuarenta y dos. Debería haberme sentado en la sala de lectura Norte en la sección de literatura, pero en la sala Sur encontré *Vidas de los santos*, y eran demasiado apasionantes para pasarlas por alto. Luego encontré por casualidad crónicas de la construcción del Ferrocarril Transcontinental, de cómo competían los chinos y los irlandeses, cada grupo construyendo desde un lado, de cómo los irlandeses bebían y se minaban la salud mientras que los chinos fumaban opio y reposaban, de cómo a los irlandeses les daba igual lo que comían mientras que los chinos se alimentaban de la comida que conocían y les gustaba, de cómo los chinos no cantaban nunca mientras trabajaban y de cómo los irlandeses no dejaban nunca de cantar, total, para lo que les servía a los pobres locos irlandeses.

Alberta pidió baja por maternidad y yo ocupé su puesto en el Seward. Pero un mes después de empezar a trabajar en el Instituto de Secundaria de Seward Park, el director murió de un infarto. Luego coincidí en el ascensor con el nuevo director, que era el jefe de estudios que me había despedido del Instituto de Industrias de la Moda.

—¿Me está siguiendo usted? —le pregunté, y cuando apretó los labios comprendí que tenía los días contados, una vez más.

Pocas semanas más tarde remaché mi perdición. El director me preguntó en presencia de otros profesores:

—Entonces, señor McCourt, ¿ha sido usted padre ya?

—No, todavía no.

—Bueno, y ¿qué quiere usted tener? ¿Niño o niña?

—Oh, a mí me da igual.

—Bueno —dijo él—, con tal de que no salga neutro...

—Bueno, pues si sale así, haré que estudie para que de mayor sea director de instituto.

No tardé en recibir la carta en que me comunicaban que prescindían de mis servicios, firmada por el director adjunto (en funciones). Mitchel B. Schulich.

Habiendo fracasado en todo, me puse a buscar mi lugar en el mundo. Me hice profesor suplente itinerante, errando de un centro a otro. Los institutos me llamaban para trabajar por días, sustituyendo a profesores enfermos. Algunos centros me necesitaban cuando los profesores tenían que ausentarse durante temporadas largas para ejercer de jurados. Me asignaban clases de Lengua Inglesa o de cualquier cosa para la que se necesitara un profesor: Biología, Arte, Física, Historia, Matemáticas. Los profesores suplentes, como yo, flotábamos por alguna parte de los límites de la realidad. Todos los días me preguntaban:

—¿Y quién es usted hoy?

—La señora Katz.

—Ah.

Y eras eso: la señora Katz, o el señor Gordon, o la señorita Newman. Nunca eras tú mismo. Siempre eras «ah».

En el aula no tenía ninguna autoridad. Los directores adjuntos me decían a veces qué debía enseñar, pero los alumnos no prestaban atención, qué remedio. Los que venían a clase hacían caso omiso de mí y charlaban, pedían el pase para ir al baño, apoyaban la cabeza en los pupitres y dormitaban, lanzaban aviones de papel, estudiaban otras asignaturas.

Aprendí a desincentivarlos para que no vinieran siquiera a clase. Si lo que quieres es estar en un aula vacía, lo único que tienes que hacer es ponerte a la puerta del aula y poner mala cara. Llegarán a la conclusión de que eres malo y huirán. Sólo venían a clase los chinos. Sus padres debían de advertírselo. Se sentaban al fondo y se ponían a estudiar, resistiéndose a mis insinuaciones sutiles en el sentido de que también ellos desaparecieran. Los directores y sus adjuntos ponían cara de desagrado cuando me veían sentado tras la mesa del profesor, leyendo el periódico o un libro, en un aula casi vacía. Decían que debía estar dando clase, que para eso me habían contratado.

—Yo daría clase de buena gana —respondía—, pero ésta es una clase de Física y mi licencia es de profesor de Lengua Inglesa.

Sabían que la pregunta era tonta, pero tenían que hacérmela porque para eso eran supervisores:

—¿Dónde están los chicos?

En todos los centros, todo el mundo conocía la regla: cuando veas a un profesor suplente, echa a correr, muchacho, echa a correr.

TERCERA PARTE

Empezando a vivir en el aula 205

Un año después de mi regreso de Dublín, nuestra vieja amiga R'lene Dahlberg me presentó a Roger Goodman, jefe del departamento de Lengua Inglesa del Instituto de Secundaria Stuyvesant. Me preguntó si me interesaría cubrir las clases del señor Joe Curran durante más o menos un mes, mientras éste convalecía de algo. Se decía que el Stuyvesant era el mejor instituto de la ciudad, el Harvard de los institutos, *alma mater* de varios premios Nobel, del mismísimo James Cagney, un instituto donde en cuanto un chico o una chica conseguía la admisión, se le abrían las puertas a las mejores universidades del país. Trece mil candidatos hacían cada año las pruebas de admisión para el Stuyvesant, y el instituto se quedaba con los setecientos mejores.

Ahora enseñaba donde no podría haber sido jamás uno de los setecientos.

Cuando volvió Joe Curran tras varios meses, Roger Goodman me ofreció un puesto permanente. Dijo que los chicos me apreciaban, que era un profesor animado e interesante, que sería una aportación valiosa para el departamento de Lengua Inglesa. Estas alabanzas me avergonzaron, pero dije que sí y que gracias. Me prometí quedarme allí sólo dos años. Los profesores de toda la ciudad se disputaban los puestos en el Instituto de Secundaria Stuyvesant, pero yo quería salir al mundo. Al final de un día de instituto te marchas con la cabeza llena de ruidos de adolescentes, de sus preocupaciones, de sus sueños. Te siguen en la cena, en el cine, en el baño, en la cama.

Intentas quitártelos de la cabeza. Fuera, fuera, estoy leyendo un libro, el periódico, lo que está escrito en la pared. Fuera.

Quería dedicarme a cosas adultas y significativas, ir a reuniones, dictar a mi secretaria, sentarme con gente cautivadora alrededor de largas mesas de caoba en las salas de juntas, ir en avión a convenciones, relajarme en bares de moda, deslizarme en la cama con mujeres seductoras, divertir las antes y después con el ingenio de mi charla íntima, tener casa en Connecticut.

Cuando nació mi hija, en 1971, mis fantasías se desvanecieron ante la dulce realidad que era ella, y empecé a sentirme a gusto en el mundo. Cada mañana daba a Maggie su biberón, le cambiaba el pañal, le metía el culito en agua jabonosa templada en la pila de la cocina, me privaba del periódico de la mañana porque gastaría demasiado tiempo, iba de pie con la multitud de la hora punta en el tren de Brooklyn a Manhattan, caminaba por la calle Quince hasta el Stuyvesant, me abría paso hasta la puerta principal entre una multitud de estudiantes que esperaban la hora, entraba, daba los buenos días al guardia de seguridad, fichaba, tomaba un montón de papeles de mi buzón, daba los buenos días a los profesores que fichaban, abría la puerta de mi aula vacía, el aula 205, abría las ventanas con la pértiga, me sentaba y recorría con la vista los pupitres vacíos, me relajaba durante los pocos minutos que faltaban para que empezara mi primera clase me acordaba de mi hija haciendo gorgoritos esa mañana en la pila de la cocina, veía bailar el polvo en el haz de luz solar que atravesaba el aula, sacaba de un cajón el libro de asistencia y lo abría sobre la mesa, borraba de la pizarra anotaciones de gramática hechas en la última clase de Francés de la escuela nocturna para adultos, abría la puerta del aula, decía hola a la oleada de la primera clase.

Roger Goodman decía que era importante enseñar a hacer diagramas gramaticales. Le encantaba lo que aquello tenía de estructurado y su belleza euclidiana. Yo decía «ah», porque no sabía nada de diagramas gramaticales. Me decía estas cosas durante el almuerzo, en el bar y restaurante Gas House, a la vuelta de la esquina del instituto.

Roger era bajito y calvo —su calvicie se compensaba con sus cejas abundantes y pobladas, negras y grises y con una barbita corta que le daba un aire de duende travieso—.

Almorzaba con los profesores. Era raro que hicieran tal cosa los directores adjuntos, que a mí me recordaban a los Cabot y a los Lodge.

*En Boston, donde hay judías y bacalaos,
donde los Cabot sólo se hablan con los Lodge,
y los Lodge sólo se hablan con Dios.*

Roger venía algunas tardes al Gas House a beber con nosotros. No tenía la menor afectación, siempre estaba alegre, siempre daba ánimos, era un supervisor con el que podías sentirte a gusto. No se daba importancia ni tenía pretensiones intelectuales, y se burlaba de la jerga burocrática. No creo que hubiera sido capaz de decir «posicionamiento pedagógico» sin reírse por lo bajo.

Tenía confianza en mí. Al parecer, me consideraba capaz de impartir clase a cualquiera de los cuatro cursos de secundaria. Hasta me preguntó qué me gustaría enseñar, y me llevó a la sala donde se guardaban los libros, ordenados por cursos. Resultaba deslumbrante verlos dispuestos en hileras, en estanterías que llegaban hasta el techo, a seis metros de altura, y cargados en carritos para llevarlos a las aulas. Había antologías de la literatura inglesa, norteamericana y mundial, montones de ejemplares de *La letra escarlata*, *El guardián entre el centeno*, *El pájaro pintado*, *Moby Dick*, *El doctor Arrowsmith*, *Intruso en el polvo*, *Tendidos en la oscuridad*, *Introducción a la poesía*, de X. E. Kennedy. Había diccionarios, antologías poéticas, relatos, obras de teatro, libros de texto de periodismo y de gramática.

—Llévate lo que te haga falta —dijo Roger—, y si quieres alguna cosa más, podemos encargarla. No tengas prisa. Piénsatelo esta noche. Vámonos a almorzar al Gas House.

El instituto, los libros, el almuerzo. Para Roger, todo era lo mismo. No cambiaba de máscara. Al final de la jornada, cuando los profesores hacían fila para fichar la salida y salir deprisa hacia sus casas, él meneaba las cejas y te invitaba a pasarte por el bar para tomarte la penúltima, una para el camino. Un hombre necesitaba sustento para el largo viaje hasta su apartamento al final de Brooklyn. A veces me llevaba hasta mi casa en coche, conduciendo despacio y con parsimonia los días que caían tres

martinis. Apostado sobre el cojín que elevaba su breve cuerpo, llevaba el volante como si estuviera pilotando un remolcador. Al día siguiente confesaba que no recordaba gran cosa del viaje.

Era la primera vez en todos mis años de enseñanza que me sentía libre en el aula. Podía enseñar lo que quisiera. Si venía gente de fuera a asomar la cabeza por la puerta, no importaba. Cuando Roger venía a hacer una observación, cosa poco frecuente, después escribía informes positivos y entusiastas. Desmontó mi resistencia ante cualquier persona en el mundo que estuviera uno o dos peldaños por encima de mí. Le contaba lo que hacía en mis clases y de él sólo recibía ánimos. A veces me soltaba una palabrita o dos sobre la importancia de enseñar diagramas gramaticales, y yo le prometía intentarlo. Al cabo de algún tiempo, lo tomábamos a broma.

Lo intenté, pero fracasé. Tracé líneas verticales, horizontales, oblicuas, y me quedé después ante la pizarra, perplejo, hasta que un estudiante chino se ofreció voluntario para hacerse cargo de la lección y enseñar al profesor lo que debería haber sabido el profesor.

Mis alumnos tenían paciencia, pero yo notaba por las miradas que se cruzaban y por el tráfico de papelitos entre unos a otros, que me encontraba perdido en el desierto de la gramática. En el Stuyvesant tenían que saber gramática para sus asignaturas de español, francés, alemán, hebreo, italiano, latín.

Roger lo comprendió. Dijo:

—Puede que los diagramas gramaticales no sean tu punto fuerte.

Dijo que algunas personas sencillamente no tienen esa capacidad. R'lene Dahlberg la tenía. Joe Curran la tenía, desde luego. Al fin y al cabo, había estudiado en el Boston Latin, centro que tenía dos siglos y medio más de antigüedad que el Stuyvesant, y mayor prestigio, según aseguraba él. Enseñar en el Stuyvesant era, para él, bajar de categoría. Era capaz de hacer diagramas gramaticales en griego y latín, y seguramente en francés y alemán también. Ésa es la formación que te dan en el Boston Latin. También Jesse Lowenthal tenía la capacidad, pero claro, era de esperar en él. Era el profesor más antiguo del departamento, con su traje elegante de tres piezas, su leontina de oro que le colgaba de un lado a otro del chaleco, sus gafas de montura de oro, sus modales a la antigua, su erudición. Jesse,

que no quería jubilarse, pero que cuando se jubilara tenía pensado dedicar el tiempo a estudiar griego y pasar a la otra vida con unos versos de Homero en los labios. A Roger le agradaba saber que tenía en su departamento un núcleo sólido de profesores de los que se sabía que podían hacer diagramas gramaticales cuando se les pidiera.

Roger decía que era una lástima que Joe Curran tuviera ese problema tan grande con la bebida. De lo contrario, podría haber divertido a Jesse con kilómetros enteros de Homero citados de memoria, y, si a Jesse le apetecía, de Virgilio y Horacio, y del favorito de Joe porque reflejaba su propia rabia, el mismísimo Juvenal.

Joe me decía en el comedor de profesores:

—Léete a Juvenal para que entiendas lo que pasa en este jodido y desgraciado país.

Roger decía que lo de Jesse era una pena.

—Ahí lo tienes, en su crepúsculo, con Dios sabe cuántos años de enseñanza a las espaldas. Ya no tiene la energía de antes para impartir cinco clases al día. Pidió que le redujeran la carga a cuatro, pero no, oh, no, el director dice que no, el superintendente dice que no, en todos los escalones de la burocracia dicen que no, y Jesse dice adiós. Hola, Homero. Hola, Itaca. Hola, Troya. Así es Jesse. Vamos a perder un gran profesor, y, chico, vaya si sabía hacer diagramas gramaticales. Lo que podía hacer ese hombre con una frase y una tiza te dejaba pasmado. Una hermosura.

Si encargabas a los chicos y chicas del Instituto de Secundaria Stuyvesant que escribieran trescientas cincuenta palabras sobre cualquier tema, podía pasar que te escribieran quinientas. Tenían palabras de sobra.

Si encargabas a todos los alumnos de tus cinco clases que escribieran trescientas cincuenta palabras cada uno, tenías ciento setenta y cinco por trescientas cincuenta, o sea, que tenías que leer, corregir, evaluar y poner nota a 43 750 palabras por las noches y los fines de semana. Y eso si tenías la prudencia de encargarles deberes sólo una vez por semana. Tenías que corregir las faltas de ortografía, los errores de gramática, las estructuras defectuosas, los elementos de unión, la chapucería en general. Tenías que

hacer sugerencias sobre el contenido y escribir un comentario general explicando la nota. Les recordabas que no ganaban puntos los trabajos adornados con *ketchup*, mayonesa, café, coca-cola, lágrimas, grasa, caspa. Les recomendabas encarecidamente que escribieran los trabajos en un escritorio o una mesa, y no en el tren, el autobús, las escaleras mecánicas, o entre el barullo de la Pizzería Original de Joe, a la vuelta de la esquina.

Si dedicabas a cada trabajo aunque sólo fueran cinco minutos, esta serie de trabajos te llevaría catorce horas y treinta y cinco minutos. Equivaldría a más de dos días de clase, y a perder el fin de semana.

No te animas a encargar recensiones de libros. Son más largas, y ricas en plagios.

Todos los días me llevaba a casa libros y trabajos en una cartera marrón de imitación cuero. Tenía la intención de instalarme cómodamente en un sillón y leer los trabajos, pero después de una jornada de cinco clases y ciento setenta y cinco adolescentes, no sentía grandes deseos de prolongarla con sus deberes. Aquello podía esperar, maldita sea. Me había ganado un vaso de vino o una taza de té. Ya leería los trabajos más tarde. Sí, una buena taza de té y leer el periódico o darme un paseo por el barrio, o pasar un rato con mi hija pequeña, que me contaba cómo le iba en su escuela y las cosas que hacía con su amiga Claire. Además, estaba obligado a hojear un periódico para estar al día con lo que pasaba en el mundo. Un profesor de Lengua Inglesa debía saber lo que pasaba. Nunca sabías cuándo algún alumno tuyo podía plantear alguna cuestión relacionada con la política internacional o con una obra de teatro *off-Broadway* estrenada hacía poco. No querías encontrarte allí, delante del aula, moviendo la boca sin que saliera nada.

Ésa es la vida del profesor de Lengua Inglesa de instituto.

La cartera se quedaba en el suelo, en un rincón junto a la cocina, nunca lejos de la vista ni de la mente, un animal, un perro que espera que le presten atención. Me seguía con los ojos. No quería esconderla en un armario por miedo a olvidarme del todo de que había trabajos que leer y corregir.

No tenía sentido que intentara leerlos antes de cenar. Esperaría hasta más tarde, ayudaría a lavar los platos, acostaría a mi hija, me pondría a trabajar. Coge esa cartera, hombre. Siéntate en el sofá, donde puedes esparcir las cosas, pon algo de música en el tocadiscos o enciende la radio. Nada que te distraiga. Alguna mermelada sonora. Música para corregir trabajos. Instálate en el sofá.

Reposa la cabeza un momento antes de atacar el primer trabajo que tienes en el regazo, «Mi padrastro el desgraciado». Más angustia de adolescentes. Cierra los ojos un instante. Ah..., déjate llevar, profesor, déjate llevar. Estás flotando. Un leve ronquido te despierta. Trabajos por el suelo. Vuelta al trabajo. Pasa la vista por la redacción. Bien escrita. Enfocada. Organizada. Amarga. Ay, lo que dice esta chica de su padrastro, que se toma demasiadas familiaridades con ella. La invita al cine y a cenar cuando su madre se queda a trabajar hasta tarde. Y también el modo en que la mira. La madre dice que qué bonito, pero hay algo en sus ojos, y además el silencio. La alumna se pregunta qué debe hacer. ¿Me lo está preguntando a mí, al profesor? ¿Y debo hacer algo? ¿He de reaccionar, de ayudarle a salir de su dilema? Si es que existe tal dilema. ¿He de meter la nariz en cuestiones familiares, donde no pinto nada? Puede que se lo esté inventando. ¿Y si digo algo y llega a oídos del padrastro o de la madre? Podría leer este trabajo y evaluarlo con objetividad, felicitar a la alumna por su claridad y por el desarrollo del tema. Para eso estoy aquí, ¿no? No se espera de mí que me meta en las pequeñas disputas familiares, y menos en el Instituto de Secundaria Stuyvesant, donde prefieren «expresarlo todo». Los profesores me dicen que la mitad de estos chicos van a psicoterapia, y que la otra mitad debería hacer otro tanto. Yo no soy asistente social ni psicoterapeuta. ¿Es una voz que pide ayuda a gritos, o es una fantasía adolescente más? No, no, demasiados problemas en estas clases. En los otros centros los chicos no eran así. No hacían de la clase una terapia de grupo. El Stuyvesant es diferente. Podría entregar este trabajo a un orientador. Toma, Sam, encárgate tú de esto. Si no lo hacía, y si luego resultaba que el padrastro abusaba de la chica y el mundo se enteraba de que yo lo había pasado por alto, me convocarían a sus despachos personajes importantes del sistema escolar: directores adjuntos, directores,

superintendentes. Me pedirían explicaciones. ¿Cómo usted, un profesor con experiencia, ha podido permitir que sucediera esto? Mi nombre hasta podría salir a relucir en la tercera plana de los periódicos sensacionalistas.

Haz algunas anotaciones con el bolígrafo rojo. Ponle un 98 sobre cien. La redacción es impresionante, pero hay faltas de ortografía. Felicítala por escribir de manera sincera y madura, y dile: «Janice, prometes mucho y espero ver más muestras de tu trabajo en las próximas semanas».

Tienen unas ideas acerca de la vida privada de los profesores que yo quiero quitarles de la cabeza.

—Pensad en uno de vuestros profesores —les digo—. No digáis a nadie quién es. No lo escribáis. Ahora, imaginaos. Cuando ese profesor o profesora sale del instituto cada día, ¿qué hace? ¿Adónde va?

Tú lo sabes. Después de clase, el profesor se va directamente a su casa. Lleva una cartera llena de trabajos para leer y evaluar. Puede que se tome un té con su cónyuge. Oh, no. El profesor no saldría jamás a tomarse una copa de vino. Los profesores no viven así. No salen. Como mucho, al cine el fin de semana. Cenar. Acuestan a sus hijos. Ven las noticias antes de instalarse definitivamente a leer esos trabajos. A las once es hora de tomarse otra taza de té o un vaso de leche templada para dormir mejor. Después se ponen el pijama, dan un beso a su cónyuge y se quedan dormidos.

Los pijamas de los profesores son siempre de algodón. ¿Qué iba a hacer un profesor con un pijama de seda? Y no, nunca duermen desnudos. Si hablas a los alumnos de la desnudez, parece que se escandalizan. «Hombre, ¿os imagináis a algunos profesores de este instituto desnudos?». Esto siempre desencadena una gran carcajada, y yo me pregunto si están allí sentados imaginándome a mí desnudo.

¿Qué es lo último que piensan los profesores antes de dormirse?

Antes de quedarse dormidos, todos esos profesores, a gusto y calentitos en sus pijamas de algodón, sólo piensan en lo que pueden enseñar al día siguiente. Los profesores son buenos, decentes, profesionales, conscientes, y nunca saltan sobre sus compañeros de cama. Un profesor está muerto del ombligo para abajo.

En 1974, mi tercer año en el instituto Stuyvesant, me ofrecen que sea el nuevo profesor de Creación Literaria.

—Tú puedes hacerlo —dice Roger Goodman.

Yo no sé nada de creación literaria ni cómo enseñarla. Roger dice que no me preocupe. En este país hay centenares de profesores y catedráticos que enseñan creación literaria, y la mayoría no han publicado ni una palabra.

—Y hay que verte a ti —dice Bill Ince, el sucesor de Roger—. Te han publicado cosas aquí y allá.

Le digo que por haber publicado algunas cosas en *The Village Voice*, en *Newsday* y en una revista de Dublín ya desaparecida no me considero cualificado para enseñar creación literaria. No tardará en ser bien sabido que en la cuestión de enseñar creación literaria no sé dónde tengo la mano derecha. Pero recuerdo un dicho de mi madre: «Que Dios nos ayude, pero a veces tienes que jugarle el tipo».

Nunca soy capaz de decir que enseñé creación literaria, o poesía, o literatura, teniendo en cuenta sobre todo que yo mismo siempre estoy aprendiendo. En vez de ello, digo que dirijo un curso o que llevo una clase.

Tengo las habituales cinco clases al día, tres de Lengua Inglesa «normal», dos de Creación Literaria. Hago de tutor de treinta y siete alumnos, con todo el trabajo administrativo que eso supone. En cada semestre me encomiendan una Tarea de Edificio diferente: vigilar los pasillos y las escaleras; comprobar que no se fuma en los baños de los chicos; hacer de sustituto de los profesores ausentes; investigar la presencia de tráfico de drogas; reprimir las conductas escandalosas de cualquier clase; supervisar los comedores de alumnos; supervisar el vestíbulo del centro para cerciorarme de que todos los que entran o salen están provistos de un pase oficial. Cuando están reunidos bajo un mismo techo tres mil adolescentes inteligentes, toda precaución es poca. Siempre están tramando algo. Es su deber.

Cuando anuncié que íbamos a leer *Historia de dos ciudades*, gimieron. ¿Por qué no podían leer *El señor de los anillos*, *Dune*, ciencia-ficción en

general? ¿Por qué no podían...?

Basta. Les solté grandes discursos sobre la Revolución Francesa, sobre la desesperación del pueblo sangrado por la tiranía y la pobreza. Me sentía uno con los franceses pisoteados, y lo estaba pasando muy bien con mi santa indignación. A las barricadas, *mes enfants*.

Me miraron de esa manera, de la que quiere decir: «Ya estamos. Otro profesor con su manía».

—Aunque a vosotros bien poco os importa —decía yo con sorna—. Ahora mismo hay miles de millones de personas que no salen de sus sábanas blancas y calentitas todas las mañanas para hacer sus necesidades en cuartos de baño blancos y calentitos. Hay miles de millones de personas que no saben nada del agua corriente caliente y fría, de las pastillas de jabón perfumado, el champú, el acondicionador, las grandes toallas lujosas y gruesas.

Sus caras decían: «Ay, dejadle que hable. Cuando los profesores son así, no hay manera con ellos. No se puede hacer nada. Si le replicas, saca el bolígrafo rojo y hace esa crucecita roja que te baja la nota. Y entonces tu padre dice: “¿Qué es esto?”, y tú tienes que explicar que el profesor tiene una manía acerca de los pobres o algo así. Tu padre no te cree, y te deja castigado sin salir un millón de años. Así que lo mejor es cerrar la boca. Con los padres y los profesores la mejor política es cerrar la boca. Escúchalo, y ya está».

—Hoy os volveréis a vuestros cómodos pisos y casas, iréis directamente a la nevera, la abriréis, inspeccionaréis lo que hay dentro, no encontraréis nada que os agrada, preguntaréis a mamá si podéis encargar una *pizza*, aunque vais a cenar al cabo de una hora. Ella dice: «Claro, cariño», porque llevas una vida muy dura, ir al instituto todos los días y aguantar a los profesores que quieren que leas a Dickens, y por qué no vas a tener una pequeña gratificación.

Ya mientras soltaba el discurso comprendía que me veían como a uno de tantos pesados y previsibles de dos caras. ¿Sabían que aquello me estaba gustando? El profesor como demagogo. No era culpa de ellos ser burgueses y vivir cómodamente, y ¿no estaba yo siguiendo con la vieja tradición irlandesa del resentimiento? Así que, para el carro, Mac.

En primera fila, ante mis narices, Sylvia levanta la mano. Es negra, menuda y elegante.

—Señor McCourt.

—Sí.

—Señor McCourt.

—¿Qué?

—Está usted perdiendo los estribos, señor McCourt. Tranquilo. Relájese. ¿Dónde está esa gran sonrisa irlandesa de siempre?

Estuve a punto de vociferar que los sufrimientos de los pobres franceses que desencadenaron la Revolución no eran como para sonreír, pero la clase ahogó mi voz con carcajadas y aplausos a Sylvia.

—Eso, Sylvia. Bien dicho, chica.

Levantó la cara para dirigirme una sonrisa. Ay, qué ojazos castaños. Me sentí débil y estúpido. Me hundí en mi silla y dejé que pasaran el resto de la hora bromeando sobre lo que iban a hacer para reformarse. Serían dignos de Charles Dickens. Empezarían por renunciar a la *pizza* de la tarde. El dinero que ahorraran se lo enviarían a los descendientes de los pobres de la Revolución Francesa. O se lo darían a los sin hogar de la Primera Avenida, sobre todo a ese hombre que se ofendía si le ofrecías menos de cinco dólares.

Cuando ya había terminado la clase, Ben Chan se quedó en el aula.

—Señor McCourt, ¿puedo hablar con usted?

Me dijo que él sabía muy bien lo que significaba la pobreza. Los chicos de la clase no entendían nada. Pero no era culpa suya, y yo no tenía por qué enfadarme. Cuando llegó a este país, hacía cuatro años, tenía doce. No sabía inglés, pero estudió mucho y aprendió el inglés y las matemáticas suficientes para superar el examen de ingreso en el instituto Stuyvesant. Se alegraba de estar aquí, y toda su familia estaba muy orgullosa de él. La familia de allá, de China, también estaba muy orgullosa. Había competido contra catorce mil chicos para ingresar en este instituto. Su padre trabajaba seis días por semana, doce horas al día, en un restaurante de Chinatown. Su madre trabajaba en un taller de la parte baja. Todas las noches guisaba la cena para la familia entera, cinco hijos, el marido, ella misma. Después, les ayudaba a preparar la ropa para el día siguiente. Todos los meses hacía que

los más pequeños se probaran la ropa de los mayores para ver si les venía bien. Decía que cuando todos hubieran crecido y la ropa ya no les viniera bien a ninguno, la guardaría para la próxima familia que viniera de China, o se la enviaría allí. Los norteamericanos nunca podrían entender la emoción que sentía una familia china cuando llegaba algo de Estados Unidos. Su madre se aseguraba de que los hijos se sentaran a la mesa de la cocina a hacer los deberes. Él no podía llamar a sus padres con nombres tontos como papá o mamá. Eso sería una gran falta de respeto. Aprendían palabras inglesas todos los días para poder hablar con los profesores y dar la talla. Ben decía que en su familia todos se respetaban entre sí y jamás se reírían de que un profesor hablara de los pobres de Francia, porque lo mismo podía pasar en China, o incluso aquí mismo en el barrio chino de Nueva York.

Yo le dije que la historia de su familia era impresionante y conmovedora, y ¿no sería un homenaje a su madre que él la escribiera y la leyera a la clase?

Oh, no, él no podría hacer eso. De ninguna manera.

—¿Por qué no? Sin duda los chicos de esta clase aprenderían algo y valorarían lo que tienen.

Dijo que no, que jamás podría escribir o hablar a alguien acerca de su familia, porque sus padres se sentirían avergonzados.

—Ben, para mí es un honor que me hayas hablado de tu familia.

—Simplemente quise contarle algo que no contaría a nadie más, por si acaso usted se sentía a disgusto después de la clase.

—Gracias, Ben.

—Gracias a usted, señor McCourt, y no se preocupe por Sylvia. Lo aprecia de verdad.

Al día siguiente, Sylvia se quedó después de clase.

—Señor McCourt, sobre lo que dije ayer... no lo dije con mala intención.

—Ya lo sé, Sylvia. Querías ayudar.

—Tampoco la clase tuvo mala intención. No hacen más que oír a los mayores y a los profesores gritarles constantemente. Pero yo entendí de qué estaba hablando usted. Tengo que aguantar todo tipo de cosas cuando bajo por mi calle todos los días, en Brooklyn.

—¿Qué cosas?

—Bueno, verá usted. Yo vivo en Bedford-Stuyvesant. ¿Conoce usted Bed-Stuy?

—Sí. Un barrio negro.

—Así que en mi calle no hay «naide» que haya ido nunca a la universidad. Uy.

—¿Qué pasa?

—He dicho «naide». Si me oyera mi madre, me haría escribir «nadie» cien veces. Y después me lo haría repetir en voz alta otras cien veces. Así que, lo que digo es que, cuando voy camino de mi casa, ahí en la calle hay chicos que se burlan de mí. «Ay, aquí llega. Aquí llega la blanquita. Eh, doctora, ¿es que te has raspado y te has encontrado esa piel de blanco?». Me llaman *la doctora* porque quiero estudiar «pa» médica... para médica. Claro que me dan pena los pobres franceses, pero allá en Bed-Stuy tenemos nuestros propios problemas.

—¿Qué clase de médica serás?

—Pediatra o psiquiatra. Quiero llegar a los chicos antes de que la calle se apodere de ellos y les diga que no sirven para nada, porque veo en mi barrio a chicos que no se atreven a mostrar lo listos que son, y de buenas a primeras están haciendo el idiota en los solares y en los edificios abandonados. Ya sabe usted que en los barrios pobres hay mogollón... hay muchos chicos listos.

»Señor McCourt, ¿nos contará usted mañana una de esas historias de Irlanda?

—Para ti, doctora Sylvia, recitaría un poema épico. Esto se me quedó clavado en la memoria como una roca, para siempre. Cuando yo tenía catorce años y vivía en Irlanda, trabajaba de repartidor de telegramas. Un día llevé un telegrama a un sitio que se llamaba el convento del Buen Pastor, una comunidad de monjas y seglares que hacían encajes y llevaban una lavandería. En Limerick se contaba que las seglares de la lavandería eran mujeres malas, con fama de perder a los hombres. A los repartidores de telegramas no se nos permitía llamar a la puerta principal, de modo que fui a una puerta lateral. El telegrama que llevaba requería respuesta, así que la monja que me abrió la puerta me dijo que pasara hasta allí y no más, y

esperara. Dejó en su silla un encaje en el que estaba trabajando, y cuando se perdió por el pasillo miré el diseño, un pequeño querubín de encaje que flotaba sobre un trébol. No sé de dónde saqué valor para hablar, pero cuando regresó le dije: «Es un encaje precioso, hermana». «Exacto, niño, y recuerda esto: las manos que han hecho este encaje no han tocado jamás carne de hombre». La monja me miraba con rabia, como si me odiara. Los curas siempre predicaban amor los domingos, pero esa monja seguramente no habría atendido al sermón, y me dije que si volvía a tener que entregar un telegrama en el convento del Buen Pastor, lo metería por debajo de la puerta y echaría a correr.

—Esa monja... —dijo Sylvia—. ¿Por qué era tan mala? ¿Qué problema tenía? ¿Qué tiene de malo tocar carne de hombre? Jesús era hombre. Esa monja es como ese cura malo de James Joyce que habla y habla del infierno. ¿Cree usted en todas esas cosas, señor McCourt?

—No sé qué creo, aparte de que no me pusieron en este mundo para que fuera católico, ni irlandés, ni vegetariano, ni ninguna otra cosa. Es lo único que sé, Sylvia.

Comentando con mis clases *Retrato del artista adolescente*, descubrí que no conocían los siete pecados capitales. Miradas de incompreensión en toda el aula. Escribí en la pizarra: Soberbia, Avaricia, Lujuria, Ira, Gula, Envidia, Pereza.

—¿Cómo podéis divertirlos si no los conocéis?

—Entonces, esto, señor McCourt, ¿qué tiene esto que ver con la creación literaria?

—Todo. No hace falta ser pobres y católicos e irlandeses para ser desgraciados, pero todo ello te da materia para escribir y pretexto para beber. Esperad, lo retiro. Borrado lo del beber.

Cuando se hundió mi matrimonio yo tenía cuarenta y nueve años, Maggie ocho. Estaba arruinado, y dormí en los apartamentos de varios amigos en Brooklyn y Manhattan. La enseñanza me obligó a olvidarme de mis

problemas. En el Gas House o en el bar Lion's Head podía llenar de lágrimas mi cerveza, pero en el aula tenía que seguir adelante con mi actividad.

Pasado algún tiempo pediría un crédito al Montepío de Profesores para alquilar y amueblar un apartamento. Hasta entonces, Yonk Kling me invitó a alojarme en el apartamento que tenía alquilado en la calle Hicks, cerca de la avenida Atlantic.

Yonk era pintor y restaurador, sesentón. Procedía del Bronx, donde su padre había sido un médico de ideas políticas radicales. Cualquier revolucionario o anarquista que estuviera de paso en Nueva York podía contar con una cena y una cama en casa del doctor Kling. Yonk se pasó la Segunda Guerra Mundial trabajando en el Registro de Bajas. Después de las batallas, registraba la zona en busca de cadáveres o de partes de cadáveres. Me dijo que no había querido combatir pero que aquello había sido peor, y que a veces le habían dado ganas de pedir el traslado a la infantería, donde no tenía más que pegar un tiro al otro y seguías adelante. No tenía que recoger las chapas de identificación de los muertos ni registrarles las carteras para ver las fotos de sus esposas e hijos.

Yonk seguía teniendo pesadillas, y el mejor tratamiento o antídoto era un buen pelotazo de coñac, que siempre tenía preparado en su dormitorio. Yo podía calibrar la frecuencia de sus pesadillas por el nivel de la botella.

Pintaba en su cuarto. Pasaba de la cama a la silla y de la silla al caballete, y todo formaba parte de todo lo demás. Cuando se despertaba se quedaba en la cama, se fumaba un cigarrillo, observaba el lienzo en que había trabajado el día anterior. Se llevaba la taza de café de la cocina al dormitorio, donde se sentaba en una silla y seguía mirando el lienzo. De vez en cuando daba un toque a la obra para corregir o borrar algo. Nunca se terminaba el café. Había tazas medio llenas por todo el apartamento. Cuando el café se enfriaba, se cuajaba y en el interior de la taza, a media altura, se quedaba marcado un círculo.

Había una escena que pintaba una y otra vez sobre lienzos de varios tamaños: un grupo de mujeres con turbantes de tonos pastel luminosos y largos vestidos sedosos y flotantes, de pie en una playa mirando hacia el mar. Le pregunté si se había ahogado alguien, o si estaban esperando algo.

Él negó con la cabeza. No lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo? Había puesto allí a esas mujeres, sin más, y no pensaba inmiscuirse en sus vidas. Eso era lo que no le gustaba de determinados pintores y escritores. Se inmiscuían y lo señalaban todo, como si uno no fuera capaz de ver o leer por sí mismo. Van Gogh no hacía eso. Mira Van Gogh. Ahí tienes el puente, el girasol, la habitación, la cara, los zapatos. Extrae tus propias conclusiones. Van Gogh no te las va a dar.

Tenía otros dos temas: los caballos de carreras y los hasidíes danzantes. Presentaba los caballos tomando la curva del hipódromo.

—Allí es donde más fluido es el cuerpo del caballo —decía—. Cualquiera es capaz de pintar un caballo justo después de la salida o llegando a la meta. Eso no es más que un caballo en línea recta, de la nariz hasta la cola, pero cuando toman la curva, hombre, entonces se inclinan y se esfuerzan y derrapan, se ciñen a la curva, buscan hueco para la recta.

Los hasidíes eran desenfrenados: seis hombres vestidos de negro, con sombreros negros y largos abrigos negros, las cabelleras y las barbas sueltas al aire. Casi se oía el lamento agudo del clarinete y el chirrido y el canto del violín.

Yonk decía que a él, personalmente, le importaba un comino la religión, tanto el judaísmo como cualquier otra, pero si alguien era capaz de encontrar el camino hacia Dios por medio de la danza, como los hombres de su cuadro, entonces no le parecían mal.

En el hipódromo Aqueduct lo vi mirar. Parecía el único de los presentes en el hipódromo al que interesaban los que él llamaba «pencos lentos», los que iban rezagados al final del pelotón. No hacía caso de los caballos que llevaban al recinto de ganadores. Ganar era ganar, pero perder te hacía clavar bien los cascos en el suelo. Antes de conocer a Yonk, yo no veía más que grupos de caballos puestos en una dirección y que corrían como desesperados hasta que uno ganaba. Por sus ojos vi un Aqueduct diferente. Yo no sabía nada de pintura ni de la mente del artista, pero comprendí que se llevaba a su casa, en la cabeza, imágenes del caballo y el jinete.

Al oscurecer me invitaba a tomar un coñac en su cuarto que hacía esquina, desde donde contemplábamos la avenida Atlantic hacia el puerto. Los camiones subían la avenida gruñendo, jadeando y zumbando cuando

cambiaban de marcha en el semáforo en rojo, mientras las ambulancias del Hospital Universitario de Long Island aullaban día y noche. Veíamos el letrero luminoso rojo intermitente del bar Montero, lugar de reunión de marineros recién desembarcados de cargueros y portacontenedores y de las damas de la noche que los hacían sentirse bienvenidos en Brooklyn.

Pilar Montero y su marido Joe eran propietarios del bar y del edificio en la avenida Atlantic. Pilar tenía un apartamento libre encima del bar, que podía alquilarme por doscientos cincuenta dólares al mes. Podía dejarme una cama, algunas mesas y sillas, y sé que estarás contento allí arriba, Frankie. Dijo que me apreciaba porque una vez dije que prefería las gaitas españolas a las irlandesas, y no era como el resto de los de Irlanda, que sólo querían pelearse, pelearse, pelearse, era lo único que querían hacer.

El apartamento daba a la avenida Atlantic. El luminoso que ponía BAR MONTERO se encendía y apagaba ante mi ventana, haciendo que mi cuarto de estar pasara del rojo oscuro al negro y del negro al rojo oscuro, mientras los Village People cantaban y hacían retumbar *YMCA* en la máquina tocadiscos de abajo.

No podía contar de ninguna manera a mis alumnos que vivía encima de uno de los últimos bares portuarios de Brooklyn, que todas las noches me esforzaba por ahogar los ruidos de los marineros pendencieros, que me metía algodones en los oídos para amortiguar los chillidos y las risas de las mujeres que ofrecían amor de puerto, que el retumbar de la máquina tocadiscos del bar de abajo, los Village People cantando *YMCA*, me agitaba cada noche en la cama.

Al principio de cada curso decía a los nuevos alumnos de Creación Literaria:

—Estamos metidos en esto juntos. Vosotros, no sé, pero yo esta asignatura me la tomo en serio, y estoy seguro de una cosa: al final del curso habrá en esta aula una persona que habrá aprendido algo, y esa persona, amiguitos, seré yo.

Me parecía ingeniosa esa manera de presentarme como el más interesado de todos, elevándome por encima de las masas, de los perezosos, de los oportunistas, de los indiferentes.

Lengua Inglesa era asignatura obligatoria, pero Creación Literaria era opcional. Podías tomarla o dejarla. La tomaban. Acudían a mis clases en tropel. El aula estaba abarrotada. Se sentaban en los alféizares de las ventanas. Una profesora, Pam Sheldon, me decía: «¿Por qué no le dejan que dé las clases en el estadio de los Yankees?». Así de popular era yo.

¿A qué se debía este entusiasmo por la «creación literaria»? ¿Es que los chicos y chicas sentían el deseo repentino de expresarse? ¿Era por mi pedagogía magistral, por mi carisma, por mi encanto irlandés? ¿Por el viejo factor del *faith and begorrah*?

¿O era que había corrido la voz de que ese tal McCourt no hacía más que soltar el rollo para repartir después notas altas como quien reparte cacahuetes?

No quería ganarme fama de generoso a la hora de poner las notas. Tendría que endurecer mi imagen. Hacerme más estricto. Organizarme. Enfocarme. Había otros profesores de los que se hablaba con miedo y temor. Allá en el quinto piso, Phil Fisher enseñaba matemáticas y

aterrorizaba a todos los que se le ponían delante. Las historias bajaban hasta nuestro piso. Si la materia se te atragantaba o dabas muestras de poco interés, rugía: «Cada vez que abres la boca, incrementas el total de la ignorancia humana», o bien: «Cada vez que abres la boca, menguas el total de la sabiduría humana». No concebía cómo cualquier cerebro humano podría tener dificultades con el cálculo infinitesimal avanzado o con la trigonometría. Se preguntaba por qué aquellos desgraciados estúpidos no eran capaces de captar la elegante sencillez de todo ello.

Al final del curso, sus desgraciados estúpidos presumían de haber conseguido que les diera un aprobado, se jactaban de ello como de un logro. Phil Fisher no te dejaba indiferente.

Ed Marcantonio era jefe del departamento de Matemáticas. Daba clase en un aula situada frente a la mía, al otro lado del pasillo. Impartía las mismas asignaturas de Phil Fisher, pero sus clases eran oasis de razón y de aplicación seria. Se planteaba un problema y él pasaba cuarenta minutos animando o dirigiendo a la clase hacia una solución elegante. Cuando sonaba el timbre, sus alumnos, satisfechos, se deslizaban por los pasillos llenos de serenidad, y cuando aprobaban la asignatura de Ed sabían que se lo habían ganado.

Los adolescentes no siempre están deseosos de que los hagan navegar por mares de especulación e incertidumbre. Les produce satisfacción saber que Tirana es la capital de Albania. No les gusta cuando el señor McCourt pregunta por qué trató mal Hamlet a su madre o por qué no mató al rey cuando tuvo ocasión. Está muy bien pasarse el resto de la hora dando vueltas y vueltas a esta cuestión, pero a uno le gustaría conocer la respuesta antes de que suene el condenado timbre. Con McCourt no, tío. Él hace preguntas, presenta sugerencias, genera confusión, y sabes que está a punto de sonar el timbre y tienes esa sensación visceral, venga, venga, ¿cuál es la respuesta?, y él no hace más que decir ¿qué creéis?, ¿qué creéis?, y suena el timbre y te ves fuera, en el pasillo, sin saber nada, y miras a otros chicos de la clase y se están llevando el dedo a la cabeza y preguntándose de dónde ha salido este tipo. Ves a los chicos de la clase de Marcantonio, que se deslizan pasillo abajo con esa expresión de paz que quiere decir: «Encontramos la respuesta. Encontramos la solución». Llegas a desear que McCourt tenga

una vez, aunque sólo sea una vez, la respuesta a algo, pero no, te devuelve siempre la pelota. Puede que en Irlanda lo hagan así, pero alguien debería decirle que estamos en Estados Unidos y que aquí nos gusta tener respuestas. O puede que él mismo no sepa las respuestas y por eso devuelve siempre la pelota a la clase.

Yo quería enseñar con la pasión de Fisher y la maestría de Marcantonio. Era halagador saber que centenares de alumnos querían estar en mis clases, pero dudaba de sus motivaciones. No quería que me menospreciaran. «Ah, la clase de McCourt no es más que una tontería. No hacemos más que hablar. Darle al bla, bla, bla. Si no sacas sobresaliente en su asignatura, tío, es que eres tonto perdido».

Yonk Kling se estaba tomando un coñac de sobremesa en el Montero. Dijo que yo tenía cara de estar hecho una mierda.

—Gracias, Yonk.

—Tómame un coñac.

—No puedo. Tengo que corregir un millón de trabajos. Ponme una copa de rioja, Pilar.

—Muy bien, Frankie. Te gustan las gaitas españolas. Te gusta el rioja. Búscate una buena chica española. Te tendrá todo el fin de semana metido en la cama.

Me senté en el taburete de la barra y conté a Yonk mi caso. Me parece que soy demasiado fácil. A los profesores fáciles no se les tiene respeto. A un profesor del Stuyvesant lo llamaban *Da de Balde*. Quiero hacer que se ganen la nota. Que tengan respeto. Se están matriculando en mis clases a centenares. Eso me inquieta, la idea de que esos chicos estén diciendo que soy fácil. Una madre vino al instituto y me suplicó que aceptara a su hija en mi clase. Era una mujer divorciada y me ofreció pasar un fin de semana con ella donde yo quisiera. Dije que no.

Yonk sacudió la cabeza y dijo que yo a veces no era demasiado listo, que tenía en mi carácter cierto elemento de intransigencia, y que si no me soltaba iba a caer en una madurez desgraciada.

—Vaya, hombre. Podrías haber repartido alegría a diestro y siniestro. Un fin de semana con la madre, un futuro halagüeño para la hija como escritora. ¿Qué te pasa?

—No me tendrían ningún respeto.

—A la porra el respeto. Tómate otro rioja. No, Pilar, ponle un coñac español, corre de mi cuenta.

—Está bien, Yonk, pero debo moderarme. Tantos trabajos. Ciento setenta trabajos, cada uno de trescientas cincuenta palabras si tengo suerte, de quinientas si no la tengo. Estoy hundido.

Dijo que me merecía dos coñacs, y que no sabía cómo me las arreglaba. Dijo:

—Vosotros los profesores... no sé cómo os las arregláis. Si yo me hiciera profesor, sólo sabría decir una cosa a esos pequeños bastardos: a callar. A callar y se acabó. Dime una cosa, ¿aceptaste a la niña en tu clase?

—Sí.

—Y ¿sigue en pie la oferta de la madre?

—Supongo.

—¿Y tú te quedas aquí sentado, tomando coñac español, cuando podrías estar perdiendo tu integridad de profesor donde quisieras?

Después de pasar quince años en cuatro institutos de secundaria distintos (el McKee, el de Industrias de la Moda, el Seward Park, el Stuyvesant) y en el colegio universitario de Brooklyn, estoy desarrollando instintos perrunos. Cuando aparecen las clases nuevas, en septiembre y febrero, soy capaz de percibir su composición química por el olfato. Yo observo su aspecto y ellos observan el mío. Puedo distinguir los tipos: los interesados y dispuestos; los elegantes; los escépticos; los indiferentes; los hostiles; los oportunistas que están aquí porque han oído decir que soy generoso con las notas; los amantes, que están aquí simplemente para estar cerca de la persona amada.

En este instituto tienes que ganarte su atención, provocarles. Allí los tengo, sentados, fila tras fila, mirándome con caras vivas e inteligentes, dispuestos a dejarme que demuestre quién soy. Antes del Stuyvesant, yo era más capataz que profesor. Derrochaba tiempo de clase en cuestiones de

rutina y disciplina, diciéndoles que se sentaran, que abrieran los cuadernos, considerando sus peticiones del pase para ir al baño, atendiendo a sus quejas. Ahora ya no había conducta incívica.

Ya no había quejas porque uno daba o recibía empujones. No había bocadillos voladores. No había excusas para no enseñar.

Si no cumples, dejarán de tenerte respeto. Afanarse en vano les resulta ofensivo. Si estás diciendo palabrerías o matando el tiempo, se dan cuenta.

En Broadway, el público arropa a los actores con su cortesía y sus aplausos. Las entradas les han costado caras. Se agolpan ante las entradas de artistas y les piden autógrafos. Los profesores de los institutos públicos de secundaria hacen cinco funciones al día. Su público desaparece en cuanto suena el timbre, y sólo les piden autógrafos para los anuarios, el día de la graduación.

Puedes engañar a algunos chicos parte del tiempo, pero cuando llevas puesta la máscara, ellos lo saben, y tú sabes que lo saben. Te obligan a decir la verdad. Si te contradices, exclaman: «Oiga, la semana pasada dijo usted otra cosa». Te encuentras frente a años de experiencia y frente a su verdad colectiva, y si te empeñas en esconderte detrás de la máscara de profesor, los pierdes. Aunque ellos se mientan a sí mismos y a todo el mundo, esperan sinceridad por parte de su profesor.

En el Stuyvesant decidí que cuando no tuviera respuestas, lo reconocería. Simplemente no lo sé, amigos. No, nunca he leído a Buda el Venerable. No tengo claras las ideas sobre el Trascendentalismo. John Donne y Gerard Manley Hopkins pueden resultar difíciles de entender. No sé gran cosa del tratado de compra de Louisiana. He hojeado a Schopenhauer y me he quedado dormido leyendo a Kant. De matemáticas, ni me hablen. Sabía lo que significaba «condigno», pero ya no me acuerdo. Lo de «usufructo» lo tengo claro. Lamento no haber podido terminar *The Faerie Queene*. Volveré a intentarlo algún día, cuando haya dominado a los poetas metafísicos.

No recurriré a la ignorancia como disculpa. No me refugiaré en las lagunas de mi educación. Trazaré un programa de autoformación para convertirme en mejor profesor: disciplinado, tradicional, lleno de erudición, dispuesto a dar respuestas. Repasaré la historia, el arte, la filosofía, la

arqueología. Recorreré de cabo a rabo toda la procesión de la lengua y la literatura inglesa, desde los anglos, los sajones y los jutos hasta los normandos, los isabelinos, los neoclásicos, los románticos, los victorianos, los eduardianos, los poetas de la Primera Guerra Mundial, los estructuralistas, los modernistas, los posmodernistas. Podré tomar una idea y seguir su historia desde una cueva de Francia hasta aquella sala de Filadelfia donde Franklin y los demás forjaron la Constitución de Estados Unidos. Supongo que seré un poco presumido, y hasta puede haber burlas, pero ¿quién va a escatimar al profesor mal pagado un momento para demostrar que un poco de ciencia es un peligro?

Los alumnos nunca dejaban de intentar distraerme de la asignatura tradicional de Lengua Inglesa, pero yo me sabía sus trucos. Seguía contando historias, pero iba aprendiendo a relacionarlas con personajes tales como la Dueña de Bath, Tom Sawyer, Holden Caulfield, Romeo y su reencarnación en *West Side Story*. A los profesores de Lengua Inglesa siempre se les está diciendo: tienes que darle relevancia.

Estaba encontrando mi voz y mi propio estilo de enseñanza. Estaba aprendiendo a sentirme cómodo en el aula. Bill Ince, mi nuevo jefe de departamento, me dio entera libertad, como me había dado Roger Goodman, para poner a prueba ideas nuevas sobre la creación literaria y la literatura, para crear mi propio ambiente en el aula, para hacer lo que quisiera sin intromisiones burocráticas, y mis alumnos tenían la madurez y la tolerancia suficientes para dejarme encontrar mi propio camino sin recurrir a la máscara o el bolígrafo rojo.

Existen dos maneras fundamentales de captar la atención del adolescente norteamericano: el sexo y la comida. Con el sexo hay que tener cuidado. Se enteran los padres, y a ti te llaman a capítulo para que expliques por qué estás permitiendo que tus alumnos escriban relatos que tratan sobre el sexo. Tú haces ver que todo se hizo con buen gusto, con un espíritu romántico más que biológico. Eso no basta.

Kenny Di Falco levantó la voz desde el fondo del aula para preguntarme si quería un mazapán. Enseñaba una cosa blanca, y decía que lo había hecho

él mismo. Yo le dije como buen profesor formal que el reglamento prohibía comer y beber en clase, y que en todo caso qué era el mazapán. «Pruébalo», dijo él. Estaba delicioso. Hubo un coro de peticiones de mazapanes, pero Kenny dijo que no tendría suficientes. Al día siguiente traería treinta y seis mazapanes, que haría él mismo, naturalmente. Luego, Tommy Esposito dijo que traería diversas cosas del restaurante de su padre. Puede que fueran sobras, pero él se encargaría de que estuvieran buenas y calientes. Esto desencadenó un coro de ofertas. Una chica coreana dijo que traería una cosa que preparaba su madre, *kimchee*, una col picante que levantaba ampollas. Kenny dijo que si íbamos a tener toda esta comida, deberíamos dejar la clase, reunirnos al día siguiente en la plaza Stuyvesant y colocarlo todo allí, en el césped. También dijo que nos acordásemos de traer platos y cubiertos de plástico y servilletas. Tommy dijo que no, que él jamás se comería las albóndigas de su padre con cubiertos de plástico. Estaba dispuesto a traer treinta y seis tenedores, y no le importaba en absoluto que los usásemos para otros platos. Propuso también que se dispensara al señor McCourt de traer nada. Ya era bastante duro enseñar a los chicos para tener encima que darles de comer.

Al día siguiente, la gente que paseaba por el parque se detenía a ver lo que hacíamos. Un médico del hospital Beth Israel dijo que nunca había visto tal despliegue de comida. Cuando le ofrecían bocados y tragos, ponía los ojos en blanco y decía «mmm» de gusto, hasta que probó el *kimchee* y tuvo que pedir una bebida fría para aliviarse la quemazón de la boca.

En vez de poner los platos sobre el césped, los colocamos sobre bancos del parque. Había platos judíos (*kreplach*, *matzos*, pescado *geffite*), italianos (lasaña, las albóndigas de Tommy, ravioli, risotto), chinos, coreanos, un pastel de carne enorme para treinta y seis personas, con carne de ternera, patatas y cebollas. Rondaba por allí un coche de policía. Los agentes preguntaron qué pasaba. «No se pueden montar fiestas en el parque sin permiso del ayuntamiento». Les expliqué que aquella era una lección de vocabulario, y que miraran lo que estaban aprendiendo mis alumnos. Los policías dijeron que en la escuela católica nunca habían tenido ninguna lección de vocabulario como aquella, que todo tenía un aspecto delicioso, y yo les dije que bajaran del coche y probaran algo. Cuando el médico del

Beth Israel les dijo que tuvieran cuidado con el *kimchee*, ellos dijeron que adelante con él, que ya tenían experiencia con todas las comidas picantes de Vietnam y Tailandia. Metieron las cucharas y se pusieron a aullar y a pedir algo frío. Antes de marcharse en el coche patrulla, nos preguntaron con cuánta frecuencia pensábamos celebrar estas lecciones de vocabulario.

Los vagabundos se acercaron tímidamente y se abrieron camino entre el grupo, y les dimos un poco de lo que sobraba. Uno escupió un mazapán, diciendo:

—¿Qué porquería es ésta? Aunque yo viva en la calle, eso no les da derecho a insultarme.

Me subí a un banco del parque para anunciar mi nueva idea. Tuve que competir con la charla de los estudiantes, con los murmullos y quejas de los vagabundos, con los comentarios del público curioso, con los ruidos y los bocinazos del tráfico de la Segunda Avenida.

—Escuchad. ¿Estáis escuchando? Quiero que mañana traigáis a clase un libro de cocina. Sí, un libro de cocina. ¿Cómo? ¿Que no tienes un libro de cocina? Bueno, entonces me gustaría organizar una visita a esa familia que no tiene un libro de cocina. Haremos una colecta a vuestro beneficio. No os olvidéis de traer el libro de cocina mañana.

—Señor McCourt, ¿por qué tenemos que traer libros de cocina?

—Todavía no lo sé. Puede que lo sepa mañana. Tengo algo en la cabeza que puede convertirse en una idea.

—Señor McCourt, no se enfade, pero a veces es usted algo raro. Trajeron los libros de cocina.

—¿Qué tiene que ver esto con aprender a escribir? —preguntaban.

—Ya lo veréis. Abrid el libro por cualquier página. Si habéis hojeado el libro y tenéis alguna receta favorita, abridlo por esa página. David, lee la tuya.

—¿Qué?

—Lee tu receta.

—¿En voz alta? ¿Aquí, en clase?

—Sí. Vamos, David. No es pornografía. No tenemos todo el día por delante. Tenemos que leer docenas de recetas.

—Pero, señor McCourt, yo no he leído una receta en mi vida. No he leído un libro de cocina en mi vida. Ni siquiera he frito nunca un huevo.

David. Hoy cobra vida tu paladar. Hoy se dilata tu vocabulario. Hoy te conviertes en *gourmet*.

Una mano.

—¿Qué es un *gourmet*?

Otra mano.

—Un *gourmet* es una persona que sabe apreciar la buena comida y el buen vino, y las mejores cosas de la vida.

Un coro de «ooohs» recorre el aula, y hay sonrisas y miradas de admiración para James, que es el que menos pensaría uno que pudiera conocer algo más allá de los perritos calientes y las patatas fritas.

David lee una receta de pollo al vino. Tiene la voz inexpresiva y cohibida, pero parece que va aumentando su interés según va leyendo la receta, descubriendo ingredientes de los que nunca había oído hablar.

—David, quiero que toda la clase y tú apuntéis la fecha y la hora y el hecho de que en el aula 205 del Instituto de Secundaria Stuyvesant has recitado a tus compañeros la primera receta de tu vida. Sólo Dios sabe dónde te llevará esto. Quiero que todos recordéis que ésta es, probablemente, la primera ocasión en la historia en que una clase de Creación Literaria o de Lengua Inglesa se ha reunido para leer recetas de libros de cocina. David, tomarás nota de la ausencia de una ovación desenfrenada. Has leído esa receta como si estuvieras leyendo una página de la guía telefónica de Nueva York. Pero no te desanimes. Estabas recorriendo un territorio virgen, y estoy seguro de que cuando vuelva a tocarte hacer una lectura, darás todo su valor a la receta. ¿Alguien más?

Un bosque de manos. Elijo a Brian. Sé que es un error y veo venir el comentario negativo. Es otro pequeño imbécil como Andrew el de la silla inclinada, pero yo soy el profesor y estoy por encima de eso, una persona madura, preparada para dejar de lado mi ego.

—Sí, Brian.

Brian mira a Penny, que está en el asiento contiguo. Él es gay y ella es lesbiana. No lo ocultan. No han conocido nunca el armario. Él es bajito y gordo. Ella es alta y delgada, y yergue la cabeza como diciendo: «¿Es que

quieres pelea?». Yo no quiero pelea. ¿Por qué habrán unido sus fuerzas contra mí? Sé que no les caigo bien, y ¿por qué no puedo aceptar ese hecho sencillo? No es posible caer bien a todos y cada uno de los centenares de chicos que tienes todos los años. Hay profesores, como Phil Fisher, a los que importa un comino caer bien o mal. Él diría: «Estoy enseñando cálculo infinitesimal, so zopencos rematados. Si no prestáis atención y si no estudiáis, suspenderéis, y si suspendéis, acabaréis enseñando aritmética a esquizofrénicos». Si todos los chicos de la clase despreciaban a Phil, él los despreciaba a su vez, y les metía el cálculo infinitesimal avanzado en la cabeza a golpes hasta que eran capaces de recitarlo dormidos.

—¿Sí, Brian?

Ah, este Brian es un chico tranquilo. Tiene otra sonrisita para Penny. Va a hacerme *shish kebab*. No se da prisa.

—No sé, señor, eh, McCourt, cómo voy a volver a casa y, eh, decir a mis padres que estamos aquí sentados en una clase de segundo en el Instituto de Secundaria Stuyvesant leyendo, eh, recetas de libros de cocina. Otras clases están leyendo, eh, literatura americana, pero nosotros tenemos que estar aquí leyendo recetas como si fuéramos, eh, retrasados mentales.

Me siento irritado. Quisiera hundir a Brian con un comentario cortante, pero se hace cargo James, el de la definición de *gourmet*.

—¿Puedo decir una cosa? —dice, y mira a Brian—. Tú no haces más que quedarte ahí sentado, criticando. Dime una cosa: ¿estás pegado a tu asiento?

—Claro que no estoy pegado a mi asiento.

—¿Sabes dónde está secretaría?

—Sí.

—Entonces, si no te gusta lo que hacemos aquí, ¿por qué no levantas el culo de esa silla y vas a secretaría y te cambias de clase? Nadie te obliga a quedarte aquí. ¿Verdad, señor McCourt? Pide el traslado —dice James—. Lárgate de aquí. Vete a leer *Moby Dick*, si tienes fuerzas para eso.

Susan Gilman nunca levanta la mano. Todo es demasiado urgente. Es inútil decir que hablar en voz alta sin levantar la mano antes va contra el

reglamento. No hace caso. ¿A quién le importa eso? Quiere que te enteres de que ha visto tu juego.

—Ya sé para qué quiere usted que leamos estas recetas, así, en Voz alta.

—¿Lo sabes?

—Porque parecen poesía en la página, y algunas suenan como poesía al leerlas. Quiero decir que son incluso mejores que la poesía, porque tienen sabor. Y, uau, las recetas italianas son música pura.

—Otra cosa que me gusta de las recetas —interviene Maureen McSherry— es que se pueden leer sin que los profesores latosos de Lengua Inglesa escudriñen el significado profundo.

—Está bien, Maureen, volveremos a tocar ese punto en otra ocasión.

—¿Cuál?

—Lo de los profesores latosos de Lengua Inglesa que escudriñan el significado.

Michael Carr dice que tiene ahí su flauta, y que si alguien quiere recitar o cantar una receta, él lo acompañará tocando. Brian pone cara de escepticismo.

—¿Estás de broma? —dice—. ¿Tocar la flauta con una receta? ¿Es que nos estamos volviendo locos en esta clase?

Susan le dice que corte el rollo y se ofrece a leer una receta de lasaña con acompañamiento de Michael. Mientras lee una receta de albóndigas suecas, el chico toca *Hava Negila*, una melodía que no tiene nada que ver con las albóndigas suecas, y la clase pasa de las risitas a la audición seria, y de ahí a los aplausos y felicitaciones. James dice que deberían hacer giras, con el nombre de Los Albóndigas, o Los Recetas, y se ofrece a hacer de agente suyo, ya que va a estudiar contabilidad. Cuando Maureen lee una receta de bollos irlandeses, Michael toca *La lavandera Irlandesa*, acompañado de golpes y chasquidos de dedos por toda el aula.

La clase cobra vida. Se dicen unos a otros que esto es una locura, la idea misma de leer recetas, de recitar recetas, de cantar recetas mientras Michael adapta su flauta a las recetas francesas, inglesas, españolas, judías, irlandesas, chinas. ¿Y si entrara alguien? Esos pedagogos japoneses que entran y se quedan de pie al fondo del aula para ver cómo enseñan los

profesores. ¿Como explicaría el director lo de Susan y Michael y el Concierto de las Albóndigas?

Brian arroja un jarro de agua fría sobre las actividades. Pide un pase para ir a secretaría y solicitar que le cambien de clase, ya que en ésta no está aprendiendo nada.

—O sea, si los contribuyentes se enteraran de cómo derrochamos nuestros años de enseñanza secundaria cantando recetas, usted se quedaría sin trabajo, señor McCourt. No lo tome como algo personal —dice.

Se vuelve hacia Penny para recibir su apoyo, pero ella está ensayando una receta del libro de cocina de otro alumno. Mira a Brian y sacude la cabeza, y cuando ha terminado con la receta le dice que si se marcha de esta clase está loco. Loco. Dice que su madre tiene una receta de estofado de cordero que es de otro mundo, y que cuando mañana la traiga, le gustaría que Michael estuviera preparado con su flauta. Ay, si pudiera traerse a clase a su madre. Su madre siempre canta cuando prepara ese estofado de cordero en la cocina, y ¿no estaría bien que Penny pudiera leer la receta mientras su madre canta y Michael toca esa flauta tan bonita? ¡Eso sí que estaría bien!

Brian se sonroja y dice que él toca el oboe, y que le encantaría tocar con Michael al día siguiente, mientras Penny hace la receta del estofado de cordero. Penny le apoya una mano en el brazo y dice:

—Sí, lo haremos mañana.

En el tren A, camino de Brooklyn, me siento incómodo al pensar en el rumbo que está tomando esta clase, teniendo en cuenta sobre todo que mis otras clases me están preguntando por qué no pueden ir al parque con comida de todo tipo, y por qué no pueden hacer lecturas de recetas con música. ¿Cómo se puede justificar todo esto ante las autoridades, que no pierden de vista el plan de estudios?

Señor McCourt, ¿qué demonios pasa en esta aula? Hace usted leer a esos chicos libros de cocina, por Dios. ¿Y cantar recetas? ¿Nos está usted tomando el pelo? ¿Tendría la bondad de explicarnos qué tiene esto que ver con la enseñanza de la lengua inglesa? ¿Dónde están sus lecciones de literatura inglesa o norteamericana o de donde sea? Estos chicos, como usted sabe muy bien, se están preparando para asistir a las mejores universidades del país, y ¿es así como quiere prepararlos para que salgan al

mundo? ¿Leyendo recetas? ¿Salmodiando recetas? ¿Cantando recetas? ¿Qué tal una coreografía del estofado irlandés, o de la tortilla clásica occidental, con la música correspondiente, por supuesto? ¿Por qué no dejar del todo la lengua inglesa y la preparación para la universidad, y convertir el aula en una cocina, con lecciones prácticas de gastronomía? ¿Por qué no organizamos el Coro de Recetas del Instituto Stuyvesant y damos conciertos por toda la ciudad y por el mundo, para que se ganen algo estos chicos que perdieron el tiempo en su clase, señor McCourt, y no entraron en la universidad, y ahora preparan la masa en pizzerías o friegan platos en restaurantes franceses de medio pelo en la parte alta? A eso va a llegar la cosa. Puede que estos chicos sepan cantar una receta del paté de lo que sea, pero jamás se sentarán en las aulas de las mejores universidades.

Es demasiado tarde. No puedo aparecer allí mañana y decirles que se acabó, que se olviden de los libros de cocina, que ya no habrá más recetas. Guarda la flauta, Michael. Haz callar a tu madre, Penny. Lo siento por lo del oboe, Brian.

¿Acaso no habíamos tenido tres días de participación completa en la clase, salvo el pequeño momento de rebelión de Brian? Y, por encima de todo, ¿acaso no te divertiste tú, profe?

¿O no has sido más que un tonto de remate, que te has dejado apartar una vez más de Mark Twain y Scott Fitzgerald en las clases de segundo y de Wordsworth y Coleridge en las de tercero? ¿No deberías insistir en que trajeran libros de texto a diario, para que pudieran ahondar y perseguir los significados más profundos?

Sí, sí, pero ahora no, ahora no.

¿Te están tomando el pelo los chicos? ¿Te están llevando la corriente con lo de las recetas y la música? Es la hora del *mea culpa*. ¿Eres, en el fondo, un farsante? ¿Les estás llevando la corriente al ver que te llevan la corriente a ti? Ya te puedes imaginar lo que se dice en la sala de profesores: «El irlandés tiene completamente embaucadas a sus clases. Lo único que hacen (no te lo vas a creer, tío), lo único que hacen es leer libros de cocina. Sí, eso. Nada de Milton, ni de Swift, ni de Hawthorne, ni de Melville. Por Dios, están leyendo *Cocinar con gusto* y a Fanny Farmer y Betty Crocker, y están cantando recetas. ¡Jesús! En el pasillo no se puede hablar con el ruido

de los oboes y las flautas y los cánticos de recetas que salen de su condenada aula. ¿A quién se ha creído que engaña?».

Quizá pudieras encontrar una manera de divertirme menos. Siempre has tenido ingenio para hacerte sufrir a ti mismo, y no quieres perder la práctica. Quizá pudieras intentar otra vez enseñar a hacer diagramas gramaticales, o buscar los significados más profundos. Podrías fustigar a tus desventurados adolescentes con *Beowulf* y las *Crónicas*. Y ¿qué hay de tu grandioso programa de mejora personal, señor Polifacético? Observa tu vida fuera del instituto. No estás integrado en ninguna parte. Eres un periférico. No tienes esposa, y a tu hija la ves rara vez. Ni visión, ni plan, ni meta.

Vete a la cripta, hombre, y ya está. Desvanécete y no dejes ningún legado, más que el recuerdo de un hombre que convirtió su aula en sala de juegos, en sesión de rap y en foro de terapia de grupo.

¿Por qué no? Qué demonios. ¿Para qué están los centros docentes, de todos modos? ¿Consiste acaso la tarea del profesor en servir carne de cañón al complejo militar e industrial? ¿Es que estamos preparando paquetes para la cadena de montaje del sistema empresarial?

Aay, qué serios nos estamos poniendo, y ¿es que me he metido a predicador? Hay que verme a mí: un indeciso con vocación tardía, un vejestorio que no se aclara, descubriendo de cuarentón lo que ya sabían mis alumnos adolescentes. No suspiréis por mí. No quiero que me cantéis endechas. Nada de llantos en el bar.

Me convocan ante el tribunal, acusado de llevar una doble vida. A saber: que en el aula me divierto y privo a mis alumnos de una buena educación, y por las noches me revuelvo en mi lecho de célibe preguntándome: «Dios nos asista, ¿qué es todo esto?».

Debo felicitarme a mí mismo, dicho sea de paso, por no haber perdido la capacidad de hacer examen de conciencia, por no haber perdido el don de encontrarme a mí mismo falto y defectuoso. ¿Por qué temer las críticas de los demás, cuando tú mismo eres el primero que te criticas a ti mismo? Si la cuestión es quién se insulta a sí mismo mejor, yo la tengo ganada antes de que den la salida siquiera. Recojan sus apuestas.

¿Miedo? Eso es, Francis. El pillete de los barrios bajos sigue teniendo miedo a perder su trabajo. Tiene miedo de que lo arrojen a la oscuridad exterior y lo ensordezcan los llantos, los lamentos y el rechinar de dientes. El profesor valeroso y lleno de imaginación anima a los adolescentes a que canten recetas, pero se pregunta cuándo caerá el hacha, cuándo sacudirán la cabeza con escepticismo los visitantes japoneses y darán parte a Washington. Los visitantes japoneses percibirán al instante en mi aula los síntomas de la degeneración de Estados Unidos, y se preguntarán cómo pudieron perder la guerra.

¿Y si cae el hacha?

A la porra con el hacha.

El viernes, el programa de actividades estaba lleno a rebosar. En el aula, cuatro guitarristas pulsaban las cuerdas, el nuevo Brian colaborador ensayaba con su oboe, Michael trinaba con su flauta, Zach extraía temas culinarios de los pequeños bongos que sostenía entre las rodillas, dos chicos tocaban la armónica. Susan Gilman estaba dispuesta a monopolizar la hora de clase con una receta que cubría varias columnas de texto, constaba de cuarenta y siete pasos diferentes y requería ingredientes que no suelen verse en un hogar norteamericano medio. Susan decía que era poesía pura, y Michael estaba tan emocionado que se disponía a componer una pieza para maderas, cuerdas, bongos y la voz de Susan. Pam va a hacer una receta de pato a la pequinesa, en chino cantonés, y su hermano, de otro curso, toca un instrumento de aspecto extraño que ninguno de los presentes en la clase había visto nunca.

Intento incorporar algo de enseñanza.

—Si sois observadores —digo—, habréis reconocido la trascendencia de este hecho. Por primera vez en la historia se va a leer una receta china con música de fondo. Debéis estar atentos a los momentos históricos. El escritor siempre se está diciendo: «¿Qué pasa aquí?». Siempre. Podéis apostar hasta el último centavo a que no encontraríais un momento como éste en ningún período de la historia, china o no china.

Atiendo al hecho histórico. Escribo en la pizarra los números. Empezaremos con Pam y su pato, después Leslie con el bizcocho borracho a la inglesa, Larry con huevos Benedict, Vicky con chuletas de cerdo rellenas.

Las guitarras, los oboes, las flautas, las armónicas, los bongos se van calentando. Los lectores ensayan sus recetas en silencio.

La tímida Pam hace un gesto con la cabeza a su hermano, y empieza el recital del pato a la pequinesa. La receta es larga, Pam la canta con un lamento agudo y su hermano rasguea las cuerdas de su instrumento, es una receta tan larga que los demás músicos empiezan a sumarse, uno tras otro, y cuando Pam está terminando de leer, ya suenan todos los instrumentos, desafiando a Pam a alcanzar unas octavas tan agudas y unos ritmos tan presurosos que el director Murray Kahn sale corriendo de su despacho temiéndose lo peor, y cuando mira por la ventanilla de la puerta y ve esta actuación en marcha no puede menos que entrar, con los ojos abiertos a más no poder, hasta que la voz de Pam se hace más y más suave, los músicos van apagándose, y el pato está listo.

Los críticos de la clase comentaron que Pam debería haber actuado al final. Dijeron que su receta de pato y la música china habían sido tan dramáticas que todo lo demás parecía flojo en comparación. Dijeron, además, que el texto y la música habían estado mal emparejados en muchas ocasiones. Había sido un gran error acompañar el bizcocho borracho a la inglesa con bongos. Le convenía la delicadeza y la sensibilidad del violín, o quizá del clave, y les parecía verdaderamente extraño que nadie pudiera asociar los bongos al bizcocho borracho a la inglesa. Y, hablando de violines, Michael había estado perfecto al acompañar la lectura de los huevos Benedict, y les había gustado mucho la combinación de bongos y armónica para las chuletas de cerdo rellenas. Las chuletas de cerdo rellenas tenían algo que estaba pidiendo la armónica, y ahora les sorprendía descubrir que se podía pensar para cada plato un instrumento que le correspondía. Hombre, esta experiencia requería una manera nueva de pensar. Decían que a los chicos de las otras clases les gustaría poder leer recetas en vez de a lord Alfred Tennyson y Thomas Carlyle. Los demás profesores de Lengua Inglesa estaban enseñando cosas sólidas, analizando

poesía, encargando trabajos de investigación e impartiendo lecciones sobre el empleo correcto de las notas a pie de página y la bibliografía.

Al pensar en los demás profesores de Lengua Inglesa y en las cosas sólidas vuelvo a sentirme intranquilo. Están siguiendo el plan de estudios, preparando a los chicos para los estudios superiores y para el amplio mundo que está más allá. No estamos aquí para divertirnos, profe.

Éste es el Instituto de Secundaria Stuyvesant, la joya de la corona del sistema educativo de Nueva York. Estos chicos son listos entre los listos. Dentro de un año estarán sentados ante catedráticos distinguidos, en las mejores universidades del país. Estarán tomando apuntes, copiando palabras que tendrán que buscar en los diccionarios. Nada de chorradas con libros de cocinas y visitas al parque. Habrá dirección y enfoque y erudición seria, y qué habrá sido de ese profesor que teníamos en el Stuyvesant, ya sabes quién te digo.

Lo anunciaré el lunes. Habrá quejidos y abucheos por lo bajo y comentarios a media voz sobre mi madre, pero tengo que volver al buen camino, como hacen los profesores conscientes. Recordaré a mis alumnos que la misión de este centro es prepararlos para las mejores universidades y facultades, de modo que un día puedan licenciarse y hacer sólidas aportaciones al bienestar y al progreso de este país, pues si este país se tambalea y se hunde, ¿qué esperanza quedará para el resto del mundo? Cuando salgáis de aquí tendréis una gran responsabilidad, y sería un delito por mi parte, como profesor, haceros derrochar vuestras jóvenes vidas leyendo recetas, por mucho que os divierta tal actividad.

Ya sé que todos lo pasamos bien leyendo recetas con acompañamiento musical, pero no nos han traído a este mundo para eso. Tenemos que seguir adelante. Así se hacen las cosas en Estados Unidos.

—Señor McCourt, ¿por qué no podemos leer recetas? ¿Es que una receta de pastel de carne no tiene tanta importancia como esas poesías que nadie entiende? ¿Es que no la tiene? Sin poesía se puede vivir, pero sin comida no.

Intenté mantener un equilibrio entre Walt Whitman y Robert Frost, por una parte, y el pastel de carne y las recetas en general.

Vuelven a quejarse cuando anuncio que voy a recitar mi poesía favorita. Eso me cabrea, y se lo digo:

—Me estáis cabreando.

Silencio consternado. El profesor dice palabras feas. Es igual. Recita la poesía:

*La pequeña Bo Pip
no encuentra sus ovejitas.
Si las deja en paz, volverán solas
meneando las colitas.*

Eh, ¿qué es esto? Eso no es una poesía. Estamos en secundaria y ¿nos suelta las coplas infantiles de *Mamá Ganso*? ¿Acaso nos está tomando el pelo? ¿Está jugando con nosotros?

Vuelvo a recitar la poesía y los animo a que busquen el significado profundo sin más pérdida de tiempo.

—Oh, venga. ¿Es una broma? Que estamos en secundaria, hombre.

—Superficialmente, esta poesía, o esta copla infantil, parece sencilla, un cuento sencillo de una niña que ha perdido a sus ovejas, pero ¿me estáis escuchando? Esto es significativo. Ha aprendido a dejarlas en paz. Bo Pip es tranquila. Confía en sus ovejas. No las molesta mientras ellas pastan con calma por valles, prados, cañadas y laderas. Ellas necesitan su pasto, su fibra, y algún que otro trago de agua en un torrente de montaña cantarín. Además, tienen corderitos que necesitan algún tiempo para estrechar sus vínculos con sus madres después de pasarse el día entero retozando con sus compañeros. No les interesa que venga la gente a entrometerse para cortarles el rollo. Serán ovejas, serán corderos, serán corderitos, serán carneros, pero tienen derecho a un poco de felicidad en común antes de que los conviertan en las chuletas que devoramos, en la lana con que nos vestimos.

—Ay, Dios, señor McCourt, ¿por qué ha tenido que terminar de ese modo? ¿Por qué no ha podido dejar allí a las ovejas y los corderos, todos llenos de amor y disfrutando? Nosotros nos los comemos y nos vestimos con ellos. No está bien.

En la clase hay vegetarianos y veganos que dan gracias a Dios ahí mismo por no tener nada que ver con la explotación de esos pobres animales, y ¿podemos volver al tema de Bo Pip? Quieren saber si intento dar a entender algo en concreto.

—No, no intento dar a entender algo en concreto, sólo quiero decir que me gusta esta poesía por su mensaje sencillo.

—¿Cuál es?

—Que la gente debe dejar de molestar a la gente. La pequeña Bo Pip se contiene. Podría quedarse en vela toda la noche, esperando y sollozando junto a la puerta, pero ella sabe lo que debe hacer. Confía en sus ovejas. Las deja en paz, y ellas vuelven a casa, y ya os podéis imaginar el alegre encuentro, cuántos balidos de gozo y saltos y expresiones de satisfacción por parte de los carneros al recogerse para pasar la noche, mientras Bo Pip hace punto junto a la lumbre, con la felicidad de saber que en su recorrido diario, cuidando de las ovejas y sus crías, no ha molestado a nadie.

En mis clases de Lengua Inglesa del Instituto de Secundaria Stuyvesant, los alumnos estaban de acuerdo en que ni en la televisión ni en el cine de Hollywood había nada tan violento ni tan horrible como el cuento de Hansel y Gretel. Jonathan Greenberg habló de ello.

—¿Cómo vamos a presentar a los niños el cuento de un padre gilipollas, tan dominado por su nueva esposa que está dispuesto a hacer que sus hijos se pierdan en el bosque para que se mueran de hambre? ¿Cómo vamos a contar a los niños que a Hansel y Gretel los encerró en una jaula esa bruja que quería engordarlos para guisarlos? ¿Y hay algo más horrible que la escena en que la empujan a la lumbre? Es una vieja bruja malvada y caníbal, y se tenía merecido lo que le pasó, pero ¿no produciría todo esto pesadillas a un niño?

Lisa Berg dijo que estos cuentos han existido desde hace siglos. Todos nos hemos criado con ellos y los hemos disfrutado y hemos sobrevivido a ellos, así que para qué sacar las cosas de quicio.

Rose Kane estaba de acuerdo con Jonathan. Cuando era pequeña, tenía pesadillas con Hansel y Gretel, y puede que fuera porque ella también tenía una madrastra nueva que era una perra. Una verdadera perra que no habría tenido el menor reparo en dejarlas perdidas a su hermana y a ella en Central Park o en alguna estación remota del metro de Nueva York. Desde que oyó contar a su maestra del primer curso de primaria el cuento de Hansel y Gretel, se negaba a ir a ninguna parte con su madrastra a menos que las acompañase también su padre. Aquello enfurecía tanto a su padre que éste la amenazaba con castigos de todas clases. «Ve con tu madrastra, Rose, o te

quedarás castigada para siempre». Lo que demostraba, desde luego, que estaba completamente dominado por la madrastra, que tenía en la barbilla un lunar como lo tienen todas las madrastras de los cuentos de hadas, un lunar con pelitos de los que ella siempre se estaba tirando.

Al parecer, todo el mundo en la clase tenía su opinión sobre el cuento de Hansel y Gretel, y la cuestión principal era: «¿Contarías este cuento a tus hijos?». Propuse que los que estaban a favor y en contra se sentaran en lados opuestos del aula, y, cosa curiosa, la clase quedó dividida al cincuenta por ciento. También propuse que se designara un moderador, pero el debate estaba muy acalorado, no dejaba indiferente a nadie, y tuve que hacer yo mismo de moderador.

Tardé varios minutos en acallar el alboroto. Los del bando antiHansel y Gretel decían que el cuento podía hacer tanto daño a sus hijos que tendrían que gastarse un dineral en psicoterapia. Tonterías, decían los que estaban a favor. Venga ya. Nadie va a psicoterapia por culpa de los cuentos de hadas. Todos los niños de América y Europa se criaron con estos cuentos.

Los que estaban en contra sacaron a relucir la violencia de Caperucita Roja, cuando el lobo se traga a la abuela sin masticarla siquiera, y la maldad de la madrastra de Cenicienta. No se entiende cómo puede soportar un niño oír o leer estas cosas.

Lisa Berg dijo algo tan notable que provocó un silencio repentino en el aula. Dijo que los niños tienen en la cabeza cosas tan oscuras y profundas que están fuera del alcance de nuestra comprensión.

—Uau —dijo alguien.

Comprendieron que Lisa había hecho un hallazgo. Ellos mismos tampoco estaban tan lejos de la infancia, aunque no les habría gustado que se lo dijeras, y en aquel silencio se percibía que flotaban por el mundo de los sueños de la infancia.

Al día siguiente cantamos fragmentos de mi infancia. Esta actividad no tenía lógica ni significado profundo. No existía la amenaza de un examen que infectase nuestro canto. Yo sentía las punzadas del remordimiento, pero me divertía, y viendo cómo cantaban esos chicos judíos, coreanos, chinos, americanos, supuse que también ellos se estaban divirtiendo. Se sabían las coplas infantiles más conocidas. Ahora tenían melodías para cantarlas:

*La tía Hubbard Hubbard
fue a la despensa pensa
para dar a su perrito un hueso hueso
cuando la abrió, la abrió
no había nada, nada,
y el pobre perrito se quedó en ayunas.*

He aquí el informe de observación que habría escrito yo si hubiera sido vicesuperintendente adjunto de Pedagogía en el Consejo de Educación, calle Livingston, número 110, Brooklyn.

Estimado señor McCourt:

Cuando entré en su aula el día 2 de marzo, sus estudiantes estaban cantando —de manera bastante ruidosa y molesta, puedo añadir— un popurrí de canciones infantiles. Usted los dirigía de una canción a otra sin hacer pausas para la elucidación, la exploración, la justificación, el análisis. De hecho, esta actividad no parecía tener ningún contexto, ningún propósito.

Un profesor de su experiencia podría haber advertido, sin duda, cuántos estudiantes iban ataviados con ropa deportiva, cuántos estaban recostados en sus asientos sacando las piernas al pasillo. No parecía que ninguno tuviera cuaderno ni instrucciones para usarlo. Se dará cuenta usted de que el cuaderno es la herramienta básica de cualquier estudiante de Lengua Inglesa de secundaria, y el profesor o profesora que descuida el uso de esa herramienta está desatendiendo sus obligaciones.

Lamentablemente, en la pizarra no había nada que indicara el tema de la lección del día. A esto puede deberse el hecho de que los cuadernos estuvieran ociosos en las carteras de los estudiantes.

Haciendo uso de mis derechos como vicesuperintendente adjunto de Pedagogía, tras el fin de la sesión interrogué a algunos de sus alumnos sobre el aprendizaje que pudieran haber sacado en limpio aquel día. Me respondieron una vaguedad rayana en el desconcierto, sin tener la menor idea de cuál había sido el propósito de esa actividad de canto. Uno dijo que se había divertido, y el comentario es válido, pero sin duda el propósito de la educación secundaria no es ése.

Sintiéndolo mucho, tendré que dar traslado de mis observaciones al superintendente adjunto de Pedagogía en persona, quien sin duda informará a la superintendente de Pedagogía misma. Es posible que reciba usted una citación para presentarse ante el Consejo de Educación. En tal caso, tiene derecho a acudir acompañado de un representante sindical y/o de un abogado.

Atentamente,

MONTAGUE WILKINSON III

—Muy bien, ya ha sonado el timbre. Volvéis a ser míos. Abrid los libros. Buscad esta poesía, *El vals de mi papá*, de Theodore Roethke. Si no tenéis libro, mirad por encima del hombro de alguien. En esta clase nadie os negará una mirada por encima del hombro. Stanley, ¿quieres leer la poesía en voz alta? Gracias.

El vals de mi papá, de Theodore Roethke.

*Te olía el aliento a whisky
como para marear a un niño;
pero yo me aferraba a muerte:
bailar así era difícil.*

*Retozamos hasta que cayeron
las sartenes del estante.
El semblante de mi madre
no podía desfruncirse.*

*La mano que me sujetaba la muñeca
tenía los nudillos heridos;
cada vez que dabas un traspies
rozaba con la oreja una hebilla.*

*Marcabas el ritmo en mi cabeza
con una mano llena de costras de suciedad.
Luego me llevaste a acostar bailando,
todavía agarrado a tu camisa.*

—Gracias de nuevo, Stanley. Dedicad unos momentos a repasar de nuevo la poesía. Idla absorbiendo. Así que, cuando leísteis la poesía, ¿qué os pasó?

—¿Qué quiere decir con qué os pasó?

—Leísteis la poesía. Pasó algo, algo se movió en vuestra cabeza, en vuestro cuerpo, en vuestra tartera. O no os pasó nada. No estáis obligados a reaccionar a todos los estímulos del universo. No sois veletas.

—¿De qué nos está hablando, señor McCourt?

—Lo que os estoy diciendo es que no tenéis por qué reaccionar a todo lo que os ponga delante un profesor u otra persona cualquiera.

Parecen poco convencidos. Ya, ya. Dígaselo a algunos profesores de por aquí. Se lo toman todo como algo personal.

—Señor McCourt, ¿quiere usted que hablemos de lo que significa la poesía?

—Quisiera que hablaseis de lo que os apetezca hablar, en el entorno general de esta poesía. Acordaos de vuestra abuelita, si queréis. No os preocupéis por el significado «verdadero» de la poesía. Eso no lo sabe ni el poeta mismo. Cuando lo leísteis, pasó algo o no pasó nada. ¿Queréis levantar la mano aquéllos a los que no os pasó nada? Está bien, ninguna mano. Así que os pasó algo en la cabeza, o en el corazón, o en las tripas. Eres escritor. ¿Qué te pasa cuando oyes música? ¿Música de cámara? ¿Rock? Ves una pareja que discute en la calle. Ves a un niño que se rebela contra su madre. Ves a un hombre sin techo que pide limosna. Ves a un político que pronuncia un discurso. Pides a una persona que salga contigo. Observas la reacción de la otra persona. Como eres escritor, siempre te preguntas a ti mismo, siempre, siempre, siempre: «¿Qué pasa aquí, nene?». ¿James?

—Bueno, tal que, esta poesía trata de un padre que baila con su hijo, y no es agradable, porque el padre está borracho y es insensible.

—¿Brad?

—Si no es agradable, ¿por qué se aferraba a muerte?

—¿Mónica?

—Aquí pasan muchas cosas. Al chico lo están arrastrando de un lado a otro de la cocina. El padre lo trata como si fuera una muñeca de trapo.

—¿Brad, de nuevo?

—Hay una palabra reveladora: «retozamos». Es una palabra que indica alegría, ¿no es verdad? O sea, podría haber dicho «bailamos» o algo corriente, pero dice «retozamos», y, como usted nos dice siempre, una sola palabra puede cambiar el ambiente de una frase o un párrafo. Así que «retozamos» produce un ambiente alegre.

—¿Jonathan?

—Puede que me diga usted que esto no viene a cuento, señor McCourt, pero ¿le hizo a usted su padre bailar alguna vez en la cocina?

—Nunca nos hacía bailar en la cocina, pero nos sacaba de la cama en plena noche y nos hacía cantar canciones patrióticas irlandesas y prometer que moriríamos por Irlanda.

—Sí, ya me imaginaba que esta poesía tenía algo que ver con la infancia de usted.

—Es verdad en parte, pero si os he pedido que leyeseis esto ha sido porque capta un momento, un estado de ánimo y puede haber, con perdón sea dicho, puede haber un significado más profundo. Algunos de vosotros queréis aprovechar al máximo todo. ¿Qué hay de la madre? ¿Sheila?

—Lo que sucede en esta poesía es muy sencillo. El tipo tiene un trabajo duro, en una mina de carbón o algo así. Vuelve a su casa con una herida en los nudillos, las manos con costras de suciedad. La mujer está allí sentada, enfadadísima, pero ya está acostumbrada. Sabe que eso va a pasar todas las semanas, cuando él cobre el sueldo. Igual que su padre, ¿verdad, señor McCourt? El chico quiere a su padre porque uno siempre se siente atraído por el más loco. No importa que sea la madre la que saca adelante la casa. Eso el chico lo da por supuesto. De manera que cuando el padre llega a casa, pues está muy animado por lo que ha bebido y emociona también al chico.

—¿Qué pasa cuando termina la poesía? ¿David?

—El padre se lo lleva a la cama bailando. La madre recoge las sartenes y vuelve a ponerlas en el estante. El día siguiente es domingo y el padre se levanta con muy mal cuerpo. La madre prepara el desayuno pero no habla con nadie, y el chico está en un compromiso entre los dos. Sólo tiene unos nueve años, ya que apenas si roza la hebilla del padre con la oreja. A la madre le gustaría largarse y pedir el divorcio, porque está harta de las borracheras y de esa vida de perros, pero no puede, porque está ahí perdida en medio de Virginia Occidental, y cuando uno no tiene dinero, tampoco tiene escapatoria.

—¿Jonathan?

—Lo que me gusta de esta poesía es que es un relato sencillo. Oh..., no. Un momento. No es tan sencillo. Pasan muchas cosas, y hay un antes y un

después. Si quisieras llevar esta poesía al cine, te costaría mucho trabajo dirigir la película. ¿Pondrías al chico en la primera escena, donde la madre y el chico esperan al padre? ¿O lo enseñarías sólo a partir de los primeros versos, donde el chico hacemuecas al oler el *whisky*? ¿Cómo dirías al chico que se aferrara? ¿Levantando los brazos para asirse de la camisa? ¿Cómo harías que la madre frunciera el semblante sin que pareciera mala? Tendrías que decidir qué clase de tipo es ese padre cuando está sereno, porque si es así siempre, ni siquiera darían ganas de hacer una película sobre él. Lo que no me gusta es cómo marca el ritmo dando en la cabeza del chico con la mano sucia, que desde luego demuestra que trabaja duro.

—¿Ann?

—No sé. Ahora que han hablado de ello, hay muchas cosas. ¿Por qué no podemos dejarlo en paz? Aceptar el relato sin más, y sentir lástima del chico y la madre con su semblante, y puede que del padre, sin analizarlo hasta el agotamiento.

—¿David?

—No estamos analizando. Lo único que estamos haciendo es reaccionar. Cuando vas a ver una película, sales comentándola, ¿no?

—A veces, pero esto es una poesía, y ya se sabe lo que hacen los profesores de Lengua Inglesa con las poesías. Analizar, analizar, analizar. Buscar el significado profundo. Eso fue lo que me enemistó con la poesía. Alguien debería cavar una fosa y enterrar el significado profundo.

—Yo sólo os pregunté qué os pasó cuando leíais la poesía. Si no os pasó nada, tampoco es un delito. Cuando yo oigo música *heavy metal* se me ponen los ojos vidriosos. Es probable que algunos de vosotros me la pudiese explicar, y yo intentaría escuchar esa música entendiéndola hasta cierto punto, pero simplemente no me interesa. Uno no está obligado a reaccionar a todos los estímulos. Si *El vals de mi papá* os deja fríos, pues os deja fríos.

—Así será, señor McCourt, pero nosotros tenemos que andarnos con cuidado. Si uno dice algo negativo acerca de cualquier cosa, los profesores de Lengua Inglesa lo toman como cosa personal y se ponen furiosos. Mi hermana tuvo problemas con un catedrático de Lengua Inglesa en la Cornell por el modo en que había interpretado un soneto de Shakespeare. El

catedrático dijo que estaba completamente equivocada, y ella replicó que un soneto se puede leer de cien maneras diferentes, pues de lo contrario ¿por qué se ven en las estanterías mil libros de crítica sobre Shakespeare? Y él se cabreó y le dijo que fuera a hablar con él a su despacho. Por esa vez estuvo amable con ella y ella cedió y dijo que quizá tuviera razón él, y fue a cenar con él a Ithaca, y yo me cabreé con ella por haberse dado por vencida de esa manera. Ahora sólo cruzarnos la palabra para saludarnos.

—¿Por qué no escribes algo acerca de eso, Ann? El caso se sale de lo común: que tu hermana y tú no os habléis por un soneto de Shakespeare.

—Podría, pero entonces tendría que entrar en todo el asunto del soneto, lo que dijo él, lo que dijo ella, y como a mí no me gusta nada meterme con los significados profundos, y como, en todo caso, ella no se habla conmigo, no conozco la historia completa.

—¿David?

—Invéntatela. Aquí hay tres personajes: Ann, su hermana y el catedrático, y está el soneto que está provocando todo el disgusto. Podrías pasarlo muy bien a costa de ese soneto. Podrías cambiar los nombres, dejar el soneto, decir que se trata de una pelea grande a raíz de *El vals de mi papá*, y antes de que te des cuenta tienes un relato del que quieren hacer la película.

—¿Jonathan?

—Sin ánimo de ofender a Ann, no se me ocurre nada más aburrido que un relato acerca de una estudiante universitaria que discute con un catedrático sobre un soneto. O sea, Jesús, con perdón, este mundo se está cayendo a pedazos, la gente se muere de hambre, etcétera, y esas personas no tienen otra cosa que hacer que discutir por una poesía. Yo no compraría nunca ese relato, ni tampoco iría a ver la película aunque me invitaran a verla gratis con toda mi familia.

—Señor McCourt.

—¿Sí, Ann?

—Dígale a Jonathan que me bese el culo.

—Lo siento, Ann. Ese recado se lo tendrás que dar tú en persona. Ha sonado el timbre, pero recordad, no tenéis por qué reaccionar a todos los estímulos.

Siempre que una lección perdía interés, siempre que ellos empezaban a distraerse, cuando eran demasiados los que pedían el pase para ir al baño, yo recurría al «interrogatorio de la cena». Los funcionarios, o mis superiores más inquietos, podrían haberme preguntado: «¿Es ésta una actividad educativa válida?».

—Sí que lo es, damas y caballeros, porque ésta es una clase de creación literaria, y a todo se le puede sacar provecho.

Además, el interrogatorio me hacía sentir como un fiscal jugando con un testigo. Si la clase se divertía, los laureles eran para mí. Era el protagonista: Profesor Magistral, Interrogador, Titiritero, Director de Orquesta.

—James, ¿qué cenaste anoche?

Pone cara de sorpresa.

—¿Qué?

—La cena, James. ¿Qué cenaste anoche?

Parece que hace memoria.

—James, no han pasado ni veinticuatro horas.

—Ah, sí. Pollo.

—¿De dónde salió?

—¿Qué quiere decir?

—¿Lo compró alguien, James, o entró volando por la ventana?

—Mi madre.

—¿De manera que la compra la hace tu madre?

—Bueno, sí, sólo que a veces se nos acaba la leche o algo así y ella manda a mi hermana a la tienda. Mi hermana siempre se queja.

—¿Tu madre trabaja?

—Sí, es secretaria en un bufete de abogados.

—¿Cuántos años tiene tu hermana?

—Catorce.

—¿Y tú?

—Dieciséis.

—De manera que tu madre trabaja y hace la compra, y tu hermana, que es dos años más pequeña que tú, tiene que ir corriendo a la tienda. ¿Nunca te mandan a ti a la tienda?

—No.

—Y bien, ¿quién guisa el pollo?

—Mi madre.

—¿Y qué haces tú mientras tu hermana corre a la tienda y tu madre se afana en la cocina?

—Estoy, tal que, en mi cuarto.

—¿Qué haces allí?

—Poniéndome al día con los deberes o, sabe, oyendo música.

—¿Y qué hace tu padre mientras tu madre guisa el pollo?

—Está, tal que, en el cuarto de estar viendo las noticias en televisión. Tiene que estar al día de las cosas, porque es bróker.

—¿Quién ayuda a tu madre en la cocina?

—A veces la ayuda mi hermana.

—¿Y tú no, ni tu padre?

—No sabemos cocinar.

—Pero alguien tiene que poner la mesa.

—Mi hermana.

—¿Nunca la has puesto tú?

—Sí, una vez, cuando mi hermana estuvo en el hospital por el apéndice, pero no sirvió, porque yo no sabía dónde poner las cosas y mi madre se enfadó y me echó de la cocina.

—Está bien. ¿Quién lleva la comida a la mesa?

—Señor McCourt, no sé por qué me hace usted todas estas preguntas sabiendo lo que le voy a decir. La comida la lleva a la mesa mi madre.

—¿Qué comisteis con el pollo anoche?

—Tal que, sabe, ensalada.

—¿Qué más?

—Patatas asadas, mi padre y yo. Mi madre y mi hermana no las comen porque hacen régimen y la patata es criminal.

—¿Y cómo se puso la mesa? ¿Cenasteis en una mesa con mantel?

—¿Está usted de broma? Cenamos con manteles individuales de paja.

—¿Qué pasó durante la cena?

—¿Qué quiere decir?

—¿Conversasteis? ¿Cenasteis con buena música?

—Mi padre seguía escuchando la televisión, y mi madre se enfadó con él por no atender a la cena, después de todo lo que se había esforzado ella para prepararla.

—Ah, conflicto a la hora de la cena. ¿No comentasteis los hechos del día? ¿No hablasteis del instituto?

—Nah. Después, mi madre se puso a recoger la mesa porque mi padre se volvió a sentar delante del televisor. Mi madre se enfadó otra vez porque mi hermana dijo que no quería comerse el pollo. Dijo que el pollo la estaba engordando. Señor McCourt, ¿por qué hacemos esto? ¿Por qué pregunta usted todo esto? Es muy aburrido.

Se lo pasas a la clase.

—¿Qué creéis vosotros? Estamos en una clase de creación literaria. ¿Habéis aprendido algo acerca de James y su familia? ¿Hay aquí un relato? ¿Jessica?

—Mi madre no aguantaría jamás tanta tontería. A James y a su padre los tratan como a reyes. La madre y la hermana lo hacen todo, y ellos dos no hacen más que matar el rato y esperar que les sirvan la cena. Me gustaría saber quién recoge la mesa y quién lava los platos. No, no hace falta que lo pregunte: la madre, la hermana.

Se agitan las manos, todas de chicas. Veo que quieren atacar a James.

—Esperen, esperen, señoras. Antes de que pongan a James en su punto de mira, quisiera saber si cada una de ustedes es un dechado de virtud en la casa, siempre serviciales, siempre consideradas. Antes de que sigamos adelante, decidme una cosa: ¿cuántas de vosotras, después de cenar anoche, disteis las gracias a vuestras madres, las besasteis y las felicitasteis por la buena cena? ¿Sheila?

—Eso sonaría a falso. Las madres saben que valoramos lo que hacen. Una voz disiente.

—No, no lo saben. Si James diera las gracias a su madre, la pobre se desmayaría.

Seguí actuando para la galería hasta que Daniel me bajó los humos.

—Daniel, ¿qué cenaste anoche?

—Medallones de ternera con una especie de salsa al vino blanco.

—¿Qué comiste con los medallones de ternera al vino blanco?

—Espárragos y una ensalada mixta pequeña con salsa vinagreta.

—¿Algún aperitivo?

—No. Sólo el plato principal. Mi madre opina que echan a perder el apetito.

—Así que los medallones de ternera ¿los guisó tu madre? —No; la criada.

—Ah, la criada. Y ¿qué hacía tu madre?

—Estaba con mi padre.

—De modo que la criada guisó la cena, y supongo que también la sirvió ella...

—Eso es.

—¿Y tú cenaste solo?

—Sí.

—¿En una gran mesa de caoba muy pulida, supongo?

—Eso es.

—¿Con una araña de cristal?

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Tenías música de fondo?

—Sí.

—¿De Mozart, supongo? A juego con la mesa y la araña.

—No. De Telemann.

—¿Y después?

—Pasé veinte minutos escuchando la música de Telemann. Es uno de los favoritos de mi padre. Cuando terminó la pieza, llamé a mi padre.

—Y ¿dónde estaba tu padre, si puedo preguntar?

—Está en el hospital Sloan-Kettering, con cáncer de pulmón, y mi madre está con él constantemente porque se está muriendo.

—Ay, Daniel, lo siento. Deberías habérmelo dicho, en vez de consentir que te sometiera al interrogatorio de la cena.

—No tiene importancia. Se va a morir, de cualquier manera.

Se hizo el silencio en el aula. ¿Qué podía decir yo ahora a Daniel? Había jugado a mi juegucito, el del profesor-interrogador ingenioso y divertido, y Daniel había tenido paciencia conmigo. El aula estaba llena de los detalles de su cena elegante y solitaria. Su padre estaba presente. Velábamos junto a una cama con la madre de Daniel. Recordaríamos siempre los medallones de ternera, la criada, la araña, y a Daniel solo ante la mesa de caoba pulida, mientras su padre agonizaba.

Digo a mis clases que los lunes deberán traer el *New York Times* para que podamos leer las críticas de restaurantes de Mimi Sheraton.

Se miran unos a otros y se encogen de hombros a la manera neoyorquina. Enarcan las cejas. Levantan las manos con las palmas hacia fuera, los codos apoyados en las costillas. Eso indica paciencia, resignación, extrañeza.

—¿Por qué nos pide que leamos críticas de restaurantes?

—Puede que os gusten, y, naturalmente, puede que amplíen y ensanchen vuestro léxico. Eso es lo que debéis comentar con las visitas importantes de Tapón y de otras partes.

—Hombre, venga, hombre, y después nos encargará traer notas necrológicas.

—Es una buena idea, Myron. Podríais aprender mucho leyendo las necrológicas. ¿Las preferiríais a Mimi Sheraton? Podríais traer algunas notas necrológicas llenas de envidia.

—Señor McCourt, quedémonos con las recetas y las críticas de restaurantes.

—De acuerdo, Myron.

Estudiamos la estructura de una crítica de Mimi Sheraton. Nos describe el ambiente del restaurante y la calidad o falta de calidad del servicio. Nos informa sobre cada una de las etapas de la comida: aperitivos, platos principales, postres, café, vino. Escribe un párrafo final a modo de conclusión, en el que justifica las estrellas que ha otorgado o no ha otorgado. Ésta es la estructura.

—¿Sí, Barbara?

—Creo que esta crítica es una de las cosas más ruines que he leído en mi vida. Me estaba pareciendo ver gotear la sangre del papel en su máquina de escribir, o en lo que use ella para escribir.

—Barbara, si pagases una pequeña fortuna por comer en un restaurante como éste, ¿no te gustaría que una persona como Mimi Sheraton te previniera?

Intento centrarme en la crítica, en el empleo del lenguaje, en los detalles, pero a ellos les interesa saber si la autora sale a cenar todas las noches de su vida, y cómo se las arregla.

Dicen que habría que compadecer a una persona que tiene un trabajo así, en el que no puede quedarse en casa sin más y comerse una hamburguesa o un cuenco de cereales con un plátano dentro. Lo más probable es que llegue a su casa por las noches y diga a su marido que no quiere volver a ver un pollo o unas chuletas de cerdo en su vida. El marido, por su parte, nunca tiene el placer de prepararle algo de picar para animarla después de una larga jornada de trabajo, ya que seguramente ella ya ha comido bastante para tirar una semana. Imaginaos el dilema de los maridos y las mujeres de todos esos críticos gastronómicos. El marido no puede invitar nunca a la mujer a cenar sólo por salir a cenar, sin tener que deslizarse las cosas por el paladar para averiguar qué especias se han usado o qué tenía esa salsa. ¿Quién querría comer con una mujer que lo sabe todo sobre la comida y el vino? Te pondrías a mirarla para ver qué cara pone al probar el primer bocado. No; puede que tenga ese trabajo tan distinguido y tan bien pagado, pero te cansarías de la rutina de siempre de tener que comer lo mejor de lo mejor, e imagínate cómo te deja eso por dentro.

Entonces usé por primera vez en mi vida una expresión que nunca había usado. Dije «no obstante», y lo repetí.

—No obstante, voy a hacer de todos vosotros unos Mimi Sheraton.

Les pedí que escribieran acerca del comedor del instituto o de los restaurantes próximos. Nadie escribió críticas positivas acerca del comedor del instituto. Tres terminaron las redacciones con una misma frase: «Es una birria». Había críticas entusiastas de las pizzerías del barrio y del vendedor ambulante de perritos calientes y galletas saladas de la Primera Avenida. El

propietario de cierta pizzería dijo a los estudiantes que le gustaría conocerme y darme las gracias por haber llamado la atención sobre su negocio y por haber honrado así su profesión. Era para quedarse pasmado que aquel profesor con apellido irlandés animase a sus alumnos a que apreciaran las cosas buenas de la vida. Siempre que yo quisiera una *pizza*, no sólo una ración, sino una *pizza* entera, tendría abierta la puerta de par en par, y podría pedir esa *pizza* con lo que quisiera, aunque él tuviera que mandar a comprar en una tienda especializada alguna guarnición que en ese momento no tuviera.

Les discutí la petulancia y la mala intención de sus críticas del comedor del instituto.

—Está bien —dije—, el ambiente es lúgubre. Mimi estaría de acuerdo con vosotros. Este restaurante podría confundirse con una estación de metro o una cantina del Ejército. Os quejáis del servicio. Las mujeres que sirven la comida son demasiado bruscas. No sonríen lo suficiente. Eso os hiere en vuestros sentimientos. Se limitan a tirar la comida, lo que sea, en una bandeja. Bueno, ¿qué esperabais? Si os pusieran a vosotros a hacer un trabajo sin futuro, ya veríamos si sonreíais.

Basta, me digo. Nada de predicar. Ya lo hiciste hace años con tu sermón sobre la Revolución Francesa. Si quieren decir que es una birria, que lo digan. ¿No estamos en un país libre?

Les pregunto qué quieren decir cuando dicen que la comida es una birria.

—Sois futuros escritores. ¿Qué tal subir el nivel de vuestro léxico? ¿Qué diría Mimi?

—Ay, Dios, señor McCourt, ¿por qué siempre tanta Mimi, Mimi, siempre que escribimos sobre la comida?

—Bueno, ¿qué quieres decir con eso de que es una birria?

—Ya sabe. Ya sabe.

—¿Qué?

—Tal que, eso no se puede comer.

—¿Por qué no?

—Sabe a mierda o no sabe a nada.

—¿Cómo sabes tú a qué sabe la mierda?

—Mire, señor McCourt, usted es un buen tipo, pero puede llegar a resultar cargante.

—¿Sabes lo que dijo Ben Jonson, Jack?

—No, señor McCourt, no sé lo que dijo Ben Jonson.

—Dijo: «La lengua desvela al hombre. Habla para que te vea».

—Ah, ¿dijo eso Ben Jonson?

—Eso dijo Ben Jonson.

—Muy ingenioso, señor McCourt. Ben Jonson debería haber cenado con Mimi.

El día de las Familias se libera a los chicos al mediodía, y los padres acuden en tropel de una a tres y otra vez a última hora de la tarde, de siete a nueve. Al final de la jornada te encuentras con los demás profesores que están fichando para salir, y están cansados de haber hablado con centenares de padres. En este instituto hay tres mil chicos, y eso debería representar un total de seis mil padres y madres, pero estamos en Nueva York, donde el divorcio es uno de los deportes más populares y donde los chicos tienen que ir deduciendo quién es quién y qué es qué y cuándo pasará. Tres mil chicos pueden tener diez mil padres y padrastros, todos convencidos de que sus hijos e hijas son los más listos de los listos. Estamos en el Instituto de Secundaria Stuyvesant, donde, desde el momento en que un estudiante ingresa, se le abren de par en par las puertas de las mejores universidades y facultades del país, y si no triunfas es culpa tuya, maldita sea. Las mamás y los papás están tranquilos, llenos de confianza, alegres, seguros de sí mismos, cuando no están preocupados, inquietos, desanimados, inseguros, desconfiados. Tienen grandes expectativas y sólo se conformarán con el éxito. Aparecen en tal cantidad que cada profesor necesita un alumno monitor para que regule el flujo. Están preocupados por el lugar que ocupa su hijo dentro de la clase. ¿Diría yo que Stanley está por encima de la media? Porque ellos opinan que se está volviendo perezoso y que anda con gente que no debe. Han oído contar cosas de la plaza Stuyvesant, cosas de drogas, sabe usted, y con eso ya puede uno perder el sueño. ¿Hace sus tareas? ¿Se ha fijado en algún cambio en su conducta y su actitud?

Los padres de Stanley se están divorciando de manera agria, y no es de extrañar que Stanley esté fastidiado. La madre conserva el clásico piso de

seis habitaciones en el Upper West Side, mientras papá vive en un tugurio allá en el culo del Bronx. Han acordado repartirse a Stanley partiéndolo por la mitad, tres días y medio por semana con cada uno. A Stanley se le dan bien las matemáticas, pero ni siquiera él sabe dividirse a sí mismo de esa manera. Lo toma con buen humor. Convierte su dilema en una especie de ecuación algebraica: si a vale $3\frac{1}{2}$ y b vale $3\frac{1}{2}$ ¿qué es Stanley? Su profesor de matemáticas, el señor Winokur, le pone un 100 sobre 100 sólo por haber pensado en esos términos. Mientras tanto, mi monitora de la tarde de las Familias, que es Maureen McSherry, me dice que el padre y la madre enfrentados de Stanley están sentados en mi aula esperando verme, y, añade Maureen, debe de haber media docena de parejas enfrentadas que no querrán sentarse juntos mientras yo les hablo de sus adoradas criaturas.

Maureen les ha entregado números como los que dan en la panadería, y a mí se me está cayendo el alma a los pies porque da la impresión de que el flujo de padres que entran en la sala no tiene fin. En cuando has terminado con uno, llega otro. Ocupan todos los asientos; hay tres apoyados en el alféizar de la ventana del fondo, como hacen los chicos, cuchicheando, y otra media docena están de pie a lo largo de la pared del fondo. Quisiera poder pedir a Maureen que anunciara un receso, pero eso no se puede hacer en un centro como el Stuyvesant, donde los padres conocen sus derechos y nunca están faltos de palabra.

—Atención —susurra Maureen—. Aquí llega Rhonda, la madre de Stanley. Es capaz de comérselo crudo.

Rhonda apesta a nicotina. Se sienta, se inclina hacia mí y dice que no me crea una palabra de lo que me diga el padre de Stanley, ese hijo de perra. Ni siquiera soporta pronunciar el nombre de ese canalla, y le da lástima el pobre Stanley, porque le ha caído en suerte ese gilipollas como figura paterna, y, en todo caso, ¿cómo le va a Stanley?

—Ah, bien. Escribe bastante bien, y es popular entre los demás chicos.

—Bueno, pues es un milagro, teniendo en cuenta lo que está pasando con el sinvergüenza del padre, que no deja de correr detrás de todas las faldas que se le cruzan. Yo hago todo lo que puedo cuando tengo a Stanley conmigo, pero él no puede concentrarse tres días y medio por semana sabiendo que los otros tres y medio tendrá que pasarlos en ese tugurio del

Bronx. Lo que pasa es que ha empezado a pernoctar en casas de otros chicos. Él me dice eso, pero resulta que me he enterado de que tiene una novia con padres absolutamente liberales, y tengo mis sospechas.

—Me temo que no sé nada de eso. No soy más que su profesor, y es imposible entrar en las vidas privadas de ciento setenta y cinco chicos cada semestre.

Rhonda tenía una voz penetrante, y los padres que esperaban turno se revolvían en sus asientos, levantando los ojos al techo, impacientes. Maureen me dijo que atendiera al reloj, que no dedicase a cada padre más de dos minutos, ni siquiera al padre de Stanley, que exigiría igualdad de tiempo.

—Hola, soy Ben —dijo—. El padre de Stanley. Ya he oído lo que ha dicho ésa, la psicoterapeuta. Yo no mandaré a su consulta ni a un perro. — Se rió y sacudió la cabeza—. Pero no entremos en eso. Ahora lo que tengo es el problema de Stanley. Después de la educación que ha recibido, después de pasarme tantos años ahorrando para mandarlo a la universidad, él quiere echarlo todo a rodar. ¿Sabe usted lo que quiere hacer? Ir a un conservatorio de Nueva Inglaterra y estudiar guitarra clásica. Dígame usted, ¿es que se gana dinero tocando la guitarra clásica? Le dije... pero mire, no voy a robarle su tiempo, señor McCord.

—McCourt.

—Eso. No voy a robarle su tiempo, pero le dije: «Por encima de mi cadáver». Habíamos acordado desde el primer día que sería contable. Nunca ha habido la menor duda al respecto. O sea, ¿para qué estoy trabajando? Yo mismo soy censor jurado de cuentas, y si tiene algún problemilla le ayudaré con mucho gusto. No, señor. Nada de guitarra clásica. Le digo: «Anda y sácate la licenciatura en contabilidad, y toca la guitarra en tu tiempo libre». Él se hunde. Se echa a llorar. Me amenaza con irse a vivir con su madre, y eso no se lo desearía yo ni a un nazi. Así que me pregunto si usted podría decirle unas palabritas. Sé que le gusta su clase, le gusta interpretar recetas de cocina y las cosas que hacen aquí.

—Me gustaría poder ayudar, pero no soy orientador profesional. Soy profesor de Lengua Inglesa.

—¿Ah, sí? Bueno, por lo que me cuenta Stanley de su clase, lo que menos hace usted aquí es enseñar Lengua Inglesa. Dicho sea sin ánimo de ofender, pero no sé qué tiene que ver la cocina con la Lengua Inglesa. En todo caso, gracias, y ¿cómo le va al chico?

—Le va bien.

Suena el timbre, y Maureen, que no es nada tímida, anuncia que se ha terminado el tiempo pero que tendrá mucho gusto en tomar nota de los nombres y teléfonos de cualquiera que quiera acudir al centro algún día lectivo para mantener una charla de un cuarto de hora. Hace circular una hoja de papel, que se queda en blanco. Quieren que los atienda aquí y ahora. Dios, llevan esperando media tarde mientras los otros pirados soltaban la hebra sobre los descentrados de sus hijos, que no es de extrañar que estén descentrados, con esos padres que tienen. Los que se sienten defraudados me siguen por el pasillo preguntándome cómo le va a Adam, a Sergei, a Juan, a Naomi. ¿Qué clase de instituto es éste donde uno no puede conseguir que un profesor le preste atención durante un minuto, entonces para qué pago los impuestos?

A las nueve, los profesores que se reúnen junto al reloj de fichar para la salida hablan de ir a tomar algo en el Gas House, a la vuelta de la esquina. Nos sentamos en una mesa del fondo y pedimos jarras de cerveza. Estamos ecos de tanto hablar, hablar, hablar. Jesús, qué tardecita. Cuento a R'lene Dahlberg y a Connie Collier y a Bill Tuohy que en todos los años que llevo en el Stuyvesant sólo un padre de alumno, concretamente una madre, me preguntó si su hijo disfrutaba del instituto. Le dije que sí, que parecía que disfrutaba. Ella sonrió, se levantó, me dio las gracias y se marchó. Sólo una madre en todos estos años.

—Lo único que les importa es el éxito y el dinero, el dinero, el dinero —dice Connie—. Tienen expectativas para sus hijos, grandes esperanzas, y nosotros somos como trabajadores de una cadena de montaje: ponemos una piececita aquí, otra piececita allá, hasta que al final sale el producto terminado, listo para cumplir, para el padre y para la empresa.

Apareció por el Gas House un grupo de padres. Una madre vino hasta mí.

—Muy bonito —dijo—. Tiene tiempo para trasegar cerveza, pero no puede dedicar un minuto a una madre que ha estado esperando media hora para verle.

Le dije que lo sentía.

—Ya —dijo ella, y fue a reunirse con su grupo en otra mesa. Aquella tarde de padres me había dejado tan machacado que bebí demasiado y a la mañana siguiente me quedé en la cama. ¿Por qué no dije a aquella madre, sin más, que me besara mi realísimo culo irlandés?

En mi clase, Bob Stein jamás se sentaba en un pupitre. Puede que fuera por su masa corporal, pero lo que creo es que lo aliviaba apoyarse en el alféizar de la ventana del fondo, amplio y profundo. En cuanto se instalaba, sonreía y saludaba con la mano, diciendo:

—Buenos días, señor McCourt. ¿Verdad que hace un día estupendo?

Durante todas las estaciones del año escolar llevaba una camisa blanca de cuello abierto, con el cuello blanco por encima de las solapas grises de su chaqueta de *sport*. Contó a la clase que la chaqueta había sido de Orson Welles, y que si conocía alguna vez a Welles tendrían algo de qué hablar. Si no fuera por la chaqueta, no sabría qué decir a Orson Welles, pues sus intereses eran completamente distintos de los del actor.

Llevaba unos pantalones cortos que eran unos pantalones largos cortados por las rodillas, y no, no hacían juego con la chaqueta, de modo que no había relación con Orson Welles.

Llevaba unos calcetines grises tan pesados que le caían en montones de lana sobre las botas amarillas de albañil.

No llevaba cartera, ni libros, ni cuadernos, ni bolígrafo. Decía en broma que en parte era culpa mía, por la pasión con que había hablado una vez de Thoreau, y de que hay que simplificar, simplificar, simplificar, y liberarse de las posesiones.

Cuando había en clase alguna tarea escrita o algún examen, me preguntaba si tenía la bondad de prestarle un bolígrafo y algo de papel.

—Bob, ésta es una clase de Creación Literaria. Se requieren ciertos materiales.

Él me aseguraba que todo iría bien y me recomendaba que no me preocupara. Desde el alféizar me dijo que empezaban a asomarme a la cabeza las nieves, y que debía disfrutar de los años que me quedaban.

—No, no —dijo a la clase—. No os riáis.

Pero ya estaban riendo como locos, y con tanto ruido que tuve que esperar a que se callaran para volver a oírle. Dijo que dentro de un año me acordaría de este momento y me preguntaría por qué había derrochado mi tiempo y mis emociones porque él no tuviera bolígrafo ni papel.

Tuve que representar el papel del profesor severo.

—Bob, si no participas, puedes suspender la asignatura.

—Señor McCourt, me parece increíble que me esté diciendo esto usted, precisamente, con su infancia desgraciada y todo lo demás, señor McCourt. Pero no importa. Si me suspende usted, repetiré la asignatura. No hay prisa. ¿Qué importan un año o dos más o menos? Puede que le importen a usted, pero yo sólo tengo diecisiete años. Tengo todo el tiempo del mundo, señor McCourt, aunque usted me suspenda.

Preguntó a la clase si alguien quería sacarlo del apuro prestándole bolígrafo y papel. Se lo ofrecieron diez, pero él aceptó los del que tenía más cerca, para no tener que bajarse de su alféizar.

—¿Lo ve usted, señor McCourt? —dijo—. Vea lo buena que es la gente. Mientras ellos lleven esas carteras tan grandes, yo no tendré que preocuparme por los materiales.

—Sí, sí, Bob, pero ¿de qué te va a servir eso la semana que viene, cuando tengamos el gran examen sobre *Gilgamesh*?

—¿Qué es eso, señor McCourt?

—Viene en el libro de Literatura Universal, Bob.

—Ah, sí, recuerdo ese libro. Un libro grande. Lo tengo en casa, y mi padre está leyendo las partes que hablan de la Biblia y todo. Mi padre es rabino, sabe usted. Se alegró mucho de que nos diera usted ese libro en el que salen los profetas y todo, y dijo que usted debe de ser un gran profesor, y que va a venir a verlo la tarde de las Familias. Yo le dije que usted es un gran profesor, sólo que tiene esa manía de los bolígrafos y el papel.

—Basta ya, Bob. No has mirado el libro siquiera.

Me instó de nuevo a que no me preocupara, ya que su padre, el rabino, solía hablar del libro, y él, Bob, se enteraría de todo lo relacionado con Gilgamesh y con cualquier otra cosa que sirviera para tener contento al profesor.

La clase volvió a estallar de nuevo, los alumnos se abrazaban, se intercambiaban palmadas en las manos.

Yo también sentía ganas de estallar, pero tenía que mantener la dignidad de profesor. Dije de un lado a otro del aula, alzando la voz entre las risitas, los suspiros y las carcajadas:

—Bob, Bob. Lo que me pondría contento sería que leyeras el libro de Literatura Universal y dejaras en paz a tu pobre padre.

Dijo que a él le encantaría leerse el libro de cabo a rabo, pero que no encajaba en sus planes.

—Y ¿cuáles son tus planes, Bob?

—Voy a ser granjero.

Sonrió, agitando el bolígrafo y el papel que le había cedido tan amablemente Jonathan Greenberg, y dijo que lamentaba haber interrumpido la clase y que quizá debiésemos empezar a escribir lo que yo quería que escribiésemos desde el principio de la hora, ya que el tiempo corría deprisa. Él, Bob, estaba preparado, y proponía a la clase que guardase silencio para que el señor McCourt pudiera seguir adelante con su trabajo. Les dijo que la enseñanza es el trabajo más difícil del mundo y que bien lo sabía él, porque una vez, en un campamento de verano, él había intentado dar a un grupo de niños pequeños una lección sobre las cosas que crecen en la tierra pero no le hacían caso, corrían por ahí persiguiendo a los bichos, hasta que él se enfadó y dijo que les iba a dar una patada en el culo, y así terminó su carrera en la enseñanza, o sea que tened un poco de consideración al señor McCourt. Pero antes de que entrásemos en materia quería explicar que él no tenía nada en contra de la literatura universal, sólo que ahora no leía más que publicaciones del Departamento de Agricultura y revistas relacionadas con la vida en el campo. Dijo que en la agricultura y la ganadería hay más de lo que se ve a primera vista, pero que ése era otro tema y se daba cuenta de que yo quería seguir adelante con mi lección, y ¿de qué trataba esa lección, señor McCourt?

¿Qué iba a hacer yo con aquel chico grande del alféizar, judío y afiliado a los Futuros Granjeros de Estados Unidos? Jonathan Greenberg levantó la mano y preguntó qué tenía la agricultura y la ganadería que no se veía a primera vista. Bob puso cara de tristeza por un momento.

—Se trata de mi padre —dijo—. Le cuesta trabajo aceptar lo del maíz y los cerdos. Dice que los judíos no comen maíz en mazorca. Dice que puedes subir y bajar por las calles de Williamsburg y de Crown Heights y mirar por las ventanas de los judíos a la hora de cenar y que no verás jamás a nadie mordisqueando una mazorca de maíz. Es que, sencillamente, no es cosa judía. Se manchan las barbas. Enséñame a un judío comiendo maíz en mazorca, y te enseñaré a uno que ha perdido la fe. Eso lo dice mi padre. Pero la gota que colmó el vaso fue lo de los cerdos. Dije a mi padre que me gustaban. No es que piense comérmelos ni nada de eso, pero sí que me gustaría criarlos y vendérselos a los gentiles. ¿Qué tiene eso de malo? La verdad es que son unos animalitos muy agradables, y pueden ser muy cariñosos. Dije a mi padre que yo me casaría y tendría hijos y que a ellos les gustarían los cochinitos. Estuvo a punto de volverse loco, y mi madre tuvo que irse a acostar. Quizá no debí decírselo, pero ellos me habían enseñado a decir la verdad, y tarde o temprano iba a salir a relucir.

Sonó el timbre. Bob se bajó del alféizar y devolvió el bolígrafo y el papel a Jonathan. Dijo que su padre, el rabino, vendría a verme la semana siguiente, la tarde de las Familias, y que lamentaba haber interrumpido la clase.

El rabino se sentó ante mi mesa, alzó las manos al cielo y dijo *oí*. Pensé que estaba de broma, pero al ver cómo apoyaba la barbilla en el pecho y cómo sacudía la cabeza, comprendí que aquél no era un rabino feliz.

—A Bob, ¿cómo le va? —dijo. Tenía acento alemán.

—Bien —dije.

—Nos está matando, nos está partiendo los corazones. ¿Se lo ha dicho a usted? Quiere ser granjero.

—Es una vida sana, señor Stein.

—Es un escándalo. No vamos a pagarle una educación universitaria para que pueda criar cerdos y maíz. En nuestra calle nos señalarán con el dedo. Esto matará a mi esposa. Le hemos dicho que si quiere seguir por ese camino, tendrá que pagárselo él, y eso es definitivo. Él dice que no nos preocupemos. Hay amplios programas gubernamentales con becas para chicos que quieren ser granjeros, y él está muy bien enterado de eso. Tiene la casa llena de libros y cosas de Washington y de no sé qué escuela universitaria de Ohio. Así que lo estamos perdiendo, señor McCourt. Nuestro hijo ha muerto. No podemos tener un hijo que convive con cerdos.

—Lo siento, señor Stein.

Seis años más tarde me encontré con Bob en Lower Broadway. Era un día de enero, pero él iba vestido como de costumbre, con pantalones cortos y su chaqueta de Orson Welles.

—Hola, señor McCourt. Hace un día estupendo, ¿verdad?

—Está helando, Bob.

—Ah, eso no tiene importancia.

Me dijo que ya estaba trabajando para un granjero en Ohio, pero que no podía seguir adelante con lo de los cerdos, que aquello destrozaría a sus padres. Le dije que era una decisión buena y llena de amor.

Hizo una pausa y se me quedó mirando.

—Señor McCourt, a usted no le caía bien, ¿verdad?

—¿Que no me caías bien, Bob? ¿Estás de broma? Era una alegría tenerte en mi clase. Jonathan decía que ahuyentabas la tristeza.

Díselo, McCourt, dile la verdad. Cuéntale cómo te alegraba los días, cómo hablabas de él a tus amigos, lo original que era, cómo admirabas su estilo, su buen humor, su sinceridad, su valor, cómo habrías vendido el alma a cambio de tener un hijo como él. Y dile lo hermoso que era y que es en todos los sentidos, cuánto lo querías entonces y cuánto lo quieres ahora. Díselo.

Se lo dije, y se quedó sin habla, y a mí me importaba la maldición gitana lo que pensara la gente que pasaba por Lower Broadway cuando nos

vieran fundidos en un largo abrazo, el profesor de secundaria y al grandullón judío afiliado a los Futuros Granjeros de Estados Unidos.

Ken era un chico coreano que odiaba a su padre. Contó a la clase que tenía que asistir a lecciones de piano a pesar de que no tenían piano en casa. Su padre le hizo practicar escalas en la mesa de la cocina hasta que pudieron comprarse un piano, y si su padre sospechaba que no estaba practicando debidamente le pegaba en los dedos con una espátula. A su hermanita de seis años, lo mismo. Cuando compraron un piano de verdad y la hermana se puso a tocar *Los palillos* con dos dedos, la levantó del taburete del piano, la llevó a empujones a su cuarto, sacó de sus cajones un montón de ropa suya, la metió en una funda de almohada y llevó a su hija a rastras por el pasillo para que le viera tirar su ropa al incinerador de basuras.

Así aprendería a practicar como es debido.

Cuando Ken estaba en la escuela elemental, tuvo que afiliarse a los Boy Scouts y acumular insignias a los méritos, más que nadie de su tropa. Luego, en secundaria, el padre se empeñó en que alcanzara el grado de Águila Scout porque quedaría bien cuando Ken solicitara el ingreso en Harvard. Ken no quería perder el tiempo esforzándose por llegar a Águila Scout, pero no le quedaba otra opción. Harvard estaba en lontananza. Además, su padre le exigía que dominara las artes marciales, que fuera subiendo de un cinturón a otro hasta llegar al negro.

Obedeció en todo hasta que llegó la cuestión de elegir la universidad. Su padre le dijo que debía concentrarse en solicitar el ingreso en dos universidades, la de Harvard y el Instituto de Tecnología de Massachusetts. Hasta en Corea todo el mundo sabía que allí es donde hay que ir.

Ken dijo que no. Iba a presentar la solicitud para la Universidad de Stanford, en California. Quería vivir en el otro extremo del continente, bien lejos de su padre. Éste dijo que no. No lo consentiría. Ken dijo que si no iba a Stanford no pensaba ir a la universidad. El padre, en la cocina, se acercó a él y le amenazó. Ken, experto en artes marciales, dijo: «Tú inténtalo, papá», y papá reculó. Papá podía haber dicho: «Está bien. Haz lo que quieras», pero ¿qué dirían sus vecinos? ¿Qué dirían en su parroquia? Imagínate que

un hijo tuyo se gradúe en el Instituto de Secundaria Stuyvesant y no vaya a la universidad. Papá quedaría deshonorado. Sus amigos estaban orgullosos de mandar a sus hijos a Harvard y al Instituto de Tecnología de Massachusetts, y si Ken tenía algún respeto por la reputación de la familia, debía olvidarse de Stanford.

Me escribió desde Stanford. Le gustaba el sol que hacía allí. La vida en la universidad era más fácil que en el instituto Stuyvesant, menos presión, menos competencia. Acababa de recibir una carta de su madre, que le decía que debía concentrarse en sus estudios y no participar en ninguna actividad extraacadémica, ni en deportes, ni en clubes, ni en nada, y que no debía volver a casa por Navidad a no ser que tuviera sobresaliente en todas las asignaturas. En la carta me decía que eso le venía bien. En todo caso, no quería volver a su casa por Navidad. Si iba a su casa era sólo para ver a su hermana.

Unos días antes de Navidad se presentó en la puerta de mi aula y me dijo que yo le había ayudado a superar el último año de instituto. En cierto momento había tenido la fantasía de meterse en un callejón oscuro con su padre para que sólo saliera uno de los dos. Naturalmente habría salido él, pero allá en Stanford había empezado a pensar en su padre y en lo que había sido venirse de Corea, trabajar día y noche vendiendo fruta y verduras cuando apenas sabía el inglés justo para ir tirando, aguantar, con el deseo desesperado de que sus hijos recibieran la educación que él no había tenido en Corea, que en Corea no se podía ni soñar, y un día, en una clase de Lengua Inglesa en Stanford, cuando el profesor había pedido a Ken que hablase de alguna poesía favorita suya, le había venido a la cabeza *El vals de mi papa*, y, Jesús, había sido demasiado, se había hundido y echado a llorar delante de toda esa gente, y el profesor había estado estupendo, le había puesto un brazo en el hombro y lo había acompañado por el pasillo a su despacho hasta que Ken pudo sobreponerse. Se quedó una hora en el despacho del profesor, hablando y llorando, y el profesor le decía que no pasaba nada, que él tenía un padre al que consideraba un polaco judío hijo de perra y ruin, olvidándose de que ese polaco judío hijo de perra y ruin había sobrevivido a Auschwitz y logrado llegar a California y criado al profesor y otros dos hijos. Le contó que su padre llevaba una tienda de

alimentación en Santa Bárbara, con la salud minada en el campo de concentración, mientras cada uno de los órganos de su cuerpo amenazaba con fallarle. Añadió que los padres de ambos habrían tenido mucho de qué hablar, aunque eso nunca llegaría a pasar. El tendero coreano y el judío polaco propietario de la tienda de alimentación jamás encontrarían las palabras que acuden con tanta facilidad en una universidad. Ken me dijo que en el despacho de aquel profesor se le había quitado de encima un peso enorme. O podría decirse que había eliminado venenos de todas clases. Algo así. Ahora iba a comprar una corbata para su padre por Navidad, y flores para su madre. Sí, era una locura comprarle flores teniendo en cuenta que las vendían en su tienda, pero las flores que se compraban en una floristería de verdad eran muy distintas de las que se podían comprar en la tienda del coreano de la esquina. No dejaba de acordarse de una cosa que había dicho el profesor, que el mundo debía permitir que el padre judío polaco y el padre coreano se sentaran al sol con sus esposas, si es que tenían la suerte de tenerlas. Ken se reía al recordar cuánto se había emocionado el profesor. Que les dejaran sentarse al sol, maldita sea, y nada más. Pero el mundo no se lo permitía porque no hay nada más peligroso que dejar que los vejestorios se sienten al sol. Podrían ponerse a pensar. Lo mismo pasa con los chicos. Hay que tenerlos ocupados porque de lo contrario pueden ponerse a pensar.

Estoy aprendiendo. El irlandesito de los callejones de Limerick, dando salida a la envidia. Me estoy tratando con inmigrantes de primera y segunda generación, como yo, pero también tengo a la clase media y a la clase media alta, y hago muecas de desprecio. No quiero hacer muecas de desprecio, pero es difícil quitarse las viejas costumbres. Es el resentimiento. Ni siquiera es rabia, sólo resentimiento. Sacudo la cabeza al ver las cosas que les preocupan, esas cosas de clase media, que hace demasiado frío, que hace demasiado calor y que ésta no es la pasta de dientes que a mí me gusta. Y yo, después de tres décadas en América, todavía me alegro de poder encender la luz eléctrica o tomar una toalla después de la ducha. Estoy leyendo a un hombre que se llamaba Krishnamurti, y lo que me gusta de él es que no se presenta a sí mismo como gurú, como hacen esos personajes que entran a la carga procedentes de la India pasando el platillo y recogen millones. Él se niega a ser gurú o sabio o ninguna otra cosa. Te dice, te sugiere, que a la larga, nene, estás tú solo. Thoreau tiene un artículo estremecedor que se titula *Caminando*, donde dice que cuando sales por la puerta a darte un paseo, debes estar tan libre, tan desembarazado, que no tengas la necesidad de regresar nunca al punto de partida. Que puedas seguir caminando sin más porque eres libre. Hice que los chicos leyeran este artículo, y ellos dijeron que oh, no, ellos nunca podrían hacer algo así. ¿Marcharse andando sin más? ¿Está de broma? Cosa rara, porque cuando les hablé de cómo se echaban a la carretera Kerouac y Ginsberg, a ellos les parecía maravilloso. Tanta libertad. Tres mil millas de marihuana y mujeres y vino. Cuando hablo a esos chicos, me estoy hablando a mí mismo. Lo que tenemos en común es la premura. Dios, estoy en la edad madura y descubro

cosas que el norteamericano medio e inteligente ya sabía cuando tenía veinte. Me he quitado la careta casi del todo y puedo respirar.

Los chicos se están abriendo en sus debates escritos y en el aula, y yo leo una crónica de la vida familiar norteamericana, desde las grandes casas particulares del East Side hasta las casas de apartamentos de Chinatown. Es toda una cabalgata de los ya establecidos y de los nuevos, y en todas partes hay dragones y demonios.

Phyllis escribió una crónica de cómo se reunió su familia la noche que Neil Armstrong llegó a la Luna, de cómo se alternaban entre el televisor del cuarto de estar y el dormitorio donde se estaba muriendo su padre. De un lado a otro. Preocupados por el padre, sin quererse perder el alunizaje. Phyllis dijo que estaba con su padre cuando su madre la llamó para que fuera a ver a Armstrong poner el pie en la Luna. Corrió al cuarto de estar, donde todos vitoreaban y se abrazaban, hasta que ella tuvo un presentimiento y corrió al dormitorio y se encontró a su padre muerto. No gritó, no lloró, el problema era volver con las personas alegres del cuarto de estar para decirles que papá ya no estaba.

Ahora lloraba, de pie, al frente del aula. Ojalá hubiese vuelto a su asiento de la primera fila porque yo no sabía qué hacer. Me acerqué a ella. Le pasé el brazo izquierdo por los hombros. Pero aquello no bastaba. La atraje hacia mí, la abracé con los dos brazos, dejé que sollozara en mi hombro. En el aula había caras húmedas de lágrimas, hasta que alguien dijo en voz alta: «Adelante, Phyllis», y uno o dos empezaron a aplaudir y toda la clase aplaudió y vitoreó, y Phyllis se volvió para sonreírles con la cara húmeda, y cuando la acompañé hasta su asiento ella se volvió y me acarició la mejilla, y yo pensé: «Esta caricia en la mejilla no es como para que tiemble el mundo, pero nunca olvidaré esto: a Phyllis, a su padre muerto, a Armstrong en la Luna».

—Escuchad. ¿Me estáis escuchando? No me estáis escuchando. Estoy hablando a los miembros de esta clase que puedan tener interés en escribir.

En todo momento de tu vida estás escribiendo. Hasta cuando sueñas estás escribiendo. Por los pasillos del instituto te vas encontrando con diversas personas y escribes mentalmente con frenesí.

Ahí está el director. Tienes que tomar una decisión. La decisión del saludo. ¿Le harás un gesto con la cabeza? ¿Le sonreirás? ¿Le dirás «buenos días, señor Baumel», o simplemente «hola»? Ves a una persona que te cae mal. Vuelves a escribir mentalmente con frenesí. Hay que tomar una decisión. ¿Apartar la vista? ¿Mirarlo fijamente al pasar? ¿Hacerle un gesto con la cabeza? ¿Farfullar un «hola»? Ves a una persona que te cae bien y dices «hola» de manera cálida y derretida, un «hola» que evoca el chapoteo de los remos, el canto de los violines, el brillo de los ojos al claro de luna. Hay tantas maneras de decir «hola». Farfullarlo, trinarlo, cantarlo, vociferarlo, reírlo, toserlo. Un simple paseo por el pasillo requiere párrafos, frases en tu mente, decisiones en cantidad.

Esto lo haré como varón, porque las mujeres siguen siendo para mí el gran misterio. Podría contaros historias. ¿Me estáis escuchando? En este instituto hay una chica de la que os habéis enamorado. Resulta que te has enterado de que ha roto con otra persona, de modo que tienes campo libre. A ti te gustaría salir con ella. Ah, el texto ya te chisporrotea en la cabeza. Puedes ser uno de esos personajes llenos de temple, que serían capaces de acercarse tranquilamente a Helena de Troya y preguntarle qué planes tiene para después del asedio, decirle que conoces un buen sitio para cenar cordero y *ouzo* en las ruinas de Ilión. El personaje con temple, el encantador, no tiene necesidad de prepararse un gran guión. Los demás escribimos. La llamas para preguntarle si quiere salir contigo el sábado por la noche. Estás nervioso. El rechazo te conduciría al borde del precipicio, a la sobredosis. Al teléfono, le dices que eres compañero suyo en la clase de Física. Ella te dice «ah, sí», no muy convencida. Le preguntas si está ocupada el sábado por la noche. Está ocupada. Dice que tiene plan, pero tú sospechas que miente. Una chica no puede reconocer que no tiene nada que hacer el sábado por la noche. Tiene que guardar las apariencias. Dios, ¿qué diría la gente? Tú, mientras escribes mentalmente, le preguntas por la noche del sábado siguiente y por la de todos los demás sábados hasta el infinito. Te conformas con lo que sea, pobre desgraciado, con lo que sea, con tal de

poder verla antes de que empieces a cobrar la pensión. Ella sigue con su juegucito, te dice que vuelvas a llamarla la semana siguiente y que ya verá. Sí, ya verá. El sábado por la noche se queda en su casa viendo la televisión con su madre y su tía Edna, que no se calla nunca. Tú también te quedas en tu casa, con tu madre y tu padre, que nunca dicen nada. Te acuestas y sueñas que la semana siguiente, ay, Dios, la semana siguiente, puede que diga que sí, y si dice que sí, lo tienes todo planeado, ese restaurantito italiano tan lindo en la avenida Columbus, con manteles de cuadros rojos y blancos y con velas blancas sobre botellas de Chianti cubiertas de goterones de cera.

Soñar, desear, hacer planes: todo es escribir, pero la diferencia entre el hombre de la calle y vosotros es que vosotros, amigos míos, lo miráis, lo organizáis en la cabeza, comprendéis el significado de lo insignificante, lo lleváis al papel. Puede que estéis entre la angustia del amor o del dolor, pero sois unos observadores implacables. Sois vuestro propio material. Sois escritores, y una cosa es segura: pase lo que pase el sábado por la noche, o cualquier otra noche, no volveréis a aburrirnos jamás. Jamás. Nada de lo humano os es ajeno. No hace falta que aplaudáis, y pasadme el trabajo que habéis hecho en casa.

—Señor McCourt, usted tiene suerte. Vivió esa infancia desgraciada, de manera que ahora tiene algo de qué escribir. Pero ¿de qué vamos a escribir nosotros? Lo único que hacemos es nacer, ir a la escuela, ir de vacaciones, ir a la universidad, enamorarnos o algo así, licenciarnos y dedicarnos a algún tipo de profesión, casarnos, tener los dos coma tres hijos de los que usted habla siempre, mandar los hijos a la escuela, divorciarnos como el cincuenta por ciento de la población, engordar, tener el primer infarto, jubilarnos, morirnos.

—Jonathan, ése es el cuadro más triste de la vida que he oído nunca en un aula. Pero has aportado los ingredientes de la gran novela norteamericana. Has condensado las novelas de Theodore Dreiser, Sinclair Lewis y Scott Fitzgerald.

Dijeron que debía de estar de broma.

—Ya conocéis los ingredientes de la vida de McCourt —dije—. También tenéis vuestros ingredientes, los que usaréis si escribís acerca de

vuestras vidas. Escribid en vuestros cuadernos una lista con esos ingredientes. Mimadlos. Esto es muy importante. Judío. De clase media. El *New York Times*. Música clásica en la radio. Harvard en lontananza. Chino. Coreano. Italiano. Español. En la mesa de la cocina, un periódico en lengua extranjera. La radio difunde música de la tierra. Los padres sueñan con viajes a la Madre Patria. La abuela, sentada en silencio en un rincón del cuarto de estar, recuerda atisbos de cementerios en Queens. Millares de lápidas y cruces. Suplica: «Por favor, por favor, no me metáis allí. Llevadme a China. Por favor». Así que sentaos con vuestra abuela. Haced que os cuente su historia. Todas las abuelas y abuelos tienen sus historias, y si dejáis que se mueran sin enteraros de sus historias, sois unos criminales. Vuestro castigo será quedar desterrados del comedor del instituto.

—Ya. Ja, ja.

Los padres y los abuelos desconfían de este interés repentino por sus vidas.

—¿Por qué me haces tantas preguntas? Mi vida no es asunto de nadie, y lo que hiciera, hecho está.

—¿Qué hiciste?

—No es asunto de nadie. ¿Es ese profesor otra vez? ¿Ya está metiendo las narices?

—No, abuela. Es que se me había ocurrido que querías hablarme de tu vida para que yo pueda contársela a mis hijos y ellos a los suyos y así no quedarás en el olvido.

—Di a ese profesor que se meta en sus asuntos. Todos estos norteamericanos son iguales, siempre preguntando. En esta familia tenemos intimidad.

—Pero, abuela, ese profesor es irlandés.

—¿Ah, sí? Bueno, pues son los peores, siempre hablando y cantando sobre cosas inmorales o sobre gente a la que fusilan o ahorcan.

Otros cuentan cómo hicieron a los mayores una sola pregunta sobre el pasado y entonces se abrieron las compuertas y los mayores no dejaban de hablar, dale que dale hasta la hora de acostarse y más tarde, expresando congoja y lágrimas, la nostalgia de la Madre Patria, haciendo profesión de su amor hacia Estados Unidos. Las relaciones familiares se reorganizan.

Milton, de dieciséis años, deja de ver al abuelo como a alguien sin importancia.

—En la Segunda Guerra Mundial, el abuelo vivió unas aventuras increíbles. Como que se enamoró de la hija de un oficial de las SS, y estuvieron a punto de matarle. El abuelo se escapó y tuvo que esconderse en el como-se-llame de una vaca, en un basurero.

—¿En el pellejo?

—Sí. Si el pellejo estaba ahí, era porque el pellejo ya estaba medio comido por las ratas, y él tenía que ahuyentarlas. Tres días dentro del pellejo, ahuyentando las ratas, hasta que lo vio un cura católico y lo escondió en la cripta de su iglesia hasta que llegaron los norteamericanos un año más tarde. El abuelo se ha pasado todos estos años sentado en el rincón sin que yo hablara nunca con él, ni él conmigo. Todavía no habla bien el inglés, pero eso no es disculpa. Ahora lo tengo registrado en mi grabadora, y mis padres, mis padres, por Dios, dicen que para qué me molesto.

Clarence era negro, listo y apocado. Se sentaba al fondo del aula con otros tres chicos negros y no aportaba nada a los debates en clase. Sus amigos y él tenían bromas privadas, y esa camarilla negra me molestaba. Al mismo tiempo pensaba que si yo fuera negro, ahí es donde estaría, al fondo, en un pequeño gueto propio, tapándome la cara con la mano para burlarme del profesor blanco.

David era negro, listo y nada apocado. Se sentaba junto a los grandes ventanales con sus amigos blancos, que lo seguían cuando entraba y cuando salía del aula. Si yo hacía alguna pregunta a la clase, él levantaba la mano, y si su respuesta era equivocada sacudía la cabeza con enfado y decía «ay, porras». Intentaban imitarle, pero nadie era capaz de decir «ay, porras» como David. Nadie era capaz de generar regocijo como David. Los alumnos pedían cambios de matrícula sólo para estar con él en una clase. Cuando leía sus relatos y redacciones los viernes, aullaban de risa. «El lunes pasado por la mañana me levanté de la cama. O no me levanté de la cama. Sólo soñé que me levantaba de la cama, y ahora no podría juraros si estaba o no estaba en la cama o si soñaba con ello, o puede que estuviera soñando que soñaba con ello. Todo fue por culpa del señor Lipper, porque en la clase de Filosofía nos estuvo hablando de esa cosa china en que un

hombre sueña que es una mariposa, o a lo mejor era una mariposa que soñaba que era un hombre. O una mariposa. Ay, porras».

Todos reían, menos Clarence. Sus tres amigos reían, aunque parecían algo cortados. Le pregunté si le gustaría leer hoy. Negó con la cabeza. Le dije que ésta era una clase de Creación Literaria en la que se esperaba que todos participaran, y si a él no le apetecía leer en persona, quizá pudiera leer otra persona lo que él había escrito. Su indiferencia me irritaba. Quería tener una gran clase de Davides que dijeran «ay, porras».

Aquel día yo estaba de guardia en el comedor. Clarence estaba sentado contra la pared, con un grupo de chicos negros. Se reían ante su imitación de Hitler: un perrito caliente sujeto entre el labio y la nariz, a modo de bigote; un bol puesto en la cabeza, un saludo militar y un *sieg heil* con el brazo en alto. El Clarence del comedor no era el Clarence del aula.

David lo miraba desde otra mesa, callado, sin sonreír.

Después del almuerzo pregunté a Clarence si pensaba leer algún día. No, no tenía nada que decir.

—¿Nada?

—Bueno, nunca podría ser como David.

—No hace falta que seas como David.

—No le gustaría. Las únicas historias que conozco son historias de la calle. En mi calle pasan cosas.

—Entonces escribe acerca de tu calle.

—No puedo. Palabrotas y todo eso.

—Clarence, dime una palabra que sepas y que yo nunca haya oído. Una sola palabra, Clarence.

—Pero yo creía que debíamos escribir en buen inglés.

—Escribe en el inglés que quieras, con tal que lo pongas en el papel.

El viernes siguiente estaba preparado. Otros se ponían de pie para leer, pero él prefirió permanecer sentado. Me recordó que saldría el habla de la calle y me preguntó si tenía importancia.

—Nada de lo humano me es ajeno —dije, y después le expliqué que aquello era una cita de un escritor ruso pero que no recordaba de cuál.

—Ah —dijo.

Comenzó su relato de cómo habían arreglado las cuentas las madres de su calle a un traficante de drogas. Le habían advertido que se marchara de la calle, pero él les dijo que tenía que buscarse la vida y que se fueran al infierno. Una noche lo cogieron entre seis madres y se lo llevaron a un solar. Clarence no podía decir lo que le hicieron allí, aunque corrían rumores. Aunque se lo permitieran, no era capaz de referir los rumores, y el lenguaje sería demasiado crudo para los alumnos del Stuyvesant. Lo único que podía decir era que una de las madres llamó a la ambulancia para que el tipo no se muriera en el solar. Vinieron los polis, claro, pero nadie sabía nada, y los polis comprendieron. Así eran las cosas en la calle de Clarence.

Silencio. Uaus, sonoras aclamaciones, aplausos. Clarence se reclinó en su silla y miró a David, que era quien aplaudía con más entusiasmo. David no dijo «ay, porras». Sabía que aquél era el momento de Clarence.

Me preguntaron quién era aquel tipo raro que estaba a la puerta del aula.

Estaba blanco como la cal, cadavérico y colocado. Podría haberme llamado Frank, pero demostró su respeto hacia el profesor diciendo: «Buenas tardes, señor McCourt».

Salí al pasillo para mantener una de las breves conversaciones que teníamos de cuando en cuando, en la que me explicó que estaba casualmente por el barrio y se había acordado de mi y quería saber cómo me encontraba. Además, se daba la circunstancia de que se encontraba algo corto de fondos y se preguntaba si yo llevaba encima algo de calderilla. Me agradecía mis atenciones anteriores, y aunque no veía mucha posibilidad de reintegrármelas, siempre me recordaría con afecto. Era un gran placer visitarme aquí y ver a la juventud, a esos muchachos tan hermosos, en manos tan capaces y generosas. Me dio las gracias y dijo que podría verme pronto en el bar Montero de Brooklyn, a pocas manzanas de su apartamento. A los pocos minutos, los diez dólares que le había dado pasarían a manos de un vendedor de drogas de la plaza Stuyvesant.

—Es Huncke —les dije—. Tomad cualquier historia de la literatura norteamericana contemporánea o de la generación *beat*, y encontraréis en el índice onomástico el nombre de Huncke, Herbert.

No es que su droga sea el alcohol, pero te consiente que le invites a una copa en el Montero. Tiene una voz profunda, delicada y musical. Nunca olvida sus modales, y es raro que lo recuerdes como Huncke *el Yonqui*. Respeto la ley, aunque no la obedece para nada.

Ha estado en la cárcel por carterista, robo a mano armada, posesión de drogas, venta de drogas. Es buscavidas, estafador, chapero, encantador, escritor. Se le ha atribuido la creación del término *generación beat*. Se aprovecha de las personas hasta que a éstas se les agota la paciencia y el dinero y le dicen: «Basta, Huncke. Vete, vete ya». Lo entiende, y nunca guarda rencor. A él le da todo lo mismo. Sé que se está aprovechando de mí, pero conoció a todo el mundo del movimiento beat, y me gusta oírle hablar de Burroughs, Corso, Kerouac, Allen Ginsberg. R'lene Dahlberg me dijo que Ginsberg había comparado una vez a Huncke con San Francisco de Asís. Sí, es un delincuente, vive fuera de la ley, pero sólo roba para alimentar su drogadicción y no obtiene beneficios de sus actividades. Además, es sensible a la hora de coger las cosas. Nunca coge una joya que tenga aspecto de recuerdo de familia. Sabe que si deja una cosa que la víctima valora mucho, será un mensaje de buena voluntad y le aliviará el dolor de haber perdido las otras cosas. Además, también le da buena suerte. Reconoce haber cometido todos los delitos, salvo el asesinato; hasta intentó suicidarse una vez en casa de R'lene, en Mallorca. Al darle diez dólares de cuando en cuando, me cubro en cierto modo de que me robe en mi apartamento, aunque me dice que últimamente está algo fondón para hacer trabajos en segundos pisos y suele tener que contratar a un ayudante si se entera de que hay un buen botín. En el Lower East Side no faltan chicos dispuestos. Se acabó el trepar por las escaleras de incendios y los desagües para Herbert Huncke. Hay otras maneras de irrumpir en los cotos cerrados de los opulentos, dice.

—¿Como cuáles?

—No te creerías cuántos porteros y trabajadores de mantenimiento maricas hay en Park Avenue y en la Quinta Avenida. Si hacía el trato adecuado, acordando que el cuerpo tal se reuniría con el cuerpo cual, me dejaban pasar, y prácticamente podía echarme la siesta en algunos de esos apartamentos. Antiguamente, cuando era joven, me ofrecía a mí mismo y

me iba muy bien, gracias. Una vez me sorprendió un alto ejecutivo de seguros, y ya me veía pasando un año en la cárcel, pero él se asomó al pasillo a llamar a su mujer, que trajo unos martinis, y acabamos en la cama haciendo un trío muy agradable. Ah, qué tiempos aquéllos. Entonces no éramos gays, sólo maricas.

Al día siguiente me encuentro en mi mesa una nota de protesta firmada por «Una madre». No quiere dar su nombre para que yo no la pague con su hija, que al volver a casa había hablado a la familia de ese ser despreciable, Honky, que, por lo que le había contado su hija, no es precisamente un personaje como para inspirar a la juventud. La madre se da cuenta de que esa persona vive al margen de la sociedad; y ¿no podía buscar yo otras figuras más dignas para presentarlas como ejemplos de «lo bueno y lo veraz»? A personas como Elinor Glynn o John P. Marquand.

No puedo responder a esta nota, ni siquiera puedo hablar de ella en clase por miedo a avergonzar a la hija. Comprendo los temores de la madre, pero si ésta es una clase de Creación Literaria, con atención a la literatura, ¿dónde están los límites para el profesor? Si un chico o una chica escribe un relato que trata del sexo, ¿he de permitir que se lea en clase? Después de pasar años con miles de adolescentes, de escucharles y leer sus obras, sé que sus padres tienen ideas exageradas acerca de su inocencia. Me lo han enseñado esos miles de alumnos.

Toco el tema sin citar a Huncke.

—Mirad las vidas de Marlowe, Nash, Swift, Villon, Baudelaire, Rimbaud, por no mencionar a personajes tan ignominiosos como Byron y Shelley, hasta llegar a las malas costumbres de Hemingway con las mujeres y el vino, y a Faulkner, que se mató de tanto beber allí abajo, en Oxford, Mississippi. Podríais acordaros de Arme Sexton, que se suicidó, de Sylvia Plath, que hizo otro tanto, y de John Berryman, que se tiró de un puente.

Ah, qué bien conozco las cosas oscuras.

En nombre del cielo, McCourt, deja de molestar a los chicos. Afloja un poco. Déjalos en paz y ya volverán ellos a casa, y si no van meneando las colitas será por el efecto paralizador de las divagaciones de un profesor de Lengua Inglesa.

Los alumnos más serios levantan la mano y preguntan cómo los evaluaré para la nota final. Al fin y al cabo, no les pongo los exámenes habituales tipo test: ni preguntas de respuesta múltiple, ni hacer corresponder las palabras de una columna con las de otra, ni llenar los espacios en blanco, ni verdadero o falso. Los padres más inquietos están haciendo preguntas.

Digo a los alumnos más serios:

—Evaluaos vosotros mismos. ¿Qué? ¿Cómo nos vamos a evaluar nosotros mismos?

—Lo hacéis constantemente. Todos lo hacemos. Un proceso constante de autoevaluación. Examen de conciencia, chicos y chicas. Decíos a vosotros mismos, con sinceridad: «¿He aprendido algo de leer recetas como si fueran poesía, de debatir *La pequeña Bo Pip* como si fuera una estrofa de T. S. Eliot, de analizar *El vals de mi papá*, de oír a James y Daniel contar los detalles íntimos de sus cenas, de celebrar un banquete en la plaza Stuyvesant, de leer a Mimi Sheraton?». Yo os digo que si no habéis aprendido nada con lo citado, eso quiere decir que estabais dormidos durante la impresionante interpretación de Michael al violín y durante la oda épica de Pam al pato, o bien, y esto puede ser, amigos, yo soy un pésimo profesor.

—Sí, eso es. Es un pésimo profesor —exclaman todos alegremente, y nos reímos, porque es verdad en parte y porque tienen la libertad de decirlo y porque soy capaz de aceptar la broma.

Los alumnos más serios no se quedan satisfechos. Alegan que en otras clases el profesor les dice qué deben saber. El profesor lo enseña, y tú tienes que aprenderlo. Luego, el profesor te pone un examen y tú recibes la nota que te mereces.

Los alumnos más serios dicen que resulta tranquilizador saber por adelantado qué debes saber, para poder ponerte a aprenderlo. Dicen que en esta clase nunca sabes qué debes saber, así que ¿cómo vas a poder estudiarlo, y cómo vas a poder evaluarte a ti mismo? En esta clase nunca sabes lo que va a pasar de un día para otro. La gran pregunta al final del curso es: ¿cómo decide la nota el profesor?

—Os diré cómo decido la nota. En primer lugar, ¿qué tal ha sido tu asistencia? Aunque te hayas quedado al fondo, callado, pensando en los debates y las lecturas, seguramente habrás aprendido algo. En segundo lugar, ¿has participado? ¿Has salido a leer los viernes? Cualquier cosa. Relatos, redacciones, poesía, teatro. En tercer lugar, ¿has comentado los trabajos de tus compañeros? En cuarto lugar, y esto depende de vosotros, ¿puedes reflexionar sobre esta experiencia y preguntarte a ti mismo qué has aprendido? En quinto lugar, ¿te has quedado ahí sentado, soñando? Si ha sido así, súbete la nota.

Aquí es donde el profesor se pone serio y hace la Gran Pregunta:

—¿Qué es la educación, en todo caso? ¿Qué estamos haciendo en este instituto? Vosotros podréis decir que queréis graduaros para ir a la universidad y prepararos para una carrera profesional. Pero, compañeros estudiantes, es algo más que eso. Yo he tenido que preguntarme a mí mismo qué demonios estoy haciendo en el aula. He llegado a expresarlo con una ecuación.

Escribo a un lado de la pizarra una M mayúscula, a la derecha una L mayúscula, y trazo una flecha de izquierda a derecha, que va del MIEDO a la LIBERTAD.

—No creo que nadie alcance la libertad completa, pero lo que intento hacer con vosotros es conseguir que el miedo se refugie en un rincón.

El carro alado del tiempo se acerca a toda prisa, seguido de cerca por el perro celestial. Te estás haciendo viejo, y vaya irlandesito hipócrita y cuentista que estás hecho, animando e incitando a los chicos a escribir cuando sabes que tu propio sueño como escritor se está muriendo. Consuélate con esto: un día, uno de tus estudiantes más dotados ganará el Premio Nacional del Libro o un Pulitzer y te invitará al acto, y en el transcurso de su brillante discurso de agradecimiento reconocerá que todo te lo debe a ti. Te pedirán que te pongas de pie. Agradecerás las aclamaciones de la multitud. Ése será tu momento de gloria, tu recompensa por las miles de clases impartidas, por los millones de palabras leídas. Tu premiado te abraza, y luego te pierdes por las calles de Nueva York, un pequeño mister Chips anciano que sube trabajosamente las escaleras de su edificio de apartamentos, con un mendrugo de pan en la despensa, una jarra de agua en la nevera, una bombilla de pocos vatios colgando sobre el lecho célibe.

El gran drama es el choque de la adolescencia con la edad madura. Mis hormonas me están suplicando un lugar despejado y tranquilo en el bosque, las tuyas son estridentes, palpitantes, exigentes.

Hoy no quieren que les molesten los profesores ni los padres.

Tampoco quiero que me molesten ellos a mí. No quiero verlos ni oírlos. He derrochado mis mejores años en compañía de adolescentes chillones. En el tiempo que he pasado en las aulas podría haber leído miles de libros. Podría haberme recorrido la Biblioteca de la calle Cuarenta y dos, subiendo por un lado y bajando por el otro. Quisiera que los chicos se perdieran de vista. No estoy de humor.

Otros días estoy desesperado por entrar en el aula, espero con impaciencia en el pasillo, piafando. Vamos, señor Ritterman. Dese prisa. Termine su condenada lección de matemáticas. Quiero decir ciertas cosas a esta clase.

Una joven profesora suplente se sentó a mi lado en el comedor de profesores. Iba a emprender su carrera profesional como fija en septiembre, y me preguntó si podía darle algún consejo.

—Descubre qué es lo que te gusta, y céntrate en ello. A eso se reduce todo. Reconozco que no siempre me gustó enseñar. Estaba perdido. En el aula estás solo, un hombre o mujer ante cinco clases todos los días, cinco clases de adolescentes. Una unidad de energía contra ciento setenta y cinco unidades de energía, contra ciento setenta y cinco bombas de relojería, y tienes que buscarte modos de salvar la vida. Puede que te aprecien, incluso que te quieran, pero son jóvenes, y los jóvenes tienen el deber de expulsar del planeta a los viejos. Sé que estoy exagerando, pero es como cuando sube un boxeador al *ring* o como cuando sale un torero al ruedo. Pueden dejarte K. O. o darte una cornada, y allí acabará tu carrera profesional en la enseñanza. Pero si aguantas, aprendes los trucos. Es difícil, pero tienes que ponerte cómodo en el aula. Tienes que ser egoísta. Las líneas aéreas te dicen que, si falta el oxígeno, lo primero que debes hacer es ponerte tu mascarilla, aunque tu instinto te mueva a salvar primero al niño.

»El aula es un lugar de gran dramatismo. Nunca sabes lo que has hecho para o por los centenares de alumnos que llegan y se van. Los ves salir del aula: soñadores, apagados, burlones, con admiración, sonrientes, desconcertados. Al cabo de unos años desarrollas unas antenas. Te das cuenta de si les has llegado o si los has hecho apartarse de ti. Es una química. Es psicología. Es instinto animal. Estás con los chicos y, mientras quieras ser profesor, no tienes escapatoria. No esperes ayuda por parte de los que han huido del aula, de los de arriba. Están demasiado ocupados yendo a almorzar y absortos en pensamientos elevados. Estás solo con los chicos. Bien, ya suena el timbre. Nos vemos más tarde. Descubre qué es lo que te gusta, y céntrate en ello.

Corría el mes de abril y era un día soleado, y yo me preguntaba cuántos abrils me quedaban, cuántos días de sol. Empezaba a tener la sensación de que no me quedaba nada que decir a los estudiantes de secundaria de Nueva York, sobre la creación literaria o sobre cualquier otra cosa. Empezaba a faltarme la voz. Pensé que quería salir al mundo antes de salir de este mundo. ¿Quién era yo para hablar de creación literaria si nunca había escrito un libro, mucho menos publicado? Todo lo que había hablado, todo lo que había garabateado en cuadernos, había quedado en nada. Y ¿no les extrañaba? ¿No decían: «Cómo habla tanto de creación literaria si él no ha escrito nunca»?

Era la hora de jubilarme, de vivir con la pensión de profesor, que era menos que espléndida. Me pondré al día con los libros que no pude leer en los últimos treinta años. Pasaré horas en la Biblioteca de la calle Cuarenta y dos, el lugar que más me gusta de Nueva York, pasearé por las calles, me tomaré una cerveza en el Lion's Head, hablaré con Deacy, Duggan, Hamill, aprenderé a tocar la guitarra y cien canciones con acompañamiento, llevaré a mi hija Maggie a cenar al Village, garabatearé mis cuadernos. Puede que salga algo.

Iré tirando.

Cuando Guy Lind estaba en segundo curso, un día de aguanieve, se trajo al instituto un paraguas. En el segundo piso se encontró con un amigo que también llevaba paraguas. Se pusieron a practicar la esgrima con sus paraguas, hasta que el amigo resbaló y la punta de su paraguas atravesó el ojo de Guy y le dejó paralizado un lado del cuerpo.

Se lo llevaron al hospital Beth Israel, que estaba enfrente, y así comenzó un largo viaje de una ciudad a otra y de un país a otro. Hasta se lo llevaron a Israel, donde la guerra los hace estar al día en cuestiones de traumatología y tratamientos.

Guy volvió al instituto en silla de ruedas y con un parche negro en el ojo. Al cabo de algún tiempo se movía por los pasillos con un bastón. Por

fin dejó el bastón y no se le notaba el accidente, si no fuera por el parche negro del ojo y por el brazo que le colgaba inútil sobre el pupitre.

Guy asistía a mi última clase y escuchaba a Rachel Blaustein, al otro lado del aula. Rachel hablaba de las clases de poesía de la señora Kocela, a las que asistía. Le gustaban las clases y cómo enseñaba poesía la señora Kocela, pero decía que en realidad era una pérdida de tiempo. ¿De qué iba a escribir si todo en su vida era perfecto: sus padres, felices y con éxito; Rachel, hija única y destinada a Harvard, y con una salud perfecta?

Yo le dije que podía añadir la belleza a su catálogo de perfecciones.

Ella sonrió, pero la pregunta seguía en pie. ¿De qué podía escribir?

—Ojalá tuviera yo tus problemas, Rachel —dijo uno.

Ella volvió a sonreír.

Guy contó sus experiencias de los dos últimos años. A pesar de todo lo que había tenido que pasar, no cambiaría nada. Había conocido en un hospital tras otro a personas destrozadas, enfermas, que sufrían en silencio. Dijo que todo aquello le había hecho ver su accidente desde una perspectiva distinta. Lo había hecho salir de sí mismo. No, no cambiaría nada.

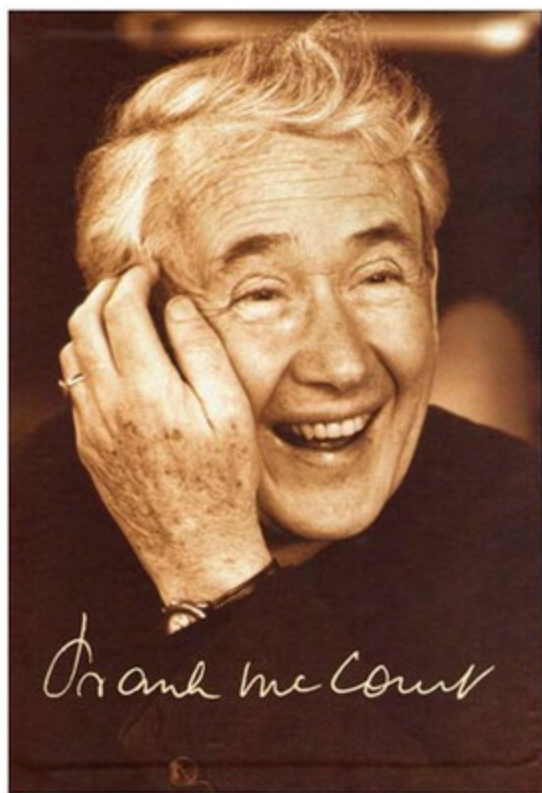
Es la última clase de secundaria para ellos y para mí. Hay lágrimas y manifestaciones de asombro por el hecho de que Guy nos despide con un relato que nos recuerda que estemos agradecidos por lo que tenemos.

Suena el timbre y me cubren de confeti. Me desean que viva una buena vida. Yo les deseo lo mismo. Me marcho por el pasillo, cubierto de pintas de colores.

Alguien dice en voz alta:

—Eh, señor McCourt, debería usted escribir un libro.

—Lo intentaré.



FRANCIS «FRANK» McCOURT (Nueva York, EE. UU., 19 de agosto de 1930 - Ibídem, 19 de julio de 2009). Novelista y profesor estadounidense de familia irlandesa. Al poco tiempo de su nacimiento su familia regreso a Irlanda. A los 19 años volvió a los Estados Unidos. Consiguió una beca para estudiar en la Universidad de Nueva York, donde se gradúo en Lengua Inglesa en 1957. Se dedicó a la enseñanza en institutos.

McCourt es conocido principalmente por sus obras de carácter biográfico. La primera de ellas, *Angela's Ashes* (*Las cenizas de Ángela*, 1996), premio Pulitzer a la mejor biografía, premio de la Crítica y Libro del Año en Estados Unidos, narra sus primeros años de vida en Irlanda, y fue llevada con éxito al cine en 1999. Sus siguientes libros de memorias, *Lo es* (*'Tis*, 1999), *El profesor* (*Teacher Man*, 2005) y *Ángela y el niño Jesús* (*Angela and the Baby Jesus*, 2007), transcurren ya en Estados Unidos, donde nos habla de su vida como emigrante retornado, sus estudios universitarios y sus años de profesorado.

Notas

[1] *Amadaun* o *omadhaun*, tonto en irlandés. (N. del T.) <<

[2] Expresión irlandesa tónica, usada más bien para parodiar el habla irlandesa. «A fe mía y pardiez». (*N. del T.*) <<

[3] Nombre en yídish para la kipá, pequeña gorra ritual empleada por los varones judíos. (*N. del T.*) <<

[4] La confusión se debe a que *subject* significa tanto «sujeto» como «tema, asunto». (*N. del T.*) <<

Índice

Agradecimientos

Prólogo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Segunda parte

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Tercera parte

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Sobre el autor

Notas